

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
INSTITUTO DE FILOLOGÍA

BIBLIOTECA DE DIALECTOLOGÍA HISPANOAMERICANA

VI

EL ESPAÑOL EN CHILE

TRABAJOS DE

RODOLFO LENZ, ANDRÉS BELLO Y RODOLFO OROZ

TRADUCCIÓN, NOTAS Y APÉNDICES DE

AMADO ALONSO Y RAIMUNDO LIDA



BUENOS AIRES

1940

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

INSTITUTO DE FILOLOGÍA

BIBLIOTECA DE DIALECTOLOGÍA
HISPANOAMERICANA

DIRECTOR: AMADO ALONSO

TOMO VI

BUENOS AIRES

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

INSTITUTO DE FILOLOGÍA

BIBLIOTECA DE DIALECTOLOGÍA HISPANOAMERICANA

VI

EL ESPAÑOL EN CHILE

TRABAJOS DE

RODOLFO LENZ, ANDRÉS BELLO Y RODOLFO OROZ

TRADUCCIÓN, NOTAS Y APÉNDICES DE

AMADO ALONSO Y RAIMUNDO LIDA



BUENOS AIRES

1940

ADVERTENCIA

En el presente volumen, sexto de la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*, se reúnen varios estudios sobre el español hablado en Chile.

Va en primer lugar un trabajo del doctor Rodolfo Lenz, *Dialectología hispanoamericana* (discurso académico publicado en los *Anales de la Universidad de Chile*, 1933, II, págs. 31-65); en él se reseñan las investigaciones lingüísticas hechas sobre el castellano de Chile, y las obras folklóricas y literarias aprovechables para las investigaciones del futuro, todo ello con instructivos datos de geografía dialectal.

Por su valor histórico — testimonios de diverso carácter acerca del estado del habla chilena hace un siglo — se incluyen luego las *Advertencias sobre el uso de la lengua castellana*, de Andrés Bello. Se agregan en esta edición las notas en que los profesores don Rodolfo Oroz y don Yolando Pino Saavedra, del Instituto Pedagógico de Santiago, comparan los usos descritos por Bello con los de la lengua actual de Chile.

La parte central del tomo está formada por los trabajos del profesor Lenz, traducidos del alemán y anotados por nosotros. El mismo doctor Lenz alcanzó a contestar algunas de las consultas que se le hicieron para conocer su opinión actual sobre los fenómenos estudiados; de ahí las variantes, siempre escasas, que puedan encontrarse con respecto al primitivo texto alemán. Los trabajos de Lenz que aquí presentamos son los siguientes:

1. *Estudios Chilenos (Chilenische Studien)*, I a VII, publicados en los *Phonetische Studien* de Wilhelm Viëtor (Marburgo, 1892-1893: tomo V, págs. 272-292; tomo VI, págs. 18-34, 151-167 y

274-301): descripción rigurosamente científica de la pronunciación dialectal de Chile, con referencia constante al influjo araucano.

2. *Para el conocimiento del español de América* (*Beiträge zur Kenntnis des Amerikanospanisch*), publicado en la *Zeitschrift für romanische Philologie*, XVII, 1893, págs. 188-214. Aquí Lenz toma como asunto central de su estudio el araucanismo de la pronunciación del castellano chileno: expone el sistema fonético del araucano y el del castellano chileno y los estudia comparativamente, con la conclusión de que el idioma en Chile es castellano con fonética araucana. Para la presente edición de este trabajo se han utilizado también — en la medida en que contribuyen a ilustrar los cambios de actitud del doctor Lenz ante el problema de la colonización lingüística de América — sus *Ensayos filológicos americanos* (*Anales de la Universidad de Chile*, LXXXVII, págs. 113-132 y 353-367), en que se amplían y refunden sus observaciones *Para el conocimiento del español de América*.

3. *Sobre la morfología del español de América* (*Zur spanisch-amerikanischen Formenlehre*), publicado en la *Zeitschrift für romanische Philologie*, XV, 1891, págs. 518-522, donde trata especialmente el uso del *vos* en Chile, y sus correspondientes formas verbales.

**BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA**

Agregamos al final del tomo cuatro apéndices:

1. AMADO ALONSO, *Rodolfo Lenz y la dialectología hispano-americana*.

2. AMADO ALONSO, *La interpretación araucana de Lenz para la pronunciación chilena*.

3. AMADO ALONSO y RAIMUNDO LIDA, *Observaciones sobre RR, R y L* (1.º, R y RR; 2.º, -R y -L en final de sílaba).

4. RODOLFO OROZ, *Bibliografía del español en Chile*.

DIALECTOLOGÍA HISPANOAMERICANA

POR

RODOLFO LENZ

Dialectología hispanoamericana

SUMARIO

§ 1. Introducción. Mi conferencia de 1926: *Problemas del Diccionario Castellano en América*. — § 2. El trabajo del Instituto de Filología de Buenos Aires: *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*. — § 3. Tomo I: ESPINOSA, *Studies in New Mexican Spanish*. — § 4. Tomo III: *La Lengua de «Martín Fierro»*, por E. F. TISCORNIA. — § 5. Poesía gauchesca, ASCASUBI. — § 6. Santos Vega de LEHMANN-NITSCHKE. Centros Criollos. Revistas Criollas. Los gauchos ya son sólo tradicionales. — § 7. LENZ, *Chilenische Studien*, etc. — 8. LENZ, *Ensayos filológicos americanos. Programa de folklore chileno y otros trabajos*.

EL LENGUAJE VULGAR DE CHILE

§ 9. LENZ, *Sobre la poesía impresa de Santiago de Chile*. VICUÑA, *Romances populares y vulgares recogidos de la tradición oral chilena*. Coa, *Jerga de los delincuentes chilenos*. — § 10. Estudios sobre Chiloé, de DARIO CAVADA y FRANCISCO J. CAVADA, *Chiloé y los chilotes*. § 11. MARTÍNEZ QUEVEDO, *Don Lucas Gómez o sea El guaso en Santiago*. — § 12. A. CAÑAS PINOCHET, I. *Vida agrícola de Ultra-Maule*. II. *Cuánto puede la porfía*. Clasificación de los dialectos chilenos. — § 13. Literatura dialectal: ORREGO BARROS, *Tristezas del Monte*. *La Marejía*. — § 14. J. DEL CAMPO, *Aventuras de Usebio Olmos*. — ROMANÁNGEL, *Chilenadas*. — § 15. CÓRDOBA, *Aventuras de ñor Ernesto Parragué*. — § 16. MONTOYA, *Toronjil y yerbamota*. — § 17. Z. RODRÍGUEZ, *La cueva del loco Eustaquio*. *Diccionario de chilenismos*. — § 18. BARROS GREZ, *Pipiolos y Pelucones; El huérfano; La Academia político-literaria*. — § 19. BLEST GANA, *Martín Ribas, El ideal de un calavera*. VIAL, *Costumbres chilenas*. — § 20. RAMÍREZ, *El rancho; Del mar y de la sierra*. V. D. SILVA, *Palomilla brava*. M. BRUNET, *Montaña adentro*. KLOQUES, *El hijo del vaquero*. DURAND, *Tierra de Pellines*. — § 21. LATORRE, *Cuna de cóndores; Zurzulita; Ully; Chilenos del Mar*. — Conclusión.

1. Cuando en noviembre de 1926 di en esta misma sala una conferencia con el título de *Problemas del Diccionario Castellano en América* ¹, deseaba aclarar al público científico chileno la conveniencia de seguir el modelo del Instituto de Filología de Buenos Aires en la preparación de un diccionario del habla popular. Es evidente que el desarrollo del lenguaje popular en la América española sólo se podrá estudiar en forma perfecta cuando en todos los países se hayan recogido todas las palabras que usa el pueblo, como ya se ha principiado a hacer en la Argentina y el Uruguay, y cuando se hayan hecho estudios detallados de la fonética, morfología y sintaxis de los diferentes dialectos vulgares.

Desgraciadamente, en cuanto yo sepa, mis insinuaciones del año 1926 no han tenido éxito hasta ahora. No pierdo la esperanza de que alguno de mis antiguos alumnos del Instituto Pedagógico tome la iniciativa de juntar colaboradores para la confección del diccionario del habla popular chilena. Es una tarea patriótica, nacional. ¡Y cuándo no ha tenido éxito el que trabaja sobre la base del patriotismo chileno!

Siento mucho que el mal estado de mi salud ya no me permita actuar en esta gran tarea filológica.

Como la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Chile me hizo el honor de elegirme Miembro Académico y, de consiguiente, debo dar lectura a un discurso de recepción, me resolví a buscar el tema en una especie de continuación de mi conferencia de 1926.

2. El Instituto de Filología de Buenos Aires, fundado en 1923 por Américo Castro, ahora bajo la dirección del insigne filólogo español doctor Amado Alonso, ha comenzado el año

¹ La conferencia fué publicada en la revista *Studium*, n° 3, editada por el señor Julio Vicuña Cifuentes y en el *Boletín del Instituto de Filología*, Buenos Aires, tomo I, 3-4, que hizo también una edición separada a mi disposición.

pasado con la publicación de la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana* que «se propone reunir los dispersos estudios de orientación dialectológica que se han publicado sobre el español popular en América y añadir otros nuevos»¹.

Las publicaciones de la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana* comienzan con los *Studies in New Mexican Spanish* publicados por AURELIO M. ESPINOSA en lengua inglesa en la desaparecida *Revue de Dialectologie Romane*, tomos I a VI (1909 - 1914). «La obra de Espinosa ofrece ordenadamente el más rico repertorio de formas dialectales; ningún dialecto castellano ha sido antes ni después de él tan minuciosamente catalogado en sus variantes fonéticas y morfológicas. Además, Espinosa atendió siempre a relacionar las formas nuevomejicanas con las correspondientes de América y de España, de modo que nuestra labor en este sentido ha consistido principalmente en completar y precisar sus noticias según nuevas fuentes de que él no podía disponer en 1908»².

3. En 1930 se ha publicado de la *BDH* el tomo primero, que comprende la Parte I, Fonética, del libro de Espinosa sobre el Español de Nuevo Méjico (págs. 23-313) y nueve Apéndices: *Problemas de Dialectología Hispanoamericana*, por AMADO ALONSO (págs. 317-472). El segundo tomo, que contendrá la continuación y conclusión del Nuevomejicano, está en prensa.

Ya se ha editado el tomo tercero, *La Lengua de «Marlín Fierro»*, por ELEUTERIO F. TISCORNIA (316 págs.), es decir, un estudio sobre el lenguaje del gaucho argentino. Tiscornia, lo mismo que Espinosa y Alonso, tratan de averiguar y juntar todas las noticias ya publicadas sobre los dialectos vulgares del castellano americano y sus relaciones con los dialectos de España y los

¹ Copiado del *Propósito* del primer tomo de la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*, que citaré *BDH*, I, págs. 5, 6.

² Copiado de *BDH*, I, pág. 9.

documentos conservados del castellano antiguo y del «viejo español» (siglos xv-xvii) ¹.

Después de estudiar concienzudamente los dos tomos, no me cabe la menor duda de que son obras modelos, dignas de figurar en todas las bibliotecas científicas de Hispanoamérica al lado de las publicaciones de Ramón Menéndez Pidal. Basta ver las 17 páginas de la Bibliografía de los libros citados para comprender qué enorme trabajo han agregado los traductores a la ya muy rica biblioteca utilizada por el señor Espinosa. Qué enormes esfuerzos y gastos se habrán necesitado en Buenos Aires para juntar todos estos libros, eso lo puede calcular sólo una persona — como yo — que ha luchado durante toda su vida con la falta de grandes bibliotecas filológicas como las que existen en Europa en todas las grandes universidades. Lo mismo se puede decir respecto a las dificultades que causan las transcripciones fonéticas con tipos especiales en las páginas 289-313. Increíble es también la abundancia de citas en los *Problemas* tratados en los apéndices del doctor Alonso, como, por ejemplo, las citas sobre cambios acentuales extractadas de los cinco gruesos volúmenes del *Diccionario de Chilenismos*, de Manuel Antonio Román (*BDH*, I, pág. 328).

4. El tercer tomo de la *BDH* tiene el título de *La Lengua de «Martín Fierro»*, por ELEUTERIO F. TISCORNIA, y es a la vez el tomo segundo de su libro *«Martín Fierro» comentado y anotado*, tomo I, texto, notas y vocabulario. Buenos Aires, Imprenta y casa editora Coni, 1925. El tomo I forma un volumen espléndido de quinientas páginas grandes con reproducciones de todas las láminas del original. Las notas son sumamente interesantes y se refieren no sólo a asuntos filológicos y folklóricos, sino también a cuestiones históricas y geográficas rela-

¹ [Posteriormente han aparecido en la *BDH* los anejos I, II y III, y un volumen sobre el español de Méjico, América Central y Antillas, por Pedro Henríquez Ureña.]

cionadas con la vida del gaucho, cuyos detalles se pueden ver en un índice alfabético de más de cuatrocientas palabras, que se da al fin del libro. También se da un vocabulario de todas las palabras que en su forma o su significado se apartan del castellano literario (126 páginas).

Martín Fierro es el libro «gauchesco» más famoso, cuyo original fué publicado por su autor JOSÉ HERNÁNDEZ en Buenos Aires, 1872, y seguido por una segunda parte *La Vuella de Martín Fierro* en 1879. En la 12ª edición de este libro (1883) se indica que en los diez primeros años (1872-1882) ya se habían impreso 58.000 ejemplares. El señor Tiscornia ya tenía preparadas las dos terceras partes del segundo tomo, el estudio dialectológico de la lengua de *Martín Fierro*, cuando el doctor Alonso le propuso incluirlo en la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana* y le ayudó en el arreglo y la impresión.

5. La poesía gauchesca tiene una importancia especial para la dialectología hispanoamericana, porque, debido al entusiasmo con que el argentino culto lee y oye esa poesía, el uso de las formas y palabras dialectales no se ha perdido del todo en la buena sociedad. El gaucho ha peleado por la independencia de la Argentina y del Uruguay contra la madre España, y después en las guerras con el tirano Rosas, contra el Paraguay y contra los indios araucanos de la pampa.

La poesía gauchesca arranca desde las publicaciones de BARTOLOMÉ HIDALGO en los años 1810 a 1830. En seguida viene el coronel HILARIO ASCASUBI (1807-1875), quien publicó entre 1830 y 1860 su enorme cantidad de poesías, recogidas luego en 1872 en París en tres grandes tomos: I. *Santos Vega o Los Mellizos de la Flor*. Rasgos dramáticos de la vida del gaucho en las campañas y praderas de la República Argentina (1778 a 1808). II. *Paulino Lucero o Los Gauchos del Río de la Plata* cantando y combatiendo contra los tiranos de las Repúblicas Argentina y Oriental del Uruguay (1839 a 1851). Aquí se relatan todos los episodios del sitio de nueve años que resistió heroí-

camente Montevideo, e igualmente los combates que en la campaña oriental sostuvieron los gauchos patriotas hasta postrar al tirano Juan Manuel Rosas y sus satélites. III. *Aniceto el Gallo*, gacetero prosista y gauchi-poeta argentino. Extracto del periódico de este título publicado en Buenos Aires el año de 1854, y otras poesías inéditas.

A estas publicaciones agregó ESTANISLAO DEL CAMPO en 1865 su celebrado poema: *Fausto*. Impresiones del gaucho Anastasio el Pollo en la representación de esta ópera.

El libro *Marlín Fierro* de JOSÉ HERNÁNDEZ (1872 y 1879), del cual ya hemos hablado, terminó esta serie.

6. Para hacer un estudio sobre la poesía gauchesca, he revisado con cuidado el grandioso libro publicado en 1917 por el doctor ROBERTO LEHMANN-NITSCHKE con el título de *Santos Vega*¹. Este es el nombre del pallador más célebre de la literatura gauchesca. Según prueba el doctor Lehmann-Nitsche, Santos Vega no es persona que efectivamente haya vivido en la Argentina, sino una figura procedente de la literatura popular española. Los palladores del Plata (Argentina y Uruguay), lo mismo que los palladores chilenos, sobre los cuales he hablado en mi trabajo *Sobre la poesía popular impresa de Santiago de Chile*², son figuras características de la poesía popular que los conquistadores españoles trajeron a América.

Mientras en Chile esta poesía popular apenas ha despertado interés entre las clases cultas, en Argentina y Uruguay ha formado una literatura riquísima cuya numerosa bibliografía

¹ 436 páginas grandes, publicadas en el tomo XXII del *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba*. Buenos Aires, imprenta de Coni Hermanos, 1917.

² *Sobre la poesía popular de Santiago de Chile. Contribución al Folklore Chileno*, publicado en la *Revista de Folklore Chileno*, tomo VI y en los *Anales de la Universidad de Chile*, tomo 144, págs. 511-622, en el año de 1919; es una edición completa de un trabajo mío que se publicó incompleto en Alemania en 1895.

recoge el doctor Lehmann-Nitsche. Naturalmente no todos los que tratan de esta literatura gauchesca tienen las mismas apreciaciones. Eso se puede ver muy bien en el curioso libro de JORGE M. FURT, *Lo gauchesco en «La literatura argentina» de Ricardo Rojas*, Buenos Aires, 1929.

La vida, la pelea, los amores del gaucho en la pampa no sólo se pintan en toda especie de poesías populares y cultas presentadas por los palladores, sino también en muchas novelas y dramas criollos. Así aparecen en teatros de Buenos Aires y de otras ciudades de ambos lados del río desde 1884, Santos Vega, Juan Moreira, Martín Fierro; y Santos Vega llegó en 1917 hasta el drama cinematográfico. Pablo Vásquez, un gran pallador argentino, hace contrapunto con su colega oriental Madariaga en un teatro de Buenos Aires, en 1894.

El verdadero culto de estas poesías populares, cantadas con guitarra, existía hasta el tiempo de la publicación de Lehmann-Nitsche en innumerables «centros criollos», formados por jóvenes de la clase media. Lehmann-Nitsche (pág. 379) da los nombres de 268 de tales centros que han funcionado entre 1900 y 1917 en Buenos Aires, Montevideo y muchas otras ciudades del Plata.

También son sumamente numerosas en Buenos Aires, Montevideo y muchas otras ciudades las «Revistas Criollas»¹ que publican materiales de la poesía gauchesca y estudios literarios sobre los mismos argumentos. Por último, aparecen poesías de este tipo en pequeños folletos que se venden en todas las librerías y quioscos por pocos centavos.

Lo característico de casi todas estas publicaciones es la constante mezcla del lenguaje culto castellano con el lenguaje vulgar, no sólo en el vocabulario sino muy a menudo también en la fonética y morfología. La escritura, naturalmente, es

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

¹ LEHMANN-NITSCHÉ (*l. c.*, pág. 392 y siguientes) menciona los nombres característicos de medio centenar de tales revistas que han aparecido a ambas orillas del Plata.

muy poco segura respecto a la fonética. Los detalles de estos asuntos ahora se pueden estudiar perfectamente en el *Martín Fierro* de Tiscornia. Son particularmente interesantes las detalladas indicaciones de Tiscornia (§ 97) sobre el voseo.

Desde fines del siglo pasado el gaucho verdadero se está perdiendo. Lehmann-Nitsche (pág. 318) dice: «Ninguno de los encantos de la vida salvaje y pintoresca de la pampa existe ya; la inmigración europea ha abrasado todo... otros modales, otros ideales... y quéjense los modernos trovadores del cambio en las costumbres patriarcales de la vida de antaño;» y presenta una serie de citas de publicaciones modernas. «Hoy en día es sólo en la tradición donde viven los payadores y poetas gauchescos» (Lehmann-Nitsche, pág. 325). «La misma guitarra no escapa a la persecución de su rival, el acordeón; nosotros mismos lo hemos oído tocar, en el valle del Río Negro, hasta por los indios!» (pág. 327).

Con las publicaciones de la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana* seguramente en la Argentina no se morirá la «jerga criolla» tal como está representada por la edición de *Martín Fierro* y el estudio de su «lengua» hecho por Eleuterio Tiscornia.

Los estudios dialectales
y folklóricos en Chile.

7. Cuando yo llegué a Santiago, en enero de 1890, contratado como profesor de francés, inglés e italiano para el Instituto Pedagógico recién fundado, lo primero que llamó mi atención científica fué el curioso lenguaje vulgar, empleado por los huasos y la gente baja de las ciudades chilenas. Comencé luego a hacer apuntes sobre este dialecto, que presentaba una infinidad de sonidos variables del lenguaje en evolución, de formas verbales anticuadas y otras recién creadas por el «voseo» corriente. También el vocabulario popular mostraba una enorme cantidad de palabras desconocidas en España.

Como noté luego que la gente culta, sobre todo los profesores de castellano, no tenían ningún interés por el estudio de la «jeringosa corrompida de la plebe», que simplemente despreciaban porque no comprendían que el estudio de los dialectos vulgares da los materiales más interesantes para comprender la evolución histórica del lenguaje humano, me resolví a publicar mis estudios fonéticos del dialecto chileno en revistas científicas alemanas. Así salieron en los años de 1891 y 1892 mis *Chilensche Studien* en los tomos V y VI de la revista *Phonetische Studien*, editada por el profesor Wilhelm Viëtor, de la universidad de Marburgo. En seguida se publicó en la gran revista *Zeitschrift für Romanische Philologie*, editada por el profesor Groeber, en 1891 (tomo XV, págs. 518-522), un artículo *Sobre la morfología hispanoamericana (Zur spanisch-amerikanischen Formenlehre)* y en 1893 (tomo XVII, págs. 188-214) mis *Contribuciones al conocimiento del lenguaje hispanoamericano (Beiträge zur Kenntnis des Amerikanospanischen)*.

Estos trabajos quedaron naturalmente desconocidos en Chile y ahora van a ser publicados en español en el tomo VI de la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*, en la misma forma que los *Estudios sobre el Español de Nuevo Méjico* de Espinosa.

8. En 1893 comencé mis publicaciones científicas en castellano en los *Anales de la Universidad de Chile* (citado: *AUCh*). Don DIEGO BARROS ARANA me pidió colaboración para un trabajo sobre *Lingüística americana*, del cual él escribió «su historia» (*AUCh*, 84, págs. 985-1006) y yo «su estado actual» (*l. c.*, págs. 1006-1029). Este artículo trata solamente de las lenguas indígenas, no del español de América.

El año siguiente comencé a trabajar en el estudio del lenguaje vulgar chileno con los *Ensayos filológicos americanos: I. Introducción al estudio del lenguaje vulgar de Chile* (*AUCh*, 87, págs. 113-132) y *II. Observaciones sobre el estudio de los dialectos y literaturas populares* (*l. c.*, págs. 353-367).

En 1905 se imprimió como anexo a los *AUCh* mi *Ensayo de programa para estudios de folklore chileno*, presentado a la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile en la sesión del 9 de julio de 1905, y se volvió a imprimir en el primer número de la *Revista de Folklore chileno*. Ahí di un resumen de la fonética chilena y reglas para la transcripción de documentos en dialecto chileno. Recomiendo la lectura de ese trabajo a los que quieren continuar con el estudio del lenguaje vulgar de Chile, tan necesario para contribuir a la labor de la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*.

La Sociedad de Folklore Chileno se había fundado el 18 de julio de 1909 y se fusionó con la Sociedad Chilena de Historia y Geografía en julio de 1913. Desde entonces no hubo sesiones especiales de folklore, pero se siguieron publicando trabajos folklóricos hasta el tomo IX en 1923 (*Cuentos populares en Chile*, por RAMÓN A. LAVAL).

En los años de 1895-1897 me dediqué a la publicación de mis *Estudios araucanos*, doce estudios con textos en mapuche y traducción castellana, con muchas notas (485 páginas) y una introducción (LI páginas), publicado todo en los *AUCh*. Entre los años de 1904 y 1910 se imprimió, como anexo a los *AUCh*, mi *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*. Contiene un *Prólogo* (44 páginas), una *Introducción*, con una bibliografía crítica de las obras sobre americanismos, y el diccionario con varios suplementos y anexos. Todo forma un volumen de unas mil páginas.

9. En los §§ 4 a 6 he dado un resumen sobre la poesía popular argentina. (Sobre el mismo tema he leído en estos días el trabajo, muy interesante, del doctor R. GROSSMANN: *Volksliteratur am Río de la Plata* [La literatura popular en el Río de la Plata], publicado en *Philologisch-Philosophische Studien. Festschrift für Eduard Wechssler zum 19. Oktober 1929*, págs. 34-44. El mismo autor ha publicado en 1926 un libro muy importante sobre los elementos extranjeros en el castellano del Río de la

Plata (*Das ausländische Sprachgut im Spanischen des Río de la Plata* 224 páginas, impreso en el tomo VIII de las publicaciones del Seminario de lenguas y cultura románicas de la Universidad de Hamburgo.)

Paso ahora a tratar del lenguaje vulgar de Chile. Cuando comencé mis *Estudios chilenos* no tenía a mano ningún libro impreso en dialecto chileno. Traté en los años siguientes de juntar todas las publicaciones referentes a la poesía popular chilena y publiqué en 1895 en alemán el primer capítulo del trabajo *Ueber die gedruckte Volkspoesie von Santiago de Chile*. Una edición completa en español *Sobre la poesía popular impresa de Santiago de Chile. Contribución al folklore chileno*, salió en el tomo VI de la *Revista de Folklore Chileno*, 1919 (*AUCh*, 144, págs. 151-622). Lo citaré *RFCh*, VI.

Estas poesías escritas por los «puetas» no ofrecen casi nunca dialecto puro, sino, en general, sólo algunas formas y palabras vulgares, que aparecen sobre todo cuando habla algún «huaso». Muchas veces los impresores dan la forma correcta del castellano, aunque por las rimas se ve que los «puetas» lo han escrito en la forma vulgar (rimas como *dejo-riesgo* (*riejo*), *fino-indigno* (*indino*); cp. *RFCh*, VI, pág. 93.

El mismo estado lingüístico se encuentra en el grandioso libro publicado por JULIO VICUÑA CIFUENTES en 1912, *Romances populares y vulgares recogidos de la tradición oral chilena*. Las formas y palabras dialectales, que el señor Vicuña explica constantemente en la notas, son relativamente escasas. Doy algunos ejemplos: «a vos se te arrancó el alma», pág. 32, «delen la carne salada», págs. 27 y 33: «Para ver si veida á alguien» (= veía), pág. 33; «podrís ser mi enamorada», pág. 35; «se jugaron pa lejas tierras», pág. 63; «Blanca Flor, de que la vido, — del susto se desmayó» (= vió). Las formas *vide* y *vido* del castellano antiguo se han conservado en muchas partes de América; véase *BDH*, III, § 132. De consiguiente la nota de Vicuña, pág. 60, en que se explica la *d* como intercalación afectada, al igual que en el ejemplo: «diciéndole: «Vida *mida*, — que los

hemos de casar — aunque *los cueste la vida*» (pág. 169) no corresponde a *vido*.

Sólo en pocos romances, como en los números 50, 64, 65 y 66, las formas dialectales son más frecuentes.

Un estudio de los romances populares debería hacerse en todos los países hispanoamericanos, para comprobar cómo continúa en América la literatura popular de España, traída por los conquistadores.

Del mismo autor se ha publicado en 1910 un trabajo muy interesante: *Coa, Jerga de los delincuentes chilenos*. Estudio y Vocabulario por JULIO VICUÑA CIFUENTES. (Obra presentada impresa por su autor al Congreso Científico Internacional Americano que se reunió en Buenos Aires, en julio de 1910). Imprenta Universitaria, Santiago, 1910 (146 págs.). En la larga lista bibliográfica (págs. 45-48) el autor da los títulos de los trabajos correspondientes hechos en la Argentina, Brasil, España, Francia e Italia.

El dialecto en Chiloé.

10. En los trabajos referentes a Chiloé, la única región chilena sobre la cual existen estudios detallados que voy a enumerar, se puede ver cómo un estudio minucioso del folklore, de la literatura y del lenguaje popular en cada provincia de Chile nos podría dar valiosos materiales para aumentar nuestros conocimientos.

En 1896 apareció en Ancud (Imprenta y Encuadernación de «El Austral») un librito de 83 páginas, *Chiloé*, por N. N. N. Su autor era un profesor titulado en el Instituto Pedagógico, DARÍO CAVADA C. Trataré de dar aquí un resumen de los once capítulos: I. Descripción de Chiloé. Idea general. — II. Colonización. — III. Instrucción pública. — IV. Productos de la isla. — V. Costumbres populares. — VI. Lenguaje dialectal, trabajos manuales, instrumentos primitivos. — VII. La *maja*, el *reitimiento*, la *minga* con sus bailes, el *curanto*, el

medán, los paseos, el *linao* (juego), la *chueca*, el *chalilo*. — VIII. Fiestas religiosas de la Virgen de la Candelaria, del Señor de Cahuache, los velorios, el entierro. — IX. Restos de mitología india: el *caleuche*, el *trauco*, el *imbunche* o *buta*, los *machis*, la Ciudad de los Césares; ánimas: el *chucao*, el *camahueto*, el caballo marino. — X. Libros de lectura favoritos. — XI. Medios de navegación, lavaderos, datos estadísticos.

En 1910 el señor presbítero FRANCISCO J. CAVADA imprimió en Punta Arenas un libro de 154 páginas: *Apuntes para un Vocabulario de Provincialismos de Chiloé (República de Chile) precedidos de una breve Reseña Histórica del Archipiélago* por FRANCISCO J. CAVADA.

Sobre esta base salió en 1914 el valioso libro del mismo autor *Chiloé y los Chilotes. Estudios de folklore y lingüística de la provincia de Chiloé (República de Chile) acompañados de un vocabulario de chilotismos y precedidos de una breve Reseña histórica del Archipiélago*. Este trabajo fué publicado en los números 7 a 14 de la *Revista Chilena de Historia y Geografía* y salió como tomo v de la *Revista de Folklore Chileno*. El material se divide en tres partes: Prefacio, pág. 5.

Primera parte. — Breve reseña histórica del Archipiélago de Chiloé. I. Geografía del Archipiélago, pág. 8. — II. Descubrimiento de Chiloé, pág. 16. — III. Chiloé en la época colonial, pág. 21. — IV. Chiloé desde su anexión a la República hasta nuestros días, págs. 36-67.

Segunda parte. — Estudios folklóricos. Advertencia, pág. 67. I. Carácter general de los isleños, pág. 69. — II. Leyendas, mitos y supersticiones, pág. 83. — III. Leyendas: La Ciudad de los Césares, el Cerro Tentén, el cerro Hornohuinco, la laguna de Cucao, la laguna de Huillinco, la islita de Imeldeb, pág. 88. — IV. Mitos: el Caleuche, el Thrauco, el Invunche, la viuda, la voladora, la Pincoya, el Piuchén, el Caballo marino, la Manta, el Basilisco, el Camahueto, los Brujos, pág. 92. — V. Otros mitos de menor importancia, pág. 112. — VI. Otras supersticiones: Los Machis, los Entierros, varias otras, pág. 114. —

VII. Costumbres isleñas: La Maja, el Curanto, la Cena, el Reitimiento, la Trilla, el Medán, la Minga, el Chalilo, Velorios del ángel, el Quegnún o paseo, pág. 127. — VII. Fiestas religiosas, pág. 151. — VIII. Viviendas de los Isleños, pág. 159. — IX. Bailes populares. pág. 163. — X. Juegos populares, pág. 176. — XI. Medicinas populares, pág. 188. — XII. Remedios supersticiosos, pág. 195. — XIII. Literatura popular (Romances populares y vulgares), pág. 197.

Tercera parte. — Estudios lingüísticos. Chilotismos, pág. 260. — Chilenismos sin uso en Chiloé, pág. 266. — Vulgarismos provinciales. Cambios fonéticos, pág. 270. — Morfología, pág. 274. — Solecismos o vicios de sintaxis, pág. 276. — Vocabulario, pág. 286 a 448.

En el mismo año de 1914, cuando salió este estudio teórico *Chiloé y los Chilotes*, don DARÍO CAVADA C., imprimió en Valdivia (Imprenta Central, J. Lampert) *Vida Isleña (Novela de Costumbres lugareñas)*. Ahí se da en 115 páginas una descripción detallada de todos los asuntos característicos de la vida de los Chilotes. En este cuento todas las personas usan el lenguaje dialectal que les corresponde y emplean innumerables regionalismos que se dan a veces en cursiva, pero generalmente sin explicación del significado. La lectura, por esto, no es fácil, pero muy provechosa para los que quieran estudiar el folklore y el dialecto vulgar de Chiloé. Las palabras desconocidas pueden verse en general en el libro *Chiloé y los Chilotes*. Para el mismo objeto sirve otra publicación barata de FRANCISCO J. CAVADA: *Diccionario Manual Isleño, Provincialismos de Chiloé (Chile)*. Santiago de Chile, Imp. Yolanda, 1921 (136 págs.).

Este libro contiene muchas palabras que no han aparecido en publicaciones anteriores y da casi siempre la etimología. Sólo es lástima que las citas que Cavada hace de los autores que le prestan materiales no figuren con la exactitud que pide un trabajo científico. Así, por ejemplo, indica en las páginas 5 y 6 los autores de estudios dialectales sin dar los títulos exactos de los libros.

DON DARÍO CAVADA C. publicó en 1924 un librito: *Cuentos didácticos para lectura escolar*. Los Angeles, 65 páginas en prosa y 17 en verso. Dos años después, en 1926, el mismo autor imprimió *Centenario de Chiloé, 1826-1926. Tipos, bosquejos y leyendas insulares*. Los Angeles, 98 páginas en prosa y 36 en verso.

En la página 285 de *Chiloé y los Chilotes* el autor dice: «No se olvide que éste es apenas un ensayo, el primero que se hace en la materia, y que en esta obscura senda no hemos tenido ningún guía que nos precediera con la antorcha en la mano. Nadie, pues, extrañe si muchas veces tropezamos: algunas, por las asperezas del camino; las más, por falta de vista».

Efectivamente las indicaciones sobre la fonética, morfología y sintaxis del dialecto chilote a veces son poco claras y se enredan por la enumeración de los chilenismos no usados en Chiloé.

Fonética y morfología de Chiloé.

Daré a continuación un extracto de los puntos más interesantes del dialecto chilote, aprovechando los *Estudios lingüísticos* de A. Cañas Pinochet de que hablaré más detalladamente en el párrafo 12.

En Chiloé se usa, lo mismo que en el Centro de Chile (provincias de Aconcagua hasta Talca), la *y* en vez de *ll* (*cabayo*, *gayo* por *caballo*, *gallo*), mientras entre el río Maule y el Biobío se conserva la *ll* legítima española ¹. La *s* final de sílaba tiende a perderse o a pasar a *h* aspirada, como en todo Chile. La *d* intervocal se pierde: *lo isen tooh* ('lo dicen todos').

No pasa, como en el Centro, la *l* ante consonante a *r* y la *r* final a *l*: *cardo* (caldo), *asel* (hacer).

Parece particular de Chiloé la pérdida completa de la *g* y de la *y* en casos como (pág. 270): *erra* (guerra), *ota* (gota), *loria*

¹ [Una investigación en el terreno podrá modificar esta aseveración. Entre el río Maule y el Biobío hay zonas que distinguen la *ll* de la *y* y otras en que predomina la *y*. (Nota del profesor Pino Saavedra)].

(gloria), *lueo* (luego), *fiúra* (figura), *luar* (lugar), *paen* (paguen); *egua* (yegua), *aer* (ayer), *maor* (mayor). Lo mismo sucede con la *b*: *ufío* (bufido), *ufanda* (bufanda), *afeh* (bofes) (pág. 272).

En la morfología, según Cavada, están muy revueltas las formas de la segunda persona, que se construye en el Centro según la fórmula: «¿Aonde te vañh voh con tu poncho?» Cavada (pág. 277) da p. ej.: *vos sabes, no ves vos, tú verís, tú cantarís*. Deberá rehacerse un estudio sistemático de toda la morfología de Chiloé¹.

¹ Considero de interés añadir algunos fragmentos de la novela inédita *Los trabajos de don Remigio Cárdenas*, de que es autor don Rubén Azócar, gran conocedor del lenguaje y costumbres de Chiloé:

«—De volver, habían de volver; muerto no andaban...

—¿Y quién lo vido? — preguntó Marruco, mientras alargaba el pescuezo y se echaba un trago de uva con la bota en alto.

—Yo lo vide...

En un instante, la novedad de una ráfaga zarandeó los aparejos y aflojó las amarras de la trinquetilla.

—¡Hum! El viento va a salirnos por el golfo, — rezongó Naím, que era el piloto, y anduvo prestamente hacia proa; ahí estiró los cabos, apretó los nudos, y se vino al timón.

—Yo lo vide a don Antonio Andrade, — empezó a decir otra vez —; lo vide; sí, donde el mestizo Cárcamo lo vide, saben.

—¡Catay!

—Él mesmo me lo preguntó lo del tío Niculás; a estas horas don Antonio andan en Chonchi... ¡Seguro!

—Andarán.

—El hombre vienen fuído, ¿saben?

—¡Jesús!

—¿Se han fuído? ¿De dónde se han fuído?»

«—Plata, ¿traerán?

—Traerán... ¡Puah!

Yo sentí decir que traían pesos nacionales, ¿saben?

—Pa vos, todos son decires, — saltó Manquemilla, el más viejo de los marineros...»

«El viajero había avanzado hasta ellos.

Literatura dialectal chilena.

11. Como he indicado en el § 9, cuando escribí mis *Estudios chilenos* sobre el dialecto popular de Santiago en 1891 y 1892, no tenía ningún libro impreso en lenguaje vulgar. El primero que encontré es *Don Lucas Gómez, o sea El guaso en Santiago*, juguete cómico en dos actos y en prosa por MATEO MARTÍNEZ QUEVEDO, 4ª edición, 61 páginas, Valparaíso, 1896, que ya mencioné en 1894 en mis *Ensayos filológicos americanos* II.

El autor dice en el título que esta comedia fué estrenada con el más brillante éxito en el Teatro Municipal de Curicó, el 14

—Buenas noches, amigos... Estoy a su orden.

—Manden, señor, — terminó el piloto.

—¡Catay! Si son don Antonio... De dónde salen, caballero, — exclamó Manquemilla».

«—No lo van a conocer a Chonchi, don; el pueblo se arrimó a la marina; no más que la parroquia y las casas de don Eulogio Álvarez y de Eneérico Vera están arriba.

—Lo tengo sabido.

—Y en Huitaque no viven nadies, desque sacaron al finado...»

«—¡Ay, Señor! A don Lorenzo le bajaron de Quilán con fiebres; echaban sangre por la boca; maganto, sí, señor, venían; luego trajeron al doctor, y nada... nada... Su cuñado Vargas anduvieron a Quicaví, a consultar el Macho de la Cueva por la Revisoria, ¿saben? Tiempo perdido, don... Ya saben Uds. cómo eran su padre; él hacían su voluntad y tenían sus enemigos; una no puede saber qué fué aquello...»

«—Mas, ahora no es lo mesmo. Qué patrón se han peraido. Coraje no le faltaron nunca. ¡Uh!

—Bueno sí que eran, y bravo, amigos. Uno para los otros; ésa es la ley. — Baja la voz, hace una mueca, revolviendo en su boca el trozo de tabaco, y con misterio suelta estas palabras: — El viejo Cárdenas tuvieron alumbrado su cuarto hasta la amanecida».

[El empleo del verbo en plural con sujeto singular es corriente en Chiloé y significa respeto o cortesía con respecto a la segunda o tercera persona. (Nota del profesor Pino Saavedra)].

de julio de 1885. Después ha sido representada en más de 200 funciones en casi todos los teatros de Chile. Se vendieron 24.000 ejemplares de las tres primeras ediciones. En las «dos palabras» de la introducción declara que la confección de la comedia le ha sido inspirada por el libro de DANIEL BARROS GREZ, *Cuentos para niños grandes*, impreso en Bruselas en 1868, pág. 183: Libro tercero, cuento VI, *El guaso en Santiago*. Este cuento de siete páginas dice simplemente que un hombre rico, de la buena sociedad de Santiago, invita a su hermano, un huaso de la provincia de Colchagua, a hacerle una visita. El huaso se encuentra muy molesto con las fiestas, comidas y bailes en la casa de Santiago, que no le gustan («Esto es lo que no me gusta en los poblaos, esta maldita y apretá «pulítica»), l. c., pág. 24. A los pocos días se vuelve al campo.

En el cuento de Barros Grez no se encuentra ninguna palabra en dialecto. La gracia de la comedia de Martínez Quevedo está en primer lugar en el lenguaje dialectal de Lucas Gómez, en general muy bien observado. Naturalmente la escritura no es fonética científica; mantiene p. ej. siempre la *ll* por *y*, la *c* y *z* por *s*, y es a menudo caprichosa en la separación de las palabras. He aquí algunos ejemplos:

«¿No tei dicho que no hei venío dia caballo? Y por qué te rei vo? (págs. 10 y 11). — En fin, dejate de liona y tré lescubilla pá que sacuai la tierra quei agarrao en el camino y en la queida del verínculo (pág. 13) — ¿Mi gracia? . . . No testís creyendo ques mui poca que igamos. ¡Mira! yo soi un diablo pa lo ques correr en las vacas; y lo que pa topiar, ei si pué, que no me la gana naide! Desafiaría a cualquierita, que le crucen no más, y verís güeno. Agora, pa lo que es bailar una *zamba* cueca, no hai quien pegue, pué (pág. 13). — Porei echarís de ver vo si soi pobre y si tendré demasio con que vivir (pág. 17). — Agora mesmo me voi (pág. 45). — En lestación de San Francisco me atraqué con empanáas, que son tan bien regüenas, y te treido unas cuantas, pero en la queida que me di jué el canasto al suelo y se me hicieron tirititas. Mira, ¿no veis como hei quedao? (pág. 19). — Sé

onde apreta el zapato, prencipalmente ende que mei puesto estos endemoniaos que miacen saltar lágrimas toos los días cuando voí a la recoba onde Pérez a tomar mi tasita e cardo (pág. 33). — Renuncio a too eso que se llama cevilación, porques una cevilación bien perra que los maltrata» (pág. 34). — *Los* maltrata es la forma popular efectiva por *nos* maltrata. *Cevilación* es más bien una broma; pero *estógamo* (pág. 33) es forma corriente entre los huasos. En vez de *ulpo* y muchas otras palabras con *l* + consonante, como *engüello*, sería correcto decir *urpo*, *engüerto*. *Cuelpo* (pág. 24) y *pulgatorio* (pág. 40) podrían sólo explicarse como «ultracorrecciones».

Todas las otras personas del juguete cómico hablan castellano corriente; sólo el inglés que tiene una pelea con Don Lucas en el Club Hípico chapurrea un español ridículo: («Mi no importado! y si yusté no pagar, mi diciendo a la paco que toca la pita»). Este personaje, según el reparto, fué representado por el autor, Mateo Martínez Quevedo.

12. En este párrafo hablaré de las publicaciones en lenguaje vulgar chileno que he recogido en los treinta años de este siglo. Las primeras y, por las notas científicas, las más importantes son las del señor ALEJANDRO CAÑAS PINOCHET, muerto en 1923. Cañas Pinochet dió varias series de conferencias en la Sociedad Científica de Chile. Las publicaciones científicas del señor Cañas Pinochet se refieren a muy variados estudios antropológicos, lingüísticos, geográficos e históricos (véase p. ej. el § 77 de mi *Diccionario etimológico*).

El autor viajó muchos años por todas las provincias de Chile e hizo apuntes sobre el dialecto vulgar y las lenguas indígenas. Las dos publicaciones a que me refiero aquí tienen los títulos: ALEJANDRO CAÑAS PINOCHET: *Escenas de la vida agrícola en Ultra-Maule*. I. *Siembra, siega, trillas*. II. *Viñas, vendimias*. III. *Chacras*. (Estilo campestre). Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1903, XIV + 119 páginas en dieciseisavo. Citaré: Cañas I.

Estudios lingüísticos (El dialecto colchagüino). ¡Cuánto puede la porfía! Poemita dramático escrito en aquel dialecto por A. CAÑAS PINOCHET, Santiago de Chile, Imprenta i Encuadernación Universitaria, 1907, XXXVIII + 66 páginas en dieciseisavo. Las primeras 38 páginas contienen *Breves noticias de los dialectos chilenos*. Las páginas 1-4 dan una copia de la Descripción de un Teatro por Tristán Montoya, autor que trataré más abajo. Las páginas 5-49 dan las 262 estrofas de a cuatro versos del «poemita», y las páginas 51-66 *Anotaciones dialectales con sus equivalencias*. Citaré: Cañas II.

Clasificación de los dialectos chilenos.

En las *Breves noticias de los dialectos chilenos* (Cañas II, págs. IX a XXXVIII) se da una clasificación de los dialectos que corresponde casi completamente a la que hice yo en mi *Dicc. et.*, § 58 a § 62, pero con algunas denominaciones un tanto extrañas.

Del norte al sur se distinguen:

1) Cañas: castellano *tarapaqueño*. = Lenz: *norte* desde 18° hasta 26°, provincias de Tacna, Tarapacá y Antofagasta. En esta región según Cañas, pág. XII, y Lenz § 58a, no hay dialecto vulgar chileno.

2) Cañas: dialecto *coquimbano*. = Lenz: *norte de Chile* desde 26° hasta 32°, provincias de Atacama y Coquimbo hasta el río Choapa. Lenz, § 58b.

3) Cañas: dialecto *colchagüino*. = Lenz, § 59a: *centro* desde 32° hasta 37°, provincias de Aconcagua, Valparaíso, Santiago, O'Higgins, Colchagua, Curicó y Talca hasta el río Maule.

4) Cañas; dialecto *pencón*. = Lenz, § 59b: *centro meridional* desde 37° hasta 39°, provincias de Maule, Linares, Ñuble y Concepción hasta el río Biobío. Y Lenz, § 60 dialecto *sur* desde 39° hasta 42°, provincias de Arauco, Malleco, Biobío, Cautín y Valdivia y Llanquihue. Cañas denomina *pencón* hasta el río Toltén y junta Valdivia y Llanquihue con Chiloé.

5) Cañas: dialecto *chilote*. = Lenz, § 62.

Las indicaciones fonéticas sobre el dialecto de Ultra-Maule (Cañas I, págs. x-xiv) se repiten en Cañas II, págs. ix-xxxviii y se agregan noticias sobre el dialecto del Centro (colchagüino). Hay, sin embargo, muchos errores y erratas. El cambio de *l* + consonante en *r* + consonante y el cambio de la *r* final en *l* muchas veces no se indican. El grupo *lch* en el centro se conserva. Sin embargo Cañas II escribe *Corchagua* (estrofa 145) y *corchagüino* (estrofa 251). Son falsas las formas *puella* (estrofa 122), *cuelpo* (estrofas 46, 91, 93), *calsones* (estrofa 33), *cuarchingana* (estrofa 37), *cual tinaja* (estrofa 35), *der infierno* (estrofa 15), *cárser* (estrofa 163) por cárcel. Pág. 63 dice *calser*. La forma popular de *teatro* es *trriato*, [= trjáto] como se indica en la pág. 63.

La indicación de Cañas II, pág. xxiii, de que *m* pasa a *n* delante de *b* y *p*, es falsa; se trata sólo de una suave nasalización de la vocal precedente: *cambiar*, *campo* pasan a *cãbiar*, *cãpo*, no *canbiar*, *canpo*, como dice Cañas II, pág. xxxiv.

Dialecto de Ultra-Maule.

Doy como ejemplos de la escritura de Cañas las primeras estrofas de las *Escenas de la vida agrícola en Ultra-Maule*:

Mi güen patrón on Miguel
Hizo ahora años gran barbecho
Que 'espúes e roto el suelo
Queó sin ningún defeuto.

Tan grande jué aquel trabajo
Que comenzó en aquel serco,
Corrió por aquella loma...
I no jué chico por sierto.

Los güeyes la paesieron
 Espués e tanto trabajo,
 Allá por la primavera
 No echaban na 'e flacos.

L'hacienda había guardao
 Mucha paja pal invierno,
 Que les dábamos tupío;
 Pocos por esto murieron.

La *l* delante de consonante en Ultra-Maule no pasa a *r*, como en el centro. Cañas I da, por ejemplo: *golver*, págs. 24, 26, etc. (pero escribe *volvióse*, pág. 15), *algo*, pág. 8, *alcanse*, pág. 23, *polvillo*, pág. 5, *boldo*, pág. 39, *dulse*, pág. 55, etc.

El grupo *dr* pasa, como en todo el país, a *ir*: *paires*, págs. 40, 47, etc. La forma *adres* por *aires*, que Cañas usa págs. 43, 47, 104, etc. es sólo una ultracorrección del mediopelo; no se pronuncia entre los huasos.

Como lo veremos también en muchos otros documentos, Cañas mantiene la forma del pronombre *nos* (págs. 81, 88, 96, etc.), que en el pueblo se sustituye por *los*. La palabra del castellano antiguo *dende*, en el sentido de *desde*, no debería escribirse en dos palabras, como lo hace Cañas I, pág. 17: *en di aquí y en de la mañana*, pág. 22.

Cañas II, en dialecto colchagüino, comienza así:

Se arrancó de puro guaso
 José Goyo mi aparsero
 Que casi escalabrao
 Ha di haber yegao ar suelo.

Por er apuro cuando iba
 Sartando por los tableros
 De esa escalera tan larga
 Que casi topaba ar sielo.

Yo me queé, pus mi plata
No la pierdo así no más,
Viendo sobre too abajo
A mi patrón on Tomás.

Lo que ñor Goyo no ijo
Yo lo pueo bien esir,
Porque así como er entiende
Yo tamién sabré escrebir.

Como se ve, las publicaciones del señor Cañas presentan materiales muy valiosos para el estudio de los dialectos chilenos, aunque no alcanzan a ser trabajos científicos estrictos. Cañas no pretende ser «poeta»; si escribe en verso lo hace porque cree que así la lectura será más agradable para los interesados.

13. En el mismo año de 1903 en que Cañas editó sus *Escenas de la vida agrícola en Ultra-Maule*, comenzó a publicar una colección de verdaderas poesías el señor ANTONIO ORREGO BARROS: *Alma criolla*. En las páginas 1 a 51 hay una colección de lindas poesías en castellano; en las págs. 52 a 125, *Tristezas del monte*, siete cantos populares en dialecto. Voy a reproducir, en parte, un artículo que publiqué en el *Ferrocarril* el 26 de enero de 1903:

Cantos populares.

Damos a continuación fragmentos de una leyenda en estilo popular, obra del joven poeta don Antonio Orrego Barros. En España y Francia se emplea hoy día, en este género de composiciones, el estilo del pueblo, como el señor Orrego hace. Esta composición, de fondo lleno de sinceridad y de sentimiento, presenta una forma original y nueva para el público chileno. Es el verdadero estilo del folklore. El título es *Tristezas del monte* y el subtítulo *leyenda del pueblo*.

¿Te acordáis de la Rosa? ¿de aquella
 Que queríais ser vos el pairino
 Cuando el niño del plano le hablara
 Y allá onde el cura ijieran lo mismo?
 ¡Qué pareja tan bien hermanáa
 Cuando andaban corriendo juntitos
 Por los bien reempinados faldeos
 O al caso trepados arriba en los riscos.
 ¡Quién ijiera lo qu'iba a pasarles
 A Rosa y a Chuma,
 A esos dos chiquillos:
 A la Rosa tan pobre y tan güena
 Y a Chuma pa too tan ágil, tan listo!

Yo creía que estaban templaos
 Y toos en el monte creían lo mismo
 Por lo bien hermanos
 Que eran dende niños.

Es el caso que el taita e Chuma
 Le icia i icia al chiquillo:
 — «Mirá qu'eres criaio en el plano,
 Tenís plata y al fin eres m'hijo
 Y no quiero qu'andís con la chica
 Que vive allá arriba trepá por los riscos».
 Y el chiquillo queaba callao
 Pus pa mí no pensaba lo mismo.
 — «Tú mereses, icíale el viejo,

Una niña que tenga estino,
 Más mejor presentá pa la jente
 Y que lleve mejor apellido.»
 Y el chiquillo queaba callao
 Pus pa mí no pensaba lo mismo.

.....
 Jué un dia Domingo
 El que descojieron;
 Como sin destino
 Partió la pareja, camino del pueblo.

E aquellos contornos
Lo que 'e ve primero
Es el cerro e las cruces
Allí amarillando como un pelaero.
.....

Bajaron los novios
Y bajó el cortejo
Siguiendo los rastros
Que 'ejan las chanchas e los leñateros.

Toititos bajaron
Y toititos vieron
En lo ondo del valle
Al cerro e las cruces, amarillo, seco.

Y sobre el picacho
Que corona el cerro,
Onde están las cruces
Allí colocáas por los misioneros,

Allá onde encienden
La vela a los muertos,
Estaba la Rosa
Calláa, llorosa, vestía e negro

Y dende allá arriba
Batía el pañuelo
Di un moo tan raro
Que apenaba el alma, daba 'esconsuelo.

Lo reproducido basta como muestra del lenguaje empleado. He mantenido fielmente la escritura del original, salvo algunas palabras y formas alteradas por el autor en el ejemplar del *Ferrocarril* que me mandó. La escritura, como se ve, es sólo medio-popular. Hay que aplicar correcciones semejantes a las que hice en el § 12 al dialecto colchagüino de Cañas.

En 1910 se publicó, por la Librería Electra, *La Marejá*, dra-

ma en tres actos y en verso por ANTONIO ORREGO BARROS. Ilustraciones de Arturo Gordon. (174 páginas grandes.)

Éste es el libro más valioso de la literatura en dialecto popular que conozco. Describe la vida sencilla de una familia de agricultores en las montañas de Chile, que sufre un drama, o, más bien, una tragedia, por la ingerencia de un «forastero» (un minero del norte) criminal. El lenguaje es esencialmente el mismo que he citado en *Las tristezas del monte*. En la representación que se hizo en el Teatro Municipal de Santiago el primero de agosto de 1931, pudo verse cómo la aprecia todavía el público.

14. En 1913 se imprimió en Santiago (Soc. Imprenta y Litografía Universo) un librito popular: *Aventuras de Usebio Olmos* por JUAN DEL CAMPO, 1^{er} tomo. Contiene en 109 páginas veinte capítulos de la vida de un «roto» de los cerros de Valparaíso. Los títulos son: 1. Usebio Olmos en viaje al Puerto. — 2. En un velorio. — 3. Usebio poeta. — 4. Usebio entra de paco. — 5. De guardia. — 6. Lo pasó por inocente. — 7. Usebio de pequenero. — 8. La fábrica en quiebra. — 9. Usebio de remolienda. — 10. De conquista. — 11. Jugando a la chaya. — 12. Usebio se confiesa. — 13. Usebio plantao en cuaresma. — 14. Usebio se le fuga a un paco. — 15. Bolseando a don Yusepe y a Vitorio. — 16. Usebio entra a ejercicios. — 17. Usebio en una procesión. — 18. Usebio en la Comisaría. — 19. En un santo. — 20. — En un casamiento.

El lenguaje quiere ser todo dialecto puro, pero hay muchísimas formas absolutamente falsas, sobre todo *l* por *r*. Así, se escribe siempre *polque* en vez de *porque*. Se pone *cuelpo*, *olden*, *unifolme*, *pulgante*, *mayolmente*, *coltar*, etc. En cambio la *r* final, que debe pasar a *l*, y la *l* delante de consonante, que debe pasar a *r*, se conservan casi siempre. Página 45: se imprime en rima con *calla*, que debería ser *farta* y *carta*. Página 40: se escribe *carchona*, aunque delante de *ch* la *l* debería conservarse. La separación de las palabras es muy caprichosa. Son

de cierto interés folklórico los frecuentes apodos de las personas, exclamaciones y giros proverbiales. Lo que se describe son peleas, borracheras y amoríos de los «rotos», la peor clase de los habitantes del «puerto».

He aquí un ejemplo del capítulo 4°:

«Me juí entonces pa onde el comisario, un caballero gordito y entrao en carnes, quiusa unas vidrieras en los ojos y que no tiene ni un pelo e lesa, y le ije:

—¡Patrón! ¿Tengo facha pa paco?

—Vos parecís pillo, me ijo.

—Yastá payasiando, yo a naiden le he sacao ná, si no se escuidan. Y por último, patrón, entre patraquiar al prójimo y no patraquiar, lo mejor es desvalijarlo, polque así andaré más liviano.

—¿Vos soy roto baquiano pal pito? me ijo.

—No soy muy güeno que igamos, pero si el patrón quiere se lo toco.

—¡A mí no me tocái ná!

—No senoje, le ije, si es que no miantendió su mercé. Vamos a vel qué tengo que saber pa ser pascual de pelo en pecho.

—¿Sabís ler y escribir? me priduntó.

—Como lagüita y además soy diaguante pal trago; ei estao en el chucho remuchísimas veces; me gustan harto las sirvientas y miago el zorro cuando me conviene.

—Esués dionbre, me ijo entusiasmao, polque aquí se necesitan rotos gallos. ¿Sois güeno pa las guantás?

—Si usted permite, patrón... (y me escupí las manos pa endilgarle un sopapo costillero, cuando el gallo se menjurruñó lo mesmo que matapiojo.)

—Si no te asosegái te pongo en la barra.

—Toy acostumbrao, le ije, ¿qué liaré elagua al pescao?

—¡Güeno, te queai, polque me abís gustao artazo!

Entonces mandó llamar al primero Pino y me entregó pa que me manipuliara.»

Un libro parecido al de Usebio Olmos salió con el título: *Chilenadas*, Crónicas criollas, por ROMANÁNGEL. Imprenta «Blanco y Negro», Santiago, 1923 (73 páginas). Las páginas 3-8 presentan *En el umbral*, un prólogo de Pedro E. Gil, en que dice que el autor es un joven de nombre Joaquín Moscoso que ha

publicado sus anécdotas en varias revistas. «Su dominio de la parla populachera, con sus giros imprevistos, de una graficidad incomparable... todo esto presta a las narraciones de Roman-ángel el prestigio único de lo observado al natural... Calixto Fredes (el héroe del libro) es una creación de la vida militar, como Usebio Olmos, de Juan del Campo, es una creación del mismo roto actuando en la vida civil.»

Efectivamente es uno de los libros que escriben mejor el dialecto chileno. Usa correctamente siempre el pronombre de primera persona plural *los* (*los hacían formalos en linia*, pág. 21). Mantiene sin embargo a veces la *l* delante de consonante, que debe pasar a *r*, y escribe a veces *cuelpo*.

El libro se divide en tres partes: I. El Milico Maximalista (4 capítulos); II. El Roto Choro (3 capítulos); III. El Paco Aníñao (5 capítulos). Como en la imprenta evidentemente faltaba la letra *ü* se imprime siempre *ii* (*güieno* por *güeno*, etc.), lo que corrijo. Hay unas cuantas palabras vulgares que no conozco.

Doy como ejemplo el comienzo del primer capítulo, «El Servicio Militar».

«Calisto Frees, pa servirles:

Onde me ven, icken qu'hei sio el roto mas aniñao e mi tierra; pero, las pinzas que me vienen con cuchufletas, les iré. Me sacaba choro como caballo, que unos guainas de la santa tierra, a caa ná, m'echaban boca como mote, porque nuavía hecho na la guardia. Mevicían que no sabía lo qu'era güeno y qu'entonces nuer hombre. ¡Me consolara que miajisaba! Hasta que me ije: me voy no más, aunque le repese al que le requetepese, como ijo on Arturo.

Y aqu'istoi.

M'hei venío e la Rinconá con el único propósito e cumplir como lo manda la patria, y pa que no m'echen más boca. Arrié con toos los chilpes que púe en un saco quintalero, con una callaná de harina que m'hizo mi güela y con un sartal de tortillas, pa no pasal hambre. La Sinforosa, ques la pior es na, lloraba como caballo. En cuanto miapié en l'estación de Santiago, tome un alameda parriba en direuta pal Güin. Le preunté a un milico que había en la puerta, mas tieso que Peiro allulla, con un'escopeta e tiros por hacer y un sombrero reondo y alquitranao y con un pico dioro en la punta, que con quién poíría hablar p'hacer mi servicio melitar: ¡Cao guardia! jué

l'único que gritó como caballo. Salió otro gallo e los mesmos y m'hizo pasar pa entre onde había una choriza e guainas, por las mesmas que yo.

En cuanto me tocó el turno d'entrar, me preuntó uno de los qu'estaba sentao:

—A ver tu papeleta.

—¿Que papeleta, ñor? le ije.

—¿Soi incrito vo?

—No me hai encrebio ná.

—Entonces vo soi... rasimo o resimo, en fin que no miacuerdo bien.

—Aquí hai un remiso... remiso, eso es. Y sin más ni más, m'echó a otro pa que s'encargara e mí.

El otro m'estigó a preuntas, priuntándome hasta por la maire que m'echó al mundo.

—¿Cómo te llamai vo!

—Calistro Frees, pa servirle.

—¿Tu taita, tu mama, tu agüela, tenís hermanos, soy casao, cuántos chiquillos tenís, en qué te ocupai, diónde soi, cuándo naciste, qu'enfermeás habís tenío, eucétera, ñor, quel intruso quería sabelo too!

—Güeno, me ijo endey que mianotó, vos por infrautor vai por 21 día a la capacha, pa que otra vez t'incribai.

Y sin haber otro motivo me tuvieron la chorizá e dias encerrao, como si hubiera hecho algo.»

Dialecto Talquino.

15. Es un libro de índole particular el que lleva el título de *Aventuras de ñor Ernesto Parragué*. Colección de monólogos cómicos. Ensayo folklórico. Segunda edición aumentada y corregida. Imprenta Mejía. Talca, 1916 (122 páginas). Su autor es DAVID ERNESTO CÓRDOVA P.

Según se ve en el Prólogo de Víctor Barberis Cavalli (págs. 7-13), el autor, muy joven estudiante del liceo de Talca, había hecho imprimir seis monólogos en la primera edición de 350 ejemplares, que se agotaron en poco tiempo. En la segunda edición, que es la única que conozco, se agregan varias críticas (págs. 23-26). En la página 25 Andrés Blemont dice: «Los seis monólogos que componen el tomito están escritos, como ya lo hemos dicho, en el lenguaje de nuestro roto, ese lenguaje parco en locuciones, exento de eses, mordaz i un si es no es liber-

tino (pero que por supuesto no rebasa los límites de la decencia), que lo distinguen de cualquier otro sujeto. Sin duda alguna que el joven Córdoba imita a las mil maravillas la lengua popular: es innegable que ha asimilado en su libro las gracias, las cuchufletas, los jiros irónicos i los refranes de que hace gala el roto diablo. Pero no es menos cierto, también, que en muchas partes ha adulterado ese lenguaje, i que ha dado ciertos conocimientos al hijo del pueblo que éste jamás ha soñado.» Y critica en seguida con mucha razón algunas palabras falsas, como *ebogao* (abogado), *deutor* (dotor, doctor), que sin embargo se conservan en la 2ª edición, pág. 52. Otras, como *fransones* se han cambiado (*franchutes* = 'franceses').

El libro se compone de dos series, la 1ª (13 monólogos, cada uno con dedicatoria personal «a los amigos», págs. 29-82) y la 2ª, 8 monólogos dedicados «a las amigas», págs. 87-118.

Los temas son muy variados: la guerra europea, Ernesto quiere ser diputado, conferencista, reformar la instrucción, ser anti-alcohólico, hacerse poeta, etc.

El texto de los monólogos está en dialecto talquino y en general está bien observado, pero se inventan muchas palabras artificiales como *estromóviles*, *edroplanos*, *gramaticaura*, *fisicura*, etc. La transcripción fonética es como en todos los textos imperfecta. Se escribe *coire*, *poire* por *cobre*, *pobre*, para indicar la labial muy débil que otros autores expresan por *coure*, etc. La forma *intiulijente*, que aparece repetidas veces, me parece absurda.

El estilo jocoso es el mismo en todos los monólogos: hay muchas exclamaciones y giros proverbiales y populares. Daré un ejemplo (pág. 79):

Ñor Ernesto Paragué celebra el 18

«Al compañero Miguel A. Concha afectuosamente.»

¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!... ¡Güeno el jutre bien repaliquero oh!...

¡I me hallaría cara de Carmelito que le cargó con migo pu!... ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!... ¡Si es pa la risa ñor! onde ando, tiene que sucederme algo no más... ¡Vean ustedes! Agora no quise ir a echar una cueca a las fondas por no pasar una incomodidá... Yo soi tan bien rascarrabias i no cueso peumo en la boca... Por eso pa celebrar el 18 en calma i bien, juí onde el bachicha de la esquina, le compré una botella del mejor mosto i me las emplumé pa la cañá. Allá me senté en un banco a mirar pasar las chasconas i echar de cuando en cuando mi traguito.

Pero... ¡Por la chupalla del gobierno!... No hacían ni 5 minutos que estaba sentao, cuando llega un jutre mui perjumaázo, se sentó cerquita e mí i precipió a mirarme que era un gusto. ¡¡Venaiga la via ñor!! no me espegó la vista; yo al principio pensé que me queiría maunetizar i no le hice juicio... seguí echándole a caa rato mi traguito... Al rato, el jutre se paró i vino a platicar con migo... Se chantó delante de mí i con la frunsidura que tienen todos los jutres, me ijo: *¿Porqué tomás tantazo hombre?*...

¡Venaiga, ñor, las priduntas que me hace! (le ije yo)... *¿Te disgusta dar la razón porque tomás tanto?* — me ijo el jutre — ¡¡Claro, pus patroncito!! le ije yo; ¿acaso no le ha dao mollera Dios pa pararlas que si ando echando mi traguito es pa desechar penas i celebrar las fiestas patrias?

¡¡*Me gusta lidea!*! ijo el jutre *¿Acaso no hai otras maneras de celebrarlas?* *Pa eso están los pasedos públicos...* I endiai *¿qué saca uno con los pasedos públicos, cuando no lo ejan estar a su gusto?* le ije yo... *Mira* — me ijo el jutre — *yo soi miembro de la liga anti-alcohólica i te pueo asegurar que...* ¡¡No me iga ná ñor!! (le ije yo) *¿Qué ha hecho la tal liga por mí?* Los jutres que la componen se llevan en reuniones i reuniones i total, ná;... Hai que irse a la aución, patroncito, porque con palabras no sacamos ni agua... Sí juera por palabriar, yo me plantaba a descursiarle aquí mesmo i vería como lo ejaba con la boca abierta. *¿Acaso usté no ha óido nunca esa toná que dice: La palabra e los jutres es hoja quel viento la lleva. Infeliz la chiquilla... eucétera, eucétera?*

¡¡*Pucha el roto intiulijente!*! — gritó el jutre — ¡¡*Me gustaste oh!*!... ¡¡*Tenís razón hasta la paer del frente!*!... ¡¡*I pa que veai, que estoi de acuerdo con vos, vamos a tomar un trago a esa fonda i a echar una cueca, porque ende hoi, abrenuncio a la liga anti-alcohólica!*!

¡¡Póngale güeyes al tren, patroncito! le ije yo i los 2 abrasaítos entramos a una fonda, tomamos unos güenos tragos i ¡ja la cueca se ha icho!

¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!... Agora el jutre quedó bailando que era un gusto i yo me las emplumé escondiíto pacá...

Vengo a ajutrarme, porque está la fonda, ¡¡como se pide de chiquillas ñor!... ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!... Pero lo que más me ha gustao es que sin ser cura, estoi convirtiendo cristianos... ¡Ya ven ustedes!... El jutre, gracias a mi palabraje va abrenunciar a la liga i yo...

Siñores, vengo ajutrarme
 pa ir a bailar i a cantar.
 Si alguno quiere acompañarme
 no tiene no más que hablar (Telón).

16. TRISTÁN MONTOYA (LUIS ORTÚZAR GONZÁLEZ), *Toronjil i yerbamota*. (Versos). Imprenta Universitaria, 1916. 104 páginas. Al principio del libro hay una Advertencia. «La escritura de este libro tiende sólo en parte a la fonética popular. Se ha omitido en ella algunas elisiones, mutaciones, etc., en favor del sentido o de la ortografía, a fin de facilitar la lectura y el buen entendimiento de los versos».

El contenido son veinte poesías y un cuadro dramático «Dicha que vuelve» (págs. 81-102).

La escritura del lenguaje popular se distingue de la común por la substitución del grupo *br, bl* por *ul, ur*: *hauló* (habló), *poure diaulo* (pobre diablo) etc. La *l* + consonante se escribe a veces bien *güerta* (pág. 39), *durces* (pág. 40) etc. Pero pág. 10 se escribe *güella*, pág. 39 *golvió*.

Montoya es uno de los pocos autores que escriben bien *los* por *nos*. Es interesante que Montoya diga en la nota a la *Descripción de un teatro* (hecha por un huaso), que se publicó con algunos cambios de escritura en Cañas II, págs. 1-4: «Esta composición fué inspirada por la descripción de un barco, de Hilario Ascasubi», y en la poesía «Filosofiar a lo divino», pág. 34, cita al *venerable* poeta popular Bernardino Guajardo y al poeta «El Pequén» (Juan Rafael Allende). Se ve por esto que Montoya conoce la poesía gauchesca de Ascasubi y se interesa por los «puetas» populares chilenos.

Como ejemplo daré una parte del *Ofrecimiento* (pág. 10):

«Don Aniceto Gallardo,
 cogöllito de azucena,
 mi quería preceptor,
 a vos se dirije el poeta:

Perdóname si te ofrezco
por cuenta e flores, yerbas;
tómallas por su perjume
que güele a campo i a güerta,
a la falda e los montes
al venir la primavera.

«Toronjil i yerbamota»
es una humilde maceta
que formó mi propia mano
por los cercos i las vegas.
Tómallas por su perjume,
desimula si están feas,
vos que sabís de los hombres
discubrir las cosas güenas
i que tratai como amigo,
i con la mesma paciencia,
al que te busco aurigao
i al que no tiene chaqueta.

Es ná pa lo que te debo
señor, esta friolera:
a vos llegué poure diaulo
sin asomo e mollera;
m'enseñaste los palotes,
m'enseñaste a sacar cuentas,
vos me atizaste la gana
por la leutura i las letras,
oyéndome i celeurando
mis preuciones primeras;
reutitú i entendimiento,
tranquiliá e consciencia,
amor al triste i al poure,
lo que más vale en la tierra,
lo que es la feliciá
hasta en la propia miseria,
eso aprendí entre los bancoz,
eso m'enseñó tu lengua!

¡Si vieraí cómo al cantate
se me enrean las uñetas,

yo no sé si de alegría,
 yo no sé si de tristeza!
 Es qu'el cariño, señor,
 con que Tristán te recuerda,
 al cariño e los paires
 mismamente se asemeja!
 ¡Acéutame este librito
 en que van risas i penas,
 qu'el corazón te lo ofrece
 sin nenguna conveniencia!

Versos «libres», como en el *Ofrecimiento* que acabo de citar, se hallan en las composiciones: *Al leutor*, pág. 13. *¡Éjame!*, pág. 25. *Las cocoirilas*, pág. 37. *Los castigaos*, pág. 57. *La pena del gringo*, pág. 61. *El piuchen*, pág. 65. *¿Preceutor?*, pág. 43. *¡Poure payaso!*, pág. 47. *Corrió*, pág. 69. *Bequeriana campesina*. pág. 75. *Ta dejao*, pág. 77.

Son «poesías», es decir una cuarteta, que da el tema, y cuatro «pies» (estrofas) de diez «palabras» (versos, véase *RFCh*, VI, pág. 51), la composición *Por el amor*, pág. 17, y *Filosofiar a lo divino*, pág. 33, con *Despedía*. La composición *Al niño-e-Dios*, pág. 29, consta de 12 cuartetas; *Refleución*, pág. 55, contiene sólo dos cuartetas y *¡Los perros!*, pág. 73, tres cuartetas. La carta *A la veleidosa*, pág. 51, se compone de seis décimas, y la canción *El amante desgraciao*, pág. 41, que está acompañada de música del señor Humberto Allende, tiene tres estrofas de ocho versos.

Este libro de Luis Ortúzar González debe ponerse en la literatura popular chilena al lado de las publicaciones del señor Antonio Orrego Barros.

Material dialectal esporádico.

17. Como mi intención es la de indicar materiales para el estudio del lenguaje vulgar chileno, y no tengo más libros escritos completamente en dialecto que los tratados en los §§ 12-

16, juntaré en lo que sigue algunas observaciones sobre el lenguaje popular ocasionalmente empleado en las obras más conocidas de la literatura chilena desde mediados del siglo pasado.

El primero que se ocupó sistemáticamente del lenguaje vulgar es ZOROBABEL RODRÍGUEZ, que editó en Santiago, en 1875, su *Diccionario de chilenismos* (véase Lenz: *Dicc. et.* §§ 69, 70). En su novela *La Cueva del Loco Eustaquio*, publicada en 1863 (yo tengo solamente la segunda edición, hecha por E. Nercasseau Morán) muchísimos chilenismos están en cursiva. El lenguaje dialectal aparece sólo en algunos versos populares, como, por ejemplo, pág. 116:

—Mira, ¿pa quién *tais* lavando?

—Pa mi marido Miguel.

—¿Qué te casaste con él?

—I vos quedaste mirando:

Porque quien va a Portugal

Pierde siempre su lugar.

Pág. 117:

I dejando a mi barcino

Me le puse *elante* al toro

I le *ije*: ¡ah toro endino!

En todo el texto hay sólo unas pocas formas dialectales en boca del huaso. Por lo demás, el estilo de Rodríguez es más bien español clásico y a veces realmente anticuado.

18. DANIEL BARROS GREZ es uno de los escritores chilenos que ha dado más descripciones de costumbres nacionales de la primera mitad del siglo pasado. He revisado: *Pipiolos i Pelucos*, tradiciones de ahora cuarenta años. Santiago, 1876 (tomo I, 464 págs., tomo II, 445 págs.). Son raras las palabras y formas vulgares en cursiva, pero en algunas páginas muestra el autor que conoce bien el dialecto. Véase, por ejemplo, I, 304, 397 (una carta de un huaso), II, 367.

El huérfano, Santiago, 1881, una novela en seis tomos (total más de 1800 páginas), es la historia política, social y económica del pueblo chileno durante la administración Prieto (1831-1841). Hay muchas descripciones de escenas populares, por ejemplo, los palladores (I, 52), que ofrecen muchos versos populares a lo divino (págs. 55-57), a lo humano (págs. 57-61), con muchas palabras y formas dialectales en cursiva; una descripción de la zamacueca (págs. 62-66), un velorio del angelito (pág. 228). Hay muchas palabras chilenas que no figuran en los diccionarios.

En 1890 salió en Talca *La Academia político-literaria* (Novela de Costumbres políticas), 720 páginas, seguidas de un «Vocabulario de las palabras y frases no castizas que figuran en esta obra». Las 59 páginas de este apéndice contienen muchas palabras y frases interesantes. Sólo las explicaciones del origen de las voces son a menudo ridículas. El autor no tiene idea de lo que se llama etimología y filología (véase p. ej. pág. 35, *macuco*). En cambio es muy interesante la abundancia de refranes y frases hechas, proverbiales; cp., por ejemplo, págs. 330, 439 y siguientes. El capítulo xxx (pág. 332) trata de la zamacueca y su historia.

19. ALBERTO BLEST GANA se considera como el mejor novelista de Chile en el siglo pasado. En 1862 publicó *Martín Rivas*, novela de costumbres político-sociales. Yo tengo la edición de la librería Bouret, París, 1884, en dos tomos. Ignacio Silva, *La Novela en Chile*, Santiago, 1910, da, págs. 59-69, una crítica de Diego Barros Arana que insiste en el valor de sus descripciones de las costumbres chilenas de todas las clases, desde la aristocracia y el «medio pelo» hasta los huasos del campo. Los chilenismos están a menudo en cursiva. Véase p. ej. I, págs. 46-48, 124, 145; II, págs. 41, 61, 70, 71, 94, 171, 175, 177 con versos dialectales.

En 1863 publicó *El ideal de un calavera*, novela de costumbres. Yo tengo la 3ª edición de 1893 (Bouret, París) en dos to-

mos. Da ejemplos de la poesía popular que se canta en los nacimientos. Voy a dar un ejemplo para mostrar la escritura del autor, I, pág. 280:

Para divertirlo hartazo
Treigo el rabel de mi paire
Y vengo con mi comaire
Que canta lo más bienazo.

Unos quehillos le treida
De la baquillaita mida;
Me los merendé Marida
Porque ya de hambre no veida.

Heñora doña María
Aunque uhé de los quehillos
Le traigo un baquito e harina
Y una bolsha con huehillos.

ROMÁN VIAL publicó con el título de *Costumbres chilenas* dos tomos de pequeños cuentos, novelas, juguetes dramáticos y comedias. El primero salió en Valparaíso, 1889 (362 págs.), el segundo en 1892 (272 págs.). Aunque todo pasa en Chile y se usan a veces chilenismos en cursiva, no he encontrado lenguaje vulgar sino en el «apropósito cómico» *Una votación popular*, que se estrenó en Valparaíso en 1869. En esta pieza (I, 253-271) hay dos personas, el cabo Poblete y Peta, su esposa, que hablan dialecto.

20. Del presbítero JULIO T. RAMÍREZ O. he revisado dos libros: *El rancho*, novela de costumbres chilenas, Santiago, 1920 (234 págs.) y *Del mar y de la sierra* (cuentos y narraciones), Santiago, 1923 (252 págs.). El vocabulario de chilenismos es muy rico y en general no se marca con cursiva. Los huasos de Colchagua hablan siempre en dialecto. En una crítica aparecida en el *Mercurio* del 24 de agosto de 1924, se dice: «Mucha falta

hace en este libro un índice de las voces criollas semejante al que con tanto acierto colocó Víctor Domingo Silva, al final de *Papelucho*.»

Palomilla brava. Novela por VÍCTOR DOMINGO SILVA. Santiago, 1923 (224 págs.) contiene bastante material en dialecto vulgar y muchos chilenismos, de modo que el autor consideró conveniente agregar un *Apéndice*, «Vocabulario de regionalismos usados en el texto» (12 págs.), que da las explicaciones en forma muy razonable sin palabrería inútil.

MARTA BRUNET, *Montaña adentro*. Santiago, 1923 (105 págs.) La escena pasa en las montañas de la provincia de Malleco. El dialecto es de consiguiente del Sur, donde la *l* delante de consonante se conserva. Hay muchas páginas enteras en lenguaje vulgar. Se usa generalmente *vos sos* en vez de la forma corriente en el Centro *voh soih* (págs. 68, 80, etc.). Yo no sé si el uso de *tú* en formas como *tu bien sabís* (pág. 23), *tu que too lo vis y sabís* (pág. 37) efectivamente se oye en boca del pueblo al lado de *ya vis vos las penas* (pág. 43), *lo que vos querís* (pág. 44). En general el dialecto parece muy bien observado.

JULIO KLOQUES CAMPOS, *El hijo del vaquero*, novela. Santiago, 1923 (224 págs. de texto, con 75 páginas de prólogos de diferentes autores). Contiene muchísimos chilenismos y muchas páginas enteras en dialecto del Centro del país, de los huasos del Maipú.

LUIS DURAND, *Tierra de Pellines*, cuentos del Sur. Santiago, 1929. (págs. 1-11, prólogo del Sr. Ricardo A. Latcham; págs. 13-153, texto). Los huasos de la provincia de Malleco hablan su dialecto a veces por páginas enteras, aún con mapuchismos que son raros en el Centro, como *mapo* (págs. 5, 129 etc. = 'país, pueblo'), *coila* (pág. 75, 'mentira'), *pañi* (pág. 79, 'resolana'), *güeni* (pág. 142, 'joven'), es cosa *lape* el vinito este (pág. 23, 'muy rico, agradable'). Es uno de los pocos textos que usan constantemente *los* por *nos*: *los vamos*, pág. 56; *los llegó la mala*, pág. 59; *pa no morilos*, pág. 79, aunque dice pág. 63 *nosotros le tréidamos*. *Vos sos*, págs. 130, 138, etc. Son interesantes los

diminutivos de cariño *boñicho*, pág. 81; *reboñichas*, pág. 140; *chichica*, pág. 130.

21. El dialecto chileno, que se ve con tanta abundancia en los libros mencionados de Brunet, Kloques y Durand, sólo aparece en pocas frases en la mayoría de la literatura moderna. Así he revisado varios tomos de MARIANO LATORRE, que, sin duda, es uno de los mejores autores jóvenes de novelas chilenas. En su libro *Cuna de cóndores*, Santiago, 1918 (241 págs.) he contado frases en dialecto en más de cuarenta páginas. Como las escenas pasan en las cordilleras del Sur, también se hallan frases en dialecto argentino en las peleas de los huasos con los gauchos (págs. 93, 76, etc.).

Zurzulita (Sencillo relato de los Cerros), Santiago, 1920 (265 págs.) da algunos materiales en dialecto del Maule. En *Ully y otras novelas del Sur*, Santiago, 1923 (185 págs.) se halla poco dialecto, p. ej. págs. 100-105, pero Latorre conoce bien el habla popular y salen frases curiosas, como «porque sé dende chiquichicho que al hombre y al horno se le calienta por la boca» (pág. 114).

Chilenos del Mar, Santiago, 1929 (219 págs.), cuyos héroes son de toda la costa chilena desde Chiloé al Norte. Hay también poco dialecto (p. ej. págs. 32-39 y 56-59), pero se dan a veces frases en alemán e inglés.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Se ve, pues, que la literatura chilena trae muchos materiales que se deben extractar cuando se hagan estudios detallados del vocabulario y del dialecto de cada provincia, pero lo más necesario es que la escritura del lenguaje popular se haga según un sistema más o menos fonético, como lo indiqué en el Programa de la Sociedad de Folklore Chileno (véase arriba § 3). Las citas del dialecto, tomadas de la literatura impresa, deben corregirse, y es necesario que en cada provincia se apunten cuentos populares y descripciones de costumbres nacionales en transcripción

científica. En esto todos los profesores de castellano pueden colaborar.

Ojalá que vuelvan a la vida las sesiones de folklore chileno. En las clases del Instituto Pedagógico puede resucitarse la vida de los estudios lingüísticos chilenos cuando mi trabajo de 1891 haya salido en la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*, tomo VI.

ADVERTENCIAS
SOBRE EL USO DE LA LENGUA CASTELLANA

DIRIGIDAS A LOS PADRES DE FAMILIA,
PROFESORES DE LOS COLEGIOS Y MAESTROS DE ESCUELA

POR

ANDRÉS BELLO

I

En este artículo y en otros que publicaremos sucesivamente, nos proponemos hacer advertir algunas de las impropiedades y defectos que hemos notado en el uso de la lengua castellana en Chile, y que consisten, o en dar a sus vocablos una significación diferente de la que deben tener, o en formarlos o pronunciarlos viciosamente, o en construirlos de un modo irregular.

Son muchos los vicios que bajo todos estos aspectos se han introducido en el lenguaje de los chilenos y de los demás americanos y aun de las provincias de la Península, y basta una mediana atención para corregirlos. Sobre todo, conviene extirpar estos hábitos viciosos en la primera edad, mediante el cuidado de los padres de familia y preceptores, a quienes dirigimos particularmente nuestras advertencias. Procuraremos siempre fundarlas (si no es cuando tengan a su favor la autoridad expresa del *Diccionario* o *Gramática* de la Academia española); pero no nos sujetaremos a orden o clasificación alguna.

1. Verbo *haber*. Algunos dicen en el presente de subjuntivo: yo *haiga*, tú *haigas*, etc. ¹ Debe decirse *haya*, *hayas*, etc. Suele también decirse *háyamos*, *háyais*; pero la pronunciación correcta es *hayámos*, *hayáis* ².

¹ [Hoy vulgar y rústico (O. y P.).—Señalamos con (O. y P.) las notas con que los profesores Rodolfo Oroz y Yolando Pino Saavedra, del Instituto Pedagógico de Santiago, han tenido la bondad de indicar, a nuestro pedido, el uso actual de las formas comentadas por Bello.]

² [Se dice comúnmente *haigámos* (no *háyamos*): «cuando haigamos salido...» (O. y P.)]

2. *Imperativo*. Nada es más común, aun entre personas de buena educación, que alterar el acento de la segunda persona de singular del imperativo de casi todos los verbos, diciendo, verbigracia, *mirá, andá, levántate, sentáte, sosegáte* ¹. Estas palabras y sus análogas no existen, y deben evitarse con el mayor cuidado, porque prueban una ignorancia grosera de la lengua. Si se trata de *tú* a la persona con quien hablamos, es necesario decir *mira, anda, levántate, siéntate, sositégate*. Si la tratamos de *vos* (acerca de cuyo tratamiento hablaremos después), debe decirse *mirad, andad, levantáos, sentáos, sosegáos*. Antiguamente solía decirse *mirá, andá*, en lugar de *mirad, andad*, y solamente cuando se trataba de *vos*, como en este verso de Cervantes:

Andá, señor, que estáis muy mal criado.

Mas en el día sólo puede tolerarse esta práctica en el verso, para facilitar la consonancia. Esto, sin embargo, se verifica sólo en los verbos que no se conjugan con pronombres recíprocos, pues en los verbos que se conjugan de este modo, se suprime siempre la *d*, cuando sigue el enclítico *os*, y así se dirá *miráos, sosegáos, arrepentíos*, no *mirados, sosegados* ni *arrepentidos*, porque esta forma es propia de los participios: *vosotros erais bien mirados, nosotros estábamos sosegados, ellos se sentían arrepentidos*. Sólo hay una excepción a esta regla, que es el imperativo del verbo *ir*: *idos de aquí*, se dice siempre, y no *íos*.

3. Es necesario hacer sentir la *d* final de las palabras que la tienen, como *usted, virtud, vanidad* ². Algunos castellanos pronuncian viciosamente *ustez, virtuz, vanidaz*.

¹ [Corregido por influencia de la escuela. Ocurre únicamente en algunas regiones próximas a la frontera argentina. En el resto, *siéntate, sositégate*, etc. (O. y P.).— Por abreviar en estas advertencias prácticas, Bello dice que *andá, mirá* etc., son *anda, mira*, con cambio de acento; pero, como dice más abajo, y en su *Gramática*, § 614, estas formas son antiguos plurales, *andad, salid, venid*, con pérdida de la *d* final.]

² [Hoy la pérdida de esta *d* es común a todas las clases sociales. (O. y P.)]

4. Es necesario asimismo hacer sentir esta letra en los sustantivos y adjetivos terminados en *do* o *dos*, en los cuales suele viciosamente suprimirse, diciendo el *grao*, el *abogao*, *estábamos sentaos*, *estábamos dormíos* ¹, en lugar de *grado*, *abogado*, *sentados*, *dormidos*.

5. Verbo *forzar*. Muchos dicen *yo forzo*, *tú forzas*, etc. ² La *o* debe convertirse en *ué* en los tiempos y personas siguientes: *yo fuerzo*, *tú fuerzas*, *él fuerza*, *ellos fuerzan*; *fuerza tú*, *fuerce él*, *fuercen ellos*; *yo fuerce*, *tú fuerces*, *él fuerce*, *ellos fuercen*. Lo mismo en los compuestos *esforzar*, *reforzar*.

6. Dicen algunos *yo cueso*, *tú cueses*, *él cuese*, etc. ³; vicio ridículo que proviene de confundir el sonido de la *s* con el de la *c*, y de equivocar consiguientemente el verbo *coser* con el verbo *cocer*. Se *cuece* al fuego; se *cose* con aguja. *Cocer* ⁴ muda la *o* en *ué* en los mismos tiempos y personas que *absolver* ⁵, *rogar*, *forzar*; *coser* no la muda nunca.

7. *Asolar* y *desolar* mudan la *o* en *ué* en los mismos tiempos y personas que *consolar*, y así se dice *yo asuelo*, *tú asueles*, y no *yo asolo*, *tú desolas*.

8. En *sorber* y sus compuestos se conserva siempre la *o*; por lo cual es un barbarismo decir *yo suerbo*, *yo absuerbo* ⁶.

9. Debe decirse *diferencia*, no *diferencia* ⁷, como se dice bien generalmente en Chile.

10. No se debe decir *yo dentro*, *yo dentré*, *ellos dentraron* ⁸, etc.

¹ [General, y de todas las clases sociales. (O. y P.)]

² [La gente culta emplea bien estas formas; el pueblo no las usa. (O. y P.)]

³ [General, y común a todas las clases sociales; aun la gente culta vacila. (O. y P.)]

⁴ [En la edición de Santiago, 1884, se dice aquí *coser*, con errata que repite la edición de Santiago, 1933.]

⁵ [Por errata *absorber*, en las dos ediciones de Santiago.]

⁶ [Vulgar y rústico. En ciertas regiones, *suelva* (= sorba). (O. y P.)]

⁷ [Vulgar y rústico. (O. y P.)]

⁸ [Vulgar y rústico. (O. y P.)—La gente culta todavía vacila.]

En este verbo no hay *d*. Sólo la hay en los adverbios y frases adverbiales *dentro*, *adentro*, *de adentro*, *por dentro*, *por de dentro*, etc. Dícese, pues, *no entro ni salgo; unos estaban dentro y otros fuera*. Tampoco hay *d* en la preposición *entre*: *entre la espada y la pared*, *entre mi casa y la tuya*. Pero esto no quita que se le anteponga la preposición *de* cuando lo requiere el sentido: *esa voz no ha salido de entre nosotros; el trigo se vende al precio de entre diez y doce reales fanega*.

11. Hoy día se dice correctamente *mismo* y no *mesmo*¹. Solamente los poetas tienen la facultad de decir *mesmo*, cuando los fuerza a ello la rima. Notaremos con este motivo que un actor favorito de nuestro teatro, creyendo sin duda mejorar el lenguaje, se toma siempre la libertad de decir *mismo* donde el poeta ha dicho *mesmo*, y donde no puede decirse de otro modo sin faltar a las leyes del metro.

12. No debe usarse en la pronunciación el pronombre *vos*²; porque si se habla con una sola persona, se debe decir *usted* o *tú*, según el grado de familiaridad que tengamos con ella, y si son muchas personas, *ustedes* o *vosotros*. Sólo es permitido usar el pronombre *vos* en el estilo oratorio o poético.

Pero no sólo se peca contra el buen uso usando *vos* en lugar de *tú*, sino (lo que aún es todavía más repugnante y vulgar), concertándole con la segunda persona de singular con los verbos. *Vos* se ha de considerar siempre como plural, sin embargo de que designemos con él una sola persona. Por consiguiente, es un barbarismo grosero decir, como dicen muchos, *vos eres*, en lugar de *vos sois* o *tú eres*. Por igual razón, una vez que designamos a la segunda persona con *vos*, ya no podemos en el caso directo designarla con *tú*, sino siempre con *vos*, ni en el caso oblicuo con *ti* o *te*, sino con *vos* o con *os*, ni emplear con relación a ella las segundas personas de singular de los

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

¹ [Vulgar y rústico. (O. y P.)]

² [Rústico. Ha disminuído mucho en la ciudad por influencia de la escuela. (O. y P.)]

verbos o el posesivo *tuyo*, sino las segundas personas de plural y el posesivo *vuestro*. Por lo cual sería muy mal dicho lo que sigue: «A *vos*, Dios mío, dirijo mis oraciones; yo invoco *tu* misericordia; *dígnate* escucharme, pues en *ti* solo confío». O debe en la primera frase decirse *a ti* en lugar de *a vos*; o debe en las otras decirse *vuestra misericordia*, *dignáos*, y *en vos solo*. Sin embargo, no sólo a gentes de poca instrucción, sino a predicadores de alguna literatura, hemos oído quebrantar a menudo esta regla.

Es lícito, sin duda, en las composiciones literarias pasar del *tú* al *vos* y del *vos* al *tú*, como se pasa en la música de un tono a otro; pero no debe nunca hacerse un revoltillo de singular y plural en una misma sentencia, aunque conste de varias cláusulas. Aunque no sólo es permitida, sino elegante y expresiva la transición de un número a otro, para manifestar una nueva emoción del alma, es necesario en todos casos hacerla con suavidad y sin ofensa del oído. Como el vicio de que hablamos, al paso que grave y grosero, se ha hecho excesivamente común en este país, se nos permitirá copiar un largo pasaje del elocuente fray Luis de Granada, en que, hablando con la santísima Virgen, la designa primero con el singular *tú*, y luego con el plural *vos*.

«¡Reina del cielo! Si la causa de *tus* dolores eran los de *tu* hijo bendito y no los *tuyos*, porque más *amabas* a él que a *ti*, ya han cesado los dolores, pues el cuerpo no padece, y toda su ánima es ya gloriosa: cese, pues, la muchedumbre de *tus* gemidos, pues cesó la causa de *tu* dolor. *Lloraste* con el que lloraba: justo es que *goces* ahora con el que ya se goza... El mismo hijo *tuyo* pone silencio a *tus* clamores, y *te* convida a nueva alegría en sus cantares, diciendo: El invierno es ya pasado, las lluvias y los torbellinos han cesado, las flores han aparecido en nuestra tierra; levántate, querida mía, hermosa mía y paloma mía, que *moras* en los agujeros de la piedra, y en las aberturas de la cerca, que es en las heridas y llagas de mi cuerpo: *deja* ahora esa morada y *vén* conmigo.

«Bien veo, señora, que no basta nada de eso para *consolaros*, porque no se ha quitado, sino trocado *vuestro dolor*. Acabóse un martirio y comienza otro. Renuévanse los verdugos de *vuestro corazón*, e idos unos, suceden otros con nuevo género de tormentos, para que con tales mudanzas se os doble el tormento de la pasión. Hasta aquí *llorabais* sus dolores; ahora su muerte: hasta aquí su pasión; ahora *vuestra soledad*: hasta aquí sus trabajos; ahora su ausencia: una ola pasó, y otra viene a dar de lleno en lleno sobre *vos*; de manera que el fin de su pena es comienzo de la *vuestra*.» (*Tratado de la oración y meditación*, capítulo XXV, § II).

II

13. Cuando nos valemos del verbo *haber* para significar la existencia, se le debe poner siempre en la tercera persona del singular, aunque se hable de muchas personas o cosas; y así se dice *hubo fiestas*, *habrá diversiones*, y no *hubieron*, ni *habrán* ¹.

Este uso parece a primera vista anómalo, y contrario a lo que dicta el sentido común; pero conviene observar que el nombre que se junta con el verbo *haber* y que significa la cosa existente, no es el sujeto o nominativo del verbo, sino un verdadero acusativo; y de aquí es que, si representamos esta cosa existente por medio del pronombre *él*, *ella*, es necesario ponerle en la terminación del acusativo, diciendo, verbigracia, «se preparaban fiestas, pero no *las* hubo»; «no se le dió dinero porque no *le* había», o «no *lo* había». Por eso se dice que el verbo *haber* en este modo de usarle es impersonal, es decir, que carece de un nominativo que signifique el sujeto.

Si se pregunta por qué razón no se usa el nombre de la cosa existente como sujeto del verbo (cuestión que se ha tra-

¹ [Es hoy fenómeno general. (O. y P.)]

tado en otros periódicos, pero a nuestro entender no se ha resuelto satisfactoriamente), respondemos que el verbo *haber* no significa 'existir'; que en estas locuciones mismas de que nos servimos para significar la existencia, conserva su natural acepción, que es 'tener'; y que se calla entonces el sujeto, porque hace veces de tal una idea vaga de la naturaleza, del universo, del orden de cosas en que vivimos, idea que no es necesario expresar, porque es siempre una misma y porque cada cual puede determinarla como quiera. Así cuando decimos que *hay montes muy elevados en América*, queremos decir que el mundo o la naturaleza *tiene* montes muy elevados en esta parte del mundo. Pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el verbo *haber*, en las construcciones de que hablamos, no concierta con el nombre de la cosa cuya existencia se afirma; y siempre se pone en singular. El uso de todos los autores y de todas las personas que hablan bien es en esta parte uniforme.

14. En Chile, la ínfima plebe muda siempre en *-ís* la terminación *-eis* de los verbos, diciendo *vís, comís, juntís* ¹, en lugar de *veis, coméis, juntéis*. Esta es una falta que disonaría mucho en la boca de personas que han recibido una educación tal cual. No hay más verbos castellanos que tengan terminación en *-ís* que los de la tercera conjugación, cuyo infinitivo es en *-ir*; y eso en un solo tiempo, que es el presente de indicativo: *partís, salís, sentís*.

15. Algunos conjugan el verbo *toser* de este modo: *yo tueso, tú tueses* ². Este verbo conserva la *o* del infinitivo en todas las personas y tiempos, como los verbos *coser* y *comer*.

16. Se yerra frecuentemente en la conjugación de muchos

¹ [No suena la *s* final. Se ha reducido mucho su uso. Hoy es vulgarismo, aunque empleado también con bastante frecuencia en el lenguaje familiar de ciertas gentes que no se pueden tachar de ineducadas. Estas gentes emplean los giros *tú vis, tú comís*, conservando, aun después de desterrado el pronombre *vos*, la forma verbal correspondiente. (O. y P.)]

² [Es fenómeno general. (O. y P.)]

verbos terminados en *-iar*, como *cambiar*, *vaciár*, mudando la *i* en *e*, verbigracia, *yo cambéo, tú vacéas* ¹. La *i* debe conservarse siempre: *yo cambio, yo vacío*.

Pero en muchos de estos verbos se acentúa la *i*, verbigracia, *yo amplío, yo varío, yo confío, yo me glorío*; sobre lo cual no puede darse otra regla que el uso.

17. Es muy general en Chile usar la preposición *a* después de los verbos *haber* o *hacer*, cuando nos servimos de ellos significando el tiempo transcurrido, verbigracia, *há o hace muchos días a que no le veo* ². Debe decirse: *ha o hace muchos días que no le veo*, o bien, *muchos días ha o hace que no le veo*. Y nótese de paso que estos verbos son impersonales, y deben usarse constantemente en las terceras personas de singular; por lo que sería mal dicho: *hacían dos horas que dormía*, en lugar de *hacía dos horas*.

18. Es necesario evitar cuidadosamente la metátesis o trasposición de letras de *pader* y *paderes* ³ por *pared* y *paredes*.

19. Los que hablan correctamente no dicen *méndigo* ² por *mendigo*; ni *prespectiva* por *perspectiva*; ni *el pirámide*, sino *la pirámide* ⁴; ni *el cúspide*, sino *la cúspide*; ni *el parálisis* ⁵, sino *la parálisis*; ni *perlético*, sino *perlático*. En el día se va extendiendo el uso de *análisis* ⁶ como sustantivo masculino; pero

¹ [Vulgar y rústico. (O. y P.)]

² [Lo usual es «hacen muchos días a que no lo veo» (O y P.).—Cf. BELLO, *Gram.*, § 782, nota. En realidad esta *a* expletiva no es la preposición, sino el verbo *ha*: *muchos días ha que no lo veo* + *ha muchos días que no lo veo* > *ha muchos días ha que no lo veo*. Análoga explicación en CUERVO, nota 104 a Bello. Se oye en otras partes de América.]

³ [Se dice vulgarmente *paér, paére(s)*. Los que quieren hablar mejor dicen *padér, padére(s)*. (O. y P.)— Véase pág. 113.]

⁴ [Corregido entre la gente culta. Son voces no usadas por el pueblo. (O. y P.)]

⁵ [Corregido entre la gente culta. La forma rústica es *el* o *la parali*. (O. y P.)]

⁶ [Hoy *el análisis*, como en todos los países de habla española.]

la Academia, Valbuena y Salvá le hacen femenino, como lo pide la regla general de los nombres en *-sis* derivados del griego, verbigracia, *crisis, diócesis, metátesis, hipótesis, síntesis, sinopsis* e infinitos otros.

20. En cuanto a si deba decirse *sincero* o *síncero*¹, hay sus dudas. La Academia pronuncia *sincero*; y nos parece fundada su decisión, por ser éste, no sólo el uso más general, sino el más conforme al origen latino:

Subsidit *sincéra* foraminibusque licuatur

(VIRGILIO).

Sincérum cupimus vas incrustare

(HORACIO).

Pero hay en contra autoridades muy respetables, y entre otras, si no estamos trascordados, la de don Tomás de Iriarte.

También hay variedad en la pronunciación de *análisis* y *parálisis*, que unos acentúan sobre la penúltima sílaba, y otros sobre la antepenúltima. La Academia decide a favor del acento en la sílaba *li*²; pero, a nuestro entender, con poco fundamento, porque en los nombres griegos *análisis* y *parálisis* el acento caía en la antepenúltima, y la sílaba *li* era breve. Valbuena escribe *análisis* y *parálisis*². Salvá *análisis* y *parálisis*.

21. Suele decirse comúnmente *fuí a lo de Pedro*³, o *fuí*

¹ [*Síncero*: vulgar y rústico. (O. y P.)]

² [Rectificado más adelante, al comienzo de III.]

³ [Rústico, se refiere principalmente a fundos. (O. y P.)] — ROMÁN, *Diccionario*, III, pág. 323: «Muy usado es en Chile el neutro *lo* junto con un apellido, para designar un fundo o propiedad rural que pertenece o perteneció a la persona de ese apellido: *Lo Bravo, Lo Guzmán*; fundos o propiedades que muchas veces se han convertido en verdaderas poblaciones: *Lo-Miranda, Lo-Zúñiga*, aunque en este caso ya el uso va aboliendo el *lo*.» LENZ, *Oración*, § 202: «(Lo Cañas) es indudablemente contracción por *lo de Cañas, lo e Cañas, lo Cañas*.»

ROMÁN, *ob. cit.*, 323-324, documenta el uso de *lo de* «para designar un

donde Pedro¹; *estábamos en lo de Juan* o *estábamos donde Juan*. Se deben evitar estos provincialismos, y especialmente el *lo de*,

lugar» en español clásico; ejemplos: «Tornando a nuestro Fray Lope..., entre las casas que fundó en Italia la de Castelacio, fuera de los muros de Milán, y la de Espedaletto, en *lo de Giana*, que es en la Lombardía.» (Sigüenza, *Crónica*, parte II, libro III, capítulo VII); «Consultaron de alzar el cerco y pasar a *lo de Barleta*» (*Crónica del Gran Capitán*, libro IV, cap. IX). Más abajo, pág. 324, observa Román: «También se han usado *lo de* y *lo* para significar la casa, la tienda, la propiedad, la residencia de una o más personas; pero, desde que lo censuró Bello en las primeras ediciones de su Gramática, ha ido desapareciendo y dejando su lugar a *donde*: «*Voy a lo de don Samuel* o *lo don Samuel*; *vamos a lo de los Capuchinos*»; «*En lo de las niñas Apancoras*» (Jotabeche).» LENZ, *loc. cit.*, confirma: «Como lo prueba Román con numerosas citas, este uso de *lo* es antiguo y corriente en España también, aunque no constituye regla para la denominación de propiedades rurales. En la Argentina se conserva para indicar la casa de una persona, de modo que es frecuente leer en los diarios de Buenos Aires frases como «hubo una fiesta en *lo de Mitre*». Hoy no es usual este giro en los periódicos de Buenos Aires. Continúa Lenz: «En Chile, en este sentido, ha sido sustituido por *donde*, usado como preposición: *Iremos esta noche donde los González*; *estuve ayer donde mi tío*. El pueblo dice también *Voy ontá mi paire* (= «donde está mi padre»), lo que, sin embargo, no significa necesariamente 'a casa de', sino que puede referirse a cualquier lugar donde esté la persona. Cuando los habitantes de un fundo aumentan tanto que llegan a formar aldeas o ciudades (*pueblos*, según la expresión chilena), se suele suprimir pronto el artículo *lo*, lo mismo que se pierden otros artículos de apelativos transformados en nombres de fundos cuando éstos llegan a ser pueblos.»

Y en nota al mismo § 202: «En el *Diccionario geográfico postal de la República de Chile*, por F. A. Fuentes (Santiago, 1899), se enumeran unos 130 nombres de fundos o lugarejos formados por *lo* con apellidos. Con excepción de tres situados cerca de Concepción, todos se encuentran en las antiguas provincias centrales, desde Aconcagua hasta Linares. Tres veces se da la forma completa con preposición: *lo de Campo*, *lo de Cuevas*, *lo de Lobo*, lo que será restitución intencional. Tres fundos con nombre de mujer (*lo María*, *lo Elvira*, *lo Carolina*) se hallan en la provincia de Maule. Extraño es el nombre *Lo Bellota*, cerca de Santiago. No sé si *Bellota* es apellido.»]

¹ [Forma corriente. Vulgarmente: *fuí aonde Pedro* o *fuí onde Pedro*. (O. y P.). LENZ, *Oración*, § 327, nota, después de referirse a expresiones

porque sobre ser desautorizado, es equívoco y malsonante. Si el lugar de que se trata es realmente una casa o morada, se dice *fuí a casa de Pedro, estuve en casa de Juan*; y es de notar que pueden omitirse en estas frases las preposiciones *a, en*. Pero si sólo quiere darse a entender el lugar ocupado real y actualmente por una persona, representándola como término del movimiento, podemos emplear variedad de expresiones. Lo más común es decir: *Fuí a donde estaba Pedro*; pero nos parecen preferibles por su propiedad y laconismo las frases que siguen: «*Venían a él todas las gentes*» (Scio, traducción de San Marcos); «*Y llegandose los apóstoles a Jesús, le contaron todo lo que habían hecho*» (Scio, *ibidem*); «*Se fué a él abiertos los brazos*» (Cervantes); «*Llegáronse a don Quijote, que libre y seguro dormía*» (Cervantes).

22. *Pararse* significa 'detenerse el que se mueve', no 'levantarse o ponerse en pie el que estaba sentado' ¹. Se dirá, pues, con propiedad: «*Todos los que andaban por la alameda se pararon a mirarle*», «*En los cuerpos legislativos es costumbre*

como cuando la guerra, cuando viejo, desde niños, agrega: «Es curioso observar que con el adverbio de lugar *donde* se produjo en castellano antiguo (HANSEN, § 661) y se conserva en lenguaje vulgar, y aun en el familiar de la clase culta en Chile, la supresión del verbo en el sentido de «en casa de», «a casa de», «cerca», «hacia» (= francés *chez*): *fuí o estuve donde mi tío, donde el librero*; pero el pueblo emplea como sinónimo también el giro con verbo petrificado *ontá* (= donde está): *er niño jué ontá su paire*; sin variación del tiempo conforme a la subordinación. Conservando el verbo completo, lo que también es corriente, se dice: *er niño jué ondehtaba su paire*. Cf. también LENZ, *Oración*, § 202, citado en la nota anterior. ROMÁN, *Diccionario*, III: «El *enta* que trae Rodríguez en este mismo sentido, que mejor sería *entá*, no lo hemos oído nunca: *fuí enta Don Samuel; voy a demandarte enta el subdelegado*, claramente se ve que es corrupción, por abreviación, de *donde está*.» Sobre este uso de *donde* en España y América, «como preposición legítima, sin rastro de elipsis», véanse las abundantes observaciones y ejemplos de CUERVO, *Apuntaciones*, § 458.]

¹ [El uso de *pararse*, en la acepción de 'ponerse en pie', es general y de todas las clases sociales. (O. y P.)]

ponerse en pie para hablar», «Unos corrían y otros estaban *parados*», «Las mujeres estaban sentadas y los hombres *en pie*» o «*de pie*».

23. Muchos usan impropriamente la terminación en *-se* de los verbos (*fuese, amase, temiese*), en lugar de la terminación en *-ra* o *-ría* (*fuera, sería, amara, amaría*)¹. Este vicio, según lo que hemos podido observar, es propio de los valencianos en España, y de los habitantes de Buenos Aires y Chile en América. Con un poco de cuidado es facilísimo evitarlo. Las oraciones condicionales constan de dos miembros: el uno de ellos principia por la conjunción condicional *si* o por alguna frase equivalente, como *dado que, en caso que, suponiendo que*; el otro no principia por semejante conjunción o frase. En aquel miembro se usa la terminación *-se* o *-ra*; en éste, la terminación *-ra* o *-ría*: «Yo *saliera* o *saldría* de buena gana, si no *lloviera* o *lloviese*». Que se calle o se exprese el miembro que significa la condición, es indiferente: el otro miembro, que supone la condición, expresa o tácita, no admite jamás la terminación *-se*. Por consiguiente hay solecismo en esta oración: «Yo *hubiese salido* de buena gana; pero me lo impidió la lluvia». Debe decirse *hubiera* o *yo habría salido*.

24. Antiguamente se dijo *yo vide, tú veíste, él vido*², en lugar de *yo vi, tú viste, él vió*, que es como debe decirse.

III

En nuestro artículo anterior, hablando del acento de la palabra *análisis*, dijimos que Valbuena la acentuaba en la antepenúltima; pero en esto hemos padecido equivocación: Valbuena escribe *analísis*. Sin embargo, creemos siempre que la

¹ [Es fenómeno general. Las formas en *-se* y *-ra* coexisten en las proposiciones condicionales. (O. y P.)]

² [*Vide, vido*: vulgar y rústico. *Veíste* ya no se usa. (O. y P.)]

acentuación legítima es *análisis*, por las razones que allí expusimos, por la autoridad de Salvá, que en este punto es voto respetable, y, podemos añadir ahora, por la autoridad de la misma Academia, que en la última edición de su Diccionario ha adoptado esta acentuación. Parece, pues, que no cabe ya duda en la materia.

25. Úsase en el foro, y en el lenguaje ordinario, un verbo *transar*¹, que creemos no hay en castellano. *Pedro y Juan se transaron, es necesario transar el asunto*, son expresiones que se oyen en boca de todos, incluso los abogados y jueces. Pero ni el *Diccionario* de la Academia trae tal verbo, ni lo hemos visto en las obras de los jurisconsultos españoles, que, según lo que hemos podido observar, sólo usan en este sentido el verbo *transigir*, neutro. Dícese, pues, *Pedro y Juan transigieron, nadie debe transigir con el honor*. Hay variedad en la pronunciación y escritura del sustantivo *transacción*, que muchos pronuncian y escriben con una sola *c*, y otros con dos. A nosotros, no obstante la respetable autoridad de la Academia, nos parece preferible en esta variedad de práctica pronunciar y escribir *transacción*; porque, según los principios de la Academia misma, cuando es vario el uso, se debe estar a la analogía y a la etimología. La analogía pide que se asimile esta palabra a las que se forman de un modo semejante, y los sustantivos en *-ción* derivados de verbos en *-gir* tienen dos *cc*, como *corrección*, *dirección*, *erección*, *elección*, *ficción*, *restricción*, *aflicción*, *inficción*, *exacción*. Por otra parte, acostumbramos, por punto general, seguir en los tales sustantivos el uso latino (considerando la segunda *c* como equivalente a la *t* latina), y así se dice *acción*, *producción*, *lección*, *redacción*, *instrucción*, *cocción*, como procedentes de *actio*, *productio*, *lectio*, *redactio*, *instructio*, *coctio*.

Pudiera creerse que *transacción* se deriva de *tranzar*, que es 'cortar' o 'tronchar'. Pero en tal caso se diría *tranzación* con

¹ [Úsase mucho en el foro y en el comercio. (O. y P.)]

z, de lo que no se verá ejemplo en autor alguno. Además, cortar un pleito no es lo mismo que transigir en él.

26. *Prevenir* (en el significado de 'orden, aviso o consejo') no se puede usar, como muchos lo usan, cuando tiene por régimen el nombre o pronombre de una persona a quien debemos tratar con algún respeto ¹; porque, como dice muy bien López de la Huerta en su excelente tratado de *Sinónimos*, a los superiores *se expone* o *representa*, a los iguales *se advierte* y a los inferiores *se previene*. Tampoco admite este uso el verbo *exigir*, cuando se habla de inferior a superior, aunque lo que se pida sea de obligación perfecta.

27. En los imperativos, se mira como una vulgaridad intolerable la práctica de omitir el *usted*, que es harto común en América. Los que hablan bien el castellano dicen siempre *venga usted acá*, *óigame usted*, *éntre usted*, y no *venga acá* ², *óigame*, *éntre*. Sólo se omite esta palabra cuando varios imperativos están unidos por una conjunción, o a lo menos se suceden inmediatamente, verbigracia, *éntre usted y siéntese; lea usted o haga lo que guste; sosiéguese usted, calle, atienda a lo que voy a decirle*. Omítese también en ciertos imperativos que tienen valor de interjecciones, verbigracia, *vaya, calle, oiga*, como se puede ver en estos ejemplos de Moratín, cuyas comedias en prosa ofrecen un perfecto dechado del diálogo castellano:

«Los buenos versos son muy estimables; pero hoy día son tan pocos los que saben hacerlos... tan pocos..., tan pocos. — No, pues los de arriba bien se conoce que son del arte. ¡Válgame Dios, cuántos han echado por aquella boca! Hasta las mujeres. — ¡Oiga! ¿también las señoras decían coplillas? — ¡Vaya! Hay allí una doña Agustina», etc.

«El sujeto tendrá que contentarse con sus quince doblones que le darán los cómicos (si la comedia gusta) y muchas gra-

¹ [Es fenómeno general. (O. y P.)]

² [*Venga acá*, subsiste, pero se dice, generalmente, *venga para acá*. Vulgar: *Venga pacá*. (O. y P.)]

cias. — ¿Quince? Pues yo creí que eran veinte y cinco. — No, señor; ahora en tiempo de calor no se da más. Si fuera por el invierno, entonces... — ¡Calle! ¿Conque en empezando a helar valen más las comedias? Lo mismo sucede con los besugos».

28. A propósito del verbo *callar*, este verbo se usa como activo: *calle usted la noticia*; y cuando sólo significa guardar silencio, se usa como neutro, pero no como pronominal o recíproco; y así no es bien dicho *le mandaron que se callase*¹, y *se calló*, sino *le mandaron que callase*, y *calló*. El uso pronominal es anticuado.

29. Por una falsa delicadeza, se ha introducido en Chile un uso sumamente impropio del verbo *agarrar*², que se emplea como sinónimo de *coger*. *Yo agarré una flor*, se dice, como si esta acción fuera de aquellas que exigiesen una gran fuerza, o se temiera que se nos escapase la flor de las manos. Es verdad que la Academia, definiendo la significación de este verbo, dice: «*Coger*: asir, agarrar, tomar con la mano»; pero de aquí se inferiría mal que entre todos estos vocablos hay equivalencia. ¿Quién ha dicho jamás *asir flores* en el significado de cogerlas? ¿Y no haría donoso efecto la palabra *agarrando* en aquel exquisito madrigal de Luis Martín:

Iba cogiendo flores,
y guardando en la falda,
mi ninfa para hacer una guirnalda...?

Aun el verbo *tomar*, que es el que más se acerca a *coger*, y cuya sustitución pudiera tolerarse en obsequio de los oídos melindrosos, no es enteramente propio en el mismo sentido; y para convencernos de ello, basta colocarlo en el madrigal citado, y ver la diferencia que haría. No hay motivo alguno para proscribir de la conversación un vocablo que no puede reemplazarse por otro, y que fuera de ser honesto y decente en sí

¹ [*Le mandaron que se callara*: persiste. (O. y P.)]

² [Se siente como vulgarismo, pero es muy común. (O y P.)]

mismo, es elegante cuando se usa con oportunidad, y tiene cabida aun en el estilo más encumbrado de la oratoria y poesía. Diremos algo en otra ocasión sobre la sinonimia de *coger* y *tomar*, *asir* y *agarrar*, y por ahora sólo añadiremos que la acción representada por este último sugiere cierta idea de tosquedad y grosería, como si las manos de la persona que la ejecuta se asemejasen a las *garras* de un bruto. *Agarrar* viene de *garra*, y en el uso que se hace de esta palabra no se ha olvidado enteramente su origen.

30. Los que se cuidan de evitar todo resabio de vulgarismo en su pronunciación procuran no equivocar la *r* con la *l*¹, diciendo, verbigracia, *cárculo* por *cálculo*; la *g* con la aspiración de la *h*, pronunciando *güevo* en lugar de *huevo*²; ni la *y* con la *ll*, confundiendo *haya*, tiempo de *haber*, con *halla*, tiempo de *hallar*; y si aspiran a una pronunciación más esmerada, distinguirán también la *s* de la *z* o la *c*, la *b* de la *v* y la *y* consonante de la *i* que forma diptongo con la vocal que se le sigue; de manera que suenen de diverso modo la *casa* que habitamos y la *caza* de los animales silvestres; la *cima* a que se sube y la *simá* a que se descende; *cabo*, sustantivo, y *cavo*, verbo; el *hierro*, metal, y el *yerro* del entendimiento³.

31. Aunque en la significación de metal no es malo decir

¹ [La confusión de *r* y *l* es regional. Los demás fenómenos señalados en el § 30 son generales. (O. y P.)]

² [En su *Gramática*, § 9, insiste en atribuir a esta *h* valor fonético. Es error. Cuando se usaba el mismo signo *u* para representar el sonido vocálico de *u* y el consonántico de *v*, se acudió al expediente ortográfico de anteponer una *h* a la *u* inicial de palabra para que sonara como vocal y no como consonante. El gramático Juan Bautista de Morales en 1623 decía que la *u* y la *i*, «de no precederlas la *h* donde es necesaria, mudaran totalmente el ser vocales en consonantes y el nombre su significación, como *vihuela*, *huerto*, *huevo*, que sin la *h* diría *vivela*, *verto*, *vevo*», etc. Véase *Bibl. Dial. Hisp.*, t. I, pág. 148, nota 2.]

³ [Esta última distinción no es más que una superstición ortográfica, lo mismo que la de *b-v*. Véase Navarro Tomás, *Pronunc.*, §§ 91 y 120.]

*fierro*¹, es mejor decir *hierro*; y no debe decirse *vidro*², sino *vidrio*, ni *sandiya*³, sino *sandía*, ni *arbolera*⁴, sino *arboleda*, ni *peano*³, sino *piano*.

32. Yerran asimismo contra la propiedad gramatical los que no distinguen *competer* de *competir*⁵. *Competer* es 'pertenecer', y se conjuga regularmente como *temer*; *competir* es 'contender', y se conjuga con varias irregularidades, imitando en todo a *concebir* y *colegir*. *Eso me compete*, *me competió*, *me competirá*, *me debe competir*, significa que 'eso es, fué, será, debe ser de mi pertenencia o jurisdicción'. Dos rivales *compiten*, *compitieron*, *competirán*, no pueden menos de *competir*.

33. No hay verbo *vertir*, sino *verter*, que se conjuga en todo como *defender*, por lo que se peca contra la gramática diciendo *nosotros vertimos* (presente), *vosotros vertís*, *él vertió*, *ellos vertieron*, *yo vertiré*, *yo vertiría*, *yo vertiera*, *yo vertiese*, *yo vertiere*, *nosotros estamos virliendo* y, generalmente, siempre que se muda *ver* en *vir*⁵, pues el buen uso pide que se diga *nosotros verlemos* (presente) y *nosotros vertimos* (pretérito), *vosotros vertéis*, *él vertió*, *ellos vertieron*, *yo verteré*, *vertería*, *vertiera*, *vertiese*, *vertiere* y *nosotros estamos vertiendo*.

34. Apenas es necesario notar que la primera persona de plural del presente de indicativo de los verbos de la segunda conjugación es en *-emos*. Sólo la ínfima plebe dice *nosotros ponimos*, *nosotros cabimos*⁶, en lugar de *ponemos* y de *cabemos*. También es propio de ella decir en el imperativo *pónemelo*⁷, en lugar de *pónmele* o *pónmelo*.

¹ [*Fierro* se prefiere generalmente a *hierro*. (O. y P.)]

² [Corregido; se dice únicamente *vidrio*. (O. y P.)]

³ [Rústico. (O. y P.)]

⁴ [Vulgar y rústico. (O. y P.)]

⁵ [Subsiste la confusión entre la gente culta. (O. y P.)]

⁶ [*Ponimos*, *cabimos*: vulgar y rústico. (O. y P.)]

⁷ [Se usa generalmente. (O. y P.)]

IV

35. El pretérito perfecto de indicativo de *venir* se conjuga *vine, viniste, vino, vinimos, vinisteis, vinieron*, a la manera que se conjugan *dije, hice, quise*. *Venimos* es presente, no pretérito; y *veniste, venisteis* no son de ningún tiempo ¹.

36. Dícese *pondré, tendré, vendré*, y no *ponré, tenré, venré*. Debe decirse, por consiguiente, *pondría, tendría, vendría*. No se dice *dolré*, ni menos *doldré*, como algunos acostumbran, asemejando a *doler* con *valer*, porque *doler* no es irregular en el futuro. Por consiguiente, no puede tampoco decirse *dolría, ni doldría*, sino *dolería* ².

37. Algunos escriben y pronuncian *ádbitro, adbitrar, adbitrio, adbitraje, adbitrario, adbitrariidad*, etc. ³. Todas estas palabras empiezan por *ar*, como las latinas *arbitet, arbitro*, etc. Sólo en *albedríó* y sus antiguos derivados *albedriar, albedriador*, se mudó *ar* en *al*.

38. Es un vicio harto común en América pronunciar *cáer, tráer, réir*, como voces monosílabas que tuviesen el acento en la primera vocal, siendo así que constan de dos sílabas y tienen el acento en la vocal segunda. Algunos llegan hasta pronunciar *quer, trer*, que es un intolerable vulgarismo. Lo mismo decimos de *crer, cre, cremos*, con una sola *e*. Son igualmente bárbaros los imperfectos *cáia, tráia, léia, réia, créia*, y los perfectos *cái, réi, léi, créi*, y los participios *cáido* ⁴, *réido, léido, créido*, porque en

¹ [Vulgar y rústico. (O. y P.)]

² [Vulgar y rústico: *dolría, ponré, tenré*. (O. y P.)]

³ [Corregido entre la gente culta. (O. y P.)]

⁴ [*Réido, léido, créido, quéido* (caído): vulgar y rústico. (O. y P.)— En 1887, Amunátegui (*Acentuaciones viciosas*, pág. 87), comentaba: «En el espacio de medio siglo, los vicios de pronunciación que Bello censuraba en las precedentes líneas han desaparecido por completo en las personas ilustradas de Chile. Sin embargo, como entre las indoctas aún quedan algunas que incurren en el tal defecto, conviene...»

todas estas palabras la *i* forma por sí sola una sílaba, y debe acentuarse. Es una regla sin excepción que los infinitivos se pronuncien con apoyatura o acento sobre la última vocal. Otra regla general es que si el infinitivo del verbo termina en *er* o *ir*, como sucede en *caer*, *leer*, *roer*, *reír*, *oír*, *argüir*, debe acentuarse la *i* en las mismas personas, números y tiempos en que la tienen acentuada los verbos regulares, como *temer* y *partir*. Dícese, pues, *reís*, *oís*, *roía*, *reía*, *desleías*, *caíste*, *freísteis*, *caído*, *creído*, de la misma manera que se dice *partís*, *temía*, *temiste*, etc. *Oído*¹ y *caída* se pronuncian de un mismo modo, sean participios o sustantivos. Se dice *el réy*, *la léy*; *yo reí*, *yo leí*. *Hoy*, adverbio, y *hay*, verbo, son monosílabos y se pronuncian con acento sobre la primera vocal; por el contrario *oí*, verbo, y *ahí*, adverbio, son propiamente disílabos y tienen acentuada la *i*.

Por desatender estas diferencias, dislocando el acento y acortando el espacio en que se han de pronunciar las vocales, sucede que al tiempo de recitarse el verso, se estropea y desfigura totalmente, defecto en que incurren bien a menudo algunos de nuestros actores. Por ejemplo, en estos versos de Francisco de la Torre:

Tórtola solitaria que llorando
tu bien pasado y tu dolor presente,
ensordeces la selva con gemidos...
Si inclinas los *óidos*..., etc.

pronúnciese *óidos*, como lo hacen la mayor parte de los americanos, y dejará de rimar esta palabra con *gemidos*, y, lo que es peor, un verso que debía constar de siete sílabas pasará a tener sólo seis.

En las composiciones de la mayor parte de los poetas americanos se halla también frecuentemente violada esta regla prosódica, cuya observancia es más esencial en los versos destinados al canto, donde es necesario que todo sea regular y

¹ [Vulgar y rústico: *óido*. (O. y P.)]

exacto y que nada sobre ni falte. El himno patriótico de Buenos Aires principia por esta línea:

Oíd, mortales, el grito sagrado,

donde, para que haya verso, es necesario pronunciar *óid*, monosílabo, con acento en la *o*, en lugar de *oíd*, disílabo, con acento en la *i*, que es incontestablemente la verdadera cantidad y tono de esta palabra. Es lástima encontrar un defecto tan grave en una composición de tanto mérito.

39. No es raro en los americanos y europeos que hablan descuidadamente, decir *no me se ocurre*, *no te se dé cuidado*, trasponiendo los pronombres *me*, *te*, *se* ¹. La regla es que el pronombre *se* preceda en estas construcciones a cualquiera de los otros dos, sea que se antepongan o pospongan al verbo, verbigracia, *se me ocurre*, *ocurrióseme entonces*; *no se le ocultó*, *no pudo ocultársele*.

40. *Escalfar* por *desfalcar*, *naide* o *nadien* por *nadie*, *cirgüelas* por *ciruelas*, *polvadera* por *polvareda*, *párparo* por *párpado*, *aspamiento* por *aspaviento*, *impugne* por *impune*, son vulgarismos que es necesario evitar ².

41. En algunas partes de América suele decirse *recién había llegado*, *recién se había vestido*, en lugar de *acababa de llegar* o *acababa de vestirse* ³. Este adverbio *recién* sólo se usa antepuesto a los participios, y así se dice: *vamos a ver a los recién llegados*; *el recién nacido es un hermoso niño*; *la casa, aunque recién edificada, amenaza ruina*.

42. Algunos dan al verbo *poder* un acusativo o régimen di-

¹ [Vulgar y rústico. (O. y P.)]

² [Corregidos entre la gente culta. *Naide*, *naiden*, muy comunes en el habla vulgar y rústica. *Polvaera*: vulgar y rústico; en el campo, también *pulvaera*; los que quieren hablar mejor dicen *polvadera*. *Párparo*: vulgar y rústico. (O. y P.)]

³ [Fenómenos generales. (O. y P.)]

recto, diciendo: *tú no me puedes, yo no le puedo* ¹, expresiones con que se quiere significar que una persona no tiene tanta fuerza o poder como la otra. Se comete en estas locuciones un solecismo, porque el verbo castellano *poder* siempre es neutro, o por lo menos no tiene otro régimen directo que los infinitivos, verbigracia, *yo no puedo escribir, usted pudiera haberme avisado*.

43. También se usa en algunas partes de un modo singular el verbo *merecer*. Dícese con propiedad: *yo no merezco tanto favor* (no soy digno), o *no le merecí la menor atención* (no le debí); pero no creemos que pueda decirse igualmente bien: *no se merecen ahora las casas* (no se hallan casas) ¹.

44. Se llaman en Chile *inquilinos* una especie de colonos pobres que pagan el arrendamiento en trabajo ¹. *Inquilino*, propiamente, es el que recibe en alquiler una casa, y en el estilo forense el que recibe en arriendo una heredad o posesión.

45. Lo que se da anualmente por el arriendo de un predio urbano o rústico, lo llaman algunos *canon* ¹. Pero *canon* es propiamente lo que paga el enfiteuta en reconocimiento del dominio directo. Lo que paga en dinero o frutos un arrendatario se dice *renta*.

46. *Molestoso* no es buen castellano. Dícese en este sentido *molesto*. *Cargoso* y *cargosidad* son palabras anticuadas. Aunque se dice *taimado*, no se dice *taima* ².

47. *Medúla*, no *médula* ³, es como pronuncian los que hablan bien el castellano, y el acento a la *u* es el que conforma con la prosodia de la palabra latina *medulla*. Por el contrario, se dice hoy generalmente *pábilo* y no *pabílo* ⁴, como se acos-

¹ [Fenómenos generales. (O. y P.)]

² [*Molestoso* y *cargoso* son de uso general. También *taima* ('emperramiento, empecinamiento'); ejemplo: *le dió una taima*. (O. y P.)]

³ [Forma general. Vulgar: *méula*. (O. y P.)]

⁴ [Es lo usual. (O. y P.)]

tumbra en Chile. Creemos, con todo, que la acentuación de esta voz sobre la primera sílaba es una especie de moda de data reciente. En el *Romancero general*, colección de poesías castellanas escritas en el lenguaje más puro, se encuentra *pábilo*, a fin de verso y asonando en *ío*, y Rengifo en su *Arte poética* lo hace consonante de *hilo*, *estilo*, etc.

Terminaremos este artículo copiando lo que dice acerca del acento de las palabras *análisis* y *parálisis* don Mariano José Sicilia, autor de las *Lecciones elementales de ortología y prosodia*, publicadas recientemente en París: «Yo creo que los primeros (los que pronuncian *análisis* y no *análisis*) son los que hacen la verdadera pronunciación castellana, y que el cargar otros el acento en la penúltima proviene de la influencia que ha tenido el uso cada vez más frecuente de los libros franceses... En otras voces semejantes, como *sinéresis*, *aféresis*, *diéresis*, que son de un uso antiguo en nuestra lengua, el acento recae decididamente sobre la antepenúltima. La voz *parálisis* ofrece casi las mismas dudas. Yo creo, sin embargo, que es bien moderno y bien francés el *parálisis*. Todos los viejos a quienes yo he preguntado sobre la prosodia de estas voces me han respondido que en su juventud no oyeron nunca decir sino *parálisis*».

V

48. Suele decirse en la segunda persona de singular del pretérito perfecto de indicativo *tú fuistes*¹, *tú amastes*, *tú temistes*, en lugar de *fuiste*, *amaste*, *temiste*, que es como creemos que debe decirse. Como en escritores de mucha y merecida reputación se encuentra a veces esta *s* final, nos ha parecido que el puntó valía la pena de discutirse. Presentaremos, pues, las razones en que nos fundamos para mirar esta práctica como una innovación viciosa; pero no tenemos la pretensión absurda

¹ [Vulgar y rústico: *fuistes*, *juiste*. (O. y P.)]

de que todos piensen como nosotros. Sentencie cada cual como quiera, pero sea con conocimiento de causa.

Amaste y *amastes* fueron desde la primera época de la lengua segundas personas del pretérito perfecto de indicativo; pero *amaste* era singular, y *amastes*, plural. Se dijo *tú amaste* y *vos* o *vosotros amastes*, conservando con una levisima alteración las formas latinas sincopadas *amasti*, *amastis*; de manera que *amastes*, en aquella edad, era lo mismo que *amasteis* en el lenguaje moderno. Ábrase cualquiera de los poemas antiguos castellanos, empezando por el antiquísimo del Cid, y se verá comprobada la propiedad de estas dos terminaciones con tan repetidos y concluyentes ejemplos, que no será posible ponerla en duda.

La misma práctica se conservaba sin la menor alteración en los tiempos de Granada, Luis de León, Garcilaso, Lope de Vega y Cervantes:

Tus claros ojos ¿a quién los *volviste*?
 ¿Por quién tan sin respeto me *trocaste*?
 Tu quebrantada fe ¿dó la *pusiste*?
 ¿Cuál es el cuello que, como en cadena,
 de tus hermosos brazos *añudaste*?

Ésta es la terminación que da Garcilaso a la segunda persona de singular; veamos cuál da a la de plural:

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas!...
 Pues en un hora junto me *llevastes*
 todo el bien que por términos me *distes*,
 llevadme junto el mal que me *dejastes*;
 si no, sospecharé que me *pusistes*
 en tantos bienes porque *deseastes*
 verme morir entre memorias *tristes*.

BIBLIOTECA NACIONAL
 SECCION CHILENA

«*Conjurastes* contra Dios (dice Fray Luis de Granada): justo es que conjure toda la universidad del mundo contra vosotros.»
 «¡Ah, don ladrón! Aquí os tengo (dice Cervantes), venga mi

bacía y mi albarda con todos mis aparejos que me *robastes*». Lope de Vega dice:

Soberbias torres, altos edificios,
que ya *cubristes* siete excelsos montes,
y ahora en descubiertos horizontes
apenas de haber sido dais indicios.

Francisco de la Torre dice:

Cuando de verde mirto y de floridas
violetas, tierno acanto y lauro amado
vuestras frentes bellísimas *ceñistes*;
cuando las horas tristes, etc.

¿Para qué más? Léanse las obras dramáticas y dialogadas de aquel tiempo, y se verá confirmada a cada paso la diferente significación de estas dos formas verbales.

Es necesario advertir que las ediciones modernas de autores antiguos no merecen mucha confianza. En la colección de poesías castellanas por don Manuel José Quintana, se atribuyen a Rioja estos versos:

Y *salistes* del centro al aire claro,
hija de la avaricia,
a hacer a los hombres cruda guerra,
salistes tú, etc.

Pero el que consulte las ediciones antiguas de este poeta encontrará *saliste*. Los que quieran probar la exactitud de nuestras observaciones notarán, aun leyendo las ediciones modernas de nuestros poetas del siglo XVI y XVII, que, donde la consonancia o la medida del verso pidan o rechacen necesariamente la *s* final de esta segunda persona, falta siempre esta letra si el verbo está en singular concertando con *tú*, y, por el contrario, nunca falta si el verbo está en plural concertando con *vos* o *vosotros*; lo cual prueba: 1º, que ni aun obligados de la medida o de la rima contravinieron jamás los poetas a la

propiedad de las dichas dos formas verbales, según la hemos explicado; y 2º, que si fuera de estos casos vemos alguna vez que falta o sobra la *-s*, es incuria de los impresores o editores modernos. Si *amaste* o *amastes* se hubieran usado promiscuamente en el singular, veríamos alguna vez *tú amastes*, comprobado por la medida del verso o la rima; pero de esto nos atrevemos a asegurar que no se hallará ejemplo en obras anteriores al siglo XVIII.

Tuvo, pues, razón la Academia para decir que, en el uso antiguo y común de los autores, la segunda persona de plural del perfecto de indicativo era en *-es*; y por lo mismo es muy extraño que, hablando de las terminaciones anticuadas del verbo, haya supuesto que en lugar de *amasteis* se dijo en otro tiempo *amástedes*; porque la verdad es que jamás tuvo el verbo castellano tal forma. De *amastis* se pasó a decir *amastes*; y de *amastes* (por analogía con las otras segundas personas de plural) *amasteis*; pero *amástedes* nunca se dijo. Sólo se hallará la forma *-ástedes* o *-ístedes* en obras modernas en que han querido remedar el castellano antiguo escritores que no lo conocieron bastante.

En el siglo XVII, según creemos, fué cuando empezó a prevalecer la forma en *-asteis* o *-isteis* sobre la antigua en *-astes* o *-istes*¹. Pero la forma en *-aste* ha continuado usándose sin interrupción como segunda persona de singular, y los escritores que se han esmerado en la corrección y pureza de lenguaje no han conocido otra alguna. Léase la traducción del *Gil Blas* por el padre Isla, y las comedias de Iriarte y Moratín, donde se hallan a cada paso las terminaciones verbales de la segunda persona; y se verá que en el lenguaje de estos autores, la de singular del perfecto de indicativo siempre termina en *-te* y la del plural en *-teis*.

Si autores estimables se han apartado tanto de la práctica

¹ [Cuervo encuentra el primer ejemplo en una gramática de 1555. Véase su nota 90 a la *Gramática* de Bello.]

antigua como de la moderna usando promiscuamente *amaste* y *amastes* como segunda persona de singular, ¿se deberá imitar su ejemplo? ¿Basta que dos o tres escritores de nombre introduzcan una innovación para adoptarla? ¿Gana algo el castellano, cuya superabundancia de *ss* lo hace ya demasiado silbante, con que se le añada esta *s* más en una terminación de tan frecuente uso? La claridad, por otra parte, pierde algo en que se confundan dos formas de significado diverso, una de las cuales, aunque anticuada en el día, se conserva en los escritos de los poetas y prosistas castellanos más estimados, y todavía pudiera emplearse en verso, como lo empleó Meléndez en este pasaje:

Salud, gloria inmortal del nombre humano
que, en ansias generosas,
del bien común vuestra ventura *hicistes*
y astros de luz para la tierra *fuistes*.

Rogamos a los inteligentes que pesen estas razones y decidan.

(*El Araucano*, año de 1834).

[En resumen, de las particularidades del habla culta chilena denunciadas por Bello, en 1834, como incorrectas, **subsisten** las siguientes (además del seseo y de la confusión *b-v*, que son de toda América, y del yeísmo, que se da en gran parte de ella):

RASGOS FONÉTICOS: pérdida de la *d* final; pérdida de la *d* en la terminación *-ado*; *vis*, *comís*, *juntís* (vulgarismos; algo también del lenguaje familiar); *güevo*; *fierro*; *médula* (que es la forma más general hoy, tanto en Chile como en el resto de América y en España, aunque se nota una reacción culta a favor de la acentuación etimologista *medula*; ambas formas están en el Diccionario académico); *pabilo*, que subsiste en Chile, es en todas partes forma más prestigiosa que *pábilo* (influído por *pábulo*), aunque el Diccionario académico también acoge las dos acentuaciones. Cuervo, *Apuntaciones*, §§ 56 y 58.

RASGOS MORFOLÓGICOS, SINTÁCTICOS Y LÉXICOS: *hubieron fiestas*; *yo tueso*; *fuí donde Pedro*; *pararse* = 'ponerse en pie'; formas verbales en *-se* por en *-ra* o *-ría*; *transar*; *prevenir*, con tratamiento respetuoso; *venga acá*; *le mandaron que se callara*; *agarrar* (aunque se sienta como vulgarismo); confusión *competer-competir*; *vertir*, *virtió*, etc.; *pónemelo*; *recién había llegado*; *tú no me puedes*; *no se merecen las casas*; *inquilino* (con significación muy local); *canon* (ídem); *molesto*, *cargoso*, *taima*.

Y se han corregido por acción de la escuela:

RASGOS FONÉTICOS: *diferencia*; *mesmo*; *pader*, *paderes*; *méndigo*, *síncero*; *cárculo*; *vidro*; *sandiya*; *peano*; *arbolera*; *ádbitro*, *adbitraje*; *réido*, *léido*, *créido*; *óido*; *escalfar*; *naide*, *naiden*; *circüelas*; *polvaera*; *párparo*; *juiste*; *dolría*, *ponré*, *tenré*.

RASGOS MORFOLÓGICOS, SINTÁCTICOS Y LÉXICOS: voseo; *mirá*, *andá* (que sólo ocurren ahora en zonas regionales de influencia argentina); *fuiestes*; *levantáte*, *sosegáte*; *haiga*; *yo dentro*, *yo cueso* (la gente culta todavía vacila); *yo suerbo*; *yo cambéo*, *tú vacéas*; *hacen muchos días a que no lo veo*; *el pirámide*, *el cúspide*, *el parálisis*; *fuí a lo de Pedro*; *vide*, *vido*; *ponimos*, *cábitos*; *venimos* (pretérito), *veniste*, *venisteis*: *no me se ocurre*.]

EL ESPAÑOL EN CHILE

POR

RODOLFO LENZ

ADVERTENCIA DEL AUTOR

Cuando publiqué mis *Estudios chilenos* en Alemania, ya hace cuarenta y cuatro años (Marburgo, 1893; escritos en 1891), poco se conocía en Europa, fuera de las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, de Cuervo, acerca de la pronunciación del español en Hispanoamérica. Esperaba que fueran de interés para los romanistas mis observaciones sobre la pronunciación del español en Chile, especialmente en la capital, Santiago. Pero, a mi juicio, el estudio de la pronunciación chilena atrae además el interés general de todos aquellos que, aun sin ser romanistas, ven en la investigación fisiológica detallada de cualquier dialecto moderno una contribución al conocimiento y reconocimiento de la historia lingüística general; esto, así como las consideraciones teóricas generales sobre la naturaleza de los fonemas estudiados, justificó la publicación del presente trabajo en la colección especializada *Phonetische Studien*, de Wilhelm Viëtor (tomos V y VI). Por la misma época publiqué dos trabajos más, uno *Sobre la morfología hispanoamericana* (1891) y otro *Contribuciones al conocimiento del lenguaje hispanoamericano* (1893), ambos en la gran revista alemana *Zeitschrift für romanische Philologie*.

El ambiente intelectual de Chile, saturado de intereses gramaticales, no era en cambio favorable al estudio de las hablas rurales y plebeyas. Nadie hubiera comprendido entonces que el estudio del lenguaje vulgar tenía un valor científico especial. Y como, además, se carecía de los elementos tipográficos indispensables para esta clase de ediciones, no tuve más remedio que publicar mis estudios en Alemania y en alemán. Pero po-

cos años después empecé a publicar en los *Anales de la Universidad de Chile* trabajos dialectológicos en castellano, que eran, más que nada, extracto y glosa a la vez de mis publicaciones alemanas, descargadas de la parte más técnica para el público chileno.

Naturalmente, estos trabajos míos, escritos hace más de cuarenta años, cuando sobre el español de América apenas se sabía nada, hoy no se pueden dar en español sin muchas rectificaciones. Por desgracia, mi edad ya no me permite emprender una reelaboración. Pero confío en que las notas y comentarios que agregue el Instituto de Filología pondrán al día estos trabajos míos de juventud, como lo han hecho satisfactoriamente con los de Aurelio M. Espinosa.

R. LENZ.

Santiago de Chile, 1937.

ADVERTENCIA DE LOS TRADUCTORES

Hemos reunido bajo la designación común de *El español en Chile* los tres trabajos de Rodolfo Lenz titulados *Chilenische Studien*, *Beiträge zur Kenntnis des Amerikanospanischen* y *Zur spanisch-amerikanischen Formenlehre*. El autor revisó cuidadosamente esta traducción. Las escasas variantes ahora introducidas fueron aprobadas por él. Para nuestras notas hemos aprovechado también la refundición castellana de los *Beiträge* que Lenz publicó en los *Anales de la Universidad de Chile* (1894, LXXXVII, págs. 113-132) con el título de *Introducción al estudio del lenguaje vulgar de Chile*.

El doctor Lenz reconoció que su exposición de hace cuarenta y tantos años resulta ahora en algunos puntos envejecida para nuestros actuales conocimientos; pero, antes que cortar y zurcir el texto, prefirió muy cuerdamente respetarlo (salvo algunas variantes aclaratorias), por el valor histórico que tiene, y encomendarnos a nosotros la tarea de añadir en notas al pie los datos suplementarios, o las rectificaciones o nuevas interpretaciones que exigiera el estado actual de nuestra filología.

En la transcripción fonética hemos cambiado algunos signos del texto alemán por los equivalentes del sistema empleado uniformemente en esta *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*, que es el de uso general en todos los estudios actuales de filología española. Solamente hemos dejado de introducir los signos *w* y *j*, primer elemento de diptongo, y *u*, *i*, segundo elemento de diptongo, poniendo siempre en su lugar *u*, *i*, porque la opinión personal de Lenz era que el español carece de verdaderos diptongos.

OBSERVACIONES PRELIMINARES

ESTUDIOS CHILENOS (FONÉTICA DEL CASTELLANO DE CHILE)

POR

RODOLFO LENZ

I

OBSERVACIONES PRELIMINARES

Vamos a caracterizar brevemente la pronunciación chilena. El español ha evolucionado probablemente en Chile más que en ninguna otra región de la tierra ¹ y es de un extraordinario interés fonético debido a sus originales peculiaridades de pronunciación. No encontramos casi ningún cambio fonético enteramente cumplido, pero sí numerosos sonidos que están precisamente en el instante mismo de cambiar. El aislamiento en que los españoles llegados a Chile vivieron durante casi trescientos años bajo el señorío de la metrópoli, unido a la lenta mezcla con sangre indígena y a la falta, casi completa entonces, de toda educación escolar ², hubo de tener necesariamente por consecuencia una rápida evolución de la lengua, no sólo en el bajo

¹ Dejo enteramente de lado los dialectos criollos y análogos, porque desgraciadamente no los conozco bastante. Los pertinentes trabajos de Schuchardt, Coelho y otros sobre este tema no me son accesibles. Por lo demás, tales dialectos apenas pueden ser considerados como mero desarrollo del español.

[Posteriormente el doctor Lenz ha contribuído al estudio de los dialectos criollos con una obra capital: *El papiamento. La lengua criolla de Curazao. La gramática más sencilla*. Santiago de Chile, 1928, 8º, 341 págs. La enfática afirmación del autor sobre el grado de evolución excepcionalmente avanzado del español chileno tiene que tomarse como una consecuencia de la falta de noticias sobre las hablas vulgares, de que Lenz se lamentaba en 1891.]

² [Ahora sabemos que la educación escolar en las colonias no era sensiblemente inferior a la peninsular.]

pueblo, sino también entre las escasas personas cultas. Todavía hacia 1840, según es voz pública en Chile, el santiaguino culto se diferenciaba poco, en su pronunciación, del hombre de clase inferior (el *roto* o *guasó*¹, como se dice aquí). Desde entonces, la afición a ocuparse de la lengua materna «castellana», — despertada por hombres como Andrés Bello —, y la instrucción escolar, por cuyo perfeccionamiento se trabaja desde la época de Bello con empeño extraordinario, han modificado las condiciones lingüísticas de Chile en beneficio del es-

¹ Pronunciado *řóto*, con *ř* semejante a la *r* en inglés *dry*; la *o* aproximadamente intermedia entre la *o* cerrada y la *o* abierta. *wáso*, *gwáso*, con *w* parecida a la *w* inglesa de *we*, pero con más clara fricación entre el dorso de la lengua y el borde anterior del velo del paladar (dorso-prevelar).

[Lenz transcribió *wáso*, con un arco sobre la *w* para marcar la fricación inicial de la semiconsonante. Esa transcripción respondía a convicciones teóricas: se trataba de un solo fonema que en su momento inicial acusaba un rozamiento particular. Nosotros salvamos aquí la opinión del eminente fonetista, pero adoptamos la representación *gw* por razones de uniformidad para toda la serie de la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*, pues esa pronunciación se ha registrado en el habla vulgar de casi todas partes. Además, la interpretación de *gw* (en *güeso*, *agüelo*, *güele*, *güeno*, etc.) como un solo fonema es muy objetable. Sabemos que en la realidad física el hablar no presenta una serie ni una cadena de fonemas, sino un fluir fónico; y que en ese fluir vamos reconociendo cada momento como un fonema determinado, según reencontramos en él un tipo de fonema, una entidad fonética que existe sólo como elemento de nuestro sistema virtual lingüístico. Queremos decir que, desde el punto mismo del sentimiento de la lengua que tiene el hablante, existe en un fluir fónico determinado fonema (la *g* en *guasó*, por ejemplo) cuando el hablante identifica ese instante articulatorio con uno de los tipos del sistema. Pues bien: ante la pronunciación *guasó*, *huaso*, *huele*, *güele* cualquiera responderá con seguridad si empieza o no con *g*. Y aun desde el punto de vista de una descripción empírica fisiológico-física resulta esa fricación inicial representable aparte, porque su naturaleza es plenamente consonántica, caracterizada por el punto y el modo del rozamiento, mientras que la *w* es una semiconsonante. (Sobre el especial carácter de las semiconsonantes y semivocales véase Navarro Tomás, *Manual de pronunciación española*, § 120 y *RFE*, X, págs. 40-42).]

pañol. No obstante, todavía hoy pueden descubrirse claramente en la pronunciación culta todos los caracteres de la evolución popular. Algunos, como los cambios de *s*, *d*, *b*, *v*, son casi generales; otros (como el trueque de *r* y *l*) se consideran vulgares; el intento de combatir el yeísmo tiene escaso éxito, aun en el estilo elevado, y apenas hay uno que otro pedante que procure diferenciar la *s* de la *z*, *c* como en Castilla. El vocalismo continúa siendo, en lo esencial, el español. Es curioso el extremo relajamiento de la actividad labial (parecido al del inglés); en cambio, hay marcada predilección por levantar el dorso de la lengua hacia el prepaladar. En los hiatos primarios o secundarios como *ái*, *áé*, *áu*, *áo* se tiende a acentuar la vocal más abierta con diptongación más o menos enérgica; por ejemplo: *méi* < *maíz*, *láuna* < *laguna*; inversamente, *éa* > *ía*, por ejemplo: *triáto* < *teatro*, etc. ¹.

Las vocales nasales son bastante raras; hasta ahora sólo poseo pocos ejemplos seguros de Santiago y sus alrededores: *nõ*, *komé*, *dormí* (*no*, *comer*, *dormir*), nasalización provocada siempre, como se ve, por nasal precedente; pero hay también vocales delante de *n* final (y a veces ante *n* o *m* intervocálicas) que resultan algo nasalizadas por oclusión imperfecta de la consonante siguiente.

Entre las consonantes, *p*, *t*, *k* permanecen en lo esencial invariables como oclusivas sordas puras (no aspiradas). En cambio, todas las oclusivas sonoras *b*, *d*, *g*, y ocasionalmente también *n*, *m*, tienden a una oclusión deficiente, que puede llegar hasta la total desaparición. Todas las dorso-postpalatales ² pasan

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

¹ [Esta tendencia ha sido general a casi toda América y España (menos Andalucía y Extremadura y las regiones de primera colonización, como las Antillas, o donde perdura un sistema fonético indígena, como en el español del Paraguay). La reacción cultista va triunfando en todas partes. Véase la geografía, cronología y estado social de este fenómeno en A. Alonso, *Problemas de Dialectología Hispanoamericana*, pág. 9 y siguientes.]

² Sobre la clasificación de las consonantes, cf. mi estudio *Zur Physiologie und Geschichte der Palatalen* [Para la fisiología e historia de

a articularse, delante de *e* y de *i*, en el linde prepalatal, por lo que a veces hasta la *k* parece transformarse en la correspondiente fricativa χ . El más notable de todos los cambios chilenos es la caída de *s* antecónsonántica y en posición final ante pausa (*s* equivale indistintamente a *s*, *c*, *z* españolas). Los verdaderos guasos, es decir, la última capa social de la población chilena, cambian también la *s* intervocálica en *h*, y, según datos de chilenos cuya exactitud no he podido aún comprobar, carecen en absoluto de *s*. Pero para la importancia del cambio es lo mismo que la desaparición de la *s* en esa capa de la población ocurra en forma completa o que queden aún restos de *s*; a medida que se asciende por la escala social, se va haciendo más plena la pronunciación de la *s*, pero nunca llega a ser perfecta, como lo es en el Perú¹. *No creo inverosímil que esta desaparición se deba a causas étnicas*: a juzgar por datos merecedores de confianza², la lengua de los araucanos no cuenta con *s* alguna, y justamente esta raza indígena — que subsiste con bastante independencia en Araucanía — es la que constituye la base de la población baja chilena. Claro que falta aún averiguar si esta ausencia de *s* es antigua en araucano, vale decir, si se remonta a época anterior a la invasión española³; mas aun cuando se hubiera desarrollado después de esa época, no por eso sería de menor interés étnico-lingüístico la simultaneidad del cam-

las palatales], en la *Zeitschr. für vergl. Sprachf.*, de Kuhn, xxix, pág. 2 sigs.

¹ [El doctor Lenz nos encareció hiciésemos constar que siempre que habla del Perú se refiere exclusivamente a algunos estudiantes de las provincias de Tacna y Arica, entonces del Perú, que asistían a sus cursos de Santiago. Hoy, resuelto el largo pleito, Tacna queda en el Perú y Arica es provincia chilena. El doctor Lenz nunca estuvo en el Perú.]

² Cf. FEBRÉS, *Gramática de la lengua chilena*, 1765. Reimpresión de Santiago, 1846. [Repite a Lenz ECHEVERRÍA y REYES, *Voces usadas en Chile*, pág. 28.]

³ [Según el P. Valdivia, 1606, «en esta lengua raras veces se hallan estas sílabas: ... ni *sa*, *se*, *si*, etc.». En el *Vocabulario* no trae palabra alguna con *s*.]

bio en los araucanos españolizados y en los araucanos libres ¹. Espero poder hallar más tarde la solución de este problema; por ahora, sólo conozco la lengua araucana por la gramática citada; el estudio profundizado de esta y de todas las otras lenguas indígenas de América española arrojará luz, seguramente, sobre muchos hechos interesantes y acaso proporcione nuevos ejemplos de igualdad de articulación. Lo que hasta ahora se conoce de la influencia étnica de los pueblos indígenas de las regiones romanizadas de Europa ($f > h$ en español y gascón, $u > ü$ en los países célticos, $k > x$ — fricativa dorso-postpalatal o velar — en la zona etrusca, para no referirnos a otros fenómenos esporádicamente señalados) está todavía muy en el aire, porque la primitiva base de articulación de los pueblos romanizados es imposible de establecer, o al menos no se ha establecido aún. En América, por el contrario, la españolización data de pocos siglos y las lenguas indígenas no se han extinguido aún en la mayor parte de los países donde se hablaban. Tengo la seguridad de que el estudio del español de América va a dar de sí enseñanzas sumamente provechosas, por las numerosas analogías que existen entre la expansión románica en Europa y la expansión española en el Nuevo Mundo ².

¹ El hecho de que el mismo cambio fonético se repita en muchas regiones, en románico y en otras lenguas, no constituye de por sí ningún obstáculo para esta tesis; nunca hay cambios fonéticos aislados. El problema de la influencia étnica no puede resolverse *a priori*.

² [Desde la aparición del presente trabajo del doctor Lenz, esta analogía ha interesado vivamente a los romanistas. El ilustre profesor Max Leopold Wagner se decidió a estudiarla directamente en un artículo famoso: *Amerikanisch-spanisch und Vulgärlatein*, aparecido en la *ZRPh*, 1920, tomo XL; traducido al español por el INSTITUTO DE FILOLOGÍA de Buenos Aires en 1923 (cuaderno I), e incluido por Leo Spitzer en el segundo tomo de su selección *Meisterwerke der romanischen Sprachwissenschaft* (Munich, 1930). El tema merece ser retomado, no sólo por los beneficios de toda revisión, sino para dar cabida a nuevos aspectos. Una prueba, referente por cierto al problema del indigenismo, la ha dado A. Alonso en el prólogo al libro de M. A. Morínigo, *Hispanismos en el Guaraní*, publicado por este INSTITUTO, 1931.]

Entre los otros cambios fonéticos del español de Chile, es importante la vacilación entre *r* y *l*, que se repite en tantos otros lugares de la Rumania; la tendencia chilena es a formar, delante de consonante, sólo una *r* reducida, y en posición final, una *l* reducida¹. La bilabial fricativa **ɸ** (que se escribe en español *b* o *v*) tiende a desaparecer por completo, ocasionalmente con fuerte labialización de las consonantes vecinas. La *u* consonántica delante de vocal (en la escritura *u-*, *hu-*, *gu-*, *bu-*) se pronuncia **ɣw** con enérgica fricación dorso-prevelar o postpalatal; el correspondiente fonema sordo (que podría representarse por φ y un trazo curvo encima o bien por φ^h) sustituye a *fu* y *ju* + vocal. La *ll* española es absolutamente igual a *y*²; la *ñ*, en cambio, permanece invariable. Toda la pronunciación está influida por una fonética sintáctica extraordinariamente viva.

Todas estas observaciones se refieren en especial al habla vulgar. En el lenguaje conversacional de las personas cultas la evolución está en gran parte frenada por obra de la lengua escrita. Podrían distinguirse, para Santiago y sus alrededores, las siguientes capas de población:

1° Los guasos, el estrato último de la población rural, cuya pronunciación y vocabulario son los que más rasgos indígenas ofrecen: al habla de los guasos pertenecen formas como **káha** (casa), **méha** (mesa). (Yo he tenido pocas oportunidades de observar directamente este grupo social.)

2° En la ciudad, la clase ínfima la forman los *rotos*, el proletariado. Ni los *rotos* ni los *guasos* saben, naturalmente, leer ni escribir, y no hay, por tanto, estorbos en la evolución fonética.

3° Individuos aislados de estos dos primeros grupos, que encuentran ocupación en la ciudad como criados y en otras fun-

¹ [Véase el apéndice *Observaciones sobre RR, R y L.*]

² Este cambio parece corresponder sólo a Chile central. En el sur, la *ll* = **ʃ** se conserva: la **ʃ** es precisamente muy abundante en araucano, como lo demuestran ya los numerosos nombres toponímicos con *ll*.

ciones parecidas y tienen a menudo ocasión de oír hablar castellano; en estas mismas condiciones se hallan los oficiales de mano rurales; no es raro que sepan leer y escribir, pero tampoco es lo habitual.

4° La clase llamada aquí *de medio pelo*: los empleados modestos, dependientes de comercio y oficios análogos; poseen siempre alguna instrucción escolar, pero no pueden sustraerse del todo, por más buena voluntad que tengan, al dialecto vulgar.

5° La clase social que sigue en orden ascendente corresponde a las personas que han estudiado «gramática castellana»; en la conversación despreocupada, el lenguaje de estas gentes no se diferencia apenas del habla «mejor» de los *de medio pelo*; pero si se les interroga, por ejemplo, sobre la pronunciación de una palabra, contestarán seguramente en puro español. En el punto más alto de esta clase se encuentran aquellas personas que quieren hablar en castellano perfecto y miran desdeñosamente las palabras chilenas, en la medida — claro está — en que pueden distinguirlas de las españolas. Esta gente no llama a la moneda de veinte centavos *una chaucha*, como en los grupos 1 y 2, ni *un veinte* (pronunciado *úmbéinte*), como en los grupos 3, 4 y 5, sino *una peseta*; en lugar de *mampara* y *casilla* (de correo) dicen *cancel* y *apartado*, porque así aparecen en el diccionario de la Academia de Madrid¹. Estas personas «cultas» llevan a menudo su purismo al extremo de pronunciar toda *v* como labiodental, lo que es enteramente anticastellano.

Hechas estas observaciones preliminares, que sólo pueden proporcionar una imagen superficial de la infinita riqueza de variaciones e igualaciones de la lengua viva, vamos ahora a ocuparnos detalladamente de algunos casos.

¹ [*Cancel* puede ser tradicional en Chile, concurrente con *mampara*, quizá medio desalojado por *mampara*. ¿*Peseta* está en el mismo caso? *Peseta* todavía se usa, por ejemplo, en las Antillas y en el Ecuador.]

I. *r* y *l*

Sabido es que en español se distinguen dos sonidos de *r*, uno de los cuales, la *r* «simple» o «débil», sería, según las indicaciones de los gramáticos, alveolar, sonora y débilmente vibrante, y, según otros, consistiría en un simple golpe del ápice lingual. El otro sonido de *r* — «fuerte» —, que se escribe *rr* en medio de palabra y *r* en posición inicial y después de *s*, *l*, *n*, es alveolar fuertemente vibrante (cf. BAIST en el *Grundriss* de Gröber, I, pág. 694) o sorda con contaminación de un sonido ξ (cf. PAUL FÖRSTER, *Spanische Sprachlehre*, § 3). Según explica Förster, la *r* es sonora en posición final, entre vocales y en contacto con cualquier consonante sonora: lo es, pues, en *alrota*, *honra*, *Enrique*; sorda, siempre que es *rr*: *perro*, *tierra*, en posición inicial (inclusive en palabras compuestas como *malrotar*, *sonrisar*, cuyos elementos se sienten aún como separados), y cuando precede o sigue una consonante sorda, sea oclusiva o fricativa. Considero sencillamente falsa esta última aserción, como sin duda son meras suposiciones teóricas, y en gran parte falsos, todos los datos de Paul Förster sobre la sonoridad de *r*, *l*, *c*, *z*, *s*; lo cual es tanto más lamentable cuanto que sus observaciones, muy minuciosas, tienen la apariencia de investigaciones científicas. Por lo que se refiere a la *r*, es indudable que nunca un español cambiará la *r* suave por *r* fuerte; y la Academia explica que después de *l*, *n*, *s* se ha de escribir *r* sencilla, «por no haber en castellano voz ninguna en que no sea fuerte como letra inicial, o siguiendo a cualquiera de estas tres consonantes» (*Gramática de la lengua castellana* por la Real Academia Española, Madrid, 1883, pág. 361); como ejemplos típicos se dan *honra*, *israelita* y *malrotar* (!), que no es, por lo tanto, palabra «cuyos elementos se sienten aún como separados», como piensa Förster, pues en estos casos la Academia escribe *rr* (*contrarréplica*, *prorrata*, etc.). La influencia de una consonante sorda sobre la *r* inmediata, en cuanto a la sonoridad, no

puede negarse, pero estoy persuadido de que es menor que en francés y mucho menor que en inglés; es posible, pues, que en esa posición la sonoridad de la *r* se reduzca ocasionalmente, pero no por eso la *r* española «se volverá *r* fuerte».

La verdadera pronunciación usual de la *r* fuerte en España, tal como se ha conservado hasta hoy, por ejemplo en el Perú, me parece ser la *r* supra-alveolar fuertemente vibrante; a veces la sonoridad de este fonema es imperfecta, pero creo que sólo en raros casos falta del todo. Un sonido \check{r} , de tipo \check{s} , articulado en el mismo punto con vibración menor o con ninguna vibración y con reducción ocasional de la sonoridad, existe también en España, según documenta experimentalmente A. Alonso, *El grupo TR*, en *Homenaje a Menéndez Pidal*, II, págs. 167-191. Todas estas pronunciaciones suelen oírse aquí, pero la única usual en Santiago y sus alrededores es la siguiente: para *r* suave, una vibración simple áptico-supraalveolar, parecida o igual a la del inglés *very*, ejemplo: *pero*, *para*; para la *rr* fuerte, una \check{r} supraalveolar articulada relajadamente, en la cual habitualmente los dientes se mantienen juntos. La sonoridad de este fonema es a veces reducida; si no me equivoco, corresponde al polaco *rz*; ejemplos: *perro*, *tierra*, *rosa*. Con fuerte pérdida de sonoridad se encuentra ese mismo sonido en la pronunciación vulgar (capas de población 1, 2, 3, más raramente 4, 5) después de explosiva sorda, especialmente después de *t*, en lugar de *r* suave; por ejemplo: *traigo*, con *tr* semejante a la del inglés *try*.

Para representar la *r* vibrante simple, emplearé el signo *r*; para la vibrante múltiple, \bar{r} ; para la *r* vibrante y asibilada (de tipo \check{s}), \check{r} ; si la vibración falta por completo, \check{z} ; con sonoridad reducida, \check{r} o \check{s} ¹.

¹ [Hemos alterado algo el primitivo sistema de representaciones fonéticas del autor para uniformarlo con el de la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*. En la edición alemana dice Lenz: «Als bezeichnung für *r* mit einem zungenschlag nehme ich \check{r} , völlig gerollt: *r*, gerollt und \check{s} -artig \check{r} , ganz ohne rollen \check{z} , mit reduzierten stimmton \check{r} bzw. \check{s} ».]

Antes de ahondar en los pormenores de la evolución de la *r* en Chile, debo hacer algunas previas consideraciones generales para exponer mi opinión sobre la naturaleza del fonema *r*. Las obras fonéticas que consulto son: SIEVERS, *Phonetik*; VIËTOR, *Elemente der Phonetik*; TRAUTMANN, *Sprachlaute*; TECHMER, *Zur Veranschaulichung der Lautbildung*, y SEELMANN, *Aussprache des Latein*.

SIEVERS (pág. 84 sigs.) parte, de acuerdo con su teoría de las «sonantes», de la *r* no vibrante en que la punta de la lengua forma detrás de los alvéolos un estrechamiento «caracterizador» en comparación con las vocales y se mantiene fija, sin vibración: vale decir que Sievers considera como *r* normativa la del inglés *sir*, *bird*, lo que difícilmente concuerda con la opinión general. Al tratar de la *r* vibrante, Sievers habla de «golpes de la lengua», en lo que parece entenderse, sin embargo, sólo un vibrar en el estrechamiento, no una oclusión completa entre los alvéolos y la punta de la lengua.

TRAUTMANN (§ 244 sigs.) incluye la *r* en el número de las oclusivas y atribuye al sonido normal *varias* oclusiones repetidas una tras otra; con *un solo* golpe de lengua no es posible formar sino sonidos impropios de *r*; la llamada «*r* aspirada» es para él una simple áptico-prepalatal *ř* o *š*. De la adhesión parcial que le merecen (§ 229, nota) las afirmaciones de Grützner, se infiere que también para Trautmann la diferencia entre la *r* de *una sola* vibración lingual y la *d* articulada en el mismo punto consiste en la mayor presión del aire que necesariamente requiere la *d* y en la rapidez y suavidad con que, en la *r*, la lengua abandona los alvéolos apenas tocados.

Según VIËTOR (§ 92), en la *r* usual se forma un estrechamiento entre la punta misma de la lengua levantada y los alvéolos; en la *r* vibrante, la punta de la lengua es puesta en movimiento (oscilación, aleteo) por la columna de aire espirado. «La punta de la lengua, al levantarse, parece determinar simultáneamente una elevación gutural de la base de la lengua».

TECHMER (§ 20) admite el fonema propiamente vibrante como alternancia de estrechamiento y oclusión, y, como variante, la alternancia de apertura y estrechamiento.

La opinión de SEELMANN coincide en general con la de Trautmann.

Si se comparan entre sí estas opiniones, resulta claro que ninguna de ellas es del todo perfecta. La dificultad reside, como en tantos otros casos, en que cada uno piensa ante todo en los fonemas que le son habituales y en que es difícil emanciparse de las grafías tradicionales. Si lo decisivo en la *r* fuera una completa oclusión bucal, aun cuando poco enérgica, no se ve bien en qué se distingue la *r* (con un solo golpe de lengua) de la *d* articulada en el mismo punto. Si, en cambio, hay sólo estrechamiento sin oclusión, ¿dónde estará el límite entre la *r* y la *z* de igual punto de articulación? ¹

Pasemos a examinar la *r* simple. No hay duda de que su sonido produce la impresión de una percusión, pero es distinta de la percusión de la *d* articulada en su mismo punto. El sonido de *r* pierde su carácter cuando se trata de prolongarlo, es decir, de mantener la punta de la lengua en oclusión, mientras que esta especie de alargamiento de la pausa oclusiva es perfectamente posible en la *d*. En la *r* no debe de haber, pues, oclusión *completa*. Yo he tratado de decidir esta cuestión experimentalmente. Los trazados estomatoscópicos no dieron, como era de preverse, ningún resultado, pues la oclusión o, mejor dicho, toda la articulación de la *r* es extraordinariamente débil (articulación *lene*, diría yo). En cambio, después de algunos ensayos, logré muy bien ver directamente la articulación con ayuda de dos espejos: coloqué uno, casi horizontalmente, en el labio

¹ [La diferencia de timbre entre una *r* fricativa sonora ápicoalveolar y una *s* fricativa sonora ápicoalveolar, *r̥* y *s̥*, consiste en la forma de la estrechez del ápice contra los alvéolos: redondeada para *s̥*, alargada para *r̥*. Por no tener esto en cuenta, el doctor Lenz ha representado en este trabajo con *ṛ̌* y *ṣ̌* variantes de *rr* que corresponden más bien a *ṛ̌* y *ṛ̌*.]

inferior, de tal modo que reflejara sobre los alvéolos la luz solar directa, y observé con el otro espejo la imagen del primero. Pude comprobar al punto que para formar una *d* (y *t*) alveolar la punta de la lengua tocaba en toda su amplitud los alvéolos, mientras en la pronunciación de *ara* la línea media de la lengua, en el sitio en que la prolongación del frenillo toca la punta, quedaba encogida. Los dos cordones musculares, a derecha e izquierda de la línea media, tocaban los alvéolos. Al intentar sostener una oclusión, tenía que pasar a la oclusión completa de *d*, o bien formaba una abertura que adoptaba la forma de un triángulo equilátero de unos 3 milímetros de lado, de tal modo que el punto medio del ápice de la lengua, evidentemente por acortamiento del frenillo, era tirado hacia atrás, y el sonido resultante era una *ž*. El que la articulación se produjese en la mitad de los alvéolos o más arriba, en el paladar anterior, era indiferente hasta para la más pequeña diversidad de timbre; pero más abajo, hacia los dientes, se ve claramente que la parte superior de la lengua forma la oclusión con su gruesa capa de mucosas, por lo que la abertura se ensancha algo hacia los lados, pero con menor distancia en el centro. En esta forma, y por el modo como la corriente de aire espirado viene a dar contra los dientes inferiores, se produce el cambio de timbre, que es ahora de *z* (*s* sonora). Para articular una apical *ž*, como supraalveolar o prepalatal, se necesita estrechar artificialmente la abertura triangular de la *ž*. Es evidente, pues, que debemos considerar la *r* simple como un fonema intermedio entre *ž* y *d*. Es un fonema de percusión *sin oclusión perfecta en el punto medio*¹. En la *d* articulada imperfectamente, toda la punta de la lengua se acerca a los alvéolos sin aplicarse firmemente sobre ellos; en la *r* los dos lados del ápice se aplican por completo y sólo queda

¹ [A esta conclusión llegó el doctor Lenz tras las experiencias sobre su personal articulación de la *r*. La *r* de los castellanos tiene oclusión completa, aunque momentánea. Cf. T. NAVARRO TOMÁS, *Manual*, 3ª ed., § 112, y SAMUEL GILI GAYA, *La «r» simple en la pronunciación española*, RFE, VIII, págs. 271-280.]

recogida la parte central. Pero este estrechamiento es tan angosto y toda la articulación tan relajada que no es posible fijar, prolongar en la oclusión una *r*, a menos de contener artificialmente la espiración. Con presión espiratoria normal, o hay que ensanchar la pequeña abertura hasta formar una *ž*, o cerrarla hasta *đ*. (Cf. sobre presión espiratoria y retención, *Zeitschr. f. vergl. Sprachf.*, de Kuhn, XXIX, pág. 51).

Ahora bien, al observar la formación de la *rr* apical vibrante, descubrí con gran sorpresa que la punta de la lengua se doblaba considerablemente hacia la derecha; el borde muscular derecho de la lengua se apoyaba firmemente un poco a la derecha del centro de los alvéolos; la línea media se recogía un poco, y el borde muscular izquierdo, tendido ampliamente en el centro de los alvéolos, era puesto en vibración por la corriente de aire espirado que le hacía herir los alvéolos. Ya en la *Zeitschr.* de Kuhn, XXIX, pág. 20, hice yo notar esta oblicuidad en la articulación de la *r*, pero no había advertido aún, en lo tocante a la *r*, la completa diversidad de articulación de los dos lados de la lengua. Es posible, claro está, que tal diferencia sea completamente individual; pero también puede ser que aparezca con regularidad, o al menos con frecuencia¹. El vértice de la lengua necesita, naturalmente, un punto de apoyo, para facilitar lo más posible la vibración del resto de la lengua. De cualquier modo, mi articulación es tan característica que vale la pena comprobar si se presenta a menudo en la forma descrita. Como el observarse a sí mismo, con ayuda de dos espejos, es más fácil que observar a otro, yo agradecería a mis lectores que estudiaran su propia pronunciación de la *rr* y publicaran una breve exposición de los resultados obtenidos.

Por de pronto me parece seguro que la *r* de vibración simple y la verdadera *rr* vibrante son dos fonemas de naturaleza enteramente distinta; el segundo no consiste en la repetición del primero y mucho menos en repetir la oclusión de la *đ*. Para

¹ [Es individual.]

vibrar (*r*), se necesita una peculiar relajación de la parte aleante de la lengua. Esta vibración se asemeja más al flamear de una bandera al viento que a la vibración elástica de la lengüeta de un instrumento musical. La *rr* vibrante requiere una considerable intensidad espiratoria y es probable que se produzca por una alternancia de oclusión y estrechamiento, aunque, como sucede en mi propia pronunciación, aparezca con la oclusión una abertura mínima (en la línea media del ápice) que acompaña al fonema en toda su duración.

¿Hay también una *r* de vibración múltiple con alternancia de abertura y estrechamiento? En rigor no. Y sin embargo, en inglés *drink*, *bring*, la *r* — que hemos representado por \dot{z} [\dot{r}] — se aproxima más, sin duda, a la *r* de vibración múltiple que una *š* sorda del mismo tipo a una *r* vibrante sorda. El punto de vibración determina en la \dot{z} un fuerte rehilamiento ¹. No sé si ya ha sido señalada por otros esta vibración, característica de las apicales *z*, \dot{z} , así como de la labiodental *v*; pero lo cierto es que presta a esos fonemas y, en menor medida, a todas las fricativas sonoras, un timbre característico que falta por completo a las sordas correspondientes, aun cuando sean de articulación débil (*lenis*), esto es, aunque tengan una debilidad articulatoria que por lo regular corresponde sólo a las sonoras. Con lo dicho deajo indicada la causa de la vibración: está en la simultánea

¹ [El término *rehilamiento* fué empleado por A. Alonso, tras conversaciones con Navarro Tomás, para referirse a un zumbido especial que se produce en el punto de articulación de algunas consonantes sonoras debido a la vibración adicional de las mucosas linguales (*Rev. Ling. rom.*, I, 335). Tiene rehilamiento la *th* dulce inglesa y no la *-d-* española, y en eso se diferencian estos dos fonemas sonoros, fricativos y ápico-interdentales. Tiene rehilamiento la *y* (*mayo*, *calle*) de la provincia de Buenos Aires y no la castellana ni la chilena; etc. Rehilar es temblar. Se decía de las armas arrojadas que *rehilaban*, para referirse a su zumbido. Ver T. NAVARRO TOMÁS, *Rehilamiento*, RFE, 1934, XXI, 274-279. El primer fonetista que observó el rehilamiento de la *rr* dialectal española fué Lenz. Véase, al final de este tomo, AMADO ALONSO, *Rodolfo Lenz y la dialectología hispanoamericana*.]

vibración de las cuerdas vocales, y es análoga al conocido fenómeno de resonancia por el cual una cuerda se pone a vibrar al sonar otra igual o correspondiente. La vibración de las cuerdas vocales es transmitida por el aire, con especial intensidad, a las mucosas oportunamente relajadas. La *ž* [ṛ̌] adquiere de ese modo un timbre áspero, como de zumbido, que recuerda la *r* vibrante múltiple: y de ahí que la reemplace tan a menudo. Muchas veces el zumbido es reforzado por la aproximación de los dientes superiores e inferiores, lo que puede prestar a la pronunciación de la *r* vibrante un timbre parecido al de la *ž*.

Nos queda aún por examinar la *r* «sonante» que se produce cuando, partiendo de la posición de *ž*, la lengua se aleja aún más del prepaladar. De esa manera la abertura se hace tan grande que la sonoridad es con mucho lo más importante del fonema y es lo que pasa al primer plano de la atención; por lo regular este sonido se acerca mucho a una *ö*, de la cuarta serie de Trautmann, porque la parte posterior del dorso lingual, al levantarse el ápice, es apretada contra el velo; debido a la débil fricación entre la punta de la lengua y el prepaladar, unido al rehilamiento de aquélla, el fonema adquiere ruido consonántico. Creo perfectamente clara y correcta la opinión de Trautmann, quien considera este fonema y otros análogos como *Nebenvokale* (paravocales). Se puede muy bien hacer pasar toda fricativa sonora a un sonido consonántico aspirado, con sólo aumentar la abertura. Estos sonidos son de gran importancia para la evolución lingüística; constituyen el último grado de una *b*, *d*, *g* en camino de extinguirse. Yo las representaré con el signo correspondiente de tamaño menor y puesto sobre la caja del renglón: *ḅ*, *ḍ*, *g̣*. Las hallaremos en el español de Santiago con no poca frecuencia.

Acerca de la *l*, no es necesario entrar en explicaciones minuciosas, pues su carácter no ofrece lugar a dudas. Por su articulación, es esencialmente una oclusiva¹; pero, lo mismo que la

¹ [Quiere decir que el ápice hace contacto con el paladar; pero la ar-

m, *n*, *ŋ*, tiene muchas propiedades comunes con las fricativas. Los ruidos de fricación de una *l* prolongada se parecen especialmente a los de la *r* sonora: son principalmente vibraciones de las mucosas. El estrechamiento, en uno de los lados de la lengua o en ambos, no es suficiente para producir — con la débil presión del aire espirado ejercida por la sonoridad — ruidos perceptibles; en la *l* sorda, en cambio, se oyen muy claramente. Mas por otra parte, tampoco es perceptible el ruido del contacto apical, a causa de la simultánea abertura lateral, lo que justifica bien su inclusión con la *r* sonante y con las nasales bajo el nombre de fonemas sonantes. La *l* española es supradental y, según mis propias investigaciones, siempre sonora (considero falsas las indicaciones de PAUL FÖRSTER, *op. cit.*, § 3). La reducción de sonoridad en contacto de fonemas sordos, aun cuando se admita en general su existencia, carece en todo caso de importancia ¹.

La *ll* española es la *l* puramente dorso-prepalatal (*Kuhns Zeitschr.*, XXIX, pág. 30 sigs.); en Santiago y sus alrededores, como en muchas otras regiones del español, se ha igualado completamente con la *y* (fricativa dorso-mediopalatal de articulación relajada).

Hechas estas consideraciones teóricas, pasaré a describir el fonema *r* en el español de Santiago.

La articulación no es oclusiva, sino fricativa, pues, como observa bien el autor, la abertura lateral es simultánea, de modo que en ningún momento se halla cerrada (oclusión) la salida del aire. Cfr. T. NAVARRO TOMÁS, *Manual*, 3.^a ed., § 111, y *Sobre la articulación de la «l» castellana*, en *Estudios fonéticos*, publicados por P. Barnils, Barcelona, 1917, I, pág. 265-275.]

¹ [Sobre *l* ensordecida en contacto con consonante sorda, véase FRITZ KRÜGER, *Studien zur Lautgeschichte westspanischer Mundarten*, Hamburgo, 1914, § 367 y sigs.; T. NAVARRO TOMÁS, *Sobre la articulación de la «l»*; AMADO ALONSO, *El grupo «tr» en España y América*, en el *Homenaje a Menéndez Pidal*, tomo II, pág. 186. Se refiere a la *l* chilena ensordecida JULIO SAAVEDRA, *Fonética chilena*, en el *Maître Phonétique*, París, 1904, pág. 145, nota, de modo menos cauto que Lenz: «Mi gusto habría sido escribir *ɾ*, *l̥* en vez de *r*, *l* líquidas después de consonante áfona.»]

Como queda dicho arriba, en español se han comprobado hasta ahora sólo dos tipos de *r*: *r* suave y *r* fuerte. La primera es sin duda la *r* que ya hemos descrito, de vibración simple; la otra, que se escribe *rr*, excepto en comienzo de palabra y después de *n*, *l*, *s*, es absolutamente distinta de la primera. Ya lo señaló ESCRICHE Y MIEG, el primer español que se puso a observar sin prejuicios la pronunciación española, en su acertado librito sobre ortografía española ¹, pág. 55: «no tiene nada que ver la *rr* con *r + r*», del mismo modo que la *ll* española (= *ʎ*) no equivale a *l + l*. [Y ahora lo ratifica Navarro Tomás, *Manual de pronunciación española*, § 116, con la mayor competencia de especialista.]

La pronunciación de la *r* fuerte consiste en Chile en una *r̄* o *r̃* vibrante. Esta *r̃* es un sonido intermedio entre *r̄* y *ʒ*, que se produce aplicando la punta de la lengua con menos fuerza que la necesaria para la *r̄* estrictamente vibrante. La parte vibradora del ápice golpea dos o más veces, sin producir oclusión completa en toda su anchura, de modo que al sonido resultante se mezcla desde el principio una especie de *ʒ*, en la cual acaba el fonema por transformarse completamente, por efecto de un rehilamiento intenso. Ya he hablado más arriba de la deficiente sonoridad de este sonido. Toda *r*, antes y después de consonante, parece pronunciarse en español *r*; es posible, y probable, que esta *r*, después — y quizás también delante — de un fonema sordo, pierda eventualmente algo de su sonoridad, pero esto no es, de modo alguno, necesario. A lo menos yo he oído a españoles y peruanos, y a menudo también a chilenos cultos, pronunciarla con sonoridad muy completa, como en *ar:te*, *tʳabaxár*², *kuér̄po* (*arte*, *trabajar*, *cuerpo*), donde entre el golpe de lengua de la *r* y las consonantes vecinas puede percibirse un perfecto sonido glótico (*svarabhakti*)². Entre vocal y

¹ *Reforma de la ortografía castellana*, por D. TOMÁS ESCRICHE Y MIEG. Bilbao, 1890, 2ª edición.

² [El doctor Lenz representa con un signo convencional este sonido glótico entre la *r* y la consonante con la que se agrupa. ARAUJO, *Estudios*

consonante sonora o en posición final, este elemento vocálico es en Santiago muy común, especialmente en la pronunciación «culto», pues en la popular muchas de estas *r* sufren otras transformaciones; p. ej. *tór^odo*, *d^oráma*, *lár^ogo*; *bér^o* (*ver*), etc. Tenemos, pues, como pronunciación general de la *r* suave, también en Chile, una *r* de *un solo golpe de lengua* y de *sonoridad completa*.

La *r* fuerte se pronuncia no pocas veces *r̄* en Santiago (en el Perú, siempre), pero la pronunciación popular, aun entre las clases superiores, es *r̄*, muy parecida, si no igual, a la *r* del inglés *bring*, *drink*, a menudo con los maxilares fuertemente apretados: *řósa*, *pěřo*, *ónřa* (*rosa*, *perro*, *honra*) ¹. La lengua popular de Santiago es — como siempre ocurre — mucho más rica que la lengua escrita.

La *r* intervocálica en medio de palabra es *r*, como en la lengua literaria: *mire*, *mira*, única exclamación usual aquí para llamar la atención de alguien (los españoles, y también los peruanos, dicen en cambio *oiga*). Para más ejemplos, basta señalar

de fonética castellana, Toledo, 1894, pág. 51, llama la atención también sobre este carácter de la *r*, sin referirse a Lenz, y lo representa con una ^o. Araujo pasa por ser el primero en observar este rasgo de nuestra pronunciación, pero el doctor Lenz se le adelantó en un par de años. Araujo, antes de publicar en español sus *Estudios* (Toledo, 1894), los publicó en francés: *Recherches sur la phonétique espagnole*, en la revista alemana *Phonetische Studien*, dirigida por W. Viëtor, tomos III, 1890, V, 1892, y VI, 1893. Lenz publicó sus *Chilenische Studien* en la misma revista, tomos V y VI. Pues bien, Araujo no observa en 1890 — al hablar de *r* — el momento de sonoridad entre la *r* y la consonante con que se agrupa, y sí lo observa en 1894, después de haber leído, sin duda, a Lenz. Esta sonoridad entre la *r* y la otra consonante ha sido estudiada y medida experimentalmente por Navarro Tomás, *Diferencias de duración entre las consonantes españolas*, *RFE*, 1913, V, págs. 385-7, y *Manual*, 3.ª ed., § 113, y por SAMUEL GILI GAYA, *La «r» simple en la pronunciación española*, *RFE*, 1921, VIII, pág. 274 y sigs.]

¹ Sucede a menudo — yo mismo lo he comprobado — que hasta chilenos instruídos son incapaces de pronunciar una *r* vibrante múltiple, así como muchos alemanes norteños usan sólo la *r* uvular.

los derivados, muy del gusto de estas gentes, en *-ero*, *-era*, *-ura*: *panaéro*, *lecéro*, *tetéra*, *asukaréra*, *tomaúra* (también *tomáura* 'borrachera'), etc. No es raro que la vibración lingual única se articule muy débilmente; pero de todos modos no es usual la completa desaparición de la *r* intervocálica. Los dos únicos ejemplos que he encontrado requieren explicación especial; son *para* > *pa* = *paa*, que CUERVO, *Apuntaciones*, § 685 [6.^a ed., § 771], cita también como bogotano observando que es «común casi dondequiera que se habla nuestra lengua», y un ocasional *a^uasi* < *ahora sí* como exclamación, que precisamente por tener este uso no entra en la fonética habitual: en los demás casos, *ahora* permanece como *aóra* o *áura* (con el acento igualmente en la *a* y en la *u* abierta). También se conserva la pronunciación antigua *agóra* en el pueblo chileno.

La *l* intervocálica se conserva invariable: *ala*, *pelo*, etc.; lo mismo en posición inicial: *lana*, *leña*, *lión* (< *león*), etc. La *r* y la *l* finales las estudiaré con *l*, *r* ante consonante.

Consonante + r, en posición inicial de palabra: *pr*, *br*, *kr*, *gr* mantienen invariable la *r* como *r*: *présio*, *brábo*, (*b* es bilabial, con articulación muy relajada siempre); *kréo*, *gránde* (*g* es una fricativa postpalatal); delante de *o* y de *u*, la articulación de la *b* es tan imperfecta que, por lo general, resulta sólo una *r* con redondeamiento labial y sonoridad previa: *^b(r)úxo* (el paréntesis que encierra a la *r* representa un redondeamiento simultáneo de los labios; *x* es fricativa postpalatal sorda) < *brujo*, *^b(r)óma* < *broma*. La sonoridad glótica previa no puede faltar, pues al santiaguino le es imposible pronunciar *r* inicial. *Fr* permanece asimismo invariable: *frío* o *φrío* (*φ* es fricativa bilabial sorda), *φrúta*. Suele presentarse sonoridad imperfecta después de *p*, *k*, *f*, pero no es lo regular. De todas maneras, esto no cambia el carácter de la *r*, que no se transforma en *r* fuerte, como pensaba Förster.

Los fonemas *t* y *d*, afines, por su formación, a *r*, se comportan de distinto modo que *p*, *b*, *k*, *g*, *f*, cuya articulación es por entero independiente de la *r* que les sigue. El grupo *dr*

inicial en palabras vulgares es tan raro en español como lo era en latín; la única palabra que he podido hallar es *droguería*, que pronuncian ^oroyería (^o = sonoridad; *y* es fricativa prepalatal, *ye* casi como *ye*): la articulación de la dental *đ* cerca del punto de articulación de la supraalveolar *r*, imposible para los chilenos, ha desaparecido totalmente. Quiero observar asimismo que la *đ* en el habla del bajo pueblo (y sólo a él nos estamos refiriendo) es en general muy rara. El grupo *tr-*, en pronunciación culta *tr*, es decir, *t* dental + *r*, en el cual la sonoridad glótica se produce inmediatamente después de la explosión de la *t-*, se vuelve en el habla popular *tř*, esto es, *t* áptico-prepalatal en que la oclusión no se abre de un golpe, en toda la punta de la lengua, sino que empieza recogiéndose la línea media de la lengua; se obtiene así una explosión impura, parecida a la de las dorso-prepalatales (cf. *Kuhn's Zeitschr.*, XXIX, pág. 22 sigs.), sólo que la impureza de la explosión en las áptico-prepalatales es voluntaria, en tanto que en las dorso-prepalatales es involuntaria, obligada. Este fonema se asemeja mucho a la *tr* del inglés del sur en *try*, pero me parece que en nuestro caso es más momentáneo; la *ř* es, por lo general, un breve fonema de transición. Yo creo que el origen de este fonema debe atribuirse a influencia araucana, por las razones siguientes: 1º, otros casos de articulación áptico-prepalatal son extraños al español; 2º, el araucano posee una áptico-prepalatal *t* especial (Febrés emplea para este sonido la grafía *th* y explica: se pronuncia «tocando la punta de la lengua a lo alto del paladar»); en boca de chilenos cultos la oigo como *tř*; no he podido aún, por desgracia, oírla pronunciar a araucanos; 3º, las palabras indígenas que continúan viviendo en el pueblo conservan este fonema, como pronunciación vulgar, en una *t* áptico-prepalatal ligeramente impura, pero no es raro que empleen a la vez una forma — que se considera más culta — con *t* española simple. Tales palabras son: *třálka* ('trueno', que alterna en el uso con la palabra española *třuéno*), escrita en nombres toponímicos como *Talca*, *Talcahuano*; *trenca* o *tenca*, es decir, *třénka* o *ténka* (ave parecida al tordo, *mimus thenca*);

třiuke o *tiuque* (especie de gavilán, *caracara* o *milvago chimango*)¹; **kotřótřo** o *kotóto* 'chichón', etc. Las formas con *t* pura son las que los conquistadores españoles oyeron equivocadamente; las formas con **tř** son las verdaderas, que persistieron en el pueblo bajo, de sangre indígena bastante pura; se ha igualado con ellas la *tr* española, pues el araucano no poseía *rr* vibrante ni *r*, sino sólo una *r* intermedia, según Febrés, entre ambos fonemas españoles y «que se parece a la *s*, doblando algo la punta de la lengua hacia arriba, o a un lado», vale decir, ř, la *r* «fuerte» usual en Chile.

Algunos otros ejemplos: **třáigo** < *traigo*, **třes** < *tres*, **mesa třínče** < *mesa trinche* = 'trincheró'.

Consonante + *r* en posición interior corresponde en su evolución a posición inicial: **libriyo** < *lebrillo*, **fiěbre** o **φiě^u(r)e** < *fiebre*, **abrá** < *habrá*, **ōbra** u **ō(r)a** < *obra*, **pōbre** o **po(r)e** < *po-bre*, etc. Quizás fuera más exacto escribir **ō^b(r)a**; de la ^b queda sólo un avance de los labios hacia adelante, no volviendo atrás sino durante la articulación de la *r*. No debe extrañar la existencia de formas dobles: designan en realidad pronunciaciones distintas; y yo quisiera llamar la atención sobre el hecho de que en general las formas lingüísticas son mucho más imprecisas de lo que comúnmente se piensa; en el curso de estos estudios sobre el español de Chile nos encontraremos muy a menudo con ejemplos mucho más sorprendentes aún que los mencionados. Una misma persona puede utilizar, sin motivo alguno, distintas formas de pronunciación, y no solamente — como en nuestro ejemplo — formas entre las que haya una que se aproxime a la pronunciación «cultá» más que la otra, sino también formas igualmente alejadas todas de la «buena» pronunciación. Esta posibilidad ha de tenerse muy en cuenta al uniformar textos medievales. La existencia de grafías diferentes de una misma palabra no sólo puede explicarse por error o porque nin-

¹ [Véase LENZ, *Diccionario etimológico de las voces chilenas...* Santiago, 1905-1910, s. v. *tenca* y *tiuque*.]

guno de los signos empleados corresponda a la pronunciación verdadera para la cual no hay signo propio en la escritura, sino que pueden corresponder ambas a pronunciaciones diversas e igualmente usuales, que no por eso atentan contra el carácter unitario de la lengua.

Después de *m*, el grupo *br* permanece invariable, con oclusión bilabial: *siembra*, *ámbre*, *nómbre*, etc. Se conservan también *pr* y *fr* interiores; *aprendió* < *aprendido*, *siempre*, *afréco*. *Gr* se conserva invariable después de *n*: *sáñgre*; en los otros casos la oclusión de la *g* se realiza imperfectamente, de modo que se produce el pasaje ¹ a *g* o *y* según las vocales próximas: *lágrima* < *lágri-ma*, *neyro* < *negro*; en este último caso hay tendencia a pasar a *neiro*, cambio que a veces llega a producirse.

El tratamiento de *tr* y *dr* interiores es análogo al de los mismos grupos en posición inicial: *tr* > *tř*: *ótřo* < *otro*; *quířre*, en la escritura *fulre* = 'señor distinguido', 'hombre de levita' (también con significación de 'fatuco, presumido'); *čářre*, escr. *chatre* 'campesino (*guas*) endomingado'; *éňřre* < *entre*, etc. El grupo *dr* es, como queda dicho, de incómoda pronunciación para el vulgo; en la lengua familiar de las personas educadas se pronuncia como en España: *pád^ore*, *piéd^ora*, donde la vocal sobre la caja del renglón indica la sonoridad glótica que aparece durante el tiempo que sigue a la distensión de la débil oclusión áptico-postdental (*d*) mientras la punta de la lengua se recoge y se levanta para producir contra el borde superior de los alvéolos la vibración de la *r*. En un grado más avanzado, la punta de la lengua ya no se adelanta lo bastante para alcanzar los dientes articulando la *đ*; no hace más que levantarse hacia su punto de articulación, pero sin llegar a formarla: el resultado es una sonoridad glótica ligeramente modificada, que yo representaré ^d.

¹ [Las consonantes *b d g*, que Lenz clasifica como oclusivas sonoras, pues así son en alemán, tienen en nuestro idioma articulación oclusiva o fricativa, según su posición, y las condiciones son en España y en toda América las mismas que en Chile.]

La *r* que sigue se articulará también, por lo regular, muy incompletamente; parece que inmediatamente después de la articulación relajada de la *d* es difícil un movimiento enérgico de la punta de la lengua. Lo que tenemos así, pues, es una *r* «sonante», con sonoridad glótica modificada por la elevación del ápice contra el borde superior de la región alveolar: *pádre*, *Pédro*, *kate^{dr}ál* < *catedral*. Pero a menudo parece presentarse una especie de vibración de *r*. Lo que ocurre entonces es que la punta de la lengua, en el trayecto de *d* a *r*, roza el punto más alto de los alvéolos convexos, adonde se acerca más que al verdadero punto de articulación de *d* o de *r*. Mientras *r* es un fonema bastante intenso, con ruido fuerte, la lengua superficialmente tendida ofrece resistencia demasiado escasa para poder introducir cambios importantes en el sonido glótico. Ahora bien: parece ser ley del lenguaje articulado el que se requiera cierto grado de energía articularia y de plenitud de sonido para producir un fonema inteligible; justamente por esa razón son tan raros los fonemas poco diferenciados, como *d*, *b*, etc.: no son más que estados de transición, en los que el idioma pocas veces se mantiene largo tiempo. De todas las vocales, la más próxima a *d* es una *e* indiferente, que se articula con insuficiente elevación del dorso lingual. La pronunciación popular de *dr* intervocálica es *ir* [= *ir*], formando un diptongo con la *i* y la vocal que le precede. Para esto es menester que el ápice permanezca inmóvil detrás de los incisivos inferiores y que el dorso se levante contra el paladar medio. Esta elevación de la parte anterior del dorso de la lengua ¿no será un resto de aquel mismo impulso que empujó antes el ápice contra los incisivos superiores y que ahora, al quedar éste fijo en los dientes inferiores, la saca de su primitiva horizontalidad y la fuerza a dirigirse hacia arriba? Después de esta *i* [= *i*] aparece la *r* corriente; así, pues: *páire*, *máire*, *kuáira* < *cuadra*, *yéira* < *yedra*, *piéira* < *piedra*, *óire* < *odre*, *púire* < *pudre*; lo mismo en sílaba pro-tónica: *lairáo* < *ladrado*, *empieiráo* < *empiedrado* = *empedrado*, *poirío* < *podrido*, *puiríura* < *putridura*. Después de *i* se

produce el correspondiente refuerzo en la elevación del dorso lingual, dando *iy*: *bíyrio*, aunque también *birio* < *vidrio*; *bíyriero*. No son raras las formas con *y*, *g*, o con una *g* algo más tensa (aunque nunca llega a la oclusión) en lugar de la *i* [= *j*], sobre todo, según parece, en sílaba protónica: *magrina*, pero también *págre*, *bígrío*. Formas como *piégra*, *págre*, ocurren asimismo en Tacna, aparentemente sin el grado intermedio con *i*: sospecho que se trata en este caso de sustitución fonética directa de *d* por *g*¹.

De distinto modo se comporta el grupo *dr* después de *n*; *b*, *d*, *g*, en chileno, tienen oclusión completa casi únicamente después de las respectivas nasales *m*, *n*, *ɲ*. Pero mientras en otra posición *nd* es postdental, en *ndr* el punto de articulación del grupo se asimila al de la *r*, es decir, se hace supraalveolar, y la pronunciación de la *r*, partiendo de una oclusión enérgica, se efectúa lo mismo que en el grupo *tr*, encogiendo la línea media: resulta así *ndř* (el punto debajo de la consonante indica articulación ápico-supraalveolar): *benđřá*, *ponđřé*; ř es el sonido de *r* «fuerte» usual en Chile. Sucede con frecuencia que el cierre del conducto nasal se retarda hasta el momento de apertura de la oclusión apical, de modo que, por ejemplo, *liendre* se pronuncia por lo general como *honra*: *lięńře*, *ónřa*; a menudo también *benřá*, etc.².

Ninguna observación especial hay que hacer sobre la combinación de consonante + *l*, en posición inicial o media, por lo menos en lo que se refiere a la *l*; conserva en todos los casos su carácter de ápico-supradental o alveolar inferior; por lo tanto, su punto de articulación está habitualmente poco más arriba que en *đ*, *t*, *n*³. No creo necesario citar ejemplos.

¹ [Para *pagre* < *padre*, etc., en distintos países americanos y en España, véase MANGELS, § 34; ESPINOSA, § 133; ALONSO y ROSENBLAT, *BDH*, I, 167-8; G. DE DIEGO, *RFE*, IX, 139; *BDH*, IV, 138, 144 y 293.]

² [La misma pronunciación de los grupos *tr* y *dr*, y la asibilada de la *rr* y de la *r* agrupada se dan en casi toda la América y en parte de España. Véase nuestro apéndice sobre el etnismo lingüístico.]

³ [La *n* de nuestro idioma no es dental, y, por tanto, el punto de articulación de la *l* es sensiblemente el mismo que el de *n*.]

Son muy interesantes, en cambio, las transformaciones de *r* y *l* finales, tanto de palabra como de sílaba. En esta posición ambos fonemas deben ser estudiados al mismo tiempo. Por el contrario, hay que establecer una neta distinción entre *r*, *l* seguidas de articulación heterorgánica (labial o dorsal) y *r*, *l* seguidas de articulación homorgánica (apical). En posición final absoluta, es decir delante de pausa, el fonema preferido es *l*; y lo mismo cuando esta *l* final de palabra se une con la vocal inicial de la palabra siguiente: por lo tanto, no sólo queda invariable *papel*, *el*, *mil*, *tal*, *sol*, *asúl*, sino que se dice también *matál*, *lairál* < *ladrar*, *asél* < *hacer*, *olól*, *aparaól* < *aparador*, *paél* < *paér* < *padér* = *pared* (*padér* también en Tacna; Cuervo cita, § 708, *paderón* como bogotano)¹. No es raro que esta *l* final se articule incompletamente, es decir, que la lengua no llegue a los alvéolos, pero se conserva la angostura lateral de la lengua, como en la *l*: no puedo representar este fonema sino con el signo ^{lr} 2.

¹ [«El latín español, en vez de *parete* debía conocer *paterz*, de donde el vulgar cast. *pader*, que no parece ser metátesis del romance *pared*, pues la *-d* final no es igual a la medial» (M. PIDAL, *Manual*, § 67). *Pader* se usa en diversas regiones de España y América: en Andalucía (*pader*, *paer*, *pael*, *paé*; cf. ALCALÁ VENCESLADA, pág. 284; TISCORNIA, *Lengua MF*, en BDH, III, § 61); en Salamanca *paderón* (LAMANO, pág. 558); en Murcia *paerazo* y «muchos huertanos dicen *paer*» (SEVILLA, s. v. *paerazo*); en Nuevo Méjico (HILLS, BDH, IV, pág. 63); «muy común en Méjico, con derivado como *empaderar*» (HENRÍQUEZ UREÑA, BDH, IV, pág. 63, nota, con ejemplos de cantos populares mejicanos); cf. MARDEN, BDH, IV, § 60; MUÑOZ-LEDO, en *Inv. Ling.*, II, pág. 137, para Querétaro; RAMOS Y DUARTE, pág. 385, para Méjico (Distrito Federal), Oajaca y Michoacán; CARREÑO, pág. 31. «Los indios de La Cañada, en el Estado de Michoacán, no entienden lo que es *pared*: dicen *pader*» (HENRÍQUEZ UREÑA, BDH, IV, pág. 63, nota, citando a Salvador Novo); *paderón* en Costa Rica (GAGINI, s. v.); *empaderar* en Colombia (URIBE, s. v.). Añádase: Chile y Perú (Tacna), que cita el autor. Para Chile también Echeverría y Reyes: *pader* > *paderón* (*Voces usadas...*, pág. 58.)]

² ¿Será éste el mismo fonema que Sievers, ² 12, n. 4, ha oído pronunciar a un papúa? [Se oye también en diversas regiones andaluzas, castellanas, navarro-aragonesas, etc. Véase el apéndice *Observaciones sobre RR, R y L.*]

Este fonema característico es intermedio entre *l* y *r* sonante (*r*), y desaparece, en ciertas ocasiones, parcialmente o por entero, sobre todo después del grupo *nasal + vocal*, como en los infinitivos *komé* (*comer*), *đormí* (*dormir*), pero yo creo haber oído ocasionalmente, también en otros verbos, un sonido análogo, como en *hacer*; acaso no sea más que una sonoridad glótica nasalizada que sigue a la vocal: *asé*[~], con nasalización que invade en mayor o menor grado la vocal precedente. Alguna vez creo haber oído un claro *asén*¹.

Al interior, *rb*, *rv*, *lb*, *lv* dan *r̥b* o *r̥b*: *bárba*, *karbón*, *sórbo* (también *só(r)bo* con *r* labializada) < *sorbo*, *irbiendo*, *porbéinte* = *por veinle*, *pórbo* < *polvo*, *enerbóte* = *en el bole*, *mairesérba* < *madreselva*. Delante de oclusión labial parece prevalecer *r*: *dufmiendo*, *árma* = *arma* y *alma*, *kuérpo* < *cuerpo*, *górpe* < *golpe*. El pasaje de *l* preconsonántica a *r* parece ser provocado por una pronunciación muy instantánea de la *l*, muy corriente en el habla culta. Con eso se destaca fuertemente la percusión de la *l*. Mientras en alemán se articula *lp*, *lb*, *lk*, *lg* formando la oclusión de *p*, *b*, *k*, *g* antes de distenderse el contacto áptico-alveolar de la *l*, los chilenos cultos — y creo que también los españoles — comienzan por pronunciar entera una *l* y sólo después forman la oclusión siguiente, de tal modo que resulta una pronunciación vecina a *gólpe*, *bal^okón*, que difiere de *gór:pe*, *bar:kón* mucho menos que la *lk* del alemán *Wolke*.

¹ [Henríquez Ureña, *RFE*, VIII, 373, señala para las Antillas el cambio de *-r* final de sílaba o de palabra en *<n* alveolar relajada precedida casi siempre de una aspiración sorda; el fenómeno ocurre particularmente cuando en la palabra hay otro sonido nasal: *comer* > *comé^hn*, *bañar* > *bañá^hn*, *venir* > *vení^hn*, *virgen* > *vi^hŋgen*] y remite al presente trabajo de Lenz y a Schuchardt, *ZRPh*, V, 310, quien da para Andalucía *binge* < **bingen* < *virgen*. Wilhelm Giese, *Nordost-Cádiz*, págs. 206 y 221, trae para Grazalema (Cádiz) las formas *tambón* (tambor) y *orinán* (orinal) alternando con *oriná*. Otros casos, como *mejor* > *mehó[~]* (con resonancia nasal en lugar de la *r*), creemos haber oído en andaluces, aunque no los hallamos documentados. En las transcripciones de Henríquez Ureña la ^h podría reemplazarse por la nasal sorda: *ŋ* o *ŋ̥*.]

En la región de Colonia y Bonn se oye a menudo, en posición final, algo que correspondería a la pronunciación chilena (pero con *l* velarizada, como en inglés *help*): **hał:p** (*halb*), **kał:k** (*kalk*).

Delante de articulación dorsal: **arbérxa** = *arveja* > *arverja*, **gorxiál** < *gorjear*; **erxabón** = *el jabón*, **erxir^oýiro** = *el jilguero*, con acento cambiado; en todos estos casos aparece *r*, nunca *r*, pues la punta de la lengua, para articular el sonido que sigue, debe inmediatamente volver a la base de la boca, detrás de los incisivos inferiores, con lo cual se deja oír claramente la sonoridad glótica, en especial delante de fonemas sonoros, desde que cesa el contacto con los alvéolos superiores hasta que se forma el estrechamiento dorso-palatal. Otros ejemplos: **órka** = *horca*, **árko**, **arkaôfa** < *alcachofa*, **barkón** < *balcón*, **orğuyóso**, **púrğa** < *pulga*, **árgo** < *algo*, **korğáo** < *colgado*, etc. En todos estos casos donde el punto de partida español es *l*, puede, naturalmente, aparecer también una *l*, o bien *l^r*; pero la pronunciación de una verdadera *l* es siempre indicio de cierto grado de cultura; muy raramente se encontrará en el habla de gente analfabeta. Sólo en un caso se conserva la *l*, y hasta la *r* misma se transforma en *l*, a saber, delante de *ê* (*ch*): **kolcón** = *colchón*, **kolcáo** = *colchado*, pero también *corcho*, *marchando* pasan a pronunciarse vulgarmente **kólco**, **malcándo**¹. La razón de este fenómeno está, sin duda, en el carácter prepalatal de la *ê*; la enérgica elevación del medio-dorso lingual, que en la *ê* se aplica contra la bóveda palatina, está en la más dificultosa oposición con la articulación apical que se ha de formar casi en el mismo lugar. En cambio la *l* se asimila fácilmente a la *ê*, de modo que sería más propio escribir **kolcáo**, lo mismo que **ánco** y no **ánco**². Pero el carácter prepalatal de la *l* (y de la *n*) delante de *ê* — sonidos mojados — no se advierte fácil-

¹ A veces se oye también decir **macándo**, **macál**, con desaparición de la *r*.

² [Así se hace ahora en filología española.]

mente, ya que la explosión impura que es característica de ɶ y ŋ falta cuando van seguidas de ɕ , porque se funde en la explosión de la ɕ , cuya implosión se forma por el cierre de la abertura lateral en la ɶ , y del conducto nasal en la ŋ ¹. Por eso, en español no se escribe *colchón*, *añcho*, sino *colchón*, *ancho*. En la precisa escritura fonética del sánscrito, esta asimilación, por lo general, se representa expresamente.

Esto en cuanto a l , r delante de fonemas de punto de articulación heterorgánico. Pero agrupadas con d , t , n , s , así como en el grupo rl , se comportan de modo muy diferente. No he hallado ninguna palabra popular con lr interior; en el habla culta, ese grupo se pronuncia como r «fuerte». Lo mismo que en tr y ndr , comienza por asimilarse el punto de articulación; la articulación entera es entre alveolar y prepalatal, y con eso las dos articulaciones se funden en una sola. Así como en tr , $ndr = \text{tʃ}$, ndʃ la r es sustituida por una distensión peculiar de la oclusión, así en nuestro caso se produce una peculiar formación de la oclusión. La punta de la lengua pasa inmediatamente, de la posición de ʃ o r a una oclusión d en el mismo punto; por esa razón la ʃ se acorta en general considerablemente, de manera que, por lo regular, en vez de ʃd resulta sólo una oclusión de d formada con algún retraso, pero que adopta la duración originaria de los dos fonemas. La misma articulación se presenta para ld . No sé a ciencia cierta cómo representar gráficamente esta característica pronunciación; ʃd , ʃn sería excesivo, ya que de ningún modo se percibe el fuerte silbido de pɔndʃé ; quizá sea suficiente ʃd o ɶd ; pero no debe olvidarse que la articulación de d , n , etc. es muy enérgica, especialmente tras sílaba

¹ [ŋ , ɶ ante ɕ , *colchón*, *mancha*, son, pues, implosivas y no explosivas; de sus tres momentos, intensidad, tensión y distensión (fr. *tension*, *tendue*, *détente*), la distensión coincide temporal y fisiológicamente con la intensidad de la ch y por lo tanto no se cumple con explosión. Ahora bien, como el rasgo que decide acústicamente la fisonomía diferencial de ll y de ñ es su explosión, al faltar ésta quedan oídas y sentidas como meras nasal y lateral, n , l , y no como especificadas (ñ , ll).]

tónica: **tóɽdo** = *tordo*, **góɽdo**; **móɽde** < *molde*, **fáɽda** < *falda*, **tiéɽno** < *tierno*, **káɽne**. Es menos energética en **soɽdáo** < *soldado*, **koɽdéɽo**.

En el grupo *rl*, articulado de análoga manera, la pérdida de la sonoridad no aparece sino simultáneamente con la oclusión completa, y hasta, a menudo, durante la oclusión misma: **páɽte**, **áɽto** = *harlo* o *alto*, **koɽtál** < *cortar*, **suéɽte** = *suerte*, **suéɽto** < *suelto*¹. En la *rs* hay asimilación más o menos completa entre **ř** (= *r*) y la áptico-alveolar *s*, habitualmente **šs**, es decir que la lengua empieza por una **š** áptico-supra-alveolar o prepalatal y va descendiendo, durante el sonido mismo, hasta una *s* áptico-alveolar. El final de la vocal precedente resulta **r**, de modo que el grupo *ors* suena muchas veces en forma muy parecida a la pronunciación de *horse* en inglés meridional. Representaré este fonema por **ɽs**: **béɽso** = *verso*, **foɽsál** < *forzar*, **soɽsál** = *zorzal*, **poɽsínko** = *por cinco*, **sáɽsa** < *salsa*, **dúɽse** < *dulce*, etc.

El grupo *rl* vacila entre **!** y **!!**; ejemplo **búɽla** = *burla*: no recuerdo por el momento otro ejemplo. Los infinitivos con sufijo pronominal reciben otra pronunciación: la *l* larga usual, no **!**, que se distingue claramente por su timbre: **maɽtallo**, **vella** = *matarlo*, *verla*; así también **kebrállóya** = *quebrar la olla*. Pero delante de *s* resulta **ɽs**: **matáɽse**, **dáɽselo** (*dárselo*)².

Ninguna observación particular me queda por añadir acerca de la *r* «fuerte» en el habla vulgar. Toda *r* inicial de palabra es **ř**: **la řósa**, **eř řatón** o **eřatón** (= *el ratón*), en este último caso con una **ř** algo prolongada. Ya he hablado sobre el grupo *nr*; no dispongo de ejemplos vulgares de *lr*, *sr* en interior de palabra. Igual pronunciación tiene la *rr* interior; también esta **ř** es a menudo bastante prolongada y pierde ocasionalmente su sonoridad en mayor o menor grado, aunque nunca del todo;

¹ A menudo *rl* suena casi como una **!** larga: **mulla** > **múɽta**; así también **tién:o**, **góɽ:o**.

² [Véase nuestro apéndice: *Observaciones sobre RR, R y L.*]

creo que esto sucede más a menudo en posición interior que en inicial: **pěřo** o **pěřo**, pero no **pěšo** (*perro*). En el pasaje de *r* a *ř* seguramente interviene también la influencia araucana (cf. pág. 109 con la cita de Febrés) ¹.

16 de enero de 1891.

Nota adicional

He tenido después oportunidad de estudiar la pronunciación de un español — madrileño — culto. Empleaba tres sonidos distintos para la *r*. En posición interior, entre vocales, y en comienzo de sílaba después de consonante, *r* con una sola vibración lingual. En final de palabra la *r* resultaba algo vibrada, muda al final: **ber**, **por**. En interior de palabra, ante consonante, la *r* era asimismo un poco vibrada, y si la consonante que seguía era oclusiva sorda, había tendencia a la pérdida de la sonoridad, por lo menos en la unión misma de los dos fonemas: *arte*, *arpa*, *arca*; *árbol*, *pierdo*, etc.

La *r* en comienzo de palabra y de sílaba tras consonante, así como la *rr* interior, eran siempre fuertemente vibrantes, sin pérdida de la sonoridad: **řosa**, **tiěra**, **ónřa**.

Ignoro si esta pronunciación puede tomarse como normal para Madrid: mi sujeto de observación lo cree así.

Muy parecida es la pronunciación de un alumno mío, natural de Tacna (antiguo sur del Perú). También él pronuncia *r*

¹ El material lingüístico utilizado en el presente trabajo se basa por completo en la observación directa de la lengua popular, especialmente de un criado mío originario de Ñuñoa, en los alrededores de Santiago *, pero que ha vivido casi exclusivamente en la capital, desde hace muchos años. No sabe leer ni escribir, pero ya distingue entre su propia habla y el *muy guaso*, que dice, por ejemplo: **ai kompráoumpañuelo también řebonitáho, tájguenáho** (*he comprado un pañuelo tan bien rebonitazo, tan buenazo*) y **téjgo mučihmo en káha** (*tengo muchísimo en casa*). La diferencia efectiva parece limitarse a la pronunciación de la *s* entre vocales y al uso de algunas pocas palabras.

* [Hoy ya un barrio de Santiago.]

únicamente entre vocales y en los grupos como *pr*, *cr*, *fr*, etc.; en los otros casos emplea una *r̄* vibrante múltiple. Esta *r̄* en posición final (*calor*) no pierde sonoridad ni alcanza a tener una vibración tan enérgica como la *r̄* de *parra*, *rosa*.

En Chile parecen ser usuales, aun en la pronunciación de los guasos, una *r̄* vibrante y una *r̄* semivibrante, junto a la *r̄* asibilada corriente, aunque son menos frecuentes que ésta. La *r* y la *l* delante de *d*, *t*, *n* tienen no raras veces una común pronunciación de *rd*, *rt*, *rn*; en cambio en el bajo pueblo es rarísima la conservación de la *l* delante de esas consonantes. La *r* (= *r* o *l* españolas), delante de *r* «fuerte» inicial, se le asimila: *deñrosario*. Cuando hago repetir, por broma, a mi criado chileno palabras alemanas, emplea siempre su pronunciación chilena y dice, por ejemplo, en lugar de *kalt*, *kast* ¹.

9 de marzo de 1891.

II. s, c (e, i), z

Las transformaciones de la *s* en Chile constituyen sin duda el capítulo más interesante de la fonética chilena. Nada puedo agregar todavía a lo que ya he dicho sobre mis sospechas de que la desaparición de la *s* se debe a causas étnicas. Para ello necesitaría conocer previamente la pronunciación de aquellas provincias que se mantienen todavía en trato continuo con los araucanos, en el sur de Chile y de la Argentina, admitiendo que los araucanos de la pampa — que emigraron, con toda seguridad, del sur de Chile — no ofrezcan fenómenos lingüísticos diferentes de los de sus antecesores ². (Cf. igual observación de Sievers, en *STORM, Engl. Philol.*, I, pág. 426. Nota de la pág. 29).

¹ [Acerca del timbre de estas consonantes, véase nuestro apéndice final *Observaciones sobre RR, R y L.*]

² Posteriormente me he enterado de que la pérdida de la *s*, tal como ocurre en Chile, se extiende, con seguridad, por el sur de la Argentina, hasta Buenos Aires. No dispongo aún de noticias más precisas.

Es corriente aquí afirmar que esta pérdida de la *s* se debe a *influencia andaluza*, pues los conquistadores y primeros pobladores de Chile habrían venido de Andalucía y Extremadura, donde la *s* se ha transformado también, más o menos completamente, en *h*. A esto hay que objetar que *de hecho nada se sabe con seguridad sobre la ascendencia de esos pobladores*: los numerosos apellidos vascos en Chile indican más bien inmigración de españoles del norte ¹.

Otra cosa ocurre con el problema de cómo ha de explicarse la igualación, general en el español de América, de *s* con *c* (*e*, *i*) y *z*. El problema es muy difícil, porque no poseemos aún conocimiento cabal de los fonemas españoles *s*, *c*, *z*, *ç*, en los siglos xv y xvi. Es dudoso cuál sería la articulación de la *z* y de la *ç* y la sonoridad de todas las consonantes mencionadas. Es bastante nutrida la bibliografía ya existente sobre ese punto; pero, desgraciadamente, los únicos trabajos de que yo puedo disponer son MEYER-LÜBKE, *Gram.*, § 441 y otros, GRÖBER, *Grundriss* y PAUL FÖRSTER, *Spanische Sprachlehre*; sólo a base de recuerdos puedo decir que los análisis de JORET y de HORNING tampoco me parecieron satisfactorios por la época en que los leí.

A los testimonios ya conocidos sobre la pronunciación antigua, podré agregar algunas indicaciones tomadas del raro libro de JUAN PABLO BONET, *Reducción de las letras, y arte para enseñar a hablar los mudos. En Madrid, por Francisco Abarca de Angulo, 1620*. Este veterano de la fonética fisiológica dice: *c* delante de *e* y de *i* (pág. 79) «se forma hiriendo la lengua en los dientes inferiores, y arrojando fuera de la boca con alguna violencia la respiración un ceceo suave y sutil». Sería un fonema un poco menos sibilante que *z*; en cambio, se pronunciaría como

¹ Pero aun admitiendo que procedieran del sur de España y que el cambio *s* > *h* existiera ya por entonces en Andalucía (lo que por cierto no está todavía demostrado), ¿por qué no queda en el Perú rastro alguno de esa transformación? Y sabemos, sin embargo, que Chile fué conquistado y gobernado desde el Perú.

z en posición final. La z es (según págs. 106, 108 y 146) «más fuerte y larga» que c (e, i), ç (a, o, u); para pronunciar la z «ha de poner el mudo la punta de la lengua entre los dientes, y expeler la respiración que salga sin que la lengua se aparte de aquel lugar».

Claro que semejante distinción entre ce y ze no puede carecer de todo fundamento. Como Bonet no siempre indica claramente la sonoridad de cada fonema, no es imposible que la ç fuera a veces sonora; a lo menos nos invita a suponerlo así la afirmación (pág. 303) de que la ζ del griego moderno es la z española «pero más suave, como la c con ci». También es posible que la c no fuera todavía fricativa pura, sino africada con oclusión inicial. Según Bonet, la ortografía vacilaba muy a menudo entre ç y z (lo que ocurre, ciertamente, en su mismo libro) y los impresores no respetaban suficientemente la diferencia entre uno y otro fonema. Describe la s (págs. 100 y 145): «[toca] la punta de la lengua en el principio de la encía superior, que participen algo los dientes».

Tenemos, pues, en la pronunciación de Bonet, año 1620: s: fricativa apical (o frontal) articulada en el borde alveolar inferior; ç: postdental y predorsal (o frontal), quizá con oclusión («con alguna violencia») y quizá también sonora; z: fricativa interdental sorda.

Ahora bien: estos datos se hallan, parcialmente, en abierta contradicción con los resultados a que llegan Joret y otros en el estudio de los documentos del español antiguo y de las gramáticas del siglo xvi. A mi entender, la cuestión de los distintos valores fonéticos de la s y de la ç en antiguo español no está aún resuelta. Espero que alguna vez podré volver a tratar con detenimiento este mismo punto. Entre tanto, pienso que la actual diferenciación del español literario en Madrid es esencialmente producto artificial del escribir con pretensiones etimologizantes y de la educación escolar: no continuación natural de la evolución fonética histórica. Sólo se podrá establecer cuáles fueron los fonemas importados en América

mediante un estudio profundo y amplio de los documentos originales del siglo XVI. Aun admitiendo que una θ interdental precisa formara parte del sistema fonético importado, su empleo era sin duda mucho más limitado que en la pronunciación noroespañola actual ¹.

¹ [Después de 1892, ya se han publicado trabajos que nos dan más luz sobre estos temas. Aunque hay estudios más recientes, los más valiosos siguen siendo los dos primeros: RUFINO JOSÉ CUERVO, *Disquisiciones sobre la antigua ortografía y pronunciación castellana*, en la *Revue Hispanique*, 1895, tomo II, págs. 1-69, y 1898, V, págs. 273-313; J. D. M. FORD, *Old Spanish sibilants* (en *Studies and Notes in Philology*, II, 1900, Universidad de Harvard), reseñado por A. Horning y por E. Herzog en *Zeitschrift für romanische Philologie*, XXVI, 1902, págs. 360-364, y por W. Meyer-Lübke en *Literaturblatt für germanische und romanische Philologie*, 1900, pág. 297. Véase además: J. SAROÏHANDY, *Remarques sur la phonétique du «ç» et du «z» en ancien espagnol* (en *Bulletin Hispanique*, IV, 1902, págs. 198-203); MENÉNDEZ PIDAL, *Manual*, § 35 bis, y *Orígenes del español*, 2ª edición, § 9 y pág. 576; H. GAVEL, *Essai sur l'évolution de la prononciation du castillan depuis le XIV^e siècle d'après les théories des grammairiens et quelques autres sources*, París, 1920; A. ALONSO, en *Rev. de Filol. Esp.*, 1933, XX, págs. 68-75 (reseña crítica de N. L. WILLEY, «C» and «z» in *American Spanish*, en *Philological Quarterly*, Universidad de Iowa, V, 1926, págs. 306-324, que da una representación arbitraria de la pronunciación española del siglo XVI, sin conocimiento de la anterior bibliografía). No es satisfactoria tampoco la representación de DELOS L. CANFIELD, *Spanish Literature in Mexican languages as a source for the study of Spanish pronunciation*, Nueva York, Instituto de las Españas, 1934, 257 págs.

Éste es el cuadro resultante para la pronunciación del siglo XVI:

s, fricativa áptico-alveolar sonora;

ss, fricativa áptico-alveolar sorda;

z, africada dental sonora («como la zz italiana»);

ç, africada dental sorda («como la z italiana» tras consonante).

Este cuadro se completaba con otras dos consonantes:

j, africada sonora dorso-palatal («como la gi italiana de giorno»; por eso el apellido español *Borja* se escribía en italiano *Borgia*, reproduciendo con distinta ortografía la misma pronunciación);

x, fricativa sorda dorso-palatal («como italiano sci», o «como francés ch», o «como inglés sh»).

Las correspondencias están aseguradas por los insistentes testimonios de las gramáticas bilingües de la época. Este sistema comenzó a alterarse

Pasemos a examinar la pronunciación moderna.

Según los españoles, hay sólo una *s* y una *c* (delante de *e*, *i*, equivalente a *z* seguida de *a*, *o*, *u* y en final de sílaba): la primera se pronuncia *s*, es decir, *s* sorda; la segunda, *θ*, fricativa interdental sorda.

No alcanzo a comprender absolutamente las indicaciones de Paul Förster (*ob. cit.*, §§ 10, 11) ni las de Baist (*Grundriss* de GRÖBER, I, pág. 694).

Según P. Förster la *s* se pronuncia: I. *sorda*: 1, en posición

en la segunda mitad del siglo XVI, y, en la alteración, Castilla la Vieja, Castilla la Nueva, Andalucía y América llevaron paso distinto, como exponremos en otra ocasión circunstanciadamente. Juan Pablo Bonet era aragonés, es decir, de una región que llevaba el paso de Castilla la Vieja; y publicó su libro en 1620, cuando la evolución estaba muy avanzada. Como la distinción principal entre *z* y *ç* (siglo XVI) estaba justamente en la sonoridad de la *z* (*ds*) frente a la sordez de la *ç* (*ts*), el que diga Bonet que la *z* se parece algo, sin ser igual, a la *ç* del griego, no autoriza a suponer que la *ç* también fuera sonora. En los tiempos de Bonet, lejos de eso, ambas eran sordas. Lo que la descripción de Bonet prueba es que la *z* se hizo interdental, ya con la pronunciación de hoy, mientras la *ç* conservaba todavía — y por varias décadas — la antigua pronunciación *ts*. La explicación es obvia: la *z* perdió su elemento oclusivo inicial mucho antes que la *ç*, porque, por ser sonora, era articulación muscularmente blanda; la *ç*, en cambio, como sorda, era articulatoriamente fuerte, más enérgica, y conservó el elemento oclusivo inicial durante más tiempo.

El doctor Lenz dice aquí que en Madrid *s* y *z* se diferencian sólo por presión escolar, en pronunciación de pretensiones etimologizantes. El autor desconocía en aquella fecha la existencia firmísima de la distinción *s-z* en los campos castellanos, leoneses, aragoneses, navarros, murcianos, extremeños (menos tres o cuatro localidades), y en un tercio de los andaluces. El doctor Lenz, consultado sobre este punto, nos contestó que ya no mantiene opinión tan extraña, pero que, en vez de enmendar el texto, prefería dejarle su valor histórico encargándonos el hacer las correcciones necesarias en notas. Para ayudar a su explicación, recordemos que otro filólogo alemán, Federico Hanssen, llegado como Lenz desde su Alemania directamente a Chile, dió en su *Gramática histórica*, § 573, esta misma explicación de artificio escolar a la diferenciación peninsular *he estado* — *estuve*, que, en verdad, tiene en España un uso nada artificioso.]

inicial; 2, en posición interior entre vocales; 3, delante y después de *m*, *n*, *p*, *t*, *k*, *f*; 4, indistintamente delante y después de *l* y de *r* y formando combinaciones con *des-*, *dis-*, *es-* delante de consonantes sordas. II. *sonora*: 1, en posición final (!); 2, en combinación con *des-*, *dis-*, ante vocales (!); 3, delante de consonantes sonoras (entre ellas la *c*, ejemplo: *escena!*); 4, el grupo *bs* se pronunciaría más bien (!) *ps* que *bz*. Según Baist, la *s* es, en la mayoría de los casos, sorda; en cambio, sería sonora en posición final (!) y delante de *g*.

Según Förster, *c*, *z* son: I. *sordas*: 1, en posición inicial; 2, después de oclusiva sorda; 3, indistintas delante de oclusivas sordas. II. *sonoras*: 1, en posición interior intervocálica (!); 2, en posición final; 3, antes y después de *r* y de *l*; 4, antes y después de *m* y de *n*; 5, delante de oclusivas y fricativas sonoras. La articulación es interdental. Según Baist la *z* — como *c* (*e*, *i*) — simplemente es sonora (!) y postdental.

Jamás me he encontrado en fonética — lo repito — con afirmaciones tan incomprensibles como éstas. O es que ambos autores ignoran qué cosa sea sonoridad, o yo no he oído jamás hablar a un español ¹.

Los madrileños cuya pronunciación he estudiado con exactitud pronuncian infaltablemente toda *s* sorda, y lo hacen apoyando la punta de la lengua en los alvéolos; toda *c*, *z* es fricativa interdental sorda. Sólo delante de *b*, *d*, *g* es cuando la *s* se pronuncia con sonoridad bastante intensa y la *θ* con

¹ [Las noticias de Förster eran palos de ciego. La concisa exposición de Baist «la *s*, sorda en los demás casos, es sonora en posición final y ante *g*» fué bien enmendada en la segunda edición del *Grundriss*, pág. 855: «La *s*, sorda en los demás casos, se hace sonora ante consonante sonora, y esto aun cuando es final de palabra». Lo cual es plenamente correcto. Cf. T. NAVARRO TOMÁS, *Manual de pronunciación española*, § 107. Respecto a la *z*, *c*, el pasaje de la primera edición: «*z*, lo mismo que *ce*, *ci*, es sonora y postdental» fué modificado en la segunda, pág. 885: «*z*, lo mismo que *ce*, *ci*, es sorda y postdental; sonora en los casos mismos de la *s*», donde sólo hay que rectificar *postdental* con *interdental*. Cf. NAVARRO TOMÁS, *obra citada*, §§ 92, 93 y 94.]

alguna sonoridad¹. De todos modos, es por completo suficiente la grafía empleada por Escriche y Mieg en su *Reforma de la ortografía castellana* (Bilbao, 1890), donde toda *s* se representa por *s*, y toda *c*, *z* por *z*; la transcripción fonética publicada en *Maître fonétique* (mayo de 1890) se limita asimismo a los signos *s* y *θ*. No sé exactamente si en Madrid alterna usualmente con la *θ* interdental una variante postdental *θ*², aunque lo creo verosímil. De todos modos, la *θ* española presenta siempre un fuerte ruido de fricación, mientras que la *th* inglesa me parece que es a menudo más bien explosiva impura que sibilante.

Un español norteño, cuya pronunciación estudié hace tiempo, articulaba la *s* siempre como áptico-supraalveolar y la *z*, en cambio, de dorso-alveolar a postdental³. Su *z* era siempre mi *s* alemana. El timbre de su *s* se parecía mucho al de una *š*, matiz que más tarde he oído muchas veces en boca de castellanos nativos. Ambos fonemas de *š* (apical) y *s* (dorsal), no sólo delante de *b*, *d*, *g*, sino también ante todo otro fonema sonoro, adoptaban sonoridad bastante intensa, y a veces hasta total. En final de palabra recibían distinto tratamiento según fuese la sílaba

¹ [La *s* y la *z* son sonoras delante de cualquier otra consonante sonora: mismo, muslo, durazno.]

² [No existe esa variante sospechada.]

³ [El español norteño que Lenz estudió era sin duda un vasco bilingüe, probablemente guipuzcoano, que no había aprendido el español sino tarde e imperfectamente. Esa pronunciación de *s* = *š* áptico-alveolar y de *z* = *s* predorso-postdental es la propia de los vascos de Guipúzcoa y de la parte vecina de Navarra. Los vizcaínos no hacen distinción entre *z* y *s* en su vascuence. En el valle navarro del Baztán la *s* predorsal (ortografía *z*) se pronuncia con un especial avanzamiento de la mandíbula inferior, con lo cual resulta una articulación predorso-interdental, que los demás vascos encuentran parecida a la *z* castellana, pero que más bien se parece a la granadina. Ver T. NAVARRO TOMÁS, *Pronunciación guipuzcoana*, en *Homenaje a Menéndez Pidal*, III, págs. 610-615; ID, *Observaciones fonéticas sobre el vascuence de Guernica*, en el *Tercer Congreso de Estudios Vascos*, San Sebastián, 1923, pág. 52, y A. ALONSO, *Consonantes sibilantes en el dialecto vasco baztanés*, en el mismo *Tercer Congreso*, págs. 57-59.]

que seguía, llegando inclusive a desaparecer; esto era lo normal en *buenodías*, *buenanôces*; otros ejemplos: *loz grandes árboles*, *mizmo*, *bói a la kása (caza)* i *dešpués a mi kása (casa)*, *konósko*, *xúzgo*, etc. ¹.

En Andalucía y Extremadura la *s* y la *z* deben de haberse igualado, como en América; no he hecho todavía al respecto ninguna observación personal ².

En el Perú, parece que la *s* española, ápico-alveolar, se emplea en general tanto para *s* como para *z*. En cambio, en Chile parece sólo usual una *s* dorso-alveolar de tono muy agudo, igual al mencionado sonido de *z* del español del norte. No puedo, por ahora, hacer indicaciones más precisas acerca de los otros países americanos. Ignoro si en alguna región del continente se distinguen entre sí la *s*, *c*, *z*, dejando de lado las tentativas — vanas casi siempre — de uno que otro maestro de escuela. La pronunciación interdental de la *c* produce más bien en el americano una impresión cómica, como la del ceceo en alemán o en francés.

Hechas estas observaciones, podemos pasar al examen de las múltiples transformaciones de la *s* (que corresponde indistintamente a *s* y *c*, *z* españolas) en la vida propia del habla chilena. La *s* en comienzo de palabra y de sílaba se conserva,

¹ [Sabido es que en las fórmulas de saludo y tratamiento, así como en ciertas fórmulas sintácticas muy usadas, hay un especial desgaste fonético. Con *bueno días*, *buenas noches* se juntan *pa* < *para*, *mía* < *mira*, *pue que* < *puede que*, etc., *seña*, *ña* < *señora*, etc. etc. El doctor Lenz, que al escribir este estudio era casi llegado a Chile de su Alemania, podía haber cotejado este *buenas noches* con su *n Abend* < *guten Abend*. La supresión de la *s* en estas fórmulas tiene sin duda su importancia fonética, pero es necesario, para no dislocar esa importancia, advertir que se trata de fórmulas].

² [Extremadura, contra la creencia tan divulgada, no iguala *s* y *z*, salvo en tres o cuatro localidades, una de ellas la ciudad de Badajoz. De Andalucía, un tercio distingue *s* y *z* como Castilla, otro tercio las iguala en *z* (ceceo), el otro tercio las iguala en *s* (seseo). Véase T. NAVARRO TOMÁS, A. M. ESPINOSA (hijo) y L. RODRÍGUEZ-CASTELLANO, *La frontera del andaluz*, en *RFE*, 1933, XX, págs. 225-277.]

las más veces, en la pronunciación santiaguina; hay que considerar también comprendida en este caso la *s* final de palabra cuando resulta inicial de sílaba por fonética sintáctica: *losombre* (*los hombres*), pronunciada exactamente como en *la sombra*; la separación silábica es siempre claramente perceptible en la pronunciación santiaguina. Algunos ejemplos: *sá(b)ana*, *sapáto*, *kása* = *casa* o *caza*; *kosél* = *coser* o *cocer*, etc.; *ensima*, *pienso*. Después de *r* o de *l*, la *s* se articula como apical y muy arriba en los alvéolos: *so:ʂal* (*zorzal*), *dú:ʂe* (*dulce*). Cf. *Estudios chilenos*, I, en este volumen.

También en la pronunciación de los guasos la *s* inicial de palabra o de sílaba se transforma en una fricativa extraordinariamente relajada (la lengua se mantiene plana en la boca, el ápice en el borde superior de los dientes inferiores; la fricación se realiza débilmente en la parte posterior e inferior de los dientes: la represento *ś*), que hasta llega a ser una simple *h* (la fricativa glótica alemana); yo creo, no obstante, que por lo menos en los alrededores de Santiago, especialmente en Ñuñoa, apenas existen personas que hayan perdido todas las *s*. De todos modos, la tendencia a formar muy relajadamente la oclusión de *s* es fuerte en la baja población rural; el habla chilena carece, en general; si se exceptúa la prepalatal *χ*, de fonemas propiamente fricativos formados con marcado estrechamiento. A juzgar por cuanto he oído hablar hasta ahora en el país, unas mismas gentes pronuncian la *s* unas veces con mayor, otras con menor perfección. Tan pronto como el estrechamiento se ensancha hasta el punto de dejar de oponer obstáculo suficiente a la corriente de aire espirado, se produce un sustitutivo estrechamiento de la laringe. (Cf. mi exposición crítica en *Kuhns Zeitschr.*, XXIX, pág. 51 sigs.). No he observado aún ningún caso de desaparición completa de la *s* intervocálica. Ejemplos: *méha*, *káha*, *kóha*, *heñól* o *hiñól* (*señor*) o, más a menudo, *mésa*, *kása*, etc.

En final de palabra, delante de pausa, la *s* se pierde en mayor o menor grado en la pronunciación vulgar; después de sílaba acentuada queda en lugar de la *s* una aspiración; después de

sílaba átona, se pierde del todo. Se dice, pues: *kru'* (*cruz*), *me'* (*mes*), *nari'* (*nariz*), *lombri'* (*lombriz*), *do'* (*dos*), *bo'* (*vos*), pero *lápe* (*lápiz*), reemplazando por *e* la terminación en *i* átona, extraña a los hábitos lingüísticos del chileno; *ánte* (*antes*). La huella de la *s* en *kru'* no es precisamente una *h* alemana: la diferencia entre *u'* y la *u* usual — por ejemplo la de *tu* — está en que la *u* tiene en su comienzo una presión espiratoria más enérgica que al final, mientras que la *u'* se pronuncia con intensidad creciente, o por lo menos la corriente espiratoria no se debilita hacia el final, sino que es interrumpida repentinamente al separarse las cuerdas vocales que antes se habían acercado para vibrar. Esta interrupción va seguida no pocas veces de aspiración, con lo que la vocal recibe cierto carácter de brevedad y brusquedad. Que en el sentimiento lingüístico de los hablantes se cumple efectivamente una distinción entre *-e'* (procedente de *-és* acentuado) y *-e* (procedente de *-es* átono) lo demuestran las formas del plural *mése*, *narise*, *krúse*¹, mientras que el plural de *lape* es *lape*, igual al singular, y no *lápese* ni *lápise*, como sería de esperar partiendo de *lápices*²; lo cierto es que para el plural de *cruz* ya se emplea vulgarmente *kru'*, alternando con *krúse*, hecho que se explica perfectamente si se tiene en cuenta

¹ Por analogía, no es raro que el plural de palabras terminadas en vocal acentuada se forme con *se*: *axí*: *axíse*, *kafé* o *kafé*: *kafése*, en vez de *ajíes*, *cafés* (cf. en español el caso aislado *maravedises*). [Además del anticuado *maravedises*, en España son vulgares hoy los plurales *pieses* y *cafeses*, de *pie* y *café*, aun en regiones que no aspiran la *-s*. Cfr. M. Pidal, *Manual*, § 75.]

² [Probablemente *los lápiz* tiene otra explicación. En Buenos Aires no es de uso la pronunciación de la *-s* que Lenz denuncia en Chile, *cru'*, *nari'*, *me'*, sino que se dice *narís*, *crus*, *mes*, con aspiración ocasional: *cruh*, *meh*, *narih*. (Una pronunciación muy vulgar, italianizante, suprime del todo las eses finales)— El plural es en estas palabras *cruses*, *narises*, *meses*. Sin embargo, el plural vulgar de *el lápiz* es *los lapis*, igualándose en la forma al singular lo mismo que en Chile. Esto nos dice que las causas no son fonéticas, como interpretaba Lenz, sino morfológicas. La gente ha agrupado analógicamente la palabra *lapis* con las muchas en *-is* que no varían su terminación para el plural: *crisis*, *tesis*, *análisis*, *apendicitis*, etc.]

que también en las sílabas acentuadas la aspiración sufre un comienzo de desaparición y hasta a menudo desaparece por completo. Esto sucede especialmente en aquellas palabras que no conservan fácilmente dobles formas, con -s y con -', por no ser su aparición ante palabras que comienzan por vocal tan frecuente como con s, por ejemplo, en *do'*, *bo'*: *dósómbre* (*dos hombres*), *bósayái* (*vos halláis*), junto a *dó'* *péřo* (*dos perros*)¹, *bó'* *kantái* (*vos cantáis*).

Por lo que se refiere a la s final, el uso, como en tantos otros casos, es vacilante. El chileno culto pronuncia en general una s más o menos completa después de vocal acentuada, pero en las sílabas átonas desinenciales pronuncia una vocal aspirada y brusca como la que emplea el habla vulgar en sílaba acentuada, mientras que en los otros casos de sílaba átona pierde toda huella de s, o bien se limita a pronunciar la vocal final con alguna mayor claridad (la e y la o algo más abiertas).

Igual diversidad de pronunciación ofrece también la s final de palabra seguida de consonante (inclusive cuando está ligada sintácticamente a la palabra que sigue). Las observaciones de Sievers sobre pronunciación (cf. STORM, *Engl. philologie*, I, pág. 426) son en general correctas, pero resultan demasiado estrechas si se las examina por lo menudo².

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

¹ Debido a las distintas pronunciaciones posibles de la r fuerte, será quizá más práctico mantener la transcripción ř, más fácilmente comprensible, en lugar de escribir en todos los casos z como lo he hecho en la primera parte de este trabajo.

² [El pasaje de Sievers, reproducido por Storm en la segunda edición de *Englische Philologie*, I, págs. 70-71, dice así: «Sobre la -s española yo he hecho algunas observaciones en un joven peruano que también ha vivido mucho tiempo en Chile y que principalmente habla con pronunciación chilena, según me ha manifestado. En la pronunciación chilena (no en la peruana) desaparece toda s, como tal, ante consonante; esto es, es asimilada en el punto de articulación a toda consonante siguiente si ésta es continua; pero para ello la consonante siguiente se ensordece, por lo menos en su comienzo; se dice, pues, por ejemplo, *la letra* pero *la letras*, *la madre* pero *la madres*; *lo do* *đientes* casi como en inglés *lo thoth-*; *lo đuanes*, casi como con

La pronunciación plena de *s* ante consonante es extremadamente rara, aun en personas cultas; existen, por lo demás, numerosos grados intermedios.

Cuando la *s* precede a una fricativa sorda, desaparece com-

una *x* rusa, sólo que más débil. Ante consonantes fricativas sordas, la *s* desaparece por completo: *lo fuegos*. Ante oclusivas sordas, en cambio, la *s* aparece como un soplo suave, que atraviesa la posición o articulación de la *s* sin producir en ella el ruido de la fricación, casi como una pausa entre vocal y consonante: *e'to*. Y Storm continúa por su cuenta: «A esto observaba yo en el mismo lugar [en la primera edición, pág. 426]: La *s* chilena coincide con la andaluza, así como en general los dialectos hispanoamericanos están estrechamente emparentados con el andaluz (cf. SCHUCHARDT, *Zeitschrift für romanische Philologie*, V, 304). En lo esencial, la pronunciación aquí descrita se encuentra en el sur de España; en rigor, la *s* se articula flojamente, como una especie de *h*, y este soplo débil casi siempre se percibe todavía un instante, antes de asimilarse a la consonante siguiente: *lah mádreh*. También en posición final absoluta casi siempre se convierte la *s* (*z*) en *h*, cuando no desaparece: *Cádi(h)* (Cádiz).

»Después se ha expresado Schuchardt (*ZRPh*, V, 319 sigs.) coincidiendo conmigo en lo esencial. Según él, este cambio *s* > *h* está en relación con la *s* castellana de *esto*, arriba descrita. «Es esta *s* la que en andaluz se hace *h* [es decir la *s* ante consonante, que en castellano se pronuncia más débil que entre vocales]: *ehlá*, *bohque*, *mihmo*». Schuchardt señala bien el mismo cambio en la *z*: *conohco*. Recientemente WULFF, *Phonétique andalouse*, pág. 39, ha propuesto otra interpretación, a saber, que la forma básica de la pronunciación de *s* + consonante en andaluz es una nasal homorgánica sorda: no sólo *mimmo* < *mismo* —lo cual yo también reconozco— sino también *ente* < *este*, *obimpo* < *obispo*, *freñco* < *fresco*. Yo no he oído más que *e'te*, *obi'po*, *fré'co*, y por cierto con gran frecuencia entre andaluces y extremeños. Todavía en 1889 observaba yo esta pronunciación en un andaluz en Londres. Lo que se forma ante toda oclusiva es una aspirante muy particular, completamente floja, que pasa más o menos rápidamente a oclusiva; esto es, una especie de *h* labial, o dental, o velar, que apenas se diferencia de la aspiración sorda del nórdico e islandés *Go'tt*; en pronunciación descuidada casi resulta *ette*, *obippo*, *frecco*. De todos modos, en andaluz queda algo más de la estrechez consonántica, de manera que el andaluz *e'te* suena algo más dental, más siseante que el puro soplo a través de la posición de la vocal en el nórdico *Go'tt*. La forma descrita por Wulff ha de ser mirada como concurrente. «Kristoffer Nyrop me dice por carta que ha oído formas como *dende* (desde), *dempués* (después) hasta en Toledo; escritores mo-

pletamente, o a lo sumo prolonga un poco la pronunciación de la fricativa. Ejemplos:

1. *satisfación*, o más exactamente *satiçación* (con φ represento una *f* bilabial, tal como es corriente entre el pueblo; entre las

dernos consignan la pronunciación popular mediante las grafías *dende*, *dempués* (Pereda, *La Puchera*, 102, 276, 177). El fonetista portugués Vianna, que habla el español como un español y que también está familiarizado con el andaluz, coincide conmigo al observar en su reseña de la *Phonétique andalouse* de Wulff (*Maitre Fonétique*, 1890, pág. 106): El valor atribuido a la *s* como nasal soplada homorgánica con la consonante siguiente, debe ser individual y se la puede considerar como *h* modificada por esa consonante. Ya en 1870 me llamó la atención en España la coincidencia entre el andaluz *ho'pítal* y el francés *hôpital*. Más tarde, el romanista noruego K. Brekke (*Romania*, XVII, pág. 91) ha hecho una observación semejante, remitiendo a Gaston Paris, *Romania*, XV, 619-622, a propósito del antiguo francés *maihnie*, *blahmer*.

Hemos creído de importancia reproducir en extenso estas notas de eminentes lingüistas, todos ellos contemporáneos o maestros de Lenz, porque debido a la rareza de la revista en que se publicaron y a que no han sido recogidas por nuestros filólogos en otras ocasiones, están prácticamente perdidas para nuestra dialectología; además, completan el cuadro histórico de los conocimientos fonéticos de entonces sobre el español; y por último, el más ilustre de estos lingüistas, Hugo Schuchardt, relaciona la aspiración andaluza de la *s* ante consonante con la debilidad articulatoria de esa *s* en español, y otros dos, Storm y Brekke, la relacionan también satisfactoriamente con el mismo fenómeno del francés antiguo, con lo cual plantean la necesidad de una explicación que rebasando lo estrictamente español le da extensión románica: justamente al revés de lo que Lenz hizo al reducir el fenómeno y su explicación a los límites chilenos. Más modernamente, FRITZ KRÜGER, *Studien zur Lautgeschichte westspanischer Mundarten*, Hamburgo, 1914, §§ 402 y 404, reconoce también implícitamente la base hispánica de este fenómeno, que él encuentra por su parte en los dialectos leoneses, donde el cambio *s* > *h* tiene mucha extensión: «Son notables las formas registradas en Ahigal con *tl* < *st*: *agottu*, *gulla*, de *agosto*, *gusta*. Me parece que esto coincide exactamente con lo observado en chileno por Lenz, *Phonetische Studien*, VI, 25, en análogas circunstancias («*l* enérgica con larga pausa de oclusión»). STORM, *Englische Philologie*, I, 71, nos da noticia de análogas formas en andaluz: *ette*, *obippo*, *frecco*».

Dende y *dempués* son formas muy usadas en nuestros dialectos de Es-

personas cultas, es frecuente la articulación labiodental y también, muchas veces, un término medio entre *f* y *φ*); **lo φόφορο** (*los fósforos*), **la φλόρε** (*las flores*).

2. **la xaula** (*jaula*, por lo regular sin distinción entre singular y plural), **lo xaΰdine** (*los jardines*), **lo xóbene** (*los jóvenes*); *x* es casi siempre postpalatal o — más raramente — prevelar.

3. **loχέnero** (*los géneros*, sólo en la significación de 'paños'); **loχινέte** (*los jinetes*): *χ* es prepalatal.

4. **loφυύéte** (*los juguetes*), **loφυέgo** (= *los juegos o fuegos*, que por lo general no se distinguen en la pronunciación), **lo φύtre** (*futres*, jóvenes elegantes de la ciudad), *φ* es aquí una combinación de *x* con *φ* redondeada; es bastante parecida a la *w* inglesa sorda, por ejemplo, *what* en la pronunciación del norte de Inglaterra.

Delante de *p*, se pierde la *s*, pero se aspira la vocal; aunque desaparezca la presión espiratoria, por lo menos la vocal se acorta, de tal modo que el lugar y la duración correspondientes a la *s* desaparecida son ocupados por una rápida pausa articulatoria entre la vocal y la consonante siguiente; ejemplos: **kre'po** (*cre-po*), **e'páda** (*espalda*), **obí'po** o bien **obí.po** (*obispo*).

Del todo análogo es el tratamiento de *s* delante de *t*, sólo que en este caso, debido a la estrecha afinidad de ambas articulaciones, la energía correspondiente a la *s* pasa fácilmente a la *t*. Después de cesar bruscamente la vocal, el ápice es impulsado por una enérgica espiración a formar oclusión detrás de los incisivos superiores, de modo que la implosión se hace perceptible, sin apoyarse inmediatamente en la vocal que le precede. A menudo sucede también que el grupo *st* es reemplazado por una

pañña y América. Su nasal es sonora, y no sorda como Nyrop apuntó, y su explicación no es de orden fonético, sino morfológico. Para *dende* está asegurada la etimología *de inde*; *dempués* muestra la acumulación de prefijos tan frecuente en español: *de en pues*. Para *dende* y su extensa geografía dialectal, véase *BDH*, I, § 34 y nota].

simple *t*, enérgicamente articulada, con una larga pausa de oclusión, como en e'to, pá'ta, e'tá, e'táo (*estado*), bí'to (*visto*). También me parece escuchar una *t* de ese tipo, pronunciada con energía poco común, al comienzo de 'tabién (*está bien*), 'táte sosegáo (= *estadte* (sic) *sosegado*), donde ha desaparecido la vocal inicial. Delante de *tr* (tř) la *s* suena frecuentemente como una perfecta š, — aunque muy breve —, pues la corriente de aire espirado provoca, inmediatamente antes de formarse la oclusión, ruidos fricativos perceptibles. Pero también puede suceder que la *s*, asimilándose a la articulación de la ápicosupraalveolar *t*, se libre de la desaparición a que está expuesta sólo la *s* dorso-alveolar; por ejemplo: řástřo, řástřóxo (*rastro, rastrojo*), etc. Si en lugar de tř se emplea *tr*, la *s* cae, como de costumbre: rá'tro.

Delante de *k*, el tratamiento de la *s* es un poco distinto; en esta posición aparece casi siempre una sensible fricación de la corriente de aire, al pasar el dorso lingual, inmediatamente después de interrumpida la vocal, a formar la oclusión siguiente; así, en lugar de mó'ka se pronuncia a menudo móxka, con mayor o menor grado de claridad. Representaré este fónema — que no es, sin embargo, una *x* perfecta — con el signo ^x sobre la caja del renglón. Tenemos, pues: de^xko^xkáo (*descosado, 'fruta seca de la que se ha quitado el hueso'*), kué^xko (*cuesco*), bú^xka (*busca*), e^xkína (*esquina*), piyi^xkón (*pellizcón*). En estos casos el punto de articulación es influido siempre por la vocal próxima. No es raro que delante de *k* el cambio se realice de tal manera que la oclusión de la *k* no se forme completamente, con lo que resulta exxína o simplemente exína, y a veces también exę o éxię = *es que*, etc. Parece también ocurrir que la *k* se forma imperfectamente, pero sólo entre los «guasos»; creo haber oído a veces exóa alternando con e^xkóa (*escoba*), y asimismo en una canción popular: si no áde rexatárme nó me kautibe' (*si no has de rescatarme no me cautives*); sin embargo, no estoy aún completamente seguro de que no se trate en este caso de error o de defecto de audición.

La *s* delante de **ʔ**¹ (en la escritura *b* o *v*) pasa asimismo a ‘; ejemplos: ře‘balón (*resbalón*), la‘bála; ésta es la pronunciación culta. Pero como los labios, ya durante la aspiración, pasan a formar un estrechamiento, muy a menudo en lugar de ‘b aparece una ʔ de ataque sordo: řeʔbalón, laʔbála‘; la ʔ se forma siempre muy relajadamente y tiene, por lo tanto, sonido poco intenso. En interior de palabra aparece, en el habla vulgar, una simple ʔ de tipo usual en vez de la ʔb que hemos descrito; así, pues: řeʔalón, řeʔaláo, řeʔála; no obstante, en palabras compuestas y en casos de fonética sintáctica, es raro, aun en la lengua vulgar, ir más allá de ‘b o ʔb: de‘béido o deʔbéido (*desvaído*); es rara también la asimilación completa del primer elemento al segundo: labbála‘, debbéido, o la pérdida del primero: la bála.

La *s* delante de *w* (inicial; bilabial, con abocinamiento y con fuerte estrechamiento dorso-postpalatal o velar) se corresponde perfectamente, en su manera de comportarse, con la *s* seguida de *b*, sólo que — como ocurría con *s* + *k* — la ‘ es reemplazada por *x*: lo^xwéso (*los huesos*), lo^xwenosómbre‘ (*los buenos hombres*), lo^xwáso (*los guasos*), más raramente lowwéso‘; a veces, también, sencillamente lo wéso, como la bála (sólo en el habla de los guasos).

La *s* seguida de *g* y de *y* — *g* fricativa velar y medio palatal respectivamente — da lugar a las correspondientes variedades: la‘gayína‘ o, más a menudo, la^xgayína‘ (*las gallinas*). No es rara en este caso la asimilación que da por resultado una *g*, *y* larga o sencilla laggayína gránde góǵda (*las gallinas grandes gordas*, grito de los vendedores de gallinas); laxýinda > laýýinda > la ýinda (*las guindas*). En interior de palabra, correspondiendo exactamente a la ʔ de řeʔalár, aparece en la pronunciación del bajo pueblo una *x* o ʔ sorda simple (*x* con

¹ Probablemente delante de *b*, *d*, *g* haya que partir, en rigor, de la pronunciación de *z* (*s* sonora). Pero debido a la formación imperfecta del estrechamiento bucal ha ocurrido, sin duda, la pérdida de sonoridad glótica (cf. *Kuhns Zeitschr.*, xxix, pág. 52, acerca del pasaje de ž a x).

simultánea fricación bilabial en posición de *u*): *ařexáo* (*arriesgado*), *řaxaúra* (*rasgadura*), *řuxál* (*juzgar*), *řařuñál*, *řařuño* (*rasguñar, rasguño*). En palabras compuestas parece — como en el caso de *ř* — que no se produce pérdida completa de la sonoridad: *de^xgařál* (*desgarrar*); la pérdida completa se considera en general como vulgarismo; el chileno educado dice *řu^xgár* o *xu^xgár*. Las personas semicultas hasta escriben, no pocas veces, *rajuñar* y pronuncian conforme a esa grafía.

El grupo *sd* se comporta en forma diversa de la de los ya mencionados. Según he podido comprobar, nunca se produce en este caso una fricativa sorda claramente perceptible, como admite Sievers (en STORM, *Engl. Phil.*, l. c.) para «*lo Do Dientes*, casi como la pronunciación inglesa de *lo thoth-*». O se pronuncia *lo^d* «*lo diente*» o bien *lođođiénte*. La *đ* representa una *d* con oclusión más enérgica que la habitual y que sólo aparece como representante de *sd*; es también más postdental y hasta, a menudo, casi interdental al formar el ápice oclusión con el borde inferior de los incisivos superiores. La *d* corriente forma la oclusión en el límite entre alvéolos e incisivos, y cuando se articula imperfectamente no se convierte en *đ* (interdental o postdental, como el inglés *th*), pronunciación que he escuchado, por ejemplo, en el portugués *náđa* —, sino que se transforma en un fonema en el cual la sonoridad domina en absoluto al debilísimo rumor consonántico de fricación. Lo representaré con una ^d sobre la caja del renglón o simplemente con *đ*, quedando ya el lector avisado sobre esta particularidad.

El chileno no presenta, en general, *đ* ni *θ* puras, si bien la oclusión dental de la *đ* nunca es completa debido a la desigualdad de los dientes.

Delante de *m* y de *n*, o bien aparece «o bien — más raramente — los órganos, inmediatamente después de la vocal, pasan a formar *m*, *n*, cuya pronunciación comienza entonces siendo sorda a causa de que la corriente de aire que correspondería a la *s* sale por la nariz; así, pues: *pá^dman*, *mí^dmo*, *kuaré^dma*, *durá^dno*, *ařebu^dnío* (*arrebuznido*, «rebuzno») o, con menos fre-

cuencia: **pámman**, **mím̄mo**, **kuarém̄ma**, **duráño**. Son raras las asimilaciones completas; donde más a menudo las he observado es en **lo mím̄mo** o **lo mīmo** en lugar de **mi'mo**; los guasos dicen **mé'mo** o **mémo**, conservando la forma del español antiguo *mesmo*. En *colisnabo* (Tolhausen menciona sólo *colinabo*), suele oírse a menudo, en vez de **koli'náo**, la forma **koli^xnáo**, con una ^x débil, esto es, con acomodación del soplo a la vocal *i*. Parecido es el cambio de **ku'tión** (*cuestión*) en **ku^xtión** o **kuϕtión**. No es rara la desaparición total de *s* final por razones de fonética sintáctica: **la'máire**, **lam̄máire** (poco usual), **lamáire** (= *las madres*); en este último caso con pronunciación casi idéntica — o absolutamente idéntica — en singular y en plural. A veces, sólo queda de la *s* cierto exceso de energía en la pronunciación de la vocal, pero sin llegar a una aspiración que interrumpa la sonoridad glótica: **mi'mo**, **durá'no**.

Igual proceso se cumple delante de *l*: **ajso'láyo**, o, con *l* sorda: **ajsołáyo** (*al soslayo*); más raramente **ajsołláyo**, **mú'lo** o también — y las más veces — **múłlo** y **múłlo** con *l* geminada (*muslo*); lo mismo en fonética sintáctica, sólo que en este caso desaparece con frecuencia completamente la *s*.

Delante de *r* se produce siempre asimilación, con pérdida parcial o total de la sonoridad, aun cuando se trate de una *r* inicial de palabra: **lo'řéye'** se transforma, pues, por lo general en **lošéye'** o **lořřéye'** o **lořéye'** (*los reyes*), con *r* sorda.

Los cultismos que contienen *nst* o *nsp*, tan poco castellanos, pierden en el habla popular la *n*: **ko'tutusión** (*constitución*), **i'titúto** (*instituto*); sin embargo, es corriente también, junto a **e'peutór**, la forma **empeutór** (*inspector*).

III. *j, f; y, ll; b, v; hue, hua*

En España, la pronunciación de la *j* (que delante de *e* y de *i* escriben los españoles a menudo *g*, absurda grafía etimológica, poco usual en Chile) es ^x, postpalatal fricativa sorda. En Madrid se considera pronunciación incorrecta el avanzar

el punto de articulación de la *j* cuando va seguida de *e*, *i*. También suele formarse, sin duda, este fonema como prevelar; pero entonces, a juzgar por mis propias observaciones, resulta siempre una consonante puramente fricativa, nunca con vibración áspera (velar) como en alemán *ach* y en la *ch* suiza. Hacia 1600 este sonido de *x* se hizo general; procede de dos fonemas distintos por lo menos: de una *š* dorsal y de *ž* (cf. las indicaciones de PAUL FÖRSTER, § 12 y mis observaciones fisiológicas en *Kuhns Zeitschr.*, XXIX, pág. 50 sigs.).

Es claro que antes de que el cambio se cumpliera enteramente debió de precederle una época más o menos larga de vacilación. No se sabe aún con certeza la fecha en que la *x* española se igualó por completo con la *j* y con la *g* (*e*, *i*); pero no hay duda de que debió de ser distinta en las distintas regiones. Juan Pablo Bonet parece todavía diferenciar un fonema de otro; véase cómo los describe: para pronunciar *ge*, *gi*, el mudo debe «corvar la lengua más cerca de la punta de lo que la corvaba para la pronunciación primera (*ga*, *go*, *gu*)¹ y con lo corvado tocará en el paladar poco más adentro de las encías, y aunque la respiración pulse en aquella misma parte, no se ha de despegar la lengua de aquel puesto, sino quedarse pegada, y este mismo sonido tendrá la *i* cuando hubiere de servir de jota» (págs. 140-1). Con esto se alude, evidentemente, a una dorsomedialpalatal fricativa.

Acerca de la *x* dice Bonet (págs. 104, 145) que según ciertos autores (se refiere sin duda a los gramáticos latinos) equivale a *c + s*, *g + s*, pero que en español ambos sonidos se funden uno en otro: la *x* sería «una respiración que no puede pronunciarse tan simple que no participe algo de esas dos letras, porque a cada una le toma la mitad de su sonido, y de los dos medios haze uno, que es el suyo. Y assí empieça la respiración estando la lengua en la parte que suele para formar la *c*,

¹ Este sonido se forma del siguiente modo (págs. 85, 140): «encorvándose la lengua hiere en el paladar alto con la mitad della».

con el sonido de *ca*, y baxa por el paladar adelante acabar donde se forma la *s*, de manera que queriendo pronunciar la *c* gutural y la *s* aprisa, se pronuncia y forma este sonido, que significa y tiene por nombre la *x*». A juzgar por esta descripción, quizá fuera posible que la *x* de Bonet tuviera a la vez fricación postpalatal y alveolar; pero también pudo suceder que la descripción resultara exagerada por la intención de descubrir en ese fonema algo de *k* y de *s*. De todos modos, sería extraño que *ge* y *xa* tuvieran exactamente el mismo sonido sin que Bonet hiciera referencia alguna a ese hecho. No recuerdo ningún pasaje en que Bonet confunda *x* y *ge* en un solo fonema, como lo hace con la pronunciación de *g* y *j*. Por eso, no me sorprendería que en algún rincón de América se conservaran restos de pronunciaciones distintas para la *x* y para la *g* (*j*); pues el pasaje a la *x* actual no se había cumplido definitivamente en el primer siglo de colonización española. Por las noticias que hasta ahora tengo sobre el español de América, debemos admitir como base para todas las regiones la *x* dorso-postpalatal; en el Perú parece haberse conservado este fonema en cualquier posición; en Chile, en cambio, se ha diferenciado fuertemente según la vocal que le siga, lo mismo que en Buenos Aires, si la memoria no me es infiel ¹.

Delante de *a*, se mantiene como postpalatal fricativa: *báxa*, *brúxa*, *óxa* (*hoja*), *řéxa*, *íxa* (*hija*). (En los dos últimos ejemplos, los alemanes residentes en Chile suelen pronunciar, naturalmente, *réxa*, *íxa*, en absoluta oposición a las leyes fonéticas del chileno.)

¹ [Antes ha dicho el autor que en Madrid se considera pronunciación incorrecta el avanzar el punto de articulación de la *j* cuando va seguida de *e*, *i*. Sin embargo, un avanzamiento ligero de la articulación de la *j* ante vocal anterior es lo normal en España. Cf. NAVARRO TOMÁS, *Manual*, § 131. Lo peculiar de la pronunciación chilena es el extremar ese avanzamiento haciendo la *j* mediopalatal. La pronunciación de Buenos Aires, contra los recuerdos del autor, se agrupa con la de España en abierta oposición a la chilena.]

Cuando va seguida de *o* y, más aún, de *u*, la *x* tiende — en menor grado en la pronunciación culta, más entre el pueblo bajo — a una simultánea fricación labial, de manera que a veces el español *jo* y *fo* y casi siempre *ju*, *jué*, *juí* y *fu*, *fué*, *fuí* se pronuncian absolutamente del mismo modo, pues la *f*, además de su fricación bilabial, adopta también fricación postpalatal: representaré el fonema correspondiente por φ . No se trata de un *redondeamiento* de los labios, como en varias ocasiones he venido diciendo para simplificar, porque en chileno la *o* y la *u* no tienen propiamente un redondeamiento como el que hay en alemán y más enérgicamente aún en francés, sino que los labios se acercan uno a otro en disposición muy floja, correspondiente al ángulo que forman los maxilares, y, como nota más característica, avanzan un poco abotargadamente.

De ahí que, al escribir, las personas de escasa cultura tengan continuas vacilaciones entre *f* y *j* delante de *u*: unas veces escriben *juersa* (*fuerza*) y otras *fuisioso* (*juicioso*), y aun *conjorme* (*conforme*). No he hallado todavía, aunque tal vez se deba a casualidad, *fornalero* en vez de *jornalero*, o casos análogos.

Se pronuncian φ uégó = *juego* y *fuego*, φ uérsa (*fuerza*), φ uébe (*jueves*), φ uýéte (*juguete*), φ uláno. En la φ predomina unas veces la fricación postpalatal, otras la bilabial, pero con independencia absoluta de la ortografía; mientras que delante de *o* la grafía *j* corresponde a una *x* algo labializada, y la *f* a una φ con débil fricación palatal, que sólo bajo condiciones favorables se transforma en una verdadera φ o en *x*, como en *conforme*, que resulta entonces *konxórma*.

Ante *e*, *i*, la *x*, como todas las dorso-postpalatales, se vuelve en chileno mediopalatal y hasta prepalatal: χ énero, χ enerál, χ énte, *mu χ ér*, que no pocas veces suenan como χ iénte, *mu χ iér*; χ iro, χ inéte, etc.

¹ [La *f* bilabial, φ , es muy abundante tanto en las hablas rústicas de la Península como de América. Véase A. Alonso y A. Rosenblat, *BDH*, I, nota de las págs. 137-138.]

Acerca de la *f*, sólo hay que observar que la pronunciación general que domina entre el pueblo es la bilabial: φρέnte, φιέbre, φanága, φάxa (*faja*), αρφιλέλ (*alfiler*); así también lo corriente es un ómbre φormál. Sobre la labialización delante de *u*, véase más arriba. Entre las personas educadas se puede encontrar también, alternando con φ, la labiodental *f*, pero raras veces o nunca seguida de *u*. Creo que tampoco en España es rara la φ bilabial, pero me faltan datos más precisos sobre este punto ¹.

La *y* ha permanecido absolutamente invariable; es, como en español, dorso-mediopalatal fricativa sonora, abierta, mientras que la *j* alemana, en la mayoría de las localidades del norte de Alemania, se articula con mayor estrechamiento; por lo menos, yo percibo fácilmente diferencia de sonido entre *mi ja* alemán y el *ya* español. Este fonema se escribe en español *y*, o a veces *hi*, como en *hierba*, que alterna con *yerba*; *hierro*, *yerro* ². En cambio, después de consonante se mantiene la pronunciación *ie*, tanto en España como en Chile, es decir, *i* (puramente vocálica) + *e*, sin que pase a *j*, como en francés ³. Así, pues: *bién*, nunca *bjén* como franc. *bjē*; *tiéne*, no *tjéne*, ni *txéne* correspondientes al franc. *tiē* o *txē*. En interior de palabra se conserva el mismo fonema, por ejemplo: *ayúa* (*ayuda*), *láya*, etc.

Con esta *y* se ha igualado completamente en santiaguino la llamada *l* «mojada», en la escritura española *ll*. Ha ocurrido, pues, el mismo cambio que en francés. En español la *ll* es una *l* pura (cf. *Kuhns Zeitchr.*, XXIX, pág. 30 sigs.) y no *lj* ³. El

¹ Es falsa la afirmación de Baist (*Grundriss* de GRÖBER, I, pág. 693) de que *y* está por *i* en comienzo y en final de diptongo: *yegua*, *hay*; *yegua* se pronuncia *ye-*, no *ie-*, mientras que *hay*, *rey* se pronuncian (y en Chile se escriben) *hai*, *rei*. Comp. las acertadas consideraciones de ESCRICHE Y MIEG, *Reforma*, págs. 33 y 47.

² [Sobre los diptongos españoles, el doctor Lenz tenía una opinión muy personal, de que nos ocuparemos más adelante].

³ La observación de PAUL FÖRSTER (§ 14) de que *ll* es un sonido compuesto, *ly*, es falsa. Con razón defiende ESCRICHE Y MIEG, en su re-

pasaje a y se ha producido también en otras regiones del español, por ejemplo — si no me equivoco — en Costa Rica. En Buenos Aires la *ll* se ha transformado en *ž*; por ejemplo *řóžo* = *rollo*. En Chile, como ya lo he hecho notar, el cambio está limitado al centro del país; el sur conserva la *ll*, que es también muy frecuente en araucano, y la conserva también el norte de Chile, y el Perú. No he podido aún establecer cuáles son los límites de *ll* e *y*. Tenemos, pues: *yáma*, *yamál* (*llamar*), *yegába* (*llegaba*), *yóro* (*lloro*), *yúbia* (*lluvia*), *řáya* (*falla*), *éyo*, *póyo*, *búya*. Únicamente en contacto con *i* es cuando me parece que la fricación se forma con mayor apretamiento, acercándose más a la *j* alemana: *bríya*, *piyi'kón* (*pellizcón*), *ayí* (*allí*), *piyándo* (*pillando*), etc.

Más complejo es el problema de las labiales fricativas sonoras en español. ¿Qué son la *b* y la *v* españolas? Baist acierta, en lo esencial, al responder (*loc. cit.*, pág. 694) que «*b* y *v* son idénticas: bilabiales, con cierre muy relajado de los labios; más enérgico, por lo regular, después de *m*». En cambio, son absolutamente inadmisibles, una vez más, las indicaciones de PAUL FÖRSTER (*loc. cit.*, § 6,1 y § 6,2), para quien la *b* sería una bilabial oclusiva que sólo entre vocales se formaría con oclusión muy relajada: de ahí su semejanza con la *v*; la *v* sería una labiodental. ESCRICHE Y MIEG afirma, con razón, que, ya se escriba *b* o *v*, para un español son equivalentes, y propone escribir siempre *b*; pasa por alto el que en español existen, a pesar de eso, dos pronunciaciones de la *b* o *v*. Según mis observaciones, lo que ocurre es lo siguiente:

1. La *v* labiodental no pertenece al sistema fonético usual en español. Si aparece en ciertos casos aislados, se trata de una pronunciación enteramente artificial.
2. La distinción etimológica entre *b* y *v* — tal como la hace

forma ortográfica, la absoluta indivisibilidad de la *ll* española — como de la *ñ*, *rr* y *ch* —; para los españoles, ya el silabeo es prueba segura de ello.

en la ortografía la Academia, y aun prescindiendo de sus errores, voluntarios o no: *abogado*, *bermejo*, *invierno*, etc. — no está confirmada de ningún modo por la pronunciación.

3. El sonido habitual de ambas letras es **ɸ**, vale decir, bilabial fricativa sonora relajada.

4. La **b** bilabial oclusiva aparece después de *m* (por ejemplo *ambos*), aun en los casos en que se escriba *nv*: *imbiéjno*, *embídja*, *kombersaθión* (ésta es la pronunciación natural y espontánea); el mismo fonema es el normal en fin de sílaba: *club*, *subscripción*, *subjetivo*, *observar*, etc.; pero todas estas palabras son extranjerismos o productos del afán etimologizante de la Academia.

5. En posición inicial no es raro que aparezca **b** alternando con **ɸ**; la **b** es también usual, por lo menos en España, después de *r* y *l*: *árbol*, *alba*.

Las mismas reglas de pronunciación valen para el Perú y para el habla culta de Santiago de Chile (sólo que aquí se dice, según creo, *árbol*, *álba*)¹.

En el habla popular de Santiago la **ɸ** se forma siempre muy relajada, de tal modo que no es raro que la sonoridad anule por completo la perceptibilidad del débil ruido fricativo. Donde más cerca de su desaparición total está la **ɸ** es en proximidad de *o*, *u*, y más bien después de sílaba acentuada que inmediatamente antes del acento.

La pronunciación de la *b* inicial depende, naturalmente, de la fonética sintáctica. Después de pausa, la **ɸ** usual es reemplazada, no pocas veces, por una **b** completamente oclusiva, en particular cuando la palabra se pronuncia con acentuación enérgica. Me parece absolutamente imposible fijar reglas para estos casos. Tenemos, pues: *háyase* o *báyase*, *béo* o *béo*, etc. Después de vocal se usa sólo **ɸ**; así: ¡*ké se báya*, *pué!* (¡*que se vaya, pues!*), ¿*no ɸe?* (= '¿ve usted?'). Entre dos *aes* el fonema

¹ [Después de *r* y *l*, *árbol*, *alba*, la *b* es fricativa (**ɸ**, no **b**), tanto en Santiago de Chile como en el resto de América y de España. En Chile es especialmente relajada].

resulta particularmente débil; a menudo no queda de él más que una contracción del labio inferior sin disminución de la abertura de las mandíbulas: *la(b)áka*, *una(b)ála*. Delante de *o* y de *u*, la vocal se pronuncia con menor abertura labial que la acostumbrada, y, ocasionalmente, avanzando ligeramente los labios. Yo puedo pronunciar así *la(b)óla* en tal forma que la abertura de los labios después de la *a* no tenga menos de 2 centímetros de ancho y $\frac{3}{4}$ de centímetro de altura. A menudo la *b* se asimila por entero a la *u* siguiente, de manera que la diferencia entre *la uba* (*la uva*) y *la 'ula* (*la bula*; con ' represento una mayor energía al comienzo del débil redondeamiento) está señalada por una presión espiratoria algo más intensa al principio de la articulación de la *u*. *Bue* se transforma las más veces en *we* — *w* es la sonora, descrita más arriba, correspondiente a φ —; por lo tanto, la inicial de *bueno* resulta exactamente igual a la de *hueso*, *huevo*, *guas*, *guanaco*: *wéso*, *wébo*, *wáso*, *wanáco*. Esta *w* se distingue de la *w* inglesa por la clara fricación postpalatal, que, por lo demás, parece faltar en castellano.

Después de nasal, toda *b*, *d*, *g* es en chileno, como en castellano, firmemente oclusiva, con simultánea asimilación del punto de oclusión de la nasal a la consonante siguiente: *úmbino*, *úmbáso*, pero *erbino*, *erbáso* (*vino*, *vaso*). Los españoles dicen siempre — y los chilenos cultos, a menudo — *umbuembino*, *embuélto*; pero lo corriente entre el pueblo es *unguembino*, *enjuéto*; en cambio, *unguéso* (*un hueso*) parece ser usual también en España (cf. ESCRICHE, *loc. cit.*, pág. 50)¹. El que en español se escriba *hue*, pero *gua*, es cosa accidental; el sonido es uno mismo, tanto en *wéso* como en *wárdá*; igualmente imperceptible es la diferencia entre *bueno* y *güeno*, como suele encontrarse en textos antiguos.

¹ [La pronunciación *güe* por *bue* es tan corriente en España como en Chile y en otros países americanos. En casi todas partes es vulgar o rústica. Véase A. ALONSO y A. ROSENBLAT, notas en *BHD*, I, págs. 150 y 155, y el estudio de A. ALONSO sobre *Equivalencia acústica* en el mismo volumen, pág. 440 y sigs.]

Los grupos *bl* y *br* iniciales tienen aquí, por lo general, tanto en el pueblo como entre las gentes educadas, una **b** muy imperfecta; lo común es que aparezca una *l*, *r* débilmente redondeada precedida de sonoridad glótica: **b**(l)áñko, **b**(r)óma = *blanco*, *broma* (los paréntesis indican redondeamiento de la *l*, *r*).

La tendencia que siempre ha tenido la **b** española, ante *o* lo mismo que ante *u*, a formar estrechamiento postpalatal, está demostrada por arcaísmos — usados también en Chile — como *gómilo*, junto a *vómilo*; aquí no es raro oírlo también en otras palabras, como *golantín*, junto a *bolantín* (*volantín*, 'la cometa'), y hasta *gróma* alternando con *bróma*.

En posición interior entre vocales, la **b**, como ya he dicho más arriba, inmediatamente antes del acento es más fuerte que después de él; así, pues: *akabá^ba* (**b** = *b* imperfecta); especialmente en la terminación *aba* del imperfecto es donde la **b** desaparece a menudo casi por completo; *akabáa* puede equivaler a *acababa* tanto como a *acabada*; řó^ba, řo^báo. En el habla vulgar lo corriente es la desaparición completa de la **b** en el grupo *ábo*: řáo (*rabo*), náo (*nabo*).

En posición interior delante de consonante: *abrás* (*abrazo*), *sóbre*, *póbre*, *páblo*, los labios se acercan uno a otro de manera siempre muy relajada, produciendo un sonido casi completamente vocálico, de timbre impreciso. Esto explica fácilmente por qué en antiguo español se intercambiaban continuamente en la escritura las letras *b*, *v*, *u*; grafías como *debda* junto a *deuda*, *cabtela* y *cautela* indican, pues, pronunciaciones, si no iguales, por lo menos muy parecidas; *Pablo* suena casi exactamente como en italiano *Paolo*. La evolución especial del español de Chile no ha introducido en este punto ninguna novedad, sino que ha conservado fielmente rasgos antiguos que en el español académico, quizás enturbiado ahora muchas veces por la escuela y la ortografía, aparecen como exagerados y apartadizos ¹.

¹ [El autor desconocía que hasta la segunda mitad del siglo xvi la *b* era en español bilabial oclusiva, y la *v* bilabial fricativa. Contra la afirmación

Las mismas gradaciones se presentan después de *r* y de *l*: la **bárba**, **sórbo** o **sór^{bo}**, llegando hasta la desaparición de la **b** en la (*r*) con redondeamiento: **só(r)o**, **arbañil** (*albañil*), **pórbo** (*polvo*), etc. Cf. lo dicho sobre la *l* en *Estudios Chilenos*, I.

Después de *m*, la *b* se mantiene oclusiva, como he indicado más arriba: **ámbos**; únicamente *también* se oye a menudo decir **tamién**, pero esto ocurre asimismo, según CUERVO, *Lenguaje bogotano*, § 666 [6.^a edición, § 788], en Colombia y aun en España misma. De igual modo que en el caso de *pa* en lugar de *para*, no se trata aquí de cambio fonético chileno, sino de importación de dobles formas.

La *b* final de sílaba, que las personas educadas pronuncian en *club*, *sub-*, *ob-*, es imposible para el pueblo: cuando no desaparece — como en **susí'te** (*subsiste*) — se transforma en *u*: **ausolúto**. Por lo demás, ha de tenerse presente que en el habla culta esta *b* no pierde su sonoridad ni aun delante de consonantes sordas: **obxéto**, **absolúto**, o también, con frecuencia: **ob^exéto**, **ab^esolúto**, pero nunca **apsolúto**, **opxéto**.

9 de marzo de 1891.

del autor, justamente en la articulación de la *b*, Chile ha cumplido una evolución, no en dirección distinta de la del resto de nuestros países, pero sí mucho más avanzada. Según nuestra experiencia personal y según nuestras noticias, en ninguna otra región de América ni de España se pronuncia la *b* tan relajada como en Chile, y ésta es una de las más decisivas características de la pronunciación chilena.]

IV

P, f, c(a, o, u), ch, b, d, g, m, n, ñ

Las oclusivas sordas son los fonemas más fijos del chileno; no sufren ningún cambio espontáneo, y sólo raras veces son afectadas por la articulación de los sonidos vecinos. Pero esto vale únicamente para la *p, t, k*, genuinamente castellanas; grupos consonánticos que chocan contra las leyes fonéticas del español, y que por tanto sólo se encuentran en palabras cultas — latinismos, helenismos o cualquier otra clase de extranjerismo — son para el pueblo de pronunciación imposible y desaparecen por lo general de acuerdo con las mismas leyes que encontramos en la formación del español o en la adopción de palabras librescás en antiguo español ¹.

P y *t* en comienzo de sílaba permanecen invariables; *p*, sorda bilabial oclusiva; *t*, áptico-postdental o subalveolar oclusiva. Sobre la asimilación chilena de la *t* al punto de articulación de la *r* que precede o sigue, así como de la transformación de *t* y *tr* (=tʃ), cf. *Estudios chilenos* I, pág. 107 sigs. Ejemplos: *papa, pampa, arpa, primero, pluma; çerpa (felpa)*, etc.; *lanto, aláo (alado), traigo* o tʃaigo, *arło* o, más frecuente, *arło*. *k*, en la escritura *ca, co, cu, que, qui*, acerca su punto de arti-

¹ [Lenz se refiere a los llamados grupos cultos: *acto, acción, apto, obstruir, columna, digno, atmósfera*, etc. Sobre la historia de estos grupos en el español literario véase R. J. CUERVO, *Disquisiciones sobre antigua ortografía y pronunciación castellanas*, en *Revue Hispanique*, tomo II, 1895, págs. 1-69, y tomo V, 1898, págs. 273-313.]

culación al de la vocal siguiente; así como se pronuncia *xa*, pero *xe*, así también se pronuncia *ka*, *ko*, *ku*, dorso postpalatal, pero *ke*, *ki* con oclusión medio-prepalatal y acanalamiento prepalatal (véase *Kuhns Zeitschrift*, t. XXIX, pág. 21 sig.) o al menos con oclusión mediopalatal. La fricación que se añade a la *k* suena con claridad variable y es más perceptible delante de *e* que de *i*; así, pues: *kása*, *kómo*, *kúra*, pero *késo* (*queso*), *kea* (*queda*), *kíta* (*quita*). *Que* no se distingue, por lo regular, de *quie*, pues, por un lado, esta *i* queda absorbida en la fricación que se añade a la *k*, y por otro en *que*, al pasar la lengua de la oclusión a la posición de *e*, tiene que pasar por un estrechamiento de *i*. De esta manera se borra por completo la correspondencia — tan importante para la morfología — entre *ie* acentuado y *e* inacentuada después de *k* (*querer*, *quiero*), aunque parece como si ante vocal acentuada la fricación añadida tuviera a menudo más marcado su carácter de *i* que ante vocal inacentuada; así: *kéro*, *kére*, pero también *kerímo'*, *kerí'* (= *quiero*, *quiere*, *queremos*, *queréis*), y asimismo *kéo*, *kéa*, *keámo'*, *keái'* (= *quedo*, *queda*, *quedamos*, *quedáis*), aunque, como queda dicho, en *kéro* y *kéo* la fricación añadida a la *k* tiene a veces más acentuado carácter de *i* que en *kerímo'*, *keámo'*.

Sobre el empleo de *k* y de *k* con oclusión incompleta después de *s*, he hablado en estos *Estudios chilenos* II, pág. 133.

P, *t*, *k* en final de sílaba son impropias del castellano. Hay que distinguir dos casos:

1. Ante consonantes sonoras la *t* y la *k* se vuelven sonoras¹: *técnico* > *tég^onico*, *Tacna* > *Tág^ona*², *átlas* > *ád^olas*, *atlántico* > *ad^olántico*; esta pronunciación — por lo general con clara sonoridad glótica entre las dos consonantes, por lo cual la *g*, *d* se vuelven iniciales de sílaba — es la de toda persona educada en Chile, y probablemente también en otras zonas del español.

¹ Para la *p* me faltan ejemplos; las palabras que tengo son todas no latinas.

² En la misma Tacna se dice *táxna*; la forma popular chilena es *Taina*.

2. Ante sordas, los frecuentes grupos latinos *pt*, *ps*, *kt*, *ks* (= *x*), etc.

En las palabras populares estos grupos de consonantes no se han conservado; en los cultismos de época reciente el antiguo español presenta a menudo *u* en lugar de *p* y de *k*. El habla vulgar de Chile ha conservado en parte formas antiguas en las que la Academia ha querido poner las letras latinas; así *řesetól* < *receptor*, *kondúta* < *conducta*, etc. (cf. también CUERVO, *Leng. bogot.*, § 667). Así se dice también *satiqasión* < *satisfacción*, *espetíbo* < *efectivo*, *esixen* < *exigen*, *esistir* < *existir* y muchos otros. Pero la mayor parte de las palabras se pronuncian en Santiago con *u* en lugar de la *k* o de la *p*: *cáusula* < *cápsula*, *conseusión* < *concepción*, *preseutol* < *preceptor*, *caráuter* < *carácter*, *ausión* < *acción*, *reuto* < *recto*, *estrauto* < *extracto*, *eféuto* < *efecto*, etc. Junto a estas formas parece también haber otras con *i*, como indica CUERVO para Bogotá: *caráiter*, *aición*, *satisfaición* (*loc. cit.*, § 681); yo no he oído en Chile esta pronunciación¹.

Las personas educadas pronuncian todas estas palabras tal como se escriben; pero las semi-educadas (*medio pelo*), que saben que la pronunciación con *u* es «ordinaria» y que hay que evitarla, no saben, por lo general, si hay que pronunciar *p* o *k*, y por lo tanto dicen a menudo: *consecsión*, *presector*, *acstrapto*, así como *ecsétera* en vez de *etcétera* (no hay ningún otro caso de *ts* en español). Lo cómico es que, en su afán de hablar con corrección, suelen decir también *farmaséctico* en lugar de *farmacéutico*. Estos trabucamientos parecen ser muy frecuentes en todas las regiones hispanohablantes; CUERVO, *loc. cit.*, § 681, da muchos ejemplos. Se trata aquí de *trabucamiento*, y no de

¹ [En las hablas rurales y vulgares de todos nuestros países, estos grupos se simplifican o perdiéndose la primera consonante (*dotor*, *lección*, *columna*, etc.), o vocalizándose (*doutor* o *doitor*, *faición*, etc.). Véase A. M. ESPINOSA, *BDH*, I, §§ 168 a 179, 181 y notas de A. Alonso y A. Rosenblat, y E. F. TISCORNIA, *BDH*, III, § 56.]

cambio fonético como admite Cuervo cuando dice: «El primer grado de esta transformación (es decir *efepto* en lugar de *efecto*) es genial del válaco, v. gr. *copt* = *coctum*, *fript* = *friatum*. Del segundo (*efeuto* por *efecto*) tenemos ejemplo en *auto* = *actum*, y la pronunciación bogotana da la clave para explicar este hecho». El *cambio fonético* rumano no tiene nada que ver con el *trabucamiento fonético* español. Cambio fonético hay solo entre *ekto* > *euto*, *epsión* > *eusión* ¹.

El modo de producirse el cambio se puede observar a diario. Para los chilenos educados, decir *efecto*, *carácter*, *preceptor* es incómodo y difícil; para el hombre del pueblo, casi imposible. Existe, ante todo, la tendencia a dar sonoridad a la primera consonante, lo que para un alemán sería de pronunciación muy molesta si se sigue consonante sorda. Es frecuente oír *efeg-to*, *carág-ter*, *conseb-sión*, en que se articulan plenamente *g*, *b*, seguidas a menudo de sonoridad epentética. Ahora bien: en cuanto no se realiza la oclusión completamente, aparece la sonoridad contaminada de cierta consonantización postpalatal (para la *k*) o labial (para la *p*), y esa sonoridad se convierte rápidamente en la vocal homorgánica. Este pasaje se explica considerando que toda lengua tiene cierto temor a los fonemas nuevos que se parezcan mucho a los antiguos ya existentes. Esto hay que comprenderlo con criterio puramente fisiológico. A toda articulación corresponde un peculiar sentimiento motor, un modo y dirección de inervación propios. A todas estas direcciones corresponden en cada dialecto determinadas leyes que fijan su capacidad de combinación. Pues bien: cuando a la lengua se le impone un fonema que no es admisible según las leyes [fonéticas] dominantes, se asimila — tratándose en lo posible de conservar al principio su efecto acústico — a las

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILE

¹ [En la sexta edición Cuervo trata de estos trabucamientos, que él llama *trocantinas*, en los §§ 842-849. El pasaje censurado aquí por Lenz ha sido suprimido. Cuervo no dió más tarde estas alteraciones como cambios fonéticos.]

otras combinaciones permitidas (en nuestro caso $kt > gt$). Si el camino de inervación se roza con otro que sea más frecuente en la correspondiente combinación, se produce un repentino salto a este segundo camino, parecido al salto de la electricidad de un hilo a otro conductor mejor, que se le acerque demasiado. Con otra imagen: el carro marcha por las huellas que otros carros han seguido ya en el mismo camino, en lugar de mantenerse al borde de la huella.

Cuando yo digo a mi criado la palabra *sector*, que él nunca ha oído antes, le resulta, naturalmente, un poco extraña; si le invito a repetirla, suele empezar por responder: «No puedo»; al esforzarse por pronunciarla acaba por decir: *seutol*, con el característico fonema final intermedio entre *r* y *l*, mientras el que yo he pronunciado es acaso mi *r* velar alemana. Él quiere pronunciar también *kt*; pero no encuentra el camino verdadero, sino otro próximo y que ya le es familiar; el de *ut*. Así, pues, se explica también que dos articulaciones — *u*, *i* — aparentemente tan alejadas, puedan proceder de la misma *k*. Apenas la postalatal *g* o *g* se transforman en vocal, exigen por eso mismo la más fuerte elevación posible de la lengua. Pero no es posible articular una vocal pura con estrechamiento postalatal; de ahí que sobrevenga un debilitamiento del impulso de elevación hacia adelante — dando *i* — o hacia atrás — dando *u* —, según que la lengua encuentre uno u otro fonema más cómodo, más próximo al esquema habitual.

Con lo dicho se justifica que los gramáticos españoles vacilen entre las pronunciaciones *ks* y *gs* correspondientes a la *x*. Yo creía antes que la afirmación, repetida en la mayoría de las gramáticas españolas, de que *x* equivale a *k+s* o a *g+s*, debía su origen a la gramática latina, según la cual en vez de *k+s* y de *g+s* aparece una *x*, explicación que, por tanto, es de orden etimológico y no descriptivo. Pero me he convencido de que, efectivamente, junto a *eksamen* se dice también *egsámen*, pero nunca la *s* se vuelve a su vez sonora, como en francés *examen*.

La adopción de la grafía etimológica *x* ante consonante ha

sido, por lo demás, uno de los mayores disparates de los académicos españoles. Mientras antes se escribía, tal como se pronunciaba, *esposición, extranjero*, ahora hay hasta hablantes «cultos» que quisieran hablar como la Academia escribe: *exposición, extranjero*; pero como no siempre el diccionario está a mano, también se escribe y se imprime gustosamente *extriclo, extrangular*, etc., y así como se escribe, así hay que pronunciar, por mucho que cueste. Así, confusión sobre confusión, sólo para que los señores académicos puedan lucir su erudición etimologista. Por suerte, en América, y especialmente en Chile, domina una razonable ortografía fonética¹, e impresiona como afectado el pronunciar *eksposición, ekstranjero*, mientras que *s* por *x* entre vocales (*esistir, esamen*) se considera vulgarismo. (Lo mismo ocurre en España; cf. ESCRICHE Y MIEG, *Reforma*, pág. 38 sig. [y T. NAVARRO TOMÁS, *Manual*, § 129].)

La *ê* (en la escritura *ch*) es un fonema muy grato para los chilenos, lo que a mi juicio se debe a la gran frecuencia de *ch* en araucano; esta consonante desempeña papel muy importante en la formación de neologismos y en los cambios humorísticos de la forma de las palabras, en particular también en el habla de los niños. Asimismo a los araucanos les gusta, según Febrés, emplear formas cariñosas con *ch* en vez de *t*; en esa lengua también la *s* española se reproduce con *ch*: *chiñura = señora* (Febrés). Que la *ch* — así como la *t*, *l*, *n* — no es en ningún modo una combinación de *t + š*, como tan inexplicablemente y tan a menudo suelen todavía imaginarse fonéticos alemanes e ingleses, sino que es un fonema simple (de combinación), es evidente para todos los románicos que lo poseen; del origen y formación de este fonema he tratado con detenimiento en *Kuhns Zeitschr.*, XXIX, pág. 27 sigs.

En Santiago es de empleo corriente, junto a la verdadera *ê*, otra que se acerca a *t'* y una *t'š* próxima a *ts* dorsal. La *ch*

¹ Desde hace años la ortografía de Bello ha sido nuevamente reemplazada por la académica.

no sufre ninguna clase de cambio. La *n* delante de *ch* debería con más exactitud representarse ñ. La *ch* va a menudo precedida de *l* — mejor ¡ — y transforma la *r* en esta ¡: *málĉa*, *cólĉo*, *e'káĉa* (*escarcha*), *pélĉa*, etc. (Cf. *Estudios chilenos*, I, al tratar la *r*; en este tomo, pág. 115 sig.) La *ch* española no aparece ni delante ni tras otras consonantes.

Las oclusivas sonoras *b*, *d*, *g* se forman con oclusión completa casi únicamente después de la nasal correspondiente, pues la oclusión bucal de la nasal sólo desaparece un momento después de cerrarse la abertura velo-faríngea. La asimilación del sonido nasal — que se escribe siempre *n*, excepto cuando va en posición interior seguida de *b*, *p*¹ — a la oclusiva siguiente es obligada en interior de palabra y también por fonética sintáctica, siempre que no medie una pausa notoria entre ambas palabras. Así, pues, no sólo *pampa*, *calambre*, *hombre*, *mimbre*, *engüerto*²; *tinta*, *senda*, *gancho*³; *blanco*, *inquilino*, *rengo*, *mereñgue*, sino también *um pan*, *um bino*, *uñ güey* (*um buey*); *un tintero*; *un día*; *uñ chancho*; *uñ cordero*, *uñ gato*; *uñ quilo*; *uñ yanto* (*llanto*); *uñ yiso* (*guiso*). En este último caso se suele también decir *uñ yiso*, pero lo usual es no formar una oclusión completa (cf. más abajo, nasal seguida de fricativa).

Prescindiendo de *b*, *d*, *g* después de nasal, la lengua culta conoce la pronunciación *b*, *d*, *g* en posición que en el español correcto es final de sílaba: *ab'soluto*, *ad'jetivo*, *Tág'na* (véase más arriba); *club*; la *d* en final de palabra (*virtud*) suena a afectado. En general, *b* y *d* en final de palabra son muy reducidas; se hace apenas un intento de articulación sin producir distintamente una *b* o *d* — no hablemos de *b* o *d*: *klu^b* suena entonces en forma parecida a *kru'* (de donde resulta también el

¹ La ñ sólo aparece, en la escritura, delante de vocal.

² Entre gente educada, *embuello*. Cf. *Estudios chilenos*, III, al tratar de la *u*.

³ A pesar de que no se oye la explosión característica de la *n*, la *n* delante de *ch* debe representarse, de acuerdo con su modo de formación, como ñ.

plural popular *kluse*), aunque *kru'* se pronuncia sin verdadero soplo, con fuerte presión espiratoria al final (cf. *Estudios chilenos*, II); análogamente *salu^d*. Entre el pueblo, la *b* final (no recuerdo ahora otro ejemplo que *club* > *clú*) y la *d* final son mudas: *verdá*, *salú*, *decí*; también en medio de palabra: *ausoluto*, *oujeto*, junto a *susi'te* (*subsiste*), *soelegao* (*subdelegado*). En los demás casos, la pronunciación normal de *b* es **b**, a lo que ya me he referido en *Estudios chilenos*, III, al tratar de *v*; a veces también **b** en comienzo de palabra después de pausa.

El comportamiento de la *d* en chileno es bastante complicado. El chileno educado emplea, según creo, dos distintas pronunciaciones de la *d*. Una es la *d* áptico subalveolar; cuando este fonema no se forma de manera perfecta—caso frecuente—queda la sonoridad laríngea, tan sólo modificada por un movimiento instantáneo del ápice, sin que este movimiento determine una oclusión firme o una fricativa *z* o *đ* perceptible. Indicaré esta *d* reducida con ^d.

El otro fonema es postdental y se articula enérgicamente: la parte más delantera del ápice llega a veces a sobresalir de los incisivos. La oclusión no es completa: por eso el sonido resultante se asemeja al de *đ*; lo represento por *đ*. En el habla popular este fonema sólo aparece como resultado de *sd*: *deđe* (*desde*), *ló đó điente* (*los dos dientes*), cf. *Est. chilenos*, II. En el habla culta se emplea este fonema como *d* final de sílaba: *ađ^oje-tivo*, *ađ^okirir*, *ađ^ovierto*. La mayoría de las palabras donde esto se observa no son populares; las pocas que lo son reemplazan la *d* por una *r* débil o por el fonema intermedio entre *r* y *l* que representa la *r* final; así *arvuelto* o *arvuelto*, *arquirío* (*adquirido*). El mismo sonido se encuentra en la palabra *ataúd*, que conserva la consonante final más a menudo que las palabras de procedencia latina terminadas en *-ad*, *-ud* (*-atem*, *-ulem*). Tenemos, pues, en la pronunciación culta: *ataúđ*; entre el pueblo, lo más usual es ahora *ataú*, pero el plural es *ataúle'* y *ataúre'*, mientras que el plural culto *virtude'* o *virtudes* (popular *virtúe'*) ha sido ya reemplazado por el plural genuinamente popular *virtú* (ejem-

plo: *la siete virtud*), así como para el plural de *crú* no sólo se emplea *cruse* sino también *cru* (cf. *Estudios chilenos*, II). El singular *ataúl* parece más propio del habla de los «medio pelo» que de la del bajo pueblo. Pero sin duda esta palabra no es popular: el guaso dice *cajón de muerto* o simplemente *cajón*. Entre los «medio pelo» *ataúl* parece haberse asimilado a *baúl*, pronunciación popular *báule* (el guaso llama también *caja* al baúl grande). La acentuación *áu* nunca es popular; sobre este punto, cf. más abajo al tratar de las vocales.

La *d* intervocálica tiende a desaparecer en el habla culta. En el habla madrileña la *d* es enteramente muda sólo en la terminación *-ao* (en lugar de *-ado*) de los participios¹, pero en femenino *amada*. La *d* final de las palabras en *-ad* y *-ud* es también muda en Madrid: *verdá*, *virtú*, pero en plural *verdades*, *virtudes*; en los casos en que se pronuncia, en Madrid la *d* final resulta por lo común *đ*.

En Santiago es corriente la desaparición de la *d* intervocálica — en el habla popular y a menudo también en la pronunciación «mejor» — después de vocal. Así, pues, no sólo *amáo* sino también *amáa*, *habío*, *cardúa* (= *calduda*, 'empanada de carne y cebolla'), *deo* (*dedo*), *vía* (*vida*), *nío* (*nido*), *tóo*, *náa*. Lo mismo después de antepenúltima acentuada: *méico* (*médico*), *créito* (*crédito*), *méula* (*médula*) o también *mebla* (cf. *Pablo* < *Paulo*). Igualmente entre las sílabas penúltima y última inacentuadas: *ásio* (*ácido*), *kálio* (*cálido*); sin embargo, en esta posición la *d* es ya algo más estable: se pronuncia generalmente *sába^{do}* con movimiento del ápice en la *d*, aunque sin contacto con los alvéolos ni con los dientes superiores. A veces se presenta también este contacto dando *r* o ^{r1}: *Brígira* = *Brígida*². Sobre los cambios secundarios de las vocales en hiato producido por la caída de la *d*, hablaré más abajo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

¹ Cf. las indicaciones de Esriche y Mieg, que he confirmado por mi propia observación.

² La *đ* no es un grado de transición del cambio *đ* > ... *r*, como admite MEYER-LÜBKE, *Gramm.*, pág. 361.

Inmediatamente ante sílaba tónica, la *d* intervocálica desaparece también por completo en el habla baja; pero en este caso no es raro que se conserve una *d* reducida. La *d* sigue viviendo en el sentimiento idiomático de las gentes, de modo que reaparece al hablar con claridad, lo que ocurre — por lo menos en palabras como *vía* (*vida*), *nío* (*nido*) — entre personas que saben leer y escribir ¹. Ejemplos: *preúto* (*producto*), *siguriú* (*seguridad*), *curaéra* ('*borrachera*', de *curarse* 'emborracharse') y las numerosas palabras terminadas en *-ador*, *-adura*, etc., pero también *na^dando*, frente a *náa* (*nada*), *apara^dol* y *aparaól*, etc. Entre sílabas protónicas lo más común es la desaparición total: *preicál* (*predicar*), *ailante* (*adelante*), *soelegao* o *suelegáo* (*subdelegado*); *Magdalena da* (además de *Maudalena*; cf. más abajo) *Madalena* > *Maalena* > *Malena*.

Tratamiento muy parecido recibe la *d* en comienzo de palabra: *lo eja* = *lo deja*, *le ice* = *le dice*. Como unas mismas palabras aparecen, por consiguiente, unas veces con *d* y otras veces sin ella, hay una confusión general, especialmente entre las palabras que comienzan con *dis-*, *des-* y las que empiezan con *ex-*: no sólo se dice *e'troncão* = *destroncado*, *eligencia* = *diligencia*, sino también *desigencia* = *exigencia*, *dehcogél* = *escoger*, *desagerál* = *exagerar*.

Por otra parte, no es sólo en la escritura de los «medio pelo» y de los «guasos plumarios» donde muy a menudo aparecen, alternando con la desaparición de *d*, grafías como *deseda* en vez de *desea*, sino que tampoco es raro oír pronunciar una *d* falsa entre vocales, claro que sólo cuando gentes de las capas sociales citadas «quieren pulirse». Hace poco he escuchado en los campos de Ñuñoa a una joven «cantora» que con toda regularidad pronunciaba *mido* en lugar de *mío*, *deseda* por *desea*, etc.: pero sólo al cantar, no en la conversación. Estos hechos son

¹ La misma diferencia de estabilidad se observa en la *b*: *robaó* tiene una *b* más clara que *ró^bo*, *ró^ba*. De manera inversa se comportó la *d* latina en español; cf. MEYER-LÜBKE, *Gramm.*, § 443.

también de interés para la consideración histórica de la lengua. Si encontramos, p. ej., en un texto medieval una de esas grafías equivocadas, como una rima entre *seda* y *deseda* (= *desea*), podremos verosímilmente inferir que la pronunciación habitual del poeta es sólo *sea-desea*, es decir, que la *d* intervocálica, en la época de composición del texto examinado, era ya *completamente* muda ¹. Pero esto no es de ningún modo indispensable. El tiempo mismo de realización de un cambio fonético tan sencillo como la pérdida de la *d* intervocálica puede requerir varios siglos. Un mismo chileno pronuncia unas mismas palabras ya con *d*, ya con *ɗ*, ya con *ɗ̄*, ya con ausencia completa de *d*; unas veces quedan dos vocales, con dos momentos de aumento de la corriente de aire espirado: *náa*, *tóo*, que podríamos representar por <◇>, otras veces se funden en una vocal larga con intensidad espiratoria decreciente: *ná*, *tó* (>) o en una vocal breve: *ná*, *tó* (◇). Todas estas cinco o seis formas existen a la vez en la lengua actual, y no bien ocurre que en una palabra se llegue a la desaparición completa de la *d*, ya queda abierta la posibilidad de que otras palabras reciban, por falsa analogía, una *d* no originaria.

De los cambios de *d* ante *r* ya he hablado en *Estudios chilenos*, I. Mi opinión actual es que el cambio *padre* > *paire* se debe simultáneamente a dos causas opuestas. Por un lado, la articulación de *dr* es, de hecho, incómoda inclusive para el chileno educado y se prefiere más bien transformarla en *pá⁴re*. Pero por otro lado las formas con *i* (*paire*) son más bien de derivar de la antigua forma *páyre* < *pagre* que a la inversa ²; en chileno, la *g* tiende en general a oclusión incompleta y a *y*. Además *pagre* se encuentra también — como lo he mencionado

¹ Cf. por ejemplo, MEYER-LÜBKE, *Gramm.*, pág. 363: *signifie-vie*.

² El pasaje de *paire* a *pagre* no tendría en sí nada de sorprendente; cf. las indicaciones de GARTNER, *Rätorom. Gramm.* sobre el dialecto de Samaden (*Oberengadina*) y otros; pero este cambio no se aviene al sistema fonético chileno.

en *Estudios chilenos*, I — en regiones que no presentan formas con *i* y que en cambio conservan intactas las *g* (Tacna). Pero la razón principal es para mí este hecho que encuentro observado en el diccionario araucano de Febrés: «*pagh-re* — por *padre*; así llaman (los indios) al *P. Misionero*» y «*Ped-no* — *Pedro*». Febrés designa con *gh* una *g* o *g*, probablemente no del todo firme; *r* es *ř*; *d* no es fonema araucano; en la transcripción de Febrés suele intercambiarse con *s*: yo creo que se ha querido representar una *đ*. El guión en las dos palabras, que Febrés, por lo demás, nunca emplea en palabras araucanas auténticas, me parece que indican la dificultad o titubeo en la pronunciación. Es seguro, pues, que los indios no podrían pronunciar el *dr* de los españoles y que lo reemplazaron por *g-ř* — Acerca de la transcripción *Ped-no* hay que observar que en Febrés *perdonar* aparece como *ped-noñan*, que, evidentemente no es sino la palabra española desfigurada; no es extraño que los indios carecieran del concepto correspondiente.

He hecho también la prueba con mi criado: Le invité a repetir *adra*; él comenzó por decir *aldra*; cuando le hube llamado la atención sobre su falta, pronunció *atra*¹; en unos diez ensayos no fué capaz de decir un *adra* puro; en cambio repetía al instante, sin dificultad, *agra*. Me inclino, por tanto, a admitir que también el cambio *padre* > *pagre* > *paire* en Chile ha de explicarse directamente por causas étnicas².

Después de *n*, el grupo *dr* ha pasado, en pronunciación popular, a dar por lo general *nř*: *venřá* (*vendrá*), junto a *venđřá* (cf. *Estudios chilenos*, I).

Tratamiento distinto que entre vocales simples recibe la *d* delante de *i* + vocal o después de vocal + *i*. En todos estos

¹ Esta pronunciación explica la forma araucana *paliru* (por *padre*) que mencionan los misioneros y que es de uso más frecuente que *pagre*.

² En nada afecta a mi afirmación el hecho de que ese mismo cambio *padre* > *paire* en otros países haya que referirlo a otras causas: en el *patois* de Montpellier, que he tenido ocasión de oír, creo que la pronunciación vacila entre *paire* y *paiđe* o *paide*; igual desarrollo tuvo el latín *-arius*.

casos la *d* ofrece mucho mayor resistencia al cambio que en otra posición. A juzgar por las observaciones que tengo hechas hasta ahora, la *d* en estos casos no desaparece totalmente, sino que permanece regularmente como *d*: *medio*, *hediondo*, *cuidao*, *léido* (en vez de *leído*: por lo tanto el cambio acentual precede a la pérdida de la *d*, pues se dice *sabío* = *sabido*), *óido* = *oído*. A veces esta *d* apenas se distingue de la *r*, o bien aparece realmente una *r*; esto es lo habitual en *naire* = *nadie* (en el español actual y antiguo de muchas otras regiones existen también las formas *naide* y *naidie* (cf. CUERVO, 6ª ed., § 811). Así también he registrado *qa'tirio* junto a *qa'tidio*. Si en esta posición desapareciera la *d*, la *i* se transformaría en *y*; es decir, *medio* > *meyo*; y ante esto parece asustarse la lengua. Asimismo se dice *recaudo*, *recaudero*, con *d* segura. Después de *r* la *d* es por lo general firme y en el habla más baja se asimila a su punto de articulación, *ɾd*, como ya hemos dicho al hablar de la *r*. A veces se da también *r* en vez de *rd*; por lo menos yo oigo gritar a menudo por las calles a los vendedores de gallinas: «*póyo grande goríto*» (con *o* seguida de *cuchicheo*), en lugar de *gorditos*.

La *g* es en general de estabilidad considerablemente mayor que la *b* y que la *d*; sólo muy raras veces desaparece por entero, como en *áuja* = *aguja* ¹; *ájero*, y hasta *ájero*, por *agujero*, con dislocación del acento (se pronuncia también a menudo *ájero*). Lo mismo que la *k* y que la *j*, se asimila a todas las vocales que le siguen. Delante de *a*, *o*, *u* es usual la *g* postpalatal de oclusión en general no completa: *gama*, *gordo*, *gu'to*, *haga*, *kaiga*, etc. La firmeza de la oclusión parece vacilar de individuo a individuo ²; acaso fuera mejor transcribir ³. En el

¹ En cambio se interpela una *g* en *garúga* (*garúa*), aunque por otro lado he oído *gajúsúa* por *ganzúa*.

² [La pronunciación fricativa de la *g* es uniforme y única en todas las regiones de habla española; sólo después de nasal, y con frecuencia también en posición inicial absoluta, se pronuncia oclusiva. Parece como si el

habla de las personas educadas no me llamó la atención, al principio, lo incompleto de la oclusión, quizá porque en el norte de Alemania estamos muy acostumbrados a oír *g* por *ɣ*; sin embargo, en las primeras palabras francesas e inglesas que escuché de mis alumnos, noté que a algunos de éstos les era imposible, aunque pusieran toda su buena voluntad, pronunciar *got*, *gagner*, etc., con oclusión firme. Entre el pueblo, delante de *i*, *e* se pronuncia con toda claridad una fricativa medio o prepalatal, *ɣ*, *ʝ*; por tanto: *ɣinda*, *ɣerra*, *hiɣero* (*guinda*, *guerra*, *higuero*), etc. Esta *ɣ* se forma con mayor estrechamiento que la *y* (= *y* o *ll*), excepto cuando la *y* se encuentra delante o después de *i* (cf. más abajo en el párrafo de la *ll*).

La *g* en final de sílaba no es fonema castellano; las más de las veces no se acepta: *indino* o *endino*, *malino*, etc., son formas que se dan en todas las regiones del español como continuación del uso antiguo. Al quererse imitar la pronunciación culta *Magdalena*, aparece *Maudalena* (más común sin *g*; cf. más arriba, acerca de la *d*). El grupo *gr* inicial de sílaba es *gr*: *grande*,

doctor Lenz partiera aquí de una supuesta pronunciación *natural* de la *g* como oclusiva (sin duda por ser así en su lengua materna), y que la pronunciación fricativa de los chilenos fuese una desviación de ese patrón natural. El considerar los fonemas en abstracto, como entidades lingüísticas *generales*, y aparte de su existencia en los idiomas, era muy del gusto de nuestro autor, como se puede ver en su estudio fundamental *Zur physiologie und geschichte der palatalen*. Recuérdese también su concepción de la *r* y de los diptongos. Hoy no se puede mantener esta concepción de los fonemas abstractos y naturales, en la que tan fácilmente se confundía lo natural con lo propio de la lengua materna del autor. Estos supuestos fonemas naturales nada tienen que ver con la moderna concepción de los fonemas ideales, que son como intenciones o programas de pronunciación, esto es, el tipo de pronunciación, para cada consonante y para cada vocal, valedero dentro de un idioma determinado, como cosa distinta de las articulaciones reales que resultan en toda realización. Según la escuela del príncipe N. S. Trubetzkoy, la disciplina que estudia los fonemas ideales se llama Fonología, y la que estudia las articulaciones físico-fisiológicas se llama Fonética. Véase N. S. TRUBETZKOY, *Grundzüge der Phonologie*, Praga, 1939.]

agrio. El grupo *gl* es raro e impopular, p. ej.: *gloria*, *globo*; en posición inicial de palabra suele pronunciarse también *lobo* (*globo*), pero, naturalmente, *unглоbo*, puesto que después de *n*, o mejor *ŋ*, queda, como hemos visto más de una vez, oclusión firme en lugar de *g*. Acerca de *gu* ante vocal — bastante raro en español, pero frecuente en palabras americanas — he hablado al ocuparme de *w*; el escribir *guas*, *guanaco* o *huaso*, *huanaco* es del todo indiferente; ahora lo más usual es la grafía *gua*, pero *hue*, *hui*.

Quiero hacer aquí una observación aislada, que sin duda habría sido más oportuno mencionar al referirnos a la *f*. La palabra española moderna *moho* (portugués *mofo*) se pronuncia en Chile *mogo*; de la misma manera *mogóso*; esta *g* es, presumiblemente, un resto de la *f*, que pasó luego a *j* (*x*) y después a *h* y acabó por enmudecer¹.

Ya he tratado de la asimilación de las nasales a la oclusiva que les sigue y de la relación *b*: *β*, *đ*: *d*, *bu* + vocal, *hu* + vocal y *gu* + vocal: *gu*, *g*: *g*. Las nasales entre vocales simples permanecen invariables: *m*, *n*, *ñ*. La *n* final es también firme en Chile. Por el contrario, en Tacna pasa regularmente a *ŋ* (des-

¹ [No parece aceptable esa cadena de cambios. Esta *g* se relaciona sin duda con la de *canoga*, *oguir*, *loga*, *garuga*, *yo go tú*, que se registran en diferentes países. La forma *mogo* es antigua y la registra el diccionario de la Academia y Rodríguez Marín en *Dos mil quinientas voces*. Hoy ha sido recogida en Chile, Colombia y parte de Santander (véase *BDH*, I, nota de Alonso y Rosenblat a la pág. 172). La forma *moyo*, con aspiración de la *h*, tiene hoy una geografía mucho más extensa: Nuevo Méjico, Méjico, Santo Domingo, Costa Rica, Venezuela, Santander, Andalucía, Salamanca; y formas derivadas, como *moyoso*, etc., en la Argentina, Guatemala, Nicaragua, Ecuador, Salamanca y leonés occidental (véase la nota citada). *Mojo* representa la pronunciación aspirada de la *h*. En cambio *mogo* procede de la pronunciación *moo*, y la *g* es un refuerzo articulatorio de la vocal velar con el que la pronunciación popular deshace la concurrencia de vocales. De esta *g* epentética han hablado, además, ESPINOSA, *BDH*, I, § 97; HILLS, *BDH*, IV, pág. 22; PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *BDH*, IV, págs. 365-366].

pués de *u*, creo que con ligera nasalización de la vocal): *común*; *están*, *bien*, *nación*, *fin*; también *constancia*, *circunstancia*, y hasta *treinta*, pero *cuarenta*. Pero estos datos se basan sólo en la observación de uno de mis oyentes y en las informaciones suyas: él mismo pronuncia *únřei*, pero *um pan*, *un ombre*, formando sílaba la *n* con la *o* siguiente.

El grupo *ni* inacentuado se vuelve a veces *ñ*, mientras que *li* se conserva siempre como tal, es decir, no se cambia en *ll* ni en *y*; así, pues: *Alemania* > *Alemaña*, pero nunca *famiya* < *familia*.

Si no me equivoco, en algunas zonas centroamericanas hay fuerte tendencia a la nasalización de toda vocal delante de *n*; en Chile las vocales sólo son afectadas por *n* + fricativa conservada; lo son con particular intensidad delante de *x*, *χ*; menos, delante de *ns*, *np*, *ny*. El proceso se basa también en la asimilación de la nasal al fonema siguiente, pues, en seguida de la vocal, se produce la abertura de la nasal, pero pasando a formar la lengua al mismo tiempo no oclusión completa, sino estrechamiento de *x*, *s*, etc. Un instante después se cierra la abertura nasal, y la sonoridad laríngea cesa, mientras la lengua mantiene su posición anterior. Pero una *x*, *s* nasal abierta carece de toda consistencia fónica; la abertura nasal es tan desproporcionadamente mayor que la abertura bucal, que casi toda la corriente de aire espirado escapa por la nariz y el escaso residuo que sale por la boca es incapaz de provocar ruido de fricación.

La corriente espiratoria y el obstáculo articulatorio no guardan el equilibrio necesario para formar el fonema (cf. *Kuhns Zeitschr.*, XXIX, pág. 51). Ahora bien: como en nuestro caso durante el tiempo de la *n* originaria prosigue la sonoridad laríngea, sucede que después de la vocal aparece una sonoridad nasalizada de timbre indistinto (sin la coloración específica de una vocal determinada). El estrechamiento bucal, que se mantiene todavía, sólo da a esa sonoridad nasalizada una débil sombra de *ŋ*, *n* o *m*, según sea postpalatal, alveolar o labial

el estrechamiento (en lugar de la correspondiente oclusión). Esta pronunciación no es rara en Santiago; tenemos así: *na-ra~ja*, *ga~so*, *fa~farrón*, o, como también podría escribirse: *nara~ja* (o *lara~ja*), *gaⁿso*, *fa^mfarrón*, con signo de nasal imperfecta (o bien *g*, *z*, *w*, con el signo de nasalidad encima, para representar *x*, *s*, *φ* sonoras y nasalizadas). Pero este grado no es estable a causa de lo impreciso de la nasalidad; el estrechamiento (incapaz de producir fricación audible) se prolonga hasta el cese de la sonoridad, y mientras tanto se mantiene la posición de la vocal precedente; resulta así *aā + fricativa*; esto es, una vocal nasalizada hacia el final y prolongada hasta alcanzar la duración del *an* originario. De este modo se explica el antiguo alargamiento latino (cumplido en la lengua vulgar) de las vocales ante *ns*, *nf*, sólo que en latín la nasalización parcial de la vocal, en lugar de extenderse por toda ella (que es a lo que tiende el chileno), volvió a perderse. Por lo demás la nasalización no es en chileno muy fuerte (el velo del paladar no se baja; la abertura velo-faríngea no se extrema; y no varía el timbre de la vocal. Las vocales *o*, *u*, *a* parecen más propensas a nasalizarse que *e*, *i*. Ejemplos en la pronunciación más corriente: *espōja*, *lōja*, *cōforme* (*conforme*), *narāja*¹, *mājar blanco* (*manjar blanco*, plato de postre que se hace con huevo y azúcar), *ūjardín* (un jardín), *berenjena*, *unýindo* (*un guindo*), *uⁿsapalo*, *gaⁿso*, *oⁿce*, *fa^mfarrón*, *triu^mfo* o *triunfo* (popularmente también metátesis como *trunfo*, etc.), *treⁿsa*, *costaⁿsia*, *īstaⁿte* o también *i'tante*, *i^mfierno* (*infierno*), etc., donde la vocal ante *n*, *m*, etc., se nasaliza en mayor ó menor grado. Otros cambios de la *n*, como en *garsúa* (*ganzúa*) son esporádicos; así, entre otros, *abardonao* (abandonado), que en la ortografía «*medio pelo*» se escribe también *abaldonado*².

¹ [Véase la nota 2 de la pág. 170.]

² [*Abaldonar* por *abandonar* se oye también en Nuevo Méjico, Costa Rica y Salamanca. ¿No habrá intervenido en la acción fonética un cruce con *baldón*?]

Fuera de las nasalizaciones mencionadas, ocurren algunos otros casos de los que paso a ocuparme. En primer lugar, *sí* y *no* se nasalizan con mucha frecuencia: *sĩ*, *nõ*; a menudo se pronuncia también *sẽ* o *sõ*, especialmente para afirmar con displicencia, sin agregar más palabras¹. Creo que, de modo análogo, los alemanes del norte — que normalmente dicen *ja* — a veces pronuncian también, con tono relajado, *jo*. La indiferencia del pensamiento corresponde aquí a la de la pronunciación. En casos aislados, también *hombre*, usado como apóstrofe, se reduce a *õ*²: *mírapohõ* (*mira, pues hombre*; la *h* es sustituto de la *s* de *pues*); en conversación más educada se dice a menudo: *míre pusõmbre*; simplificando también, *mirõ*, *pohõ* (*mira hombre*; *pues hombre*), etc.

En el infinitivo, en lugar de *dormil* o *dormí^l* aparece un *dormí[~]* y *dormí^ĩ*; así también *comé[~]*; pero aun sin que preceda nasal: *hasé[~]* y hasta *hasén* (*hacer*). Los infinitivos en *-ar* parece que no se nasalizan: en este caso lo normal es que aparezca una *l* después de la *a*, aunque a veces se encuentra también *an*. Como variante individual, no es rara en Santiago la pronunciación gangosa de todas las vocales por imperfecta oclusión velo-faríngea.

V

Para terminar tratando de las consonantes chilenas, debemos aún echar una ojeada a aquellas alteraciones fonéticas que no hay que entender como cambios orgánicos (condicionados por determinados cambios de acentuación, procesos de asimilación

¹ [Pronunciaciones análogas del *sí* afirmativo se oyen en todas partes. Con énfasis y no con indiferencia es muy corriente oír *sũ*. Como extremadamente relajada se usa también en todas partes una pronunciación de *sí* sin abrir la boca, reducida a la expulsión del soplo por la nariz, en el principio sordo y después sonoro, esto es, lanzando por la nariz primero el soplo correspondiente a la *s* y después el correspondiente a la *i*, sin realizar articulación alguna.]

² [Véase la nota 2 de la página 117.]

articulatoria, etc.), sino como errores más o menos esporádicos de articulación, como trabucamientos cometidos al intentar repetir una impresión auditiva. También para estos cambios tiene que haber determinadas leyes que hagan difíciles y casi imposibles ciertas repeticiones articulatorias muy seguidas y ciertos grupos de articulaciones. Sólo así puede explicarse que lleguen a obtener aceptación general en una lengua alteraciones fonéticas que empezaron por no ser más que trastrueques de pronunciación, semejantes a los que acechan en los trabalenguas ¹.

Sirvan de ejemplo para tales metátesis por trastrueque algunas palabras que en gran parte se encuentran también en otras regiones del español: *teatro* > *triatlo*, *capricho* > *crapicho*, *encuclillar* > *encruquiyar* (de *en cuclillas*); *pared* > *paer* (de *pader*), *polvareda* > *porvaera*, *vereda* > *vedera*, *prohibido* > *probidío*, *derretir* > *re(d)itir* (cf. español *aderredor* > *alrededor*), *murciélago* > *murciégalo*, *estómago* > *estógamo*.

Aquí hay que agregar también casos como *trizado* > *crisao*, (de *triza*; cf. español *trema* > *crema*); asimismo *lunar* > *nunal*, *arveja* > *arberja* (en la ortografía «medio pelo»: *alverja*), y *Valparaíso* > *Marparéiso*.

De especie algo diversa es la introducción de nasal, que siempre ha sido muy del agrado del español (cf. *enjambre* = *examen*, *zambullir* al lado de *zabullir*, etc.): *Mapocho* > *Mampocho* (el río sobre el que está Santiago), *examen* > *insamen*, *tropezar* > *trompezar*, *zafarrancho* > *zanfarrancho*. La lista de ejemplos podría aumentarse fácilmente, pero sin añadir ningún interés fonético ni lingüístico. Ya hemos hecho también alguna otra observación sobre este punto, como *abardonao*, *garzúa*.

Como apéndice, quiero finalmente agregar algunas observaciones sobre *el español de Méjico*. Están tomadas del trabajo

¹ Ejemplos chilenos: *Una cabra tigre tigres trapos traga; traga trapos tigrés una tigre cabra. Cochero techa tu chosa, techa tu chosa, cochero, con romero flor y rosa, con rosa flor y romero.*

que con ese título ha publicado hace poco un doctor F. SEMELEDER en las *Mitteilungen des deutschen wissenschaftlichen Vereins in México*, tomo I, cuaderno 1 (Méjico, 1890), donde es difícil que sea accesible a los filólogos europeos¹. De todos modos, lo cierto es que el autor no es un filólogo.

Según él, en mejicano la *ll* española es *y*; *c* (*e, i*), *z* = *s*; *b* = *v* (es decir, igual que en español); *nadie* > *naide*; *catedral* > *catredal* (ambas palabras están registradas con esta misma forma en CUERVO). En la página 14 se dice: «Se reconoce a los habitantes del estado de Jalisco en que añaden a todas las palabras, sin excepción, una resonancia nasal; los habitantes de la costa oriental, como los cubanos, se tragan la *s* final de palabra o la transforman en un sonido aspirado, que suena casi como *f*. Lo mismo sucede frecuentemente hasta con *s* interior de palabra»... «La *r* final de palabra toma con frecuencia el sonido de una aspiración o de un soplo semejante a la *f*».

Refiriéndose a un pasaje, que cita, de la gramática de Diez sobre la antigua pronunciación de la *x* como *š*, dice el autor en la página 15:

«Me permito añadir una observación personal. El sonido *sch*, que ocurre con gran frecuencia en la lengua náhuatl, lo reprodujeron los españoles desde el comienzo con *x*. PIMENTEL, en su *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*, 1862, I, pág. 165, dice: «la *x* suena como la *sh* inglesa o la *ch* francesa». Varios gramáticos, y entre ellos el padre jesuíta Horacio Carocho en su *Gramática de la lengua azteca*, impresa en 1645 y reeditada en 1795, no observan absolutamente nada sobre la pronunciación de la *x*; esto demuestra que la *x* tenía entonces, al menos en 1645, el mismo sonido en azteca que en español². Los nahuas o aztecas pronuncian *axololl*

¹ [El trabajo de F. Semeleder ha sido publicado en el tomo IV de esta BIBLIOTECA, págs. 75-86 traducido y anotado por Pedro Henríquez Ureña.]

² Claro que esta conclusión no es obligada, pero siempre conserva fuerza probatoria la representación de la *š* indígena por *x* en la primera época

(el conocido anfibio) como *ašolotl*, *xochill* (la flor) como *šochill* y *tlaxcalli* (los pasteles chatos de harina de maíz, que los españoles denominan *tortillas*) como *tlaxcalli*; los criollos y los indios que hablan español pronuncian *acholote*, *solschil* o *sutschil* y *tlaskal*. Los mejicanos, bajo el influjo de la cultura española, perdieron tempranamente la antigua pronunciación de la $x = š$.

28 de marzo de 1891.

de la conquista. Cortés y sus acompañantes pronunciaban sin duda $x = š$, pero una vez que este signo se adoptó para representar el fonema indígena, pudo naturalmente ser mantenido aunque la x española cambiara de pronunciación.

VI

Las vocales y sus combinaciones

En comparación con las importantes alteraciones de las consonantes en chileno, los cambios cualitativos en su vocalismo — especialmente en las vocales simples — son bastante escasos. De más bulto son los cambios de cantidad. El castellano de Madrid, en efecto, se caracteriza muy especialmente por carecer — en absoluto, según mis noticias — de vocales propiamente largas, como las que presenta, por ejemplo, el alemán: *See, Sohn, Vater*. Pero como tampoco posee vocales reducidas, el resultado es que casi todas las vocales del español de Madrid son igualmente largas, — es decir, para el sentimiento alemán de la lengua, igualmente breves —. Recuerdo con toda claridad la impresión que me hicieron las primeras palabras que oí de un madrileño, con sus sílabas breves, abiertas y entrecortadas: «*ën tödä mĩ vřdä nõ ölvřdäre*»...; esas vocales causan en un oído alemán impresión tan extraña como las consonantes alargadas del italiano ¹. Las diferencias cuantitativas de las vocales, aunque sin duda existen, son para nosotros tan insignificantes que los signos de larga y breve que Paul Förster ha prodigado tanto

¹ Tenía yo escritas ya estas observaciones cuando en el curso del año pasado recibí los tres primeros tomos de *Phon. Stud.*, y me ha sido grato hallar confirmadas mis apuntes en el acertado estudio de STORM (*Phon. Stud.*, II, pág. 145 sigs.) Naturalmente, también ha sido para mí muy bienvenida la *Fonética castellana*, de ARAUJO, en el tomo III. Más adelante volveré a referirme a esta obra a propósito de algunas cuestiones dudosas.

en su gramática, me parecen un pasatiempo no sólo inútil sino perjudicial, así como sus arcos sobre los pretendidos diptongos. También los peruanos pronuncian las vocales libres con rapidez chocante para mi oído alemán. En cambio, *el chileno hace, en lo esencial, las mismas distinciones que el alemán entre vocales libres y trabadas; ch, ñ, ll* valen como iniciales de sílaba, o que corresponde a su naturaleza de consonantes simples; así, pues: *á:-go, mú:-ôo, ó:-ôo, bé:-lo*¹, o más bien, en chileno central, *ñe-yo*, con vocal algo alargada; no *ãn-jo, müt-šo*, como se inclinan a pronunciar los alemanes.

Gran tendencia al alargamiento presentan las vocales delante de *n* + consonante y delante de *s* (reducida) + consonante sonora. En el primer caso las nasalización de la vocal es, sin embargo, más frecuente de lo que yo había supuesto antes (véase, cap. IV). No sólo se dice *õ:"se, e'põ:ja, larã:ja*², *gã:"so* (con vocal nasal larga y con *n* reducida), sino también, no pocas veces, *kõ:nté:nto, kã:nta:o*, etc. Pero por lo general esta nasalización es muy débil y no consigue alterar la cualidad de la vocal. Yo he llegado a convencerme de que muchos chilenos nasalizan, aunque débilmente, las vocales, después de consonante nasal, casi regularmente; así especialmente *mõ, mã, nõ, nã*. El alargamiento de las vocales, en particular delante de *n* + cons. y *s* + cons., es también muy usual en Buenos Aires; en Santiago, ésa es la pronunciación casi exclusiva en el habla enfática, que adquiere así un desagradable paso arrastrado.

La altura de las vocales se altera también — por lo general muy perceptiblemente — en el habla vivaz de los santiaguinos. Especialmente es muy común el falsete, y la palabra se une a menudo a una mímica facial ciertamente muy expresiva, pero también muy desagradable, en que se bajan las cejas, se alzan

¹ *a:, e:, i:, o:, u:* indican vocales largas.

² Esta es la forma realmente popular, y no *naranja*, como doy en estos *Estudios chilenos*, IV. Como ejemplos del cambio *n > l* — que, por lo demás no es específicamente chileno — se podría añadir, además de *abaldonar*, también *alimar* (*animar*), *alimal* (*animal*).

las ventanas de la nariz y se tuerce a un lado la boca. Todos los días pueden oírse por centenares en las calles y tranvías los *me paré:ce*, ¿*quién sá:be?*), ¿*cómo no!* acompañados de esta gesticulación. Por lo demás, el juego de gestos y ademanes del chileno es bastante pobre. La melodía verbal suele no sorprender a los alemanes del norte; ante todo, para ellos el chileno no «canta» al hablar; sólo en lenguaje oratorio, no en la conversación, es costumbre pronunciar muy aguda la última sílaba de cada grupo fonético en que no se cierra el pensamiento; para un alemán, esto resulta en los chilenos mucho más extraño que en los franceses, pues el final de las palabras españolas es predominantemente trocaico, de modo que en los finales de esos grupos la penúltima sílaba se pronuncia con acento espiratorio, pero en tono grave, mientras que la última es débil, pero aguda y a veces prolongada.

Otra particularidad del chileno es la costumbre de cuchichear la última o las últimas sílabas de una frase, de suerte que se vuelven casi o del todo imperceptibles. Se puede apostar diez contra uno a que todo chileno a quien, hablando de un hombre adinerado (*platuó*), se le pregunte: ¿*Tiene mucha plata?* contestará: *mú:ê^a*, con *a* cuchicheada ¹.

Es sabido que las variedades *cualitativas* de las vocales en español no son muy ricas; en general es suficiente, como señala ARAUJO, *Phon. Stud.*, III, pág. 320, distinguir sólo una *a*, *e*, *i*, *o*, *u*. La *u* y la *i* son las vocales extremas; la *a* es exactamente el punto medio de la serie vocálica, y corresponde a la *a* de la pronunciación correcta alemana (*Bühnenaussprache*) en *vater*; ejemplo: *padre*. La *o* está por lo general a mitad de camino entre *u* y *a*, esto es, entre la *o* abierta y la *o* cerrada del francés y del italiano; igual posición ocupa la *e* en la serie anterior. Ambas vocales son un poco más abiertas en

¹ La repetición de la palabra correspondiente de la pregunta es mucho más usual que la simple afirmación con *sí*; pero además, es frecuentísimo el *cómo no* usado para afirmar, algo como en Sajonia *ei freilich*.

sílaba trabada, especialmente ante *r* y ante *i*. La *e* — y en menor grado la *o* — es cerrada en final de palabra. Todo esto es general al español de todas las regiones, y es especial del chileno la tendencia a la *e* cerrada después de palatales, como *xénte*, *muxér*, *késo* y en el ya mencionado y no raro alargamiento de las vocales: *diferé:ncia*, *conté:nto*. Sólo se trata aquí de tendencias, que se realizan unas veces más, otras menos, sin ser obligatorias.

Por lo que se refiere a la articulación de las vocales, es característica del chileno la relajada articulación labial. En general no es la *u* la que se pronuncia con redondeamiento y abocinamiento, sino la *o*, pero a su vez la *o* — en oposición a la *o* alemana y más aún a la francesa — se pronuncia con los músculos labiales completamente relajados y no tensos. La *u* se articula por lo común con abertura estrecha y alargada de los labios, que se acercan relajadamente. A pesar de esta característica pronunciación, me parece que el timbre de la *u* chilena no se aleja mucho de la *u* española normal, aunque sin duda su tono cuchicheado es sensiblemente más alto.

Es bastante rara en chileno la *e* con redondeamiento, es decir la tendencia a *ö*, que también aparece en castellano según resulta de la transcripción *muöre* = *muere*, de ARAUJO, *Fonética castellana*, en *Phon. St.*, III, página 320. Donde con más frecuencia se observa es en *eu* (excepto delante de *l*, *r*), que se pronuncia entonces *öu*, con *ö* bastante abierta; p. ej.: *peumo* (una fruta chilena), *peuco* (variedad de halcón), *cheulo* ('labihendido'); a veces también *chueco* ('patituerto'), y en pronunciación descuidada *bueno* y *luego*. Como expresión de asentimiento se oye unas veces *bueno* (o cuchicheada), otras *wen* o *buön* y aun *muön*. En la fórmula de despedida *hasta luego* (que por lo demás se puede emplear también cuando se tiene firme intención de no ver al otro en meses o años o nunca) se pronuncia *a'ta luégo*, *'ta luégo*, *ta luöo*, *ta lö*¹.

¹ *a* > *o*, por influencia de *w*, aparece especialmente en las formas de *aguitar* acentuadas en la terminación: *awoitando*, *awoitamo*, pero más

Quando el habla popular chilena se aparta del castellano en la pronunciación de vocales simples acentuadas, se trata por cierto, sin excepción, de formas que también se encuentran en otras regiones y que, en general, también pueden registrarse en el español de los siglos xv y xvi. Lo mismo vale para la mayoría de los cambios de vocales inacentuadas y para la dislocación acentual en grupos vocálicos como *aí, eí, oí, aú*, etc. De donde se infiere que para el español de América hay que partir de *un habla popular española bastante nivelada del siglo xv*, cuyos rasgos característicos se borraron luego, en su mayor parte, por el español clásico del siglo xvi. Con esto se hace mayor todavía la analogía entre la evolución del latín al romance y la del castellano al español de América.

La demostración pormenorizada de esa tesis espero poder darla más tarde, cuando mi material americano y antiguo-español sea más completo. Bástenos por ahora recordar formas como *mesmo, anide* y *añide, rétulo, naide*, etc. en vez de *mismo, añade, rótulo, nadie* (compárese con los datos que trae CUERVO) y las vocales inacentuadas en formas como *escrebir, recebido, insaminar, empolla, ingüento, estiluto, escuro, rebusto, preduto, estáculo* (= *escribir, recibido, examinar, ampolla, ungüento, instituto, oscuro, robusto, producto, o(b)stáculo*). Clara tendencia asimiladora se manifiesta en *revulusión, ecunumía, orgulloso, cumunicar, ducumento, ucupa(d)o, ucullo, turumba* (= *larumba*), *pilliscón* (= *pellizcón*), *pidigüeño* (= *pedigüeño*), *aviriguación, li pidía, varraco* y muchas otras cuya forma clásica y cuya forma estrictamente chilena podrá el lector reconstruir fácilmente.

Como ejemplo de desaparición total de vocal átona, sólo he encontrado *φra'téro* < *forastero*. La *a* inicial en sustantivos femeninos vacila a veces debido al contacto con la *a* final del

frecuente es *awáitemé*, o con alguna ligera tendencia a *awoitemé*. [La labialización de la *e* en el diptongo *ue* ha sido señalada en Castilla, Andalucía, Navarra, León, Nuevo Méjico, Perú, Ecuador, San Salvador. Véase *BDH*, I, pág. 56, nota de Alonso y Rosenblat.]

artículo, p. ej. *acequia, una cequia, la cequia*, de donde *do cequia (dos acequias)*.

Veamos ahora los llamados *díptongos* del español. Con la palabra *díptongo* se han cometido muchos excesos. Para la Fonética general podrá no ser una gran desgracia el llamar díptongo a todas las combinaciones posibles de dos vocales, tanto si está acentuada la primera como la segunda; pero el fonetista en ningún caso debe atenerse a la imagen escrita externa, sino que debe designar cosas distintas con distintos nombres. Yo entiendo la palabra *díptongo* ante todo en el mismo sentido que SIEVERS (*Phonetik*, 2ª edición, pág. 120); su definición es ésta: «Se entiende por díptongo la combinación de dos vocales simples pronunciadas en un mismo golpe espiratorio, es decir que forman una sola sílaba, y la primera de las cuales lleva el acento más fuerte». De igual modo, yo llamo *díptongos verdaderos* aquellos en que la abertura de las mandíbulas se estrecha hacia el final. Todos los díptongos del alemán literario (*ai, au, oi*) y todos los díptongos ingleses son «verdaderos». En cambio el francés, el español y el italiano no tienen, por lo que veo, ningún díptongo «verdadero». El díptongo del alemán *mein* o del inglés *mine* es de naturaleza completamente distinta del italiano *mai* o del español *hay*. En este último se oyen claramente dos sonidos *a, i*, lo que no ocurre en el *ái (áe)* alemán e inglés. Sin embargo, creo que el *ai* italiano y español en los ejemplos citados más arriba responden por entero a la definición de Sievers y que se pronuncian en una sola corriente espiratoria, con acento más fuerte en la primera de las dos vocales simples. Por eso mi opinión es que la definición de Sievers no es completa. En los díptongos propios del sistema fonético inglés y alemán, el acento no sólo carga sobre el primer elemento, sino también sobre el pasaje del primero al segundo; en el grupo *ái* italiano y español, el acento está únicamente en la *a*; luego la presión espiratoria disminuye, y con esta débil presión se produce la transición articulatoria a la *i* siguiente. Aquí hay que notar que en un verdadero díptongo la lengua no perma-

nece ni un momento inmóvil en un mismo punto; de donde resulta que un verdadero diptongo no se puede alargar, aunque se ejecute lentamente la articulación entera, es decir, el movimiento del predorso y dorso de la lengua, desde la baja posición de *a* hasta la elevación de *i*. En este caso toda la serie gradual de las vocales entre *a-ē-e-i* se percibe con mayor o menor claridad. Claro que también se puede alargar la primera y la segunda vocal del diptongo y pronunciar *a:-aēi* o *aē-i*; desde luego, la segunda de estas pronunciaciones es más fácil que la primera, pues ésta pasa fácilmente a *a:i* ya que al final de la *a* larga se requiere un esfuerzo especial para mantener una presión espiratoria tan fuerte durante el movimiento de la lengua, que suene luego claramente un timbre de vocal. Al final de la *a* larga ya está casi agotado el esfuerzo, y la lengua ejecuta generalmente con demasiada rapidez el pasaje a *i*. Creo sobre todo que los diptongos auténticos necesitan presión espiratoria muy fuerte: justamente por eso se originan y desarrollan casi exclusivamente en sílabas acentuadas y de vocales largas que por su longitud emplean una gran corriente de aire espirado. La esencia del verdadero diptongo radica, a mi entender — y no se trata de una concepción enteramente nueva — en que la lengua, durante las vibraciones laríngeas y simultáneamente con la salida de una fuerte corriente espiratoria, ejecuta un cambio continuo de posición; yo llamo *dip-tongo* únicamente al sonido que se produce durante el movimiento mismo ¹.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

¹ En rigor el nombre de *dip-tongo* (= 'dos sonidos') no conviene precisamente a esta combinación fónica; quizá fuera más adecuada otra designación, o acaso emplear *mono-ptongo* en este sentido. Pero temo que ésto aumentaría aún más las confusiones. Preferimos, por tanto, mantener nuestro «dip-tongo auténtico» y llamar a toda otra combinación de vocales «dip-tongo impropio» o simplemente «grupo vocálico». Así, pues, *ai* en el alemán *Mai*, *mein*, inglés *try*, *mine*, es un diptongo verdadero; *ái* en el español *hay* en un grupo vocálico descendente. En estos grupos vocálicos, el segundo elemento es una vocal débilmente acentuada que, cuando va seguida

Según esto, sólo puede haber, en principio, dos diptongos principales: *aɛi* y *aɔu*; del primero ya he hablado; en el segundo, la parte (media y) posterior del dorso lingual se retrae en dirección a la extremidad posterior del velo y a la pared faríngea, a la vez que se eleva ligeramente. No necesito volver a explicar que los labios siguen al mismo tiempo moviéndose continuamente en la pronunciación de *ai*, los labios pasan de la abertura amplia al estrechamiento alargado; al pronunciar *au*, pasan a redondeamiento y abocinamiento. En la mayoría de los casos no se logra llegar por entero al extremo de la serie vocálica: es sabido que lo más corriente no es pronunciar *ai* sino *ái*; no *au*, sino *áo* o *aɔ*. Es del todo indiferente, como dice con razón Sievers, hasta dónde llega el movimiento y dónde comienza y termina. La serie *ai* se fragmenta, pues, en los sub-diptongos *ae*, *aɛ*; *ei*, *ɛe*, *ei*. Si el movimiento se extiende por un espacio más limitado, como en las vocales largas *i*, *u* del inglés, sería más práctico hablar sólo de «vocal diptongal». Los sub-diptongos de la serie *au* son naturalmente *ao*, *aɔ*, *ou*, *oo*, *ou*.

Ateniéndome a la cruz vocálica de Trautmann, con sus cuatro series — que hoy por hoy considero como el mejor de los esquemas vocálicos propuestos —, llamo a *au*, etc., diptongos de la primera serie, y a *ai*, etc., diptongos de la segunda serie. Hay también, naturalmente, diptongos de la tercera y de la cuarta serie. Tenemos, pues: *aü*, *aö*; *aõ*; *öü*, *öü*, *üü*, y correspondientemente los de la cuarta serie, que dejaré de lado teniendo en cuenta su rareza. Todos los diptongos hasta aquí citados satisfacen la condición de que el punto de articulación de la lengua y el de los labios avancen regularmente, en mayor o menor grado, en una dirección determinada; en todos ellos

de otra vocal, se convierte generalmente en semivocal o en consonante por lo que pasa, con mayor o menor claridad, de estar en el final de la primera sílaba a estar en el comienzo de la segunda. Compárese la pronunciación del español *ay*, plural *ayes*; *ley*, plural *leyes* (*le-yes*) con el alemán *mái*, *mái-es*.

la abertura de las mandíbulas disminuye durante el movimiento. Igual cosa ocurre también en algunos diptongos entre la segunda y la tercera serie, a saber: *öe, öi, öi, eö, eü, eü*. Si se tratara de establecer una terminología completa, yo propondría para estos diptongos el nombre de *dipthongos de transición* de la segunda a la tercera serie, o de la tercera a la segunda, y hasta los llamaría, para ser más preciso, diptongos de transición *indirectos*, mientras que *öe, öe, üi* y *eö, eü*, serían diptongos de transición *directos*. Estos últimos son ya de formación anómala, pues las vocales normales *ö-e, ö-e, ü-i* se pronuncian con igual posición de la lengua: sólo hay, pues, avance progresivo en la articulación labial, pero está uniformemente realizado. Los grados intermediarios por los que debe pasar la articulación son fáciles de señalar en todos los casos; así entre *ü* e *i* hay una vocal que a la posición lingual de la *i*¹ une una posición de los labios que, debiendo, naturalmente, corresponder hasta en lo más mínimo a la abertura de las mandíbulas, está, por lo demás, a mitad de camino entre *o* y *e* o entre *o* y *e*.

Correspondiendo a esto, hay una docena de diptongos auténticos entre la primera y la cuarta serie vocálica de Trautmann.

De naturaleza muy parecida a la de los diptongos que hemos mencionado son los que, partiendo de *o*, pasan a la segunda y tercera series: *oé, oe, öi, öö, öö, öö, öü*. La lengua puede avanzar fácilmente de la posición de *o* a la de *e*, sin pasar por la posición de *a*: lo que es fácil comprobar también acústicamente si se pronuncia con mucha lentitud *öi* o *öü*. Los grados intermedios son fonemas de tipo *ö*, y no *a*. Lo mismo vale para *eö, eö, eü*. En cambio, me parece que las demás combinaciones con abertura constante o cada vez más estrecha de las mandíbulas ya no podrían formar verdaderos diptongos; me refiero a *oe, oi, ui; oo, oü, uü; y eo, eu; iu*. Por lo menos

¹ Dejo aquí de lado el hecho de que la *ü*, por lo general, no tiene exactamente la posición lingual de la *i*, sino de una *e* cerrada.

estos grupos vocálicos producen una impresión francamente distinta de la de diptongos como los alemanes *ai*, *au*, *oi*. La causa hay que buscarla, sin duda, en que aquí la articulación lingual primera y la final distan demasiado una de otra y no pueden unificarse con suficiente rapidez mediante un movimiento continuado. La articulación lingual de *o*, *u* es del todo opuesta a la de *e*, *i*; por eso no hay entre ambas una transición continua, sino que la segunda parte de la combinación es formada, durante el retroceso de la primera, por otra parte de la lengua. Así es que ambas vocales, aunque se produzcan bajo una presión espiratoria más acentuada en el primer elemento, se suceden una a la otra bruscamente. Para establecer una continuidad articulatoria, es preciso que una de las vocales centrales, *a*, *e*, *o* (o también una *ö*, indiferente para la posición de la lengua) asuma el papel de intermedia-ria. Así resultan los llamados *triptongos*, como *eau*, *ieü*, en los cuales, sin embargo, el elemento medial tiene mayor abertura de las mandíbulas — y por tanto mayor intensidad de sonido — que el primero, por lo que fácilmente atrae hacia sí el acento, resultando *eáu*, *ieü*. Son tan abundantes los ejemplos pertinentes en francés, provenzal, rético y muchos otros dialectos, que creo superfluo indicarlos ¹.

Examinemos ahora los diptongos inversos. Teóricamente, las series *úa* = *uoqa*, *ía* = *ieqa*, con sus subdivisiones, deberían formar diptongos tan unitarios como *au*, *ai*. Sin embargo, no es así. Para que las vocales débiles *u*, *i*, de menor abertura, conserven el acento, deben ser formadas con exactitud y claridad. Si la lengua, sin detenerse en la posición de *i*, pasara a las vocales siguientes, más abiertas, entonces la *i* cedería inevitablemente su acento a la vocal vecina, más fuerte, y se volvería semivocal, lo que, de hecho, tiene comprobación abundantísima en gramática histórica. Por el contrario, cuando la *i*

¹ En casos como *bels* > *beaus*, *fils* > *fieus*, la *e*, con su elevación posterior de la lengua semejante a la de *u*, actúa exactamente como la vocal *u*.

retiene el acento, comprobamos que la vocal abierta que le sigue se pronuncia a menudo con muy débil presión espiratoria y, en consecuencia, también pasa fácilmente a articularse de modo poco claro, indistinto ¹. Los *ie*, *úa* de este tipo impresionan en forma completamente distinta de *ái*, *áu*. En cambio, combinaciones como *óa*, *éa* por su carácter se acercan mucho más al diptongo. Si a esta combinación (en general menos diptongal), pronunciada con abertura creciente de las mandíbulas, se agrega además la ya mencionada imposibilidad de ejecutar una transición articulatoria regularmente progresiva, como en *úe*, *ío*, etc., los dos elementos quedan tanto más claramente separados.

Llego, pues, a la conclusión de que los diptongos legítimos sólo son posibles partiendo del centro de la cruz vocálica en dirección a los cuatro extremos; como centro debemos considerar, además de la *a*, también *o*, *e*. Y, a mi entender, la esencia del diptongo radica en el movimiento continuado de la lengua y de los labios, en el que el producto fónico, bajo un acento descendente, debe causar una impresión completamente *unitaria*, *indivisible*. De ahí que yo compararía más bien estos diptongos legítimos *ái*, *áu*, etc., no con grupos consonánticos como *bl*, *tr*, sino con fonemas como *ê*, *ŋ*, *l*, *t'*, *d'*, que tampoco pueden ser descompuestos sin que al hacerlo se altere su carácter esencial.

Los grupos vocálicos que no llevan el acento en la primera parte permanecen como vocales separadas; la primera de ellas, como no es silábica, puede fácilmente volverse consonante. Estas combinaciones de vocales no tienen nada que ver con diptongos como *ai*, *au*, *öü*. Es cosa sabida que dos y aun tres vocales cualesquiera pueden ser pronunciadas en una misma presión espiratoria, pero con eso no se forman necesariamente, ni mu-

¹ Siguen el primer camino la mayoría de los diptongos *ie*, *úo* románicos; la segunda solución es la adoptada por los de las lenguas germánicas, especialmente los del alemán,

cho menos, diptongos. Es del todo indiferente que tales grupos vocálicos cuenten en el verso como una o como dos sílabas. Nada en absoluto influye en la pronunciación el hecho, p. ej., de que *traer* valga en el verso por una sílaba o por dos. La corriente espiratoria no necesita ser interrumpida para pronunciar varias vocales consecutivas, y los grados de debilitamiento son innumerables. Cuantas más sean las vocales que se cuenten en el verso en una sola sílaba, con tanta mayor rapidez se pronuncian y tanto mayor es, entre ellas, el número de las que funcionan como semivocales; en este caso nunca ocurre, en español, la supresión completa de una vocal, pero dos vocales iguales se funden a menudo en una más o menos alargada. Aquellas vocales que por naturaleza no forman diptongo, nunca cambian de timbre en tales contracciones; aquellas que al reunirse forman diptongo no pueden pasar a ser semivocales. Con esto me opongo a la opinión de Sievers y otros, para quienes la segunda parte del grupo alemán *ai*, *au* sería semivocal. El legítimo diptongo es, en mi sentir, tan inescindible como un vocal larga ¹.

¹ [La posición tan personal del autor con respecto a los diptongos estriba en la creencia — y no por descuido, sino sentida con fuerza polémica — de que el diptongo no consiste meramente en pronunciar dos vocales en una sola sílaba, sino en pronunciarlas en una sílaba, a la manera alemana. De los millares de lenguas extendidas por el mundo y de las alternativas históricas sufridas por esos millares de lenguas a través de los siglos, hay que tomar como canon para los diptongos la pronunciación alemana, y justamente en la época en que al autor ha tocado vivir. Por haber sido Lenz un autor de tan grande competencia técnica, este caso es especialmente instructivo para mostrar hasta qué punto los modos de la lengua materna se imponen al individuo como los naturales. Es errónea la afirmación de Lenz de que en *aire*, *peine*, *pausa*, *cauce*, *pie*, *liene*, *puerta*, *suelo* la *i* y la *u* son simplemente vocales. Las variedades de articulación son muy grandes de región a región, sobre todo en los diptongos descendentes; pero en todo caso la *i* y la *u*, cuando son primer elemento de diptongo, comienzan con estrechamiento consonántico, que se va ensanchando progresivamente hasta adquirir abertura plenamente vocálica; y cuando son segundo elemento del diptongo, la *i* y la *u* co-

En lo que se refiere a los grupos vocálicos del español, debo volver una vez más a aludir a las afirmaciones de Paul Förster, y una vez más, desgraciadamente, para rebatirlo. Förster dice (*Span. Sprachlehre*, § 19), siguiendo a Brücke, con mucha razón, que en el encuentro de dos vocales son posibles tres casos: 1.º Están separadas por una oclusión glótica¹; 2.º «se da a cada una de la vocales su valor fónico peculiar de tal manera que, en la continuidad de la voz, el pasaje de la posición articulatoria de la primera vocal a la de la segunda se efectúa con cierta rapidez y sin fonemas de transición; pero en cada una de las vocales se mantiene la posición articulatoria tanto

mienzan con abertura vocálica que se va estrechando progresivamente hasta adquirir estrechamiento consonántico. Véase T. NAVARRO TOMÁS, *Manual de pronunciación española*, §§ 48, 49, 64, 65, y 120, y *RFE*, X, págs. 40-42.

La historia de nuestra lengua se acuerda con esta descripción del estado presente de nuestros diptongos; en efecto, las consonantes sordas, que se han sonorizado entre vocales (*pacare* > *poco*, *sapere* > *saber*) no se han sonorizado cuando precedía un diptongo descendente (*paucum* > *poco*, *sapiat* > *saipal* > *sepa*), y la *e* final, que se ha perdido después de las consonantes *t*, *d*, *n*, *l*, *r*, *s*, *c*, no se pierde cuando a esas consonantes precede otra consonante o un diptongo descendente (*pan*, pero *peine*, lo mismo que *carne*; *pez*, pero *cauce*; *mar*, pero *aire*, etc.). Este comportamiento se mantiene a través de la evolución de la lengua hasta el presente: en el castellano del sur de Navarra, cuya pronunciación estudiamos hace años con abundantes inscripciones quimográficas y palatográficas, las oclusivas sordas intervocálicas, *p*, *k*, (y menos la *t*), se pronuncian con tanto relajamiento que la oclusión apenas se cumple más que un par de centésimas de segundo antes de la explosión, y, simultáneamente, como otra manifestación del mismo relajamiento articulatorio, por toda la articulación se extiende una sonoridad imperfecta. Pero cuando a *p*, *t*, *k*, precede un diptongo decreciente (*flauta*, *gaita*, *jaupa!*) la articulación es oclusiva en unas diez centésimas de segundo y la sonoridad falta por completo. Prueba de que la *i* y la *u*, segundos elementos de diptongo, se comportan como consonantes, y no como vocales, en su relación con la consonante siguiente.]

¹ Así en alemán, en pronunciación clara, lo más frecuente es *be'antworten*, *ge'übt*, etc., y también *ide'al*. En este caso, las vocales no entran, por lo general, en contacto.

tiempo, que las vocales se oyen clara y separadamente; p. ej. en italiano *paura*; 3.º Si se pasa gradualmente de la posición bucal de una de las vocales a la de la otra y durante el pasaje se continúa haciendo sonar la voz, no resulta ninguna de las dos vocales, sino un nuevo fonema que pasa por innumerables matices vocálicos, un diptongo o triptongo cuya duración vale por la de una vocal sencilla y que, por tanto, puede ser breve o largo». Con estas consideraciones teóricas yo estoy en completo acuerdo, excepto con la conclusión ¹. Vayamos ahora a su aplicación. El primer caso se presenta, según él, en el español *sa-é-la*, *ra-íz*, *o-ír*, *cré-a*, *rí-es*, etc. (!); el segundo no aparece en español (!), y el tercero se presenta dondequiera que a Förster se le ocurre trazar su arco: inclusive, p. ej., en *ca-erá*, *fe-aldad*, *hé-ro-e*, *hero-ico*, etc. (!). Por el contrario, yo encuentro que el primer tipo de «diptongo» apenas puede ser pronunciado por un aparato fonador español y, de todos modos, no es usual; en cambio el segundo ofrece la pronunciación normal de casi todos los grupos vocálicos españoles; y el tercero, es decir, el diptongo auténtico en nuestro sentido, ocurre a lo más raramente en palabras como *caigo*, *oigo*, en las que, como habitualmente se dice, el diptongo de la primera sílaba se ha formado por atracción de una *i* de la segunda sílaba. Sobre este punto no me hallo todavía plenamente seguro; quizás también en la buena pronunciación española haya aquí que pronunciar sólo vocal + semivocal: **áj**, **ój**, lo que me parece indudable en el caso de **áü** (nunca **áu**). Son posibles pronunciaciones teóricas en las que apenas se pueda distinguir si se dice todavía **áj** o más bien **áj**. No hay frontera rigurosa que separe los diptongos verdaderos de los correspondientes grupos fónicos centrífugos (vocal acentuada + semivocal). Me parece que en Chile no es raro pronunciar **cáigo**, **óigo**, **páire** (*padre*) con diptongo verdade-

¹ Como he indicado más arriba detenidamente, el diptongo (por lo menos el auténtico) es de duración media, y no es fácil prolongarlo sin alterar su carácter.

ro, lo que no ocurre nunca, en cambio, en los grupos vocálicos correspondientes a dos sílabas en latín, como *heróico*, *a-irado* ¹, ni tampoco en final de palabra: *estóij*, *sóij*, *(h)áj*.

Los grupos vocálicos del español reciben en Chile tratamiento muy distinto según la cualidad y acentuación de las vocales; asimismo los grupos vocálicos secundarios — es decir, aquellos que sólo han aparecido en la vida independiente del habla chilena por caída de consonantes — no han avanzado por lo general en su evolución tanto como los primarios. Según sean las consonantes en contacto, se produce una serie de finas distinciones.

Vocales originariamente dobles se tornan simples. Ejemplos en palabras son bastante raros, con excepción de *ee*. El apellido *Saavedra* es pronunciado por las personas educadas *sa:bé^dra* ², por el pueblo *sa:bégra* y *sabégra*; *azahares* se reduce a *asare*; *creer*, *leer* se pronuncian popularmente como *ver*: *crel*, *lel*, sin alargamiento especial de la vocal; en el habla culta, *lér*, *crér*, con presión espiratoria y tono ascendentes. Una finca en las inmediaciones de Santiago, *La Dehesa*, es llamada popularmente *laésa*. La pronunciación *rempujar*, *reemplasar* es también la del habla culta y corresponde a la antigua forma con una sola *e*; las artificiales formas académicas *reempujar*, *reemplazar* han trascendido poco en la pronunciación, incluso en España misma ³. No tengo presente ahora ningún ejemplo popular de *ii*, *oo*, *uu* primarios ⁴. Las vocales dobles secundarias resultan especial-

¹ [La pronunciación de los chilenos, como la de casi todos los hispano-americanos, es *heroi-co*, con el diptongo *oi*, como en *estoy*, *oigo*, etc. En España lo más corriente es *heró-ico*. La pronunciación *a-irado* no ocurre ni en España ni en América. Quizá algún accidente ocasional de pronunciación dió pie a Lenz para componer esta distinción de base etimologista.]

² La *a*: es *a* larga con acento descendente (presión respiratoria y altura de tono); ésta es también la pronunciación castellana usual.

³ [*Reempujar* no es forma académica; *rempujar* es rústico por empujar. *Reemplazar* es la forma corriente en España, no *reemplazar*.]

⁴ Ya he hablado de *moho*, *mohoso* y de su pronunciación *mogo*, *mogoso*. En la literatura gauchesca argentina se lee *amojosao*, pero son usuales tam-

mente de la caída de una *d*. En este caso la pronunciación puede ser: 1.º una verdadera vocal doble con dos crestas de acento espiratorio, pero sin cierre ni abertura glótica entre una y otra: *aa*, *oo*, etc. Si es la primera o la segunda de las vocales la que lleva el acento más fuerte, eso depende del estado primitivo; así, pues: *náa*, *tóo*, pero *naándo*. 2.º Mediante una nueva contracción, resulta una sola vocal larga con acento descendente o ascendente: *ná:*, *tó:*; *ná:ndo*; ésta es la forma más frecuente. 3.º Pero no es raro que resulte también una vocal simple: *ná*, *tó*, *amá*, etc. Por lo general, estas tres formas alternan, en un mismo individuo, con una cuarta forma con *d* conservada en mayor o menor grado. Todo depende en cada caso de la posición sintáctica, de la atención del hablante y de su intención expresiva.

Los grupos vocálicos en sílaba no acentuada son en general poco familiares al hispano hablante, y tienden — no sólo en chileno, sino en todas las hablas populares hispánicas y también en el hablar corriente de las personas educadas — a simplificarse, especialmente si se trata de grupos vocálicos que sólo aparecen en cultismos; así, la pronunciación vulgar en español

bién formas como *jedor*, *jediendo* donde la antigua *f* subsiste como *j*, lo mismo que en andaluz actual. En Chile sólo se encuentran todavía restos de *f*- ocasionalmente en formas del verbo *huir*, pronunciado poco más o menos como *ϕuýir*, *huyó* > *ϕuyó*, donde quizá se haya conservado por contaminación con formas como *fué* > *ϕué*. En Chile he escuchado también *ϕuýentár* < *huyentar*. [No hay en la Argentina otros casos de *h* aspirada. Las hablas rurales de casi toda América, como las de Santander, oriente de Asturias, Salamanca, Extremadura y Andalucía, han conservado la *h* aspirada, identificada en la pronunciación con la *j* local; pero Chile y el Río de la Plata hacen excepción, salvo en las palabras aquí aducidas. El chil. *juir* (*huir*) es, sin duda, un caso de *h* conservada, y no de *f*. Sólo que en Chile y la Argentina la *f* y la *j* son fonemas recíprocamente contaminados (*fuego* 'juego', y *juego* 'fuego'), de modo que no es extraño oír en la *j* inicial de *juir*, como en la de *juego*, etc., una fricación bilabial simultánea o alternando con la fricación velar.]

es *individo*, *contino*, *mostro* (*monstruo*); en chileno: *indibío* (también *endibío*), *contino*, *mostro*; además, *reliá* (*realidad*), *casoliá* (*casualidad*), *uropeo* (*europeo*), *Isayĩre* (*Eizaguirre*, apellido), *él se susida* = *suicida* (más popular: *se mata solo*); *ogáo* (*ahogado*). Así se explican también arcaísmos, extendidos aún por toda América, como *unque* (en Chile también *enque*) = *aunque*, *ande* = *aonde* (*adonde*). Asimismo *estáuta* (en Chile también *e'tuata*) por *estatua* y otros casos parecidos de atracción y metátesis pertenecen al español general, así como la vacilación entre *ien-* y *en-* en proximidad de *i* + vocal, especialmente en palabras terminadas en *-encia*, *-iencia*; ejemplos: *diferiencia*, *ausiencia*; *cencia*, *concencia*; y análogamente *inciensio* en vez de *incienso*. Estas últimas formas no son desarrollos populares, sino confusiones de las personas semiilustradas.

Los grupos vocálicos centrifugos ¹ con acentuación en el primer elemento permanecen, en lo esencial, invariables en chileno. Es muy débil la tendencia a pronunciar *ái*, *éi* como verdaderos diptongos, y nunca se da esta pronunciación en el caso de *áu* y otros. Mucho más fuerte es esa tendencia en el Perú, y probablemente también en Argentina. En Tacna se pronuncian formas como *bayáis* (*vayáis*), *áura* (*ahora*), etc. En obras dialectales argentinas encuentro *beile* (*baile*) junto a *bailará*; *reis* (*raíz*), junto a *ray* (*rey*), *raina* (*reina*), e inclusive *trai*, *train*, *traindo*, *cair* (= *trae*, *traen*, *traendo* < *trayendo*, *caer*); *aura* por *ahora*. En cambio en la pronunciación chilena las dos vocales están casi siempre claramente separadas; ejemplos: *tráigo*, *cáigo*, *áire*. Y lo mismo el *ai* secundario ²: *páire*, *máire*. Un bonito ejemplo de «ultracorrección» (Überentäusserung), según la designación de Gartner ³, es la forma *adre* por *aire*, forma que, naturalmente, no es popular sino propia de los

¹ Centrifugos en el sentido de la cruz vocálica de Trautmann, como he explicado más arriba.

² En este caso quizás haya una mayor tendencia al diptongo auténtico.

³ Cf. *Rätorom. Grammatik*, § 25. [Ultracorrección es término atinado, puesto en circulación científica por Menéndez Pidal, *Orígenes del español*.]

*mediopelo*¹; se trata de una falsa analogía con la corrección de la forma vulgar *paire* (*padre*).

áe se conserva: *trae*, *traen*; en sílaba átona se transforma en *ai*: *cairé* < *caeré*, *ailante* < *adelante*.

áo se conserva: *amáo*, *sordáo* (*soldado*), *ráo* (*rabo*); también se conserva *au*: *saue*, *paua*. Pero delante de *r* y de *l* todos los grupos vocálicos terminados en *u* con acentuación descendente (ya sea primarias, ya se hayan originado en el chileno mismo) muestran fuerte tendencia a la consonantización de la *u*, que se cambia en ^b (es decir, ^b formada muy relajadamente, en la que la sonoridad laríngea domina, con mucho, al ruido consonántico). Esta ^b reducida pasa, con mayor o menor claridad, de su anterior posición final en la sílaba primera a la posición de inicial en la sílaba siguiente. Esta tendencia es antigua en español, como lo demuestra *Pablo* < *Paulus*, pero en chileno ha sido continuada; tenemos, pues: *jaula* < casi *jabla*².

ei se conserva las más veces invariable: *peine* (la *e* en general bastante abierta, casi *ei*), *sei*³ (*seis*); *ei* secundario: *créito* (*crédito*), *méico* (*médico*)³. Formas verbales como *serí*⁴ (*seréis*), *vi*⁴ (*veis*), *matí*⁴ (*maléis*) requieren explicación especial por analogía. *éu* se conserva en general invariable⁴. Ya he hablado sobre la tendencia a *öu*: *peumo*, *deuda*; pero delante de *l*, *méyla*,

¹ *Al farmaséclico le dió un adre* (al farmacéutico le dió un aire = 'se resfrió'), es una frase humorística.

² [La consonantización de esta *u* en ^b, *jabla*, *bable* (*jaula*, *bául* < *baúl*), *Abrelío*, *Abrora*, *Rosabra*, etc., ocurre también en Nuevo Méjico, Colombia, Paraguay, la Argentina. En España existe en menor escala. Sobre su carácter hispánico y su extensión, véase A. ALONSO, *Consonantización de u* (*Problemas de dialectología hispanoamericana*, IV).]

³ [La personal concepción de los diptongos que tenía Lenz le hace igualar aquí *ei* en *peine*, *seis* y *créito*, *méico*. Sin embargo, para el sentimiento chileno del idioma tienen decisivas diferencias: *ei* se pronuncia en una sílaba en *seis*, *peine*, y en dos sílabas en *créito*, *méico*.]

⁴ [*Eu* de los nombres propios se hace en Chile *u*, como en el resto de las hablas vulgares y rurales de América y de España: *Ugenio*, *Eluterio* o *Luterio*, etc. Bibliografía en *BDH*, I, pág. 107, nota de Alonso y Rosenblat.]

casi mé-bla = *médula* (sólo esta forma es usual aquí). Sospecho que aquí hay que buscar también el origen de la palabra chilena *pebre*, pronunc. pébre. En España *pebre* significa pimienta, y salsa con mucha pimienta, y es claro que procede etimológicamente del latín *piper*. Pero en Chile *pebre* significa casi exclusivamente 'papilla', y en especial 'puré de papas' (al que precisamente el chileno no suele echar pimienta), mientras que la pimienta se llama *pimienta*, como en casi todas las regiones de España. Esto me hace presumir que haya influido la palabra francesa *purée*, que el chileno es incapaz de pronunciar, y repite, en el mejor de los casos, — he podido comprobarlo en criados míos, — como *piure*. A nadie extrañará que haya habido influencia del francés en una expresión culinaria; si no se admite tal influencia, será muy difícil explicar ese cambio semántico de *pebre*¹.

ói permanece invariable: *oigo, oiga, hoy*. Sólo al vocear los vendedores de periódicos, *de hoy* se transforma a veces en *deí*, y hasta en *déi* y *éi*; así: ¡*La Nación déi!* ¡*La Libertá:i!* (*La Libertad de hoy*).

óu no es un grupo vocálico primitivo en español y aparece casi únicamente como secundario, por ejemplo, *doutor* o *doutol* (*doctor*). En el apellido *Cousiño* es usual reemplazarlo por *au*: *er parque Causiño* (parque nacional de Santiago), *la cervecería e Guble* y *Causiño* (*cervecería de Gubler* y *Cousiño*, la más grande de Santiago).

Los grupos vocálicos centrífugos acentuados en el segundo ele-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

¹ [En toda España y América el galicismo *la purée* ha quedado como *el puré*, con cambio de género y pronuncianco la ü (u francesa) como u (*ou* francesa). También en Chile. Los criados del doctor Lenz no acertarían a pronunciar la ü de *la purée*, pero no tendrían dificultad alguna para pronunciar *el puré*. Es decir: la forma **puré**, que Lenz sospecha mezclada en *pebre*, no existía en Chile, y, por tanto, no podía influir. La forma **puré**, que existía y existe, no ha intervenido, desde luego. Así, pues, la explicación del cambio semántico de *pebre* es difícil, pero hay que buscarla en la historia culinaria de Chile, y no en la imposible intromisión de **puré**.]

mento, como ya hemos visto, tienden indudablemente en todos los dialectos hispánicos a desplazar el acento a la primera vocal. De este cambio acentual tengo ejemplos procedentes de todos los países hispanohablantes de Sudamérica, ejemplos que demuestran que la pronunciación *páis, léido, bául, óido* es usual no sólo en el pueblo bajo, sino también entre personas educadas. No obstante, no me parece imposible que esta acentuación se haya desarrollado independientemente en cada país o, por lo menos, que en español el cambio hubiera comenzado desde luego en la época de la hispanización de América, pero sin acabar entonces todavía de cumplirse. A mi juicio, esta hipótesis es la que por fuerza hay que admitir, en vista precisamente de ciertas formas chilenas ¹. En efecto: mientras en todas partes *ái* se iguala con el antiguo *ái* (*tráido*, lo mismo que *tráigo*), esto no ha ocurrido en Chile; *ái* persistió como *ái*, y en cambio *ái* pasó probablemente a *eí* y luego a *éi* igualándose con el *eí* an-

¹ [Nebrija, en la época del descubrimiento de América, registra ya las formas *véinte, váina, réina, tréinta*, que hasta entonces habían acentuado la *i*. Pero la lengua, al afianzarse las formas gracias a la fijación literaria, no siguió extendiendo esta evolución al resto del vocabulario. Los dialectos de diferentes regiones reanudaron libremente esta evolución después. Lo prueba la misma distribución geográfica del fenómeno. Véase A. ALONSO, *Problemas de Dialectología hispanoamericana* (Buenos Aires, 1930), I, *Cambios acentuales*, págs. 9-37 (publicado también en *BDH*, I, pág. 317 y sigs.). En España diptongan (*cáido*, etc.) Castilla, Navarra, Aragón, Vizcaya, Álava, Albacete; no diptongan León, Extremadura ni Andalucía. En América diptongan todos los países menos las Antillas (donde la tendencia es muy débil), el litoral del Ecuador, algunos Departamentos de Colombia, el Paraguay y la zona guaraníca de la Argentina. El judeo-español no diptonga, excepto en Brusa. Conclusiones: «Aunque se hallan esas acentuaciones en la Argentina como en Méjico, en Chile como en Colombia, no se puede deducir de ello que ya eran generales en la primera época de la colonización, porque las regiones argentinas, paraguayas, colombianas y ecuatorianas que han mantenido las antiguas acentuaciones *páis, baúl*, etc. nos aseguran que los cambios son posteriores. También viene en nuestro apoyo el que en las Antillas, zona de la más temprana castellanización, no hayan alcanzado estas diptongaciones ni la extensión léxica ni la profundidad social que en otras partes de América». Etc.]

tiguo; así, pues, en chileno se dice *cáigo*, *tráigo*, y al mismo tiempo *kéido* (*caído*), *tréido*, como *léido* < *leído*, *créido* < *creído*. Otros ejemplos: *ei* (*ahí*), *péi'* (*país*), *méi'* (*maíz*), *de'béido* (*desvaído*). El mismo desarrollo parece haber seguido el *aé* primitivo, como lo indica *féina* (*φéina*) < *faéna*. Delante de más de una consonante estos *éi* se han reducido a *e*, o bien *aí*, *aé* pasaron directamente a *e*; los ejemplos son ciertamente poco numerosos: el nombre de un camino próximo a Santiago, que se escribe *lo Barahinca* se pronuncia entre el pueblo *lo Barenca*, *maestro* resulta *mestro*, *maestranza* > *mestransa*¹. Las formas verbales de *caer*, *traer* parecen estar sometidas a influencia analógica de *ver*: los infinitivos son *quel*, *trel*; los gerundios, *k'(i)endo*, *triendo*; *traed* ha dado *tre*. Sin duda *quando* podría proceder también de *caendo* (en todo caso, siempre sería esta forma, *caendo*, conservada dialectalmente, y no *cayendo*, la que se admitiera como punto de partida). Debido al sonido prepalatal *k*, el vocalismo de *kéndo* resulta muy parecido al de *vien-do*, y por influjo de esta doble analogía ha debido aparecer *triendo*, en lugar de la forma esperable **trendo*. Asimismo la forma de los infinitivos puede explicarse simplemente por razones fonéticas, pues no es usual *ei* delante de *r* final², pero *tré* en vez de *traed* no parece conciliarse con *féina* < *faena*.

Al lado de estas formas con *éi* por *aí* ocurren también las formas con *ái*: *pái'* (*país*), *ái* (*ahí*), *tráido*, pero no pertenecen a las capas más bajas del pueblo, sino a las personas semiilustradas. La pronunciación de *aí*, *aé*, *aú* es en general incómoda para los chilenos, como se advierte en el hecho de que, en esos casos, tienden a dislocar el acento aun cuando el diptongo sea muy reciente; así, la acentuación vacila ya a menudo en los numerosos diminutivos en *-ilo*, como *náíta*, casi como *náita* (*nadita*), *tóito* (*todito*), por ejemplo: *tóito lo día* (*todos los días*); así mismo *curáera*, a veces casi *curáira* (*curadera*, 'borrachera'), etc.

¹ También en el Perú, *mestro*, *mestransa*.

² Lo prueba el infinitivo *réi*, sin *r* (= *reír*), usado también en la Argentina.

aó da úo, con tendencia a áu: áuga (*ahoga*), áora y aun áura < *ahora* (junto a la forma genuinamente popular *agora*, como en antiguo español). También *áu* > áu: áuma (*ahuma*), sáuma (*sahuma*); con tendencia a **h** delante de *r*, *l*: láure, a menudo ta^hre (*tahur*), baule, a veces ba^hle (*baúl*), donde la *e* paragógica indica claramente la tendencia a evitar el diptongo descendente *au* delante de *r*, *l* y a llevar la **h** al comienzo de la sílaba siguiente, formada expresamente para ese fin. A estos ejemplos de *áu* primario (pues la *h* no cuenta como consonante) hay que añadir *áuja* < *aguja*, de la que ya en textos antiguos se encuentran variantes como *abuja* y *ahuja*. Asimismo *ájero*, con dislocación acentual¹, en vez de *agujero*; entre personas semieducadas, *ájero*. Por lo demás la acentuación de *áu* secundario (procedente de *abú*, *agú*) vacila entre *áu*, *áú* y netamente *áu*; ejemplos: láuna, sáuco, tráuco (*laguna*, *sabuco*, *trabuco*); también es frecuente oír: e'(o son) láuna (*es la una*). En todas estas formas con *áu*, tenemos en Chile — ya lo hemos visto — grupos vocálicos descendentes, no verdaderos diptongos como en alemán *Haus*. En Tacna, por el contrario, esos grupos vocálicos se pronuncian como verdaderos diptongos: láure, báule, áuja, inclusive *sestáugando* (*se está ahogando*), *se áuga* (*se ahoga*), *astáura* (*hasta ahora*), *es láura* (*es la hora*).

Sobre *éi* < *eí*, *ói* < *oí*, nada tengo que agregar a las formas ya citadas como *léido*, *créido*, *óido*; ciertas excepciones a esta regla en formas verbales corresponden a la morfología.

El *eú* secundario (no conozco *eú* primario) no da *éu*, sino que se comporta como los otros grupos vocálicos ascendentes con *e* como primer elemento, de los que trataré a continuación, y se

¹ Esta manera de dislocación acentual es muy empleada en Chile, como lo es en todos los dialectos hispánicos. Ya he citado *jilguero*, y también *méndigo*. En cultismos es muy frecuente: *cólega*, *plebíscolo*, etc. Cf. CUERVO, *Leng. bog.*, cap. I. [Véase ahora el extenso estudio de AMADO ALONSO, *Cambios acentuales*, en *Problemas de Dialectología Hispanoamericana*, págs. 41-62, recogido en *BDH*, I, 349-370.]

transforma en *iú*; por ejemplo, *mordiúra* (*mordedura*), ¿*kiúbo*? ¿*quiubo*? (¿*qué hubo*?).

Los grupos vocálicos de acentuación descendente que no sean centrífugos permanecen invariables. Son *éa*, *éo*, *óa*, *óe*, *úa*, *úe*, *úo*, *úa*, *úe*, *úo*; creo inútil citar ejemplos. Sólo los grupos *óa*, *úa* parecen tender a insertar entre ambas vocales una *g* o una *b* relajada; por ejemplo, *canoga* o *canoba* < *canoa* ¹.

He oído también muchas veces el apellido *Novoa* pronunciado *Noóba*. La pronunciación usual de *garúa* ('llovizna') y *garuar* es en Chile *garuga* y *garugar*, y hasta suele escribirse la segunda *g*. En Ecuador, Perú y Argentina conozco sólo la grafía *garúa*, que figura también en los diccionarios. Mientras no me sea conocido el origen de esta palabra, no puedo establecer si se trata realmente de *g* epentética; parece proceder del Perú, pero no puedo dar con una etimología quichua adecuada. El diccionario araucano de Febrés, impreso en Lima en 1765, transcribe *garuga*, con *g* ².

En las palabras terminadas en *éo*, *úo*, *úa*, ocurre no pocas veces, que, por falsa analogía, se inserta una *d*, forma que no es propiamente popular, sino «*medio pelo*»; es fenómeno especialmente frecuente en el canto (cf. más arriba, *Estudios chilenos*, IV). En esta pronunciación se basa la frase burlésca *¡Tanto frío! no se puée pasar el rido para ir a ver el tido*], y esta otra:

¹ *Canoa* 'canal de la acequia' es seguramente la misma palabra que *cano* *embarcación*. Véase LENZ, *Dicc. Etim.*, págs. 175, 848, 921.

² La existencia antigua de la *g* parece también asegurada por esta rima:

Con el tiempo y la garuga
todo se arruga.

O también:

Con la frehca y la garuga
toa la vieja se arrugan.

[Garuga se oye también en el Río de la Plata y en Méjico; ver HENRÍQUEZ UREÑA, en *BDH*, IV, pág. 365.]

No ha llegado el correo del Callado (No ha llegado el correo del Callao), que ridiculiza también la forma correcta *llegado*.

eá, eó, eé se convierten, como *eú*, más o menos completamente en *íá, íó, íé*; del mismo modo, *oá, oé* pasan a *uá, ué*. Tanto en los *íá, íó, íé, uá, ué* de este origen como en los primarios, se suscita la cuestión de si el primero de los dos elementos se hace o no consonántico. Hay que empezar por distinguir dos casos: primero, *i, u* delante de vocal acentuada y en posición inicial; segundo, después de consonante. En el primer caso la ortografía es *y* o *hi* (*yerba, hierba*); en el segundo, *hu* (*huésped, hueso*). Paul Förster habla en todos los casos de «diptongos», excepto en *y* inicial (*verno*), que según él equivale a la *j* alemana; en el grupo *hue* la *h* se pronunciaría ligeramente, tanto si la *h* es «originaria» (*huésped*), como si proviene de *f* (*huelgo*) o ha sido «sobreañadida» (*hueso*). Contra este mito, que reproducen casi todas las gramáticas españolas, de la *h* ligeramente perceptible se alza Escriche en su *Reforma de la ortografía castellana*, tantas veces citada, pág. 46 y sigs.¹ Escriche distingue, con mucho acierto, que *hie, hue* se pronuncian *ye, we*, pero subraya que, en oposición al francés, no aparecen *ye, we* cuando precede consonante: por lo tanto, en español se dice *bien*, en francés *byen*; en español *rueda*, en francés *rwa*. Otro parecer distinto es el de Araujo (en *Phonetische Studien*, III, pág. 314 y sigs.). Según él se pronuncia *wéso, ágwa, wvéno, kwída*, con la misma *w* que la del francés *trwá* (*trois*); además *θjélo, pronunθjaθjón, pátrja, njégo, pjédra*, pero *yédra*. Por de pronto, creo que Araujo no ha sido afortunado en la elección de su sistema de transcripción fonética. Lo usual es que la *j* designe una consonante pura (*j* del alemán correcto), mientras con *y* se indica generalmente la semivocal intermedia entre *i* y *j* (vocal con ruido consonántico de fricación) que resulta cuando se levanta tanto la lengua, partiendo de la posición de *i*, que se torna perceptible el rumor fricativo, pero no tanto como para

¹ [Véase también A. Alonso y A. Rosenblat, *BDH*, I, pág. 148, nota 2.]

que desaparezca del todo el timbre vocálico. Araujo emplea ambos signos al revés; para él *y* es la consonante pura y *j* la semivocal¹. Pero además me parece que Araujo yerra también en el fondo de la cuestión. La *y* española de *ya*, *yerno* no es de ningún modo la consonante pura del alemán correcto (del norte de Alemania) en palabras como *Jahr*, *jeder*, y del francés *bjē*. Admitido esto, Araujo quizá tenga buena parte de razón cuando dice que la *i* de *pedra* no es tan consonántica como la *y* de *yedra*; tendría que ser entonces una *i* aspirada muy poco consonántica, que por cierto apenas merecería una transcripción especial². Me parece que a Araujo le ha confundido, en su grafía *pjédra*, la transcripción del francés; pero el francés *pierre* se pronuncia de manera totalmente distinta. Tampoco me parece lícito transcribir sin más toda *u* española ante vocal

¹ [Los fonéticos alemanes eligieron la **j** para la fricativa sonora dorsopalatal, porque ése es el signo ortográfico en alemán. Esta práctica la adoptó el llamado alfabeto fonético internacional (usado para la enseñanza de idiomas) y es hoy general entre los ingleses (Jones, etc.), que reservan el signo **y** para la **ü**. También algunos fonéticos franceses (Passy y otros) mantienen esa distinción. Pero la mayoría de los autores franceses (Grammont, el *Atlas Lingüístico de Francia*, etc.) y todos los españoles mantienen la **y** para el sonido consonántico (*yeux*, etc.). El sistema consagrado por N. Tomás y la *Revista de Filología Española* para los estudios hispánicos, hoy usado por los hispanistas de todos los países, mantiene una triple distinción: **y** consonántica en *mayo*; **j** simiconsonántica en *pié*; **ï** semivocálica en *aire*.

² [Lenz parece significar aquí, según se comprueba en otros pasajes, que la *y* inicial española no pierde del todo su carácter vocálico, no es tan completamente consonante como la alemana de *Jahr*, es decir que la sonoridad laríngea no va acompañada, en toda su duración, del ruido producido por el soplo en el punto de articulación. Pero lo cierto es que la diferencia se cumple en sentido inverso. Nuestra *y* (*ya*, *yerno*) con gran frecuencia es africada, esto es, iniciada con oclusión, y tiene un marcado frotamiento de fricación, mucho más sensible que en alemán. Esto sin contar ahora las pronunciaciones vulgares y dialectales (Madrid, Andalucía, Río de la Plata), donde el carácter consonántico de toda *y* (no sólo de la inicial) se acentúa mucho más.]

acentuada con *w*, por lo menos en casos como *mwi*, pronunciación contra la que ya habla la ortografía académica con su *y* conservada (*muy*), que supone la acentuación *múy*¹. Asimismo la pronunciación *weno*, *wéi*, — donde *v* es bilabial fricativa (por lo tanto, nuestra *ñ*) —, es meramente teórica². Yo creo que para el buen español es del todo suficiente dejar en las transcripciones, después de consonantes, *i* y *u*. Uno y otro fonema, en esta posición, fácilmente se tornan apenas un tanto consonánticos, y la *w* española de *hueso*, *hueste* sólo tiene muy escaso rumor consonántico y un timbre puramente vocálico de *u*, como la *w* inglesa de *water*. Para los alemanes, sólo es preciso hacer notar que las vocales españolas nunca comienzan con oclusión glótica perceptible y que, sobre todo, *hueso*, *hierro*, etc. empiezan con abertura de la glotis. 'ieño, 'ueso serían pronunciaciones tan falsas como 'ieño, 'ueso, o tan falsas como pronunciando a la alemana *jeño*, *veso*³. Es casi indiferente que, al hablar en español, un alemán trate de pronunciar *luego* o *lwego*; lo que sí debe evitarse es *lu'ego*, como no es raro oírlo aquí en boca de alemanes. Por lo demás, creo que también en buen español vacila ligeramente el grado de consonantización de *i*, *u* según sea la consonante que les precede, lo que en el habla de Chile se percibe con toda claridad.

La *i* seguida de vocal acentuada conserva en general su timbre puramente vocálico después de *b*, *p*, *d*, *t*, *f*, *s*, *m*, *n*, *r*,

¹ [La acentuación *múy* no falta en algunas regiones leonesas; pero la pronunciación española general, lo mismo que la académica, es *mwí*, como transcribía Araujo y como transcriben todos los filólogos modernos españoles y extranjeros hispanistas.]

² [Las transcripciones *bwéno*, *bwéi* corresponden a la pronunciación real de los españoles e hispanoamericanos. Todo el quid pro quo estriba en que para Lenz la *w* no puede representar otro sonido que el correspondiente alemán.]

³ [*Hierro*, contra la creencia de Lenz, se pronuncia normalmente *yéño*, con una *y* consonante, no sólo tan consonante como la *j* alemana, sino con mayor producción de vibraciones consonánticas. A veces es africada.]

l; después de *ɸ* tiende a *y*, y hasta a *j*¹: *byento* (*viento*), *byendo* (*viendo*), *byato* (*beato*). Cuando va precedida de una prepalatal, la *i* se funde con ella más o menos completamente, de suerte que tanto *guie*, *quie* como *gue*, *que* coinciden sus pronunciaciones respectivas en el mismo modo, a saber, *ýe*, *ké*. También *xe* (*ge*, *je*) suena *xe* (casi *xie*, muy avanzada). Cf. más arriba, donde se trata de esas consonantes.

La *u* ante vocal acentuada se conserva las más veces como vocal pura cuando va precedida de *b*, *p*, *d*, *t*, *s*, *l*, *m*, *n*; se pronuncia *w* después de *r*: *perwáno*, *cirwéla*, *řwéa* (*rueda*). La *ɸ* y la *g* se confunden con la *u*, pronunciándose *w*: *wéno*, *wérto* (*bueno*, *vuelto*), *wáso* (*guaso*); lo mismo suenan las combinaciones iniciales *huá*, *hué*, *huí*: *wérto* (*huerto*), *wuébo* (*huevo*), *wiñča* (*huincha*, palabra araucana); después de *n*, la forma más frecuente es *gu*; más raro es *mbu*: *con güevo*, *un güeso*, *un güiei* (menos popular *um buey*).

El grupo *gu* entre vocales es *w*: *áwa* (*agua*), *iwál* (*igual*), pues la *u* se confunde con la *g* originaria.

La *u* precedida de *f* o de *j* forma *u:ɸ*, una dorso-postpalatal fricativa de la familia de la *u*, con redondeamiento labial característico del chileno, es decir la consonante sorda correspondiente a *w*. La *u* pierde entonces, en mayor o menor grado, su sonoridad, de manera que su transcripción fonética puede vacilar entre *ɸuégo* y *ɸégo* (= *fuego* o *juego*). Después de *k* tampoco es rara la pérdida de sonoridad: *kuál* o *kwál*, *kuénta* o *kwénta*, etc.

No pocas veces aparece clara tendencia a dislocar el acento de *ié*, pero no he logrado hasta ahora hallar las condiciones precisas de ese fenómeno². Así es frecuente oír *un díe* (*un*

¹ [Esto es, tiende a hacerse semiconsonante y hasta consonante. Téngase en cuenta que Lenz representa la semiconsonante con *y*, y la consonante con *j*, al revés que la generalidad de los hispanistas.]

² Mientras que en general la acentuación de *ié*, *ué* en español parece ser estable, recuerdo haber oído un español del norte — creo que de Zaragoza — que acentuaba siempre *cúerpo*, *búeno*, *tiempo*, *siempre*, *líene*, etc. [No de

diez, moneda de diez centavos), es casi normal pronunciar *disiocho* (*dieciocho*), lo mismo como numeral que como sustantivo (en el sentido de 'fiesta del 18 de septiembre', aniversario nacional chileno). Es muy frecuente la pronunciación *říele* y *říle* (*rieles*), *deřilando* (*desrielando*); regularmente *mío* o *míeo* (*miedo*). Junto a *ken* (*quién*) suele oírse *kin*, especialmente en la frase favorita *kin sábe* o bien *kin sá*:

El fenómeno correspondiente en *ue* sólo lo he observado, hasta ahora, en *cu'tión* = *cuestión*, en sílaba protónica; también en la Argentina encuentro documentada la forma *custión*. Es claro que *vío* en lugar de *vió* no corresponde a este capítulo; se trata, como en la forma más completa *vido*, de palabras pertenecientes al buen español antiguo, conservadas, al parecer, en toda América y también en dialectos españoles. (Para *oé*, *oá* sirvan de ejemplo *cuete* (*cohete*), *almuà* (*almohada*).

Una conducta especial siguen los grupos vocálicos *ui*, *iu*, compuestos de dos vocales débiles. Se pronuncia, retrotrayendo el acento moderno (¿conservando el antiguo?), *cúida*, *de'cúido*; en cambio *wítre*, *ungüítre* (*buitre*, según Tollhausen *búitre*, según Booch-Arkossy *búitre*). *řwio* se acomoda, a *řwéa*; si se acentuara *rúido*, la *d* no hubiera podido desaparecer: cf. *cúida*. En general *fuí*, *fué* resulta *fi*, *fe*, o conserva, a lo sumo, restos de una *u* semiensordecida. En Chile, la *u* es en general el fonema más fuerte [del grupo *ui*], como se echa de ver en la palabra *curagüilla* (especie de junco), que se pronuncia *kura-búya*, alternando con *kurawíya*. *Iu* es bastante raro; en *viuda* el acento cae las más veces igualmente sobre ambas vocales;

Zaragoza; sería leonés, quizá de Zamora, donde tales pronunciaciones ocurren. Véase FRITZ KRÜGER, *Westspanische Mundarten*, Hamburgo, 1914, págs. 64-65, y *El dialecto de San Ciprián de Sanabria*, Madrid, 1923, págs. 22-23. Para el oeste asturiano, A. W. MUNTHER, *Anteckningar om folkmalet i en trakt af vestra Asturien*, Upsala, 1887, § 24, y F. HANSEN, *Gramática histórica*, § 49. Véase también A. CASTRO, *RFE*, I, pág. 181, y MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes*, pág. 125, nota 2.]

junto a *ciudá* (*ciudad*), suele también oírse en Chile, como en Perú y en otras partes, *suidá*.

Son raras las vocales llamadas «svarabhakti» (epentéticas). Sólo he tomado nota de *engirifao* (*engrifado*) y *kilín* (*clin*).

Agregaré, finalmente, algunas palabras sobre los grupos vocálicos formados por fonética sintáctica. Como regla general puede afirmarse que en el habla culta ninguna vocal cae por completo, fuera de unas pocas pero firmes excepciones como *dél* por *de él* (ejemplo: *la casa de él*). En el habla popular estos casos son numerosos; forman arcaísmos del antiguo español que se han conservado con *estotro*, *estotra* = *este otro*, *esta otra*. El artículo masculino *el*, ante palabras que empiezan por vocal, se reduce a una simple *l*: *e'tá l'ombre*; lo mismo *la* seguida de vocal (*l'ocasión*) y *el*, femenino, seguido de vocal, aun cuando vaya precedido de consonante: *en l'awa* (*en el agua*). Es muy corriente suprimir la *e* de *estar*: *no'tói* (*no estoy*), *ya'tá* (*ya está*); con contracción todavía más violenta, *ontá* = *donde está*; lo mismo el demostrativo *esta*: *entamañana* (*en esta mañana*), *entanoche* (*en esta noche*). Las vocales finales de sustantivos y adjetivos desaparecen a menudo cuando la palabra siguiente comienza con vocal, aun cuando ésta haya pasado a ser inicial debido a la desaparición de una *d* que le precedía: *kárg-e léna* (*carga de leña*); a veces la elisión se hace hasta por sobre una *s* final perdida: *¡pap-i poroto verde!* (grito de los verduleros: *papas y porotos verdes*). No es posible establecer reglas exactas pues el mayor o menor grado de desaparición de la vocal final: depende en absoluto de la rapidez con que se hable. En los textos fonéticos que siguen, señalaré las vocales débiles invirtiendo el signo en *a*, *e*, *i* (*v*, *ə*, *ɪ*), y quebrándolo en *o*, *u* (*ɔ*, *ʊ*).

VII

TEXTOS FONÉTICOS

[Estos textos fonéticos, tal como Lenz los publicó en los *Phonetische Studien* de Viëtor, tomo VI, estaban plagados de erratas y de graves faltas de oído del propio Lenz, especialmente en los acentos y en la representación de las sonoras *b*, *d*, *g*, precedidas o seguidas de *r* o *l*. Lenz transcribió indebidamente con acento *porque*, *aunque*, *bajo* (preposición), *para*, *onde* (*donde*); transcribió indebidamente sin acento *él*, *no*, *tú*, *un*, *una*, *fué*, *más* (muchas veces), *es*, *sol*; se equivocó en *muy* (*múi*). Transcribe con *d* oclusiva *Madrid*, *bodrio*, *muerde* (y muchos casos de *rd*), *remedio*, *-o demonio* (y otros casos semejantes); con *g* oclusiva, *cargado*, *algo*. En *Algele* interpretó la *g* como *gue*.

Hemos tenido que subsanar las erratas y los yerros más evidentes, pues importa aquí más el conocimiento del español chileno que la historia de los aciertos y descuidos de los dialectólogos. Para las enmiendas hemos tenido en cuenta las minuciosas explicaciones del propio Lenz y nuestro personal conocimiento del español chileno. Respetamos la teoría de Lenz — razonada, aunque equivocada — sobre los diptongos, y mantenemos las transcripciones con dos vocales cuando él así las puso: *biento*, etc. En trozos populares transcribe Lenz con diptongo, según su teoría, pero representando con *y* el primer elemento: *byénto*. Nosotros hemos reservado y sistemáticamente para representar la consonante, y hemos puesto *j* para la semiconsonante primer elemento de diptongo. Otras alteraciones de signos hemos hecho para transcribir la *rr*, que Lenz representaba con *ř* y nosotros lo hacemos con *ṛ̌*, y para transcribir el grupo *tr*, que Lenz representaba con *tṛ̌* y nosotros con *tṛ̣̌*. En los *Estudios*, Lenz alternó ambas notaciones. En la realidad, la *rr* y la *r* tras *t* tienen en Chile pronunciación asibilada, pero todavía el timbre de ambos fonemas se reconoce sin duda como de la familia de las *erres* y no de las *eses*; es decir, su estrechez articulatoria tiene forma alargada básicamente, aunque con contaminación de redondeamiento. Esto para la Fonética acústico-fisiológica; para la Fonología, que se ocupa de los fonemas como entidades ideales que forman el sistema de signos sonoros de una lengua, sin vacilación alguna ambos fonemas son *rr* y *r*. Queda el lector, pues, advertido de lo que los presentes textos fonéticos significan.]

1. *Lengua conversacional culta.*

DE ANTONIO DE TRUEBA, *Narraciones populares* (Leipzig, Brockhaus, Colección de Autores Españoles, XXXIII), pág. 6 y sig.: *El Cura de Paracuellos*, cap. II, con algunas omisiones.

Un Grande de España abandonaba con frecuencia su palacio de Madrid y se iba a Algete. ¿A que no saben Vds. a qué iba? Pues iba a sacar la tripa de mal año, porque le sucedía una cosa muy rara: no podía atravesar bocado en su casa, aunque su cocinero estudiaba con el mismísimo demonio para abrirle el apetito, y en Angete comía como un sabañón del bodrio cargado de pimentón y azafrán con que se alimentaban, tumbados con él en los surcos, los trabajadores de una posesión que tenía allí...

Pepillo se apresuró a bajar de los cerros, saliendo al encuentro de aquel señor con el libro bajo el brazo y el sombrero, gorra o lo que fuese, en la mano.

— Muchacho, le dijo el Grande, ¿qué es lo que todos los días lees con tanta atención en esos cerros?

— Señor, leo unos libros muy sabios, le contestó Pepillo chispeándole los ojos de admiración y entusiasmo al hablar de los libros que leía.

— ¿Y lees para entretenerte o para instruirte?

— Para instruirme, señor.

— ¡Hola! ¿Conque quisieras ser sabio?

— ¡Vaya si quisiera!

— Pues para tu oficio no se necesita saber mucho.

— Señor, el saber en todos los oficios es bueno. Mi padre, que esté en gloria, decía que el saber no ocupa lugar, y tenía mucha razón.

un grande de 'pána-abandonába¹ kon frekuénsia su palásio de ma-drí i se-ibā-alχéte ɟa ke nó sáben u'tée(s) a ké íba? pue-sibā sakál la trípa² de máláño, porke le suse^die-una kósa mui řára³: no podía-atra-berár bokáo-en su kása, auñke su kosinéro e'tu^díába kon el mi'mísimo demónio para-abrille lapetító, y⁴ en alχéte komía kom(ə) un sa^bañón del bódrío kargáo de pimentón y asafrán kon ke sə-alimentá^ban, tumbáo^c kon él en lo-súrko^c, lo^ctrabaxa^(d)óre δə-úna posesión ke tení-ayí. . .

pepiyo sə-apresuró-a baxár de lo-séřo^c, saliénde-al enkuéntro ðəakél señór kon el libro baxo-el bráso y el sombréro, góřa o lo ke φ(u)éseən la máno.

— mučáčo, le^(d)ixo əl grande, ɟké^clo ke tó^(d)o lo ðia^c lé^c kon tánta-atensión en éso-séřo^c?

— señór, léo uno^c libro^c mui sábio^c, le konte^ctó pepiyo, či^cpeáñdole lo-sóxo de a^dmirasión i entusí^amo al ablár de lo^c libro^c ke leia.

— ɟi lé^c parə-enjretené^cte o parə-i(n)^ctruí^cte?

— parə-i⁽ⁿ⁾^ctruí^cme, señór.

— ¡óla! ɟkonke kisiéra-ser sábio?

— ¡báya si kisiéra!

— pue^c para tu ofisio no se nesesíta saber múčo.

— señór, el saber en tó^(d)o^c lo-sofisio-sé^c wéno. mi pá^dre ke^cté-ñ glória desía kel saber no-okúpa lugar, i tenia múča rasón.

¹ Las palabras unidas con doble guión se pronuncian ligadas, con especial relajamiento en el caso de las vocales representadas por **ɐ**, **ə**, **ɪ**, **ɔ**, **u**. Las consonantes que se transcriben con tipo pequeño, sobre el renglón, se articulan relajadamente; las que van entre paréntesis pueden desaparecer del todo.

² La mayoría de los hablantes pronuncian siempre **ɪř**.

³ La mayoría pronuncian como **ř** la *r*- inicial.

⁴ y seguida de vocal, generalmente *y*.

— Ciertamente que la tenía. ¿Y tú piensas pasar la vida guardando toros?

— Si no hay otro remedio, me contentaré con eso, aunque tengo esperanzas de ser algo más...

2. Lengua popular

El relato siguiente, que tiene en Chile general difusión, aunque con diversas variantes, y que por su estructura recuerda mucho un cuento alemán¹, se transcribe aquí según fué narrado por una anciana de Ñuñoa. Doy, a dos páginas, la pronunciación chilena y el texto con ortografía española, y agrego algunas notas para facilitar su comprensión.

LA AVERIGUACIÓN DE LA TENCA²

Una vieja estaba pelando un día dos granos de trigo, y la tenca le comió uno, y la vieja le echó la maldición que la helada tenía que quemarle una patita.

Un día fué la tenca donde³ la helada y le dijo:—Helada, le dijo, ¿por qué sois tan brava que me quemáis la patita a mí?

Y la helada le contestó:—Más bravo es el sol que me derriete⁴ a mí.

Y entonces va la tenca donde está el sol y le dice:—Sol, ¿por qué sois tan bravo que derretís⁴ la helada y la helada me quema la patita a mí?

¹ «Der Herr der schickt den Jockel aus, er soll den Hafer schneiden; der Jockel schneid't den Hafer nicht und kommt auch nicht nach Haus», etc.

² *Mimus thenca*, pájaro cantor muy común en Chile.

³ Donde usado como preposición (= francés *chez*) es también muy usual entre las gentes cultas.

⁴ *Derretir* > *re(d)ilir*. Cf. español general *rededor* < *derredor*. Es trueque muy frecuente en Chile y más aún en el habla rústica de la Argentina: *reóta* < *derrota*; arg. *redepente* < *de repente*.

— siéitamente ké la tenía. ¿i tú piénsa' pasál la bída wardándo tóro?

— si nó ay-ótro řeméδιο, me kontentaré kon éso, aunke ténge-e'peránsa' de sér algo má'...

(Hemos representado la pronunciación con que lee ese trozo un chileno culto, siempre que no pretenda mostrar que habla «castellano puro» (por lo demás, aun en ese caso la pronunciación no resultaría mucho más pura). En la conversación, la generalidad de los chilenos presentarán todavía más rasgos dialectales que los indicados en nuestro ejemplo, tales como tř en lugar de tr, a veces -l final en lugar de -r, etc. Las variantes intermedias son innumerables).

labirwasi3n de la třénka

úna řjéxa tá^(b)a pelánde ún día dó gráno e třigo, i la třénka le komió úno, i la řjéxa leó la mardisi3n ké lelá tenía ké kémáll3 úna patíta.

ún día qé la třénka onde lelá i le íxo: — elá, le íxo, ¿porké sói tam brá^(b)a ké me kémái la patít-a mí?

i lelá le konte'tó: — má řráo é-ej sól ké me řéit3 a mí.

yent3nse řá la třénka onter3sól i le íse: — sól, ¿porké sói tam bráo ké řéitillelá i lelá me kéma la patít-a mí?

El sol le contesta:—Más bravo es el nublado que me tapa a mí.

La tenca va donde está el nublado y le dice:—Nublado, ¿por qué sois tan bravo que tapáis al sol, y el sol derrite la helada, y la helada me quema la patita a mí?

—Más bravo es el viento que me corre a mí.

La tenca va donde está el viento y le dice:—Viento, ¿por qué sois tan bravo que corrís al nublado y el nublado tapa el sol, el sol derrite la helada y la helada me quema la patita a mí?

—Más brava es la pared que me ataja a mí.

La tenca va donde la pared y le dice:—Pared, ¿por qué sois tan brava que atajáis al viento, y el viento corre al nublado, y el nublado tapa al sol, y el sol derrite la helada, y la helada me quema la patita a mí?

—Más bravo es el ratón que me agujerea a mí, — le dijo la pared.

Entonces la tenca va donde está el ratón y le dice:—Ratón, ¿por qué sois tan bravo que agujereáis a la pared, y la pared tapa al sol... Etc.

—Más bravo es el gato que me caza a mí...

—Gato, ¿por qué sois tan bravo que cazáis al ratón...?

—Más bravo es el perro que me muerde a mí...

—Más bravo es el palo que me mata a mí...

—Más bravo es el fuego que me quema a mí...

—Más brava es el agua que me apaga a mí...

—Más bravo es el buey que me traga a mí...

—Más bravo es el hombre que me mata a mí...

—Más bravo es Dios que me hace a mí...

Entonces la tenca va donde está Dios y le dice:—Señor, le dice, ¿por qué sois tan bravo que hacéis al hombre, y el hombre mata al buey, y el buey traga el agua, y el agua apaga el fuego, y el fuego quema el palo, el palo mata al perro, el perro muerde al gato, el gato caza al ratón, el ratón agujerea la pared, la pared ataja el viento, el viento corre al nublado,

er sól le konté'ta: — má bráo é-eɹ nubláo ke me táp-a mí.

la tŕęŋka bá ontáj nubláo i le ise: — nubláo, ɟporké sói tam bráo ke tapái aɹ sól, yeɹ sól řeite lelá, i lelá me kéma la patít-a mí?

— má bráo é-er bięnto ke me kóřə a mí.

la tŕęŋka bá ontár bięnto i le ise: — bięnto, ɟporké sói tam bráo ke koří(s) aɹ nubláo, yeɹ nubláo tápə eɹ sól, eɹ sól řeite lelá i lelá me kéma la patít-a mí?

— má brá^(b)a é' la paér ke mə atáx-a mí.

la tŕęŋka bá onde la paél i le ise: — paél, ɟporké sói tam bráa ke ataxái ar bięnto yer bięnto kóřə aɹ nubláo yeɹ nubláo tápaɹ sól yeɹ sól řeite lelá i lelá me kéma la patít-a mí?

— má bráo é-eřřatón ke mə auxeré-a mí, — le ixo la paél.

eŋtónse la tŕęŋka bá ontářřatón i le ise: — řatón, ɟporké sói tam bráo kə auxeriái a la paél, i la paér tápa-ɹ sól... *Etc.*

— má bráo é-er gáto ke me kás-a mí.

— gáto, ɟporké sói tam bráo ke kasái ařřatón...?

— má bráo é-er péřo ke me muéɹde¹ a mí...

— má bráo é-er pálo ke me mát-a mí...

— má bráo é-er qégo ke me kém-a mí...

— má brá^(b)a é láwa ke mə apág-a mí...

— má bráo é-er wéi ke me tŕęg-a mí...

— má bráo é lómbre ke me mát-a mí...

— má bráo e díó' ke mə ásə a mí.

eŋtónse la tŕęŋka bá oŋtá díó' i le ise: — seŋól, le ise, ɟporké sói tam bráo ke así(s) alómbre i lómbre mát-ar wéi yer wéi tŕęga láwa i láwa apágál qégo, er qégo kémal pálo, er pálo mát-ar péřo, er péřo muéɹde ar gáto, er gáto kás-ařřatón, eřřatón auxeréa la paél, ɹa paér

¹ muéɹde. La segunda persona [morfológicamente plural], que aparece en el trozo suprimido, es moɹdí'. Así también matái', kémái', etc.

el nublado tapa al sol, el sol derrite la helada y la helada me quema la patita a mí?

Y Dios le contesta:—Más bravo soy yo que te mato a vos. — Y le dió un papirote y la mató, y feneció la averiguación.

La calchona ¹

Éstos eran dos casados que vivían en el Salto ²; tenían quinta, siembras y tres niñitos. El marido salía a trabajar. Lo que ³ el marido salía a trabajar, venía ella y se echaba unos untos, que tenía debajo del catre, y salía ella, pues, hecha oveja escondida del marido y dejaba los niñitos solos. Y una vez llegó el marido y no la halló. Y preguntó por ella. Le dijeron los niñitos que había salido y se fué él para su trabajo. Cuando llegó, se enojó con ella y le preguntó dónde andaba, y le dijo que había ido a hacer una diligencia. Y al otro día, cuando se fué el hombre para el trabajo, le dijo que no fuera a hacer lo que hizo ayer. Entonces ella le dió rabia y lo hizo adrede. Y el hombre les había dejado dicho a los niñitos que la aguaitaran. Lo que salió él, entró ella para adentro de la casa y los niñitos la fueron a aguaitar, y la vieron que sacó unas ollitas que tenía debajo del catre y se echó por todo el cuerpo y salió hecha oveja y salió ⁴. Se fué; y el niñito que la aguaitó no lo vió ella. Fué el niñito que la aguaitó y les dijo a los otros: «Mi mamita salió hecha oveja». Y el del medio ⁵ le dijo: «Vamos a echarlos ⁶ nosotros también para seguir a mi mamita, a ver dónde va». Y se echaron y quedaron a la orilla del fuego hechos zorritos. En esto llega el padre y los

¹ *Calchona* 'bruja'. Este cuento es de la misma fuente que el anterior.

² Hay varios lugares de este nombre en las inmediaciones de Santiago.

³ *Lo que* 'cuando'. Muy usual. [También en la Argentina.]

⁴ Doble significado de *salir*: 'resultó convertida en oveja y se alejó de la casa'.

⁵ Es decir, el hijo mediano, el segundo.

⁶ *Echarlos*, usado para la primera persona plural = *echarnos*.

atáx-ar biénto, er biénto kóřə aɹ nubláo eɹ nubláo táp-aɹ sól, eɹ sól
řešte lelə i lelə me kéma la patít-a mí?

i dió' le koņt'é'ta: — má ħráo sói yó ke te máto a bó, — i le dió um
papiróte i la mató, i ϕenesió labiriwasión.

la kalčóna

é'to' éraŋ dó' kasáo ke ħiħían en eɹ saɹto, teniaŋ kinta, siembra'
i tře' niņito. er marío salí-a tře(b)axál. lo kel marío salí-a tra(b)axál
ħenia éya i s-ečáħa únosúŋto ke tenía ħebáxo el kaťře i salía éya, pué',
éč-obéxa e'koņdier marío i ħexáħa lon niņito sólo. yúna ħé' yegól marío
i no layó. i preġuŋtó por éya. leiħéron lo' niņito kə abía salío i se ϕé
əl pa su třeabáxo. kuáŋdo yegó, senoxó kon éya i le preġuŋtó óŋdə aŋ-
dábá i le íxo ke abía éido asér únə eliħénsia. yəl óťřo día kuando se
ϕé lómbre pal třeabáxo le íxo ke nó ϕéra asél lo ke iso ayél. eŋtóⁿse
éya le dió řábía i lo iso airér. yel ómbre le' abía exáo ħíċo a lon ni-
ņito ke lawoitáran. lo ke salió él, eŋťřó éya paéŋťřo e la kása i lo' ni-
ņito la ϕéron awoitál, i la ħiéronġ ke sakó úna' oyíta ke tenía ebáxo əl
kaťře i sečó por tò er kuérpo i salió éċa obéxa i salió. se ϕé; yel ni-
ņito ke lawoitó, no lo ħió éya. ϕé er niņito ke lawoitó i le díxo a lo'
óťřo: mi mamíta salió éč-obéxa. yel ħer médio le íxo: bámo' a ečállo'
losótřo ¹ tamién, pa seýír a mi mamíta, a ħer óŋde ħá. i sečáron i kíáron
a loríya er ϕégo éċo sořito. en é'to yéga ər páire i lo' ayó eċo sóřo.

halló hechos zorros. Y él tan enojado les preguntó: «Y tu mamita ¿dónde está?» Y el mayor le contestó: «Salió hecha oveja». Y el hombre le preguntó: «Y los untos, ¿dónde los deja?» Y el niño se los fué a entregar. El padre les echó untos a los chilquillos y los hizo cristianos¹ y entonces agarró las ollas y las disparó para afuera. Hizo tira los untos y los echó al fuego. Cuando llegó ella tan enojada y le dijo: «¡Ya no me veréis más!» y salió a andar y en los pedacitos que quedaban de las ollitas, el pegadito² se echó ella hasta mitad del cuerpo; quedó la mitad hecha cristiana y la mitad hecha oveja; y se salió a andar y se fué al convento de la Domínica y de ahí la corrieron y se fué ella. Y ya él se fué a confesar del pecado que cometió y ningún padre lo absolvió; y lo mandaron para Roma y por allá quedó él, y ella quedó hecha oveja aquí. La corretearon los niños, y la machucaron mucho, hasta que se murió. Y se acabó el cuento.

¹ *Los hizo cristianos.* La expresión más usual es *volverse gente*. Por lo demás, también *cristiano* suele usarse como 'gente, hombre'.

² Es decir, la bruja se untó con los restos que había en los trozos de las ollas.

yéɹ ʃan enoxáo le' preguntó: i tu mamita ¿ónde 'tá? yer mayól le koŋte'tó: salió éç-obéxa. yel ómbre le preguntó: i los úŋto, ¿ónde lo éxa? yeɹ niŋito se lo qé a enʃregál. el páire leçó úŋto a lo' çikiyo i lo' iso kri'tiáno yeŋtóⁿse agařó la' óya i la' e'paró pa qéra. iso tira los úŋto i lo eçó ar qégo. kuando yegó éya tan enoxá i leixo: yá nó me beri'má', i salió aŋdár yen lo' peasito ke keábaŋ de la' oyita er pegaito seçó éya a'ta mitá er kuérpo; keó la mitá éça kri'tiána i la mitá éça obéxa; i se salió aŋdár i se qé ar kombéŋto e la ðominika i ðei la kořiéron i se qé éya. i yá éɹ se qé a koⁿqesál der pekáo ke kometió i niŋúm páire lo iⁿsorbió¹; i lo maŋdáron pa řóma i puayá keó él, yéya keó éç-obéxa akí. la kořetiáron lo' niŋo, i la maçukáron múço a'ta ke se murió. i sə akabó er kuéŋto.

Para terminar, quisiera insistir una vez más en que las observaciones hechas en estos *Estudios chilenos* no aspiran de ningún modo a ser completas. Un dialecto vivo es tan rico que nunca puede describirse en forma acabada. Sobre mis sospechas de influencia araucana en la pronunciación chilena volveré nuevamente en otro lugar. Pronto he de publicar una morfología del español de Chile — dispongo ya del material casi completo — y también contribuciones lexicográficas al diccionario español y estudios de folklore chileno². No puedo cerrar estas líneas sin expresar la más viva gratitud a mi discípulo D. Luis Trujillo por la múltiple ayuda que me ha prestado

¹ *Inorbió*: No es proceso fonético regular, sino deformación de la palabra culta, sólo usada en el lenguaje de la iglesia.

² [Lenz no llegó a publicar un estudio de la morfología del español de Chile; lo único que tenemos de él en este terreno es su *Zur spanisch-amerikanischen Formenlehre*, en la *ZRPh*, 1891, que incluimos en este volumen (*Sobre la morfología del español de América*). Su contribución lexi-

para mis trabajos, especialmente en la recolección del material lingüístico y literario: canciones populares, dichos, proverbios, narraciones, etc., tarea en que, como genuino hijo del pueblo, demuestra especial maestría. No son muchas, en Chile, las personas cultas que no hablen con desdén del bajo pueblo. No es que únicamente en la joven América vayan unidas la semi-ilustración y la vanidad; pero aquí las excepciones parecen todavía más raras que en otras partes. Y tanto más honrosas.

Santiago de Chile, 9 de marzo de 1892.

cográfica al diccionario español es el *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*. Santiago de Chile, 1905-1910. A estudios de folklore chileno dedicó numerosísimos trabajos publicados en los *Anales de la Universidad de Chile* y en otras revistas científicas.]

BASES DEL DESARROLLO DEL ESPAÑOL
EN AMÉRICA

LA DIFUSIÓN DE LA LENGUA ESPAÑOLA EN AMÉRICA desde comienzos del siglo XVI ofrece comparaciones análogas con la expansión de esta lengua en otros continentes, estudiando a la vez los orígenes de la lengua misma y de la etnicidad por ella afectada. La expansión de esta lengua, estudiada por sus orígenes, ofrece un cuadro de la lengua misma y de la etnicidad por ella afectada. Este estudio, como también, por la lengua

POR

RODOLFO LENZ

I

BASES DEL DESARROLLO DEL ESPAÑOL EN AMERICA

La difusión de la lengua española en América desde comienzos del siglo XVI ofrece numerosas analogías con la expansión del latín en los países mediterráneos occidentales. Tanto aquí como allí, sucede que un pueblo de cultura superior somete sin contemplaciones a razas extrañas, recurriendo a todos los medios de la fuerza bruta y de la astucia política. A la expansión del dominio político, apoyada por numerosas expediciones colonizadoras — imprecisables históricamente, tanto en un caso como en el otro —, sigue la difusión de la lengua ¹. Y en ambos casos también, no es la lengua

¹ [En una refundición castellana publicada en los *Anales de la Universidad de Chile*, 1894, LXXXVII, con el título de *Introducción al estudio del lenguaje vulgar en Chile*, intercala aquí el autor las siguientes consideraciones:] «El resultado final de la conquista romana ha sido el nacimiento de varias naciones nuevas, con lenguas bastante diferentes, aunque todas hijas, como se suele decir, de la madre latina. Y estas lenguas neolatinas han absorbido por completo los idiomas de los antiguos moradores de aquellos países, de manera que los pueblos mismos, vencidos una vez por las armas de Roma, parecen haber sucumbido y desaparecido en el transcurso de los primeros siglos después de Jesucristo. Sólo en los Pirineos quedó un pequeño resto de la población primitiva de España, casi intacto en su vida interior, sus costumbres y su lengua, los vascongados, cuyo parentesco íntimo, si no su identidad parcial con los iberos, según las últimas indagaciones científicas, parece estar fuera de duda.

«¿Llegará un día a formarse el mismo estado de cosas en América? Parece que no. Seguramente que las tribus indígenas desaparecerán más o menos en los siglos venideros; pero, según todas las probabilidades, la

clásica de las capas sociales superiores, sino la lengua común del pueblo la que proporciona las bases para la nueva evolución. Claro que no debemos, en este punto, dejar de hacer una distinción. El latín ya había alcanzado el punto máximo de su perfección literaria cuando se realizó la verdadera romanización de la mayoría de las provincias: los únicos países que ya antes de esta época habían sido objeto de una romanización más o menos completa eran Italia misma, Sicilia, Cerdeña y — parcialmente — España. En cambio, para toda la América española, el principal período de colonización comienza ya en el segundo cuarto del siglo XVI, mientras la lengua literaria clásica de España, si bien ya estaba en plena sazón en cuanto a sus posibilidades, no había alcanzado todavía la perfecta realización, suponiendo que, como es corriente, se considere representantes del español literario a Cervantes, Lope de Vega y Calderón. Así es que hallamos en todos los países hispánicos de América gran número de palabras y formas comunes que no deben ser referidas al castellano actual, sino que deben explicarse partiendo del español antiguo, es decir, del habla popular del siglo XVI. Por otra parte, sólo en raras ocasiones — quizás nunca — nos será posible hallar en América formas que se limiten a una región española aislada, del mismo modo que tenemos que distinguir las bases comunes de las lenguas románicas frente al latín rústico de cada una de las regiones itálicas.

Así como la ciencia fué poco a poco reconstruyendo las particularidades del latín vulgar, apoyándose en los escasos datos que ofrece la antigüedad y en conclusiones retrospectivas basadas en la ulterior evolución románica, así también será

lengua castellana nunca se disolverá en tantos diferentes idiomas ni morirá en América, como, según se cree comúnmente, murió (la ciencia condena esta expresión) su vieja madre latina en Europa. No siendo, pues, iguales las conclusiones, es imposible que lo sean las premisas. Indaguemos por esto más de cerca dónde están los puntos distintivos en la gran analogía entre la invasión romana de Europa y la española de América». (Págs. 114-5.)

misión de la ciencia restablecer el español popular del siglo XVI. Esta tarea apenas cede en dificultades a aquella otra, ya bastante adelantada. La diferencia entre la base común de las lenguas románicas y el latín clásico es mucho menor que la que separa al español popular del siglo XVI del castellano actual, con el que se suele identificar el español clásico de comienzos del siglo XVII. Basta pensar en el complicadísimo problema de la pronunciación de la *s*, *z*, *c*, *ç* españolas en la época de la colonización de América; tampoco la *j* actual del español (fonét. *x*) había concluído su evolución, sino que todavía se pronunciaba *ž* [ʒ] o *š* según la diferente etimología. Conocemos con mayor o menor exactitud el camino de estas evoluciones fonéticas, pero ¿en qué grado se hallaban precisamente en los años decisivos para América, años que ni siquiera podemos señalar con rigor?

Con frecuencia se ha afirmado que para el español de América fué particularmente decisiva la lengua de Andalucía y Extremadura porque Cádiz era el principal puerto de emigración en aquellos tiempos y porque justamente esas dos regiones no practican la actual diferenciación castellana entre *z* y *s*, en lo cual coinciden con la pronunciación americana. Contra tal afirmación debo observar que se necesitarían serias investigaciones históricas para comprobar si entre los españoles venidos a América fueron realmente los del sur los que prevalecieron, y además, no está demostrado aún que la pronunciación andaluza actual deba ser identificada con la del siglo XVI¹. Sumamen-

¹ [Extremadura, salvo la ciudad de Badajoz y algún pueblo aislado, distingue *s* y *c*. Un tercio de Andalucía distingue también, ambas pronunciaciones; otro tercio las confunde en *s* (seseo); otro tercio, popularmente, las confunde en *c* (ceceo). El ceceo, desconocido en América, es la forma popular de Sevilla, Cádiz y Huelva, la región andaluza que estuvo más en contacto con el Nuevo Mundo. Véase TOMÁS NAVARRO TOMÁS, AURELIO M. ESPINOSA (hijo) y L. RODRÍGUEZ-CASTELLANO, *La frontera del andaluz*, en *RFE*, 1933, XX, pág. 225 sigs.

Las investigaciones ya realizadas sobre la procedencia regional de con-

te verosímil es que no ocurra así. En lo que atañe especialmente a Chile, la fuerte inmigración de españoles norteños en los primeros tiempos de la colonización está comprobada por los numerosos apellidos vascos, precisamente de las mejores familias del país¹. En general, y como criterio provisional, tengo por muy probable que los colonizadores del Nuevo Mundo vinieron, mezclados en proporciones análogas, de todas las provincias de España, lo que decididamente hubo de tener por consecuencia una nivelación idiomática. Estoy persuadido de que la neta distinción actual entre los dos únicos sonidos de *s*, a saber, θ (interdental fricativa sorda) y *s* (en general áptico-supraalveolar fricativa sorda) es muy reciente y debió su difusión por toda España — a partir de Castilla — simplemente a la acción de la escuela, puesto que el habla popular de todas las provincias españolas, con excepción de ambas Castillas y de una pequeña parte de las regiones limítrofes, ha marchado por otros rumbos,

quistadores y colonizadores no comprueba el pretendido predominio de andaluces. Véase PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Sobre el problema del andalucismo dialectal de América*, Instituto de Filología, Buenos Aires, 1932. En la población española de Chile en el siglo XVI, predominaban los castellanos, seguidos de los andaluces y los leoneses; los vascos fueron más tarde, en el siglo XVIII. Cf. LUIS THAYER OJEDA, *Elementos étnicos que han intervenido en la población de Chile*, Santiago, 1919.

Por último, la actual pronunciación andaluza (seseo y ceceo) comenzó a propagarse en la segunda mitad del siglo XVI, empezando por Sevilla.]

¹ [Las familias vascas de Chile proceden en su mayoría del siglo XVIII. Pero el elemento dominante en la población española de Chile en los siglos anteriores tampoco era andaluz, como se ve por las estadísticas de Thayer Ojeda. — Como sospechaba Lenz, la aspiración de la *-s* en Andalucía no es antigua, de modo que no fué importada por andaluces en Chile ni en el resto de América. Pero esta exclusión no obliga a aceptar la influencia araucana. Tenemos aquí una tendencia general de la lengua a debilitar la articulación de todas las consonantes — menos las nasales y, con excepciones, *r*, *l* — cuando están en la parte descendente de la sílaba. La misma tendencia popular que suprime la *b*, *p*, *k*, *g* (*asoluto*, *dolor*, *inorante*, etc.) afloja la articulación de la *-s* hasta que, no quedando más que el soplo, se convierte en aspiración.]

que en su mayoría se apartan escasamente de la unificación fonética americana de *s* y *z*¹.

[En la refundición castellana, el doctor Lenz, cediendo a la autoridad de su amigo, el historiador chileno don Diego Barros Arana, cambió gravemente esta representación de la procedencia regional de los primeros colonizadores:] «Pero podemos aún decir más sobre la base del español americano. Sabemos que la gran mayoría de los conquistadores y de sus compañeros y sucesores no venían de todas las partes de la Península promiscuamente, sino de la Extremadura, algunos otros de la Andalucía. De todo el resto de España han llegado sólo muy pocos hombres a América antes de la segunda mitad del siglo pasado. Sólo después de establecido el libre comercio entre todos los puertos de España y América, hubo una inmigración considerable que venía de otras provincias de la Península, especialmente de las regiones vascongadas². Es claro, pues, que no podremos extrañarnos si encontramos en la lengua del nuevo conti-

¹ [Hasta mediados del siglo xvi la pronunciación de la *ç* fué *ts*; la de la *z*, *ds*. Por esa fecha comenzaron a transformarse haciéndose ambas sordas y perdiendo su carácter de africadas. Al hacerse fricativas, en León, Aragón, las Castillas, Extremadura, Murcia y parte de Andalucía, resultó una articulación nueva: la *c* interdental; en parte de Andalucía y en algún sitio aislado, se igualaron con la *s*. Así, pues, la geografía peninsular de la distinción entre *s* y *c* es muchísimo más extensa de lo que el Prof. Lenz sospechaba, y el área de igualación mucho más reducida. No se puede atribuir en mucho ni en poco a la acción de la escuela la difusión de la distinción entre *s* y *c*, salvo en los países bilíngües como las Vascongadas, Cataluña y Valencia. En Galicia hay zonas de distinción y zonas de igualación.]

² [Se va conociendo mejor la relación real de la Península con las Indias en el siglo xvi. «Una real Cédula dada en Toledo a 15 de enero de 1529 habilitaba para el despacho de navíos con destino a las Indias a los siguientes puertos españoles: Coruña y Bayona en Galicia; Avilés en Asturias; Laredo en las montañas de Santander y en sus encartaciones; Bilbao en Vizcaya; San Sebastián en Guipúzcoa; Cartagena en el reino de Murcia; Málaga en el reino de Granada, y el puerto de Cádiz en el de Sevilla». (JOSÉ TORRE REVELLO, *Puertos habilitados en España en el siglo XVI para comerciar con las Indias Occidentales*, en *Humanidades*, tomo XXV, 1936, págs. 352-361). Los navíos tenían la obligación de tocar en Sevilla a la vuelta. Los puertos mencionados no sólo usaron abundantemente de este derecho hasta su abolición en 1573, sino que siguieron despachando barcos después.]

nente vestigios de los dialectos del sur de España, es decir, de Extremadura y de Andalucía.

Los dialectos de estas dos provincias, bien parecidas entre sí, se distinguen hoy muchísimo de la lengua castiza de las Castillas. Especialmente les es característica la confusión de la *s* y *z* castellanas, que, como es sabido, también existe en toda la América, y que por esto se supone nos haya venido de allá. Pero hay que tener mucho cuidado para hacer tales aseveraciones. Un solo hecho en talés asuntos no puede probar nada. No se puede decir con toda seguridad que esta fusión de la *s* y *z* en una sola *s* en América sea debida a la influencia extremeña y andaluza antes de haber probado 1) que esta fusión ya existía en aquellas provincias en los siglos *xv* y *xvi*; 2) que se puede demostrarla en América desde los primeros tiempos del coloniaje; 3) que la misma diferencia fonética que hoy se encuentra entre la *s* y *z* de las Castillas ya existía en aquellos tiempos; 4) que también en otros puntos de la fonología se pueda probar la misma influencia.

Estas pruebas no las podemos dar por ahora; pero sí algunos argumentos que parecen probar lo contrario. Así, por ejemplo, en varias partes de América se conserva como en Extremadura y Andalucía la aspiración fuerte de la *h* que etimológicamente equivale a la *f* latina. P. F. CEVALLOS, *Breve catálogo de errores en orden a la lengua y al lenguaje castellano*, 5ª edición, Ambato, 1880, pág. 770, da como ecuatorianismos *jaba*, *jiguerón*, *jurgar* y otros (derivados del latín *faba*, *figus*, *furca*); el poeta argentino Estanislao del Campo emplea en su *Fausto* como formas de los gauchos argentinos *jeder* (latín *foelere*) y sus derivados, *amojosao* (*moho*, portugués *mofo*, italiano *muffo*, de origen germánico; compárese alemán *muffig*); también JUAN SELJAS, *Diccionario de barbarismos cotidianos*, Buenos Aires, 1890, da como argentinos *mojo*, *jaba* y otras, de manera que esta conservación de pronunciación con *j* (en transcripción fonética *x*) parece ser muy común en la pampa argentina. Pero en Chile no he encontrado más que algunos pocos ejemplares (*juir* por *huir* y *mogoso*, pronunciado *mogoso*, por *mohoso*; pero nunca *jaba*, *jeder* y otros). Sabiendo ahora que *h* inicial derivada de *f* antigua aun en los poetas clásicos forma hiato en verso, y por lo tanto no era muda, ¿qué nos impide imputar al castellano puro del siglo *xvi* la pronunciación de esta aspiración? Podemos decir más: es absolutamente seguro que la *h* no era muda en el lenguaje de los conquistadores, visto que hasta el año 1580 los gramáticos castellanos exigen su pronunciación (véase GRÖBER, *Grundriss der Romanischen Philologie*, I, Estrasburgo, 1888, pág. 704). La pérdida o conservación de este sonido en las distintas partes de América, puede ser, pues, desarrollo independiente, y no prueba la influencia extremeña, aunque tampoco la contradice de ningún modo.

Otro punto más claro es la pérdida de la *s* y *z* antes de consonantes y al fin de la sílaba, que es tan característica para el chileno y que en Chile a menudo se atribuye a la influencia del andaluz. Pero, a más de no ser completamente iguales los fenómenos fonéticos de la pérdida (véase FREDRICK WULFF, *Un chapitre de phonétique andalouse*, Lund, 1889), habría que probar que esta pronunciación en Extremadura y Andalucía ya existía en el siglo XVI; y si esto fuese el caso, ¿cómo explicaríamos que en el Perú y en casi todas las otras repúblicas centro y suramericanas no existe la misma pronunciación?

Baste esto por ahora, no para decir que no haya influencias del sur de España en el lenguaje americano, sino para sostener que ellas, por verosímiles que sean, todavía no están suficientemente probadas.

Debemos, pues, admitir por el momento que en toda la América del sur y central (con excepción del Brasil) se importó una misma lengua, cuyas particularidades características frente al castellano moderno — en la pronunciación, en la morfología y, sobre todo, en el léxico — quedan ciertamente por consignar, pero que de cualquier manera pueden en su mayoría comprarse por los textos españoles de los siglos XIV y XV.

Importante será, sin duda, puntualizar luego si en determinados países — y cuándo, de qué procedencia y bajo qué condiciones particulares — vinieron a añadirse grandes contingentes de colonizadores españoles. Esta tarea debemos confiarla principalmente a los historiadores.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

[En la citada refundición, Lenz amplía considerablemente sus puntos de vista sobre la uniformidad del español de América y sobre la oposición de condiciones entre la antigua Roma y la España moderna:] En general, más bien parece admirable que la lengua castellana en América haya seguido exactamente el mismo camino que en el continente europeo. Hemos de tener presente que no sólo la *h < f* no era todavía muda en el siglo XVI y que se ha perdido tanto en uno como en otro continente (fuera de las excepciones arriba mencionadas), sino que también la *j*, *g*, *e*, *i* y la *x* no tenían en aquel período la pronunciación *x* (*j* castellana moderna), sino que eran *š* (*ch* del francés, *sh* del inglés) y tal vez aun en ciertos casos *ž* (*j* francesa). Estos últimos dos sonidos (*š*, *ž*), según parece, no se han conservado en ninguna parte de América; pero se puede probar con documentos americanos la existencia de la *š*, como vamos a ver más tarde.

Esta uniformidad en el desarrollo lingüístico en dos regiones tan distantes no se puede explicar sino por una influencia continua de la una sobre la otra. No cabe duda de que las tendencias de variación que debía haber en el español americano han sido detenidas por la supremacía de España, tanto lingüística como política, en los tres siglos del coloniaje. Y he aquí una de las causas por que en América no se han desarrollado lenguas nuevas como en las provincias romanas. Estas últimas, después de caída la metrópoli del mundo bajo el puño fuerte de las hordas germánicas, perdieron casi por completo su enlace y conexión mutuos; y la altiva lengua de los emperadores, como lengua literaria, apenas prolongaba su vida miserablemente dentro de las murallas de los conventos. De tal manera que el habla vulgar, desde el siglo v hasta el siglo viii o ix, y más adelante en varias partes, quedaba entregada a sus destinos propios, diferenciándose cada día más, puesto que no había ninguna norma que pudiera restringirla. Sólo en el tiempo de Carlomagno principia la primera resurrección de la lengua clásica literaria; pero entonces los dialectos populares ya estaban tan lejos de la forma primitiva que ya era bien distinto el hablar *romanice* del hablar *latine*.

No fué así la suerte de España. Muy al contrario; poco después de haber descubierto el Nuevo Mundo, España llegó a la cima de su poder político e intelectual. La lengua literaria, aún no formada cuando los primeros castellanos pisaron el suelo de América, se iba formando en el siglo xvi, y estuvo perfecta a principios del xvii. La influencia del centro sobre los miembros lejanos, en vez de debilitarse y perderse, como sucedió en las provincias romanas al tiempo de las grandes migraciones que inauguran la Edad Media, se robusteció día por día más en América durante los dos primeros siglos de la época moderna.

Pero hay otra razón más. La resistencia tenaz que encontraban los romanos en todos los países conquistados les obligaba a mandar nuevas y nuevas legiones para pacificarlos y nuevos colonos para romanizar las provincias. Así, antes de llegar para Roma la hora fatal, todo el occidente estaba tan romanizado que apenas quedaban unos débiles restos de las lenguas primitivas en el siglo v. Mientras que los españoles, en la mayor parte de los países americanos, no encontraban más que una resistencia insignificante, de poca duración, y aun, a veces, casi ninguna. El número de los españoles llegados a las colonias ha sido, pues, bien reducido. Se trataba tan sólo de gobernar y de recoger el fruto del trabajo ajeno; pero no de cultivar y colonizar deliberadamente.

Este trabajo lo hacían los indios, y en algunas partes, más tarde, los negros importados, la turba numerosa sin derechos que obedecía estúpidamente a sus dueños blancos. Por esto hasta hoy día, si se contase exactamente la población de los vastos territorios sudamericanos, llegaríamos

al resultado de que la masa de los habitantes de este continente son indios más o menos puros, dominados por un número inferior de europeos concentrados en las ciudades. En Bolivia, el Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela y Paraguay sin duda alguna la mayoría de la población está formada por indios, que han conservado casi intactas sus lenguas y sus costumbres.

Sólo la fiera tribu de los araucanos no dobló su cerviz, sino que resistió a los invasores y, subyugados momentáneamente por la superioridad de las armas europeas, se rebelaron siempre de nuevo. Varias veces los españoles estuvieron a punto de abandonar estas regiones tan disputadas, que ni siquiera eran ricas en oro. Para mantenerse en Chile contra los ataques renovados de los araucanos, se necesitaban cada vez nuevos soldados; de todas partes, del Perú, de la Argentina y directamente de España llegaron las tropas por docenas, por cientos y hasta por millares. No todos, ni con mucho, fueron aniquilados por los indios; pero, al fin de algunos años, la mayor parte de los soldados creían más cómodo establecerse pacíficamente como agricultores que continuar por orden de sus superiores una guerra en que no había riquezas doradas que adquirir. Disminuído así continuamente el ejército de Chile, se iba reforzando con nuevos contingentes. Así, poco a poco, llegaron a Chile como el doble del número de españoles que habían venido a todas las otras colonias americanas juntas. (Debemos estas interesantísimas noticias, igualmente como varias otras, a la amabilidad de don Diego Barros Arana).

El efecto de estas condiciones especiales ha sido de lo más fructífero y ventajoso para Chile. Los indios, que en el tiempo del primer gramático chileno, el padre Luis de Valdivia (1606), ocupaban todavía todo el centro de Chile, de manera que él nos puede dar una prueba del dialecto araucano de Santiago y hasta menciona el de Coquimbo, siglo y medio más tarde, en el tiempo de Febrés y Havestadt, ya están confinados en las regiones al sur del Biobío, y hoy no quedan más que unos cincuenta millares a lo más, cuya desaparición dentro de algunos decenios se puede presagiar con toda seguridad. No hay ningún país sudamericano en que los indios actualmente tengan un papel tan poco importante como en Chile. Fuera de aquel territorio de la Araucanía, cada año más restringido, en todo el país hay desde la costa hasta la falda de la gran cordillera una sola lengua, la española; una sola raza, la chilena, que debe su origen a la fuerte inmigración de soldados españoles, los que se mezclaron naturalmente con las mujeres indias. Y no se debe creer que los hombres indios hayan sucumbido todos en la guerra contra los invasores. Seguramente muchos miles de ellos han aceptado la lengua y las costumbres de sus antiguos enemigos, como hasta hoy se puede observar tan a menudo en las provincias de la frontera.

Cuando se levantaron al principio de nuestro siglo las colonias contra su antigua patria española, Chile era el único país en que ya no vivía el europeo casi puro entre los indios puros, como en el Perú, en Bolivia, Ecuador, etc. Aquí el indígena estaba absorbido y asimilado casi por completo. Esta es la primera causa de la supremacía de la raza chilena en Su América; los araucanos, los enemigos más feroces de los españoles, han dado origen a la más fuerte nación española del Nuevo Mundo. En ninguna otra parte ha habido una mezcla tan íntima entre las dos razas como en Chile.

Volviendo ahora nuestra mirada a la comparación de la invasión española en América con la romana en el occidente del imperio, encontramos que Chile es el único país cuyas condiciones son realmente semejantes a aquellas en que se encontraban Galia y España a la caída del último emperador de Roma. Pues si en alguna parte de América había y hay las condiciones exigidas para la formación de una nueva lengua, debe ser en Chile.

Hasta comienzos del siglo XIX no hubo en América española verdadera vida espiritual; la producción literaria se limitaba esencialmente a los escritos, oficiales o no, de los gobernadores y de los demás altos funcionarios, quienes muy a menudo eran enviados de la metrópoli a las colonias sólo por un determinado número de años. Tenemos además los documentos de las autoridades locales, religiosas o seculares. No es posible hablar, con respecto a ninguno de los países del régimen colonial español, de una instrucción escolar que haya influido en las grandes masas populares¹. Por consiguiente, las continuas conexiones con

¹ [Esta opinión de Lenz—que ha sido durante mucho tiempo un lugar común—es completamente injustificada. Bastaría para anularla tener en cuenta los monumentales trabajos eruditos del chileno José Toribio Medina sobre la imprenta, las universidades y la instrucción pública en la Colonia y los de Menéndez y Pelayo en su *Historia de la poesía hispano-americana*, donde hay una visión muy diferente de la de Lenz de lo que era la vida literaria en la época colonial. La verdad es que la instrucción pública en Hispanoamérica no era inferior a la que regía en la Península y que, en el sentido que Lenz da a esta palabra, tampoco existía en los demás países de Europa una instrucción pública que influyera «en las grandes masas populares». España implantó en sus colonias, desde los primeros años, imprentas, universidades, colegios mayores y menores y todos

España, y en especial la llegada de funcionarios y misioneros, es la única razón que explica el que, en general, el español haya experimentado esencialmente en América el mismo desarrollo que en la Península: me refiero en particular a la evo-

los medios de enseñanza que regían en la Península. Aparte la copiosa bibliografía sobre la imprenta en América y sobre la historia de las distintas universidades americanas, véanse los siguientes trabajos relativos a la instrucción pública: JOSÉ TORIBIO MEDINA, *La instrucción pública en Chile desde sus orígenes hasta la fundación de la Universidad de S. Felipe*, Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, 1905, 2 vols.; ALEJANDRO FUENZALIDA, *Historia del desarrollo intelectual en Chile (1541-1810) (Enseñanza pública i cultura intelectual)*, Santiago de Chile, 1903; AMANDA LABARCA H., *Historia de la enseñanza en Chile*, Publicaciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1939 (Primera parte: La Colonia); JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires*, Buenos Aires, 1868; *Documentos para la Historia Argentina*. Tomo XVIII. *Cultura. La enseñanza durante la época colonial (1771-1810)*. Con advertencia de JUAN PROBST, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Históricas, Buenos Aires, 1924; ABEL CHÁNETON, *La instrucción primaria en la época colonial*, Talleres Gráficos del Consejo Nacional de Educación, Buenos Aires, 1936; ORESTES ARAÚJO, *Historia de la escuela uruguaya*, Montevideo, 1911; JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA, *Obras*. Tomo I. *Opúsculos varios*, Méjico, 1896 (Págs. 1-64: «Introducción de la Imprenta en México»; págs. 163-270: «La Instrucción Pública en México durante el siglo XVI»). FÉLIX DE OSORES, *Historia de todos los Colegios de la Ciudad de México desde la Conquista hasta 1780*, Méjico, 1929; CRISTÓBAL DE LA PLAZA, *Crónica de la Universidad de México*, Méjico, 1931; TOMÁS ZEPEDA RINCÓN, *La instrucción pública en la Nueva España en el siglo XVI*, Méjico, Universidad Nacional de México, 1933; PAULA ALEGRÍA, *La educación en México antes y después de la Conquista*, Editorial Cultura, Méjico, 1936; JEROME V. JACOBSEN, *Educational Foundations of the Jesuits in Sixteenth Century New Spain*, University of California Press, Berkeley, 1938; PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, Buenos Aires, Instituto de Filología, 1936. Además, con carácter general, VICENTE G. QUESADA, *La vida intelectual en la América española durante los siglos XVI, XVII y XVIII*, Buenos Aires, 1910. José Torre Revello está a punto de publicar una obra sobre *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española*, donde se habla no sólo del libro impreso en América, sino de la difusión del libro traído de Europa.]

lución de la jota moderna (*x*) procedente de una *š* que se comprueba de múltiple modo en el español americano del siglo *xvi* y quizás aún del *xvii* (al menos en sus primeros decenios), pero de la cual, según mis noticias, no queda hoy huella en el español americano. La aspiración de la *h* (unificada con la articulación de la *j*) se conserva en varias regiones americanas; pero es muy dudoso que haya en ello influencia andaluza (como lo afirmé en mi reseña del *Tesoro* de Lentzner, en *LGRPh*), pues no hay duda de que en el siglo *xvi* la antigua *f* no había pasado a ser enteramente muda más que en Castilla la Vieja [como lo prueba recientemente Menéndez Pidal (*Orígenes*, § 41)], y semejante pronunciación pudo ser igualmente importada de las otras regiones de España en que hoy se ha convertido en muda. El español de Chile coincide en ciertos puntos de su desarrollo fonético, hasta el asombro, con el andaluz ¹,

¹ WULFF, *Un chapitre de Phonétique andalouse*, encontró en Andalucía casi las mismas etapas de desaparición de la *s* que yo había consignado en el capítulo II de mis *Estudios chilenos*.

[La aspiración de la *-s* final de sílaba, que tanto llamó la atención del Dr. Lenz en Chile, y que él atribuyó a influencia de las poblaciones araucanas, se extiende no sólo por el sur de la Argentina — dato que el Dr. Lenz buscaba por estar esa región en contacto con la Araucania —, sino por casi toda la República Argentina, por el Uruguay, y por todas las tierras bajas de América hasta Nuevo Méjico, sin excluir las Antillas. En España, por Andalucía, Extremadura, Murcia, Castilla la Nueva y parte meridional de Castilla la Vieja (véase AMÉRICO CASTRO, *Lengua, enseñanza y literatura*, Madrid, 1924, pág. 59 sig.) Sólo la geografía del fenómeno muestra que es interno del español y ajeno a la influencia araucana. Por otro lado, no parece muy admisible suponer que el español de Chile haya cambiado su *s* en *h* aspirada por influjo araucano, pues en araucano la *h* era también muy rara y jamás aparecía en posición final de sílaba, de modo que tan poco habituados estaban los araucanos a la *-s* como a la *-h*. Los araucanos cambiaron desde un principio la *s* de las palabras castellanas que adoptaron, pero no por *h* sino por *ch*: *sombreiro* > *chumbiru*, siguiendo las propias leyes y condiciones de la equivalencia acústica. (Sobre la índole de estos cambios véase A. ALONSO, *Equivalencia acústica*, en *Problemas de Dialectología Hispanoamericana*, Buenos Aires, 1930.)]

pero precisamente de la antigua *f* (excepto en *huir*, pron. *juir*, que pudo mantenerse por influencia de formas como *fuí*, *fuiste*, *fué*) no conserva rastros. Si el español de América en general hubiera sido tan influido por el andaluz, ¿cómo no quedan huellas de tal andalucismo en el Perú? ¿Por qué la *n* final se ha cambiado en *η* (velar) en España, en diversos puntos independientes uno de otro, en Guatemala, en Perú, pero no en Chile? ¿Por qué la aspiración andaluza de *-s* se encuentra en Chile y en la Argentina, en Méjico oriental y en Cuba, pero nunca en el Perú? Lo que todo esto viene a demostrar es que, como acertadamente dice Schuchardt en la reseña de Wulff, la evolución fonética, en distintos puntos de la tierra, en lenguas y razas enteramente diversas, siempre corre por los mismos carriles, que se imponen al hablante, por alguna ley física o fisiológica o psicológica, sin que él mismo lo advierta. Con razón exige Schuchardt (*loc. cit.*), como deber de la ciencia, estudiar esos carriles en sí y por sí, como yo mismo he tratado de hacerlo en mi estudio sobre las palatales (*Kuhns Zeitschr. f. vergl. Sprachf.*, XXIX). Más adelante he de explicar cómo, a mi entender, en Chile y la Argentina son factores etnológicos los responsables de la aspiración de la *-s*.

Es claro que los casos en que el español de América discrepa del castellano pueden deberse, por de pronto, al llamado desarrollo espontáneo. Pero es menester indagar en cada caso especial si con la expresión de desarrollo espontáneo no hacemos otra cosa que ocultar nuestra ignorancia. Porque, a decir verdad, ¿existe en general la evolución fonética espontánea? En rigor, no. Todo acaecimiento tiene sus causas; y si es lícito hablar de evolución fonética espontánea, lo es sólo en el sentido de que el cambio fonético no es ocasionado por los fonemas vecinos — no es, pues, asimilatorio —, sino por otras — y desconocidas — causas internas.

Entre estas causas, la influencia etnológica es tan fácil de considerar posible, en teoría, como es difícil, en la práctica, demostrarla exactamente. Es claro que en pueblos enteros que

aprenden una nueva lengua han de aparecer exactamente los mismos fenómenos que ofrecen en tales casos los individuos aislados. Vale decir: así como el inglés reemplaza, con mayor o menor aproximación, los sonidos alemanes — o el alemán los franceses — que faltan en su idioma materno con los sonidos semejantes de su propia lengua, o, si no, vuelve pronunciable la manera extraña de pronunciación acomodándola a la manera que le es habitual, en lugar de esforzarse por adquirir la articulación extranjera con todos sus pormenores, como quiere hacerlo el fonetista; así también el pueblo obligado a aceptar la lengua de su vencedor, ante la diferencia de base y modo de articulación, echa mano de sustituciones fonéticas. El peligro de tal procedimiento es máximo allí donde los sonidos de las dos lenguas no son enteramente diversos, pero tampoco enteramente iguales. Un sustituto fonético completamente extraño impediría la inteligibilidad o impresionaría muy desfavorablemente, y en caso de semejanza bastante grande, esta semejanza caería fácilmente en igualdad con una de las variantes de cada sonido existentes en cada uno de los grupos lingüísticos mayores.

Se trata, ante todo, de resolver esta cuestión: Semejante influencia etnológica ¿es o no posible y verosímil en América? Con otras palabras: Los americanos que hoy hablan español ¿son descendientes de españoles, de indios o de otros pueblos, o bien mestizos de razas diversas? La respuesta es mucho más difícil y compleja de lo que pudiera parecer a primera vista. Las relaciones etnológicas del Nuevo Mundo son aún muy poco conocidas¹. Bastante tienen los etnólogos profesionales con los numerosos problemas, todavía absolutamente sin resolver, relativos al parentesco de los indios mismos; los historiadores y geógrafos se contentan con indicaciones superficiales cuyas fuentes son de muy varia naturaleza y, finalmente, las estadísticas demográficas de procedencia hispanoamericana son dudo-

¹ [Véase ahora el valiosísimo trabajo de ÁNGEL ROSENBLAT sobre *El desarrollo de la población indígena en América*, en la revista *Tierra Firme*, Madrid, 1935, números 1, 2 y 3. Editado también aparte: Madrid, 1935.]

sas y sospechosas, aun en los casos en que pudieran proporcionar los mejores datos, ya que, en general, no hay más grave ofensa para un hispanoamericano que la sospecha de que tenga en las venas sangre india o negra.

No es posible calcular sino aproximadamente el número de colonizadores europeos — en especial españoles — que vinieron a América antes del siglo XIX; yo no he encontrado hasta ahora una sola vez ni siquiera un cálculo aproximado. Lo seguro es que el número de mujeres que inmigraron era incomparablemente menor que el de los hombres. Los conquistadores y los primeros colonos permanentes hubieron, pues, de unirse con mujeres indígenas. Aun cuando las mujeres hubiesen aprendido también el español, su pronunciación debía de estar naturalmente influida por la lengua materna, y por cierto que la influencia materna en el aprendizaje infantil del idioma es mucho mayor que la del padre. No es, pues, casualidad que justamente la palabra — extendida por casi toda Sudamérica — que designa el lactante y, en general, el niño: *guagua* (pronunciada en Chile *wawwa*, *w* = ingl. *w* con estrechamiento dorso-postpalatal) proceda del quichua, lengua en que esa palabra es la que emplea la madre — y no el padre — para designar al niño (cf. MIDDENDORF, *Wörterb. der Keshuaspr.*, Leipzig, 1890, pág. 417). Aun en los casos en que la madre era española, había que temer la influencia de las lenguas indígenas por intermedio de las nodrizas y criadas indias, que a menudo ejercen todavía mayor influjo que el padre y la madre¹. Dadas estas circunstancias, lo notable es precisamente que el influjo indígena parezca ser, en general, tan escaso en el español.

Atendiendo a lo particular, la relación entre europeos e indígenas en las distintas zonas de América central y meridional es evidentemente muy diversa. Debo reconocer, por desgracia,

¹ Lo mismo podría observarse en Chile acerca del alemán de los inmigrantes. Aun cuando padre y madre pongan el mayor empeño en conservar su lengua, las primeras palabras de los hijos son, casi sin excepción, españolas.

que me faltan todavía datos seguros sobre las peculiaridades precisas de la mayoría de las regiones de América: por lo general son muy difíciles de conseguir. Mis propias observaciones directas se limitan sólo a Chile; las indirectas, es decir, por testimonios fidedignos, al Perú, Ecuador y Argentina. Por lo que he podido comprobar hasta ahora, debemos dividir los países de Hispanoamérica, según su manera de población, en tres grupos, dejando completamente de lado los indios no civilizados que hablan lenguas indígenas: 1) países en que los blancos se han mezclado relativamente poco con los indios y donde éstos son por naturaleza pacíficos y hasta se encuentran en cierto grado de cultura, acatando el régimen político de los blancos, con los que mantienen relaciones — intercambio de productos y mercancías —, pero que viven en otra región, enteramente aislados, y sin que se les pueda resolver a aceptar la cultura europea y a abandonar su propia lengua; ejemplo, el Perú; 2) países en que los indios son de suyo cosa inferior y se mantienen en actitud hostil frente al europeo, pero, capaces de civilizarse, van abandonando su lengua y sus costumbres y se castellanizan; ejemplo, Chile; 3) países donde los indios, si bien han adoptado fácilmente la cultura europea, aventajan en número a los blancos a tal punto que la lengua indígena funciona en propiedad como idioma nacional, sobre la que el español se alza sólo como lengua oficial del gobierno; ejemplo, el Paraguay. A los países de la primera clase pertenecen Perú, Bolivia, Ecuador y probablemente también Colombia y Venezuela: es decir, en primera línea los países del antiguo imperio de los Incas. El blanco habita en estas regiones las proximidades de la costa y algunos escasos valles; en cambio, los indios quichuas y aimaraes viven en las faldas de la cordillera y en las mesetas, dedicados a la agricultura y a pequeñas industrias; pero ofrecen a la verdadera cultura europea una tenaz resistencia pasiva y se obstinan en su lengua. Al segundo grupo pertenece Chile y, al menos en parte, la Argentina. Todavía a comienzos del siglo xvii el autor de la primera gramática araucana, el padre Luis de Val-

divia habla de la difusión de la lengua araucana desde Coquimbo, en el norte, hasta Chiloé, en el sur, y da, por ejemplo, muestras de esa lengua en la región de Santiago; pero hoy el araucano está reducido a una zona relativamente muy angosta del sur de Chile. La población hispanohablante se estima hoy en cerca de tres millones; la de los indios, en sólo cincuenta mil. No cabe, pues, duda ninguna de que el núcleo principal de la población baja está constituido casi exclusivamente por indios que han olvidado su lengua e introducido algún cambio en su género de vida; y aun hoy pueden verse diariamente en la frontera, entre Angol, La Victoria y Traiguén, cómo los araucanos van transformándose gradualmente en chilenos: no tienen más que cambiar su traje regional y su lengua. En el color de la tez y en los rasgos fisonómicos es frecuente no hallar diferencia alguna entre el «chileno legítimo» que habita el Centro y el indio del sur, aunque, como es natural, también la población nativa está mezclada, más o menos profundamente, con sangre europea. Así, pues, mientras en el Perú, frente a la población europea — dominante y dirigente —, está el indio puro, en Chile hay una población nacional de nivel inferior que habla español, pero que es esencialmente de procedencia indígena.

Al tercer grupo pertenece el Paraguay, cuya población indígena recibió ya parcialmente la cultura europea, en época temprana, por medio de los misioneros, en lo que se apoya para reivindicar, en cierto modo, frente a los europeos inmigrados, la igualdad de derechos. Debido a esto, el guaraní es hasta hoy la lengua familiar de casi todo paraguayo, aunque, influido ahora por el español, no sólo ha aceptado de los europeos numerosos sustantivos, sino hasta el sistema íntegro de numeración (el guaraní tenía antes un sistema quinquenal, algo incómodo y hoy totalmente superado gracias a los hispánicos: cf. *Pequeño ensayo de la gramática del idioma guaraní*. Por los Padres del Seminario. Asunción (del Paraguai) 1891, pág. 10) y aun palabras como *bueno, mismo, algún, cada, entero (= todo)*¹.

¹ [Véase ahora MARCOS A. MORÍNIGO, *Hispanismos en el guaraní*. Es-

En los países del primer grupo — por lo menos, lo sé con precisión del Perú — la lengua indígena, prescindiendo del vocabulario, no ha tenido casi ninguna influencia en la pronunciación castellana de la clase dominante. El español del Perú es, en la medida en que lo conozco, a través de la pronunciación y de los datos de mis oyentes, casi castellano puro. Fuera de la igualación de *s* y *z* en una *s* de articulación áptico-supraalveolar de timbre grave, que por tanto corresponde con bastante exactitud al castellano, sólo tengo noticia, además, del cambio de *n* final en *ŋ* (*taŋ, uy, bien*) y de la tendencia a formar verdaderos diptongos (*ái, áu*) de las sílabas *aí, áu*; pero el español del Perú las comparte ciertamente con muchas otras regiones de España misma. La *d* intervocálica parece ser allí por lo menos tan firme como en Madrid; es decir que cae especialmente en la terminación *-ado*¹.

No puedo permitirme opinar, por falta de datos y de medios

tudio sobre la penetración de la cultura española en la guaraní, según se refleja en la lengua. Bajo la dirección de AMADO ALONSO. Instituto de Filología, Buenos Aires, 1931.]

¹ [La pronunciación *-ŋ* tiene en España una geografía muy compleja y extensa. T. NAVARRO TOMÁS, *Manual de pron. esp.*, § 110, dice refiriéndose a la *n* final: «muchas personas, acaso por influencia dialectal, pronuncian en estos casos, en vez *n* una *ŋ* velar: *faθón*, etc. Ninguna de las regiones españolas, ni siquiera Castilla, carece de este fenómeno, que unas veces se extiende por zonas más o menos amplias, otras veces por localidades aisladas». Sobre *ái, áu* (*páis, bául*), de gran extensión por casi toda América, por las dos Castillas y por Navarra y Aragón, véase AMADO ALONSO, *Problemas de dialectología hispanoamericana*, pág. 7 y 11. La pérdida de *-d-* en *-ado* es muy extensa; para las regiones que todavía la conservan véase la nota de Alonso y Rosenblat en *Bibliot. Dial. Hisp.* I, p. 230. Por lo demás, el castellano rural del Perú tiene una grandísima parte de los fenómenos fonéticos que Lenz registra en el castellano rural de Chile. Para comparar con validez el castellano de ambos países, Lenz hubiera tenido que referirse al rural o al universitario de ambos, no al rural de Chile o al universitario del Perú. Véase ahora PEDRO M. BENVENUTTO MURRIETA, *El lenguaje peruano*, Tomo I. Lima, 1936.]

auxiliares, sobre los países del tercer grupo, al que, además del Paraguay, pertenecen probablemente también las zonas vecinas del noreste argentino y quizá también el Uruguay, mientras que las del noroeste corresponden, como parte del antiguo imperio quichua, al grupo peruano-boliviano. Sin embargo, tengo por verosímil, o a lo menos por posible, que se hagan sentir también allá influencias del guaraní.

Interesantísimas son, sin duda, las condiciones lingüísticas de Chile y de la región, idiomáticamente emparentada con Chile, del centro y sur de la Argentina. La lengua indígena de esta zona es el araucano, que se habla aún hoy en Chile al sur de los 37 grados de latitud, y en la Argentina en la vertiente oriental de los Andes y también algo más al norte y en la pampa, llegando por el sur hasta unos 45 grados. Creo muy probable, como en muchas ocasiones lo señalo en mis *Estudios Chilenos*, que la pronunciación popular del español en Chile deba muchos de sus rasgos característicos a influencia del araucano, pero, por lo demás, ha proseguido su desarrollo independientemente y constituye tal vez la rama más peculiar que haya nacido del tronco castellano. Puede afirmarse perfectamente que, a no mediar la acción consciente de los cultos, gracias a la cual, desde los esfuerzos de Andrés Bello en el segundo cuarto del siglo XIX, se estudia celosamente el *castellano*, el habla de Chile, abandonada a sus propios recursos, hubiera llegado a reunir todas las condiciones necesarias para constituir una nueva lengua románica. Prevalece hoy en Chile la opinión de que la pronunciación de las personas educadas ha mejorado visiblemente a partir de los últimos cincuenta años ¹, vale decir, se ha vuelto más castellana; pero está todavía muy lejos de ser castellano puro. Particularmente, las correcciones desatienden por completo aquellos defectos de pronunciación que la ortografía española no puede señalar con un signo especial, como la pronunciación chilena de la *j* ante *e*, *i*, como χ y $\acute{\chi}$, es decir, mediopalatal

¹ [Escrito esto en 1892].

y prepalatal fricativa, en lugar de la postpalatal o velar que aquí sólo se usa delante de *a, o, u*, mientras en España, como también en el Perú, se emplea ante todas las vocales.

II

INFLUENCIA DEL ARAUCANO EN LA EVOLUCIÓN DEL ESPAÑOL EN CHILE

INTRODUCCIÓN

El problema de la posibilidad o de la efectiva realidad de las influencias étnicas en la evolución de la lengua ha sido muchas veces objeto de discusión. En teoría, no puede hacerse la menor objeción, como hemos visto más arriba, contra la posibilidad o, más bien, contra la verosimilitud de tal influencia. Es, pues, muy natural ver en la evolución peculiar de un dialecto románico que tiene base etnológica también peculiar, el influjo del sistema articulatorio de la lengua local originaria (lengua casi siempre desaparecida enteramente en el área románica). Pero en cuanto entramos a estudiar los casos concretos, comienzan a acumularse las dificultades. El celta de las Galias, al que tan a menudo se ha atribuído el cambio de $\bar{u} > \ddot{u}$, es muy poco conocido: imposible asegurar nada sobre la articulación exacta de tal o cual sonido en lenguas indígenas tan poco conocidas. Debemos limitarnos a hacer inferencias retrospectivas, que en este caso, por ejemplo, nos llevan a admitir, teniendo en cuenta la menguante palatalización de la $\ddot{u} < \bar{u}$, la existencia de una \ddot{u} fundamentalmente distinta de la del francés moderno, con elevación posterior de la lengua y con menguante abocinamiento labial¹: articulación cuya existencia hemos supuesto hasta la época en que se cumplió el movimiento palatalizante de las consonantes francesas y que se explicaría por una tendencia

¹ Cf. mis observaciones en *Kuhns Zeitschr. f. vgl. Sprachf.*, XXIX, p. 46.

céltica — aún por demostrar —¹ contraria al abocinamiento de los labios; pues sólo por obra de esa tendencia aparecería aquella *ü* posterior al querer pronunciar una *u*. Lo mismo puede decirse, si no fuera aún más inseguro, del cambio $f > h$ en España y Gascuña, que se debería a influencia ibérica — de no haber ocurrido en una época en que ya no puede hablarse en rigor de una base ibérica eficaz —² y a otros fenómenos parecidos³. Pienso, por consiguiente, que la actitud escéptica y prudente de Thurneysen (*ob. cit.*, pág. 13) frente a toda admisión de posibilidades teóricas, es el único punto de vista acertado.

[En la citada refundición castellana, no destinada a técnicos, el doctor Lenz es mucho menos precavido y se deja llevar por lo que podríamos llamar afán sensacionalista de etnismo. Dice así:] Ahora, conocido este hecho [la sustitución de sonidos al aprender una lengua extranjera], es palmaria la gran probabilidad de que la diferencia que padeció el latín vulgar en las distintas provincias, sea debida en parte a la diferencia de las razas y lenguas que se encontraban allí primitivamente. Y esta opinión es aceptada comúnmente por la ciencia, aunque hasta ahora ha sido imposible comprobarla con exactitud. Se cree, por ejemplo, que algunas peculiaridades del francés, como la pronunciación *ü* en lugar de *u*, sean debidas a particularidades de la lengua céltica, pues se encuentra este cambio casi únicamente en territorios que fueron ocupados por celtas. Igualmente se ha creído que el cambio de la *f* inicial en *h*, que se encuentra en España y en la Gascuña, se debe a alguna influencia del idioma ibero.

¹ Cf. THURNEYSSEN, *Keltoromanisches*. Halle, 1884, pág. 10 sig.

² [R. Menéndez Pidal ha renovado por completo la teoría del iberismo de este fenómeno en su extraordinario libro *Orígenes del español*, Madrid 1926. Menéndez Pidal documenta no sólo la aspiración de la *f* (= *h*) sino también la pérdida de *h* varios siglos antes de lo que los lingüistas suponían. Para las discusiones acerca del influjo de las lenguas suplantadas sobre las suplantadoras (celtismo, iberismo, osquismo, etc. en el romance, ver W. MEYER-LÜBKE, *Introducción a la lingüística romance* (Trad. de A. Castro), Madrid, 1926, §§ 230-248 y MAX L. WAGNER, *El español de América y el latín vulgar*, Buenos Aires (Inst. Filología), 1924, sobre todo la primera parte.]

³ Cf. *Kuhns Zeitschr.*, XXIX, pág. 50.

Otras opiniones semejantes se han emitido varias veces con relación a otros sonidos y otros pueblos; pero, lastimosamente, como hemos dicho, ninguno de estos casos está comprobado: muchos, al contrario, después de una indagación más exacta, han resultado ser imposibles. (Así, por ejemplo, se ha sostenido a menudo que el sonido de la *j* castellana, que no se encuentra en ninguna de las otras lenguas literarias neolatinas — pero sí en varios de sus dialectos —, es debido a los árabes, cuya lengua, como se sabe, abunda en tales sonidos « guturales ». Esto es absolutamente imposible, pues la *j*, *g*, *x*, en castellano antiguamente no tenían la pronunciación moderna, sino que, más o menos hasta el año 1600, se pronunciaban como la *ch* francesa, y, en otros casos, *j* y *g* como la *j* francesa — en transcripción *š* y *ž*—. En palabras de origen árabe, pues, no corresponde a la *j* un sonido igual a *x* — fricativa dorso-velar —, sino una *š*; v. g. *ojalá*, portugués *oxalá* — *x* = *ch* francesa —; en árabe *en scháh allah* = 'si quisiera Alá').

La dificultad insuperable que hay en probar tales influencias étnicas está fundada en el hecho de que en todos los casos presentes la lengua de la raza primitiva ha desaparecido por completo y apenas es conocida más que muy superficialmente. ¿Cómo será posible, pues, conocer exactamente la manera de articular la *u* entre los antiguos galos, si de su lengua apenas conocemos algunas palabras aisladas?

Veamos ahora si nos es dado probar tales influencias étnicas en el desarrollo que el castellano desde cuatrocientos años ha tomado en América, habiendo visto que, por verosímiles que fueran esas influencias, no nos ha sido posible probarlas en el nacimiento de las lenguas románicas, a causa de la gran distancia del tiempo y de la pérdida de las lenguas primitivas. Continuemos, pues, en el análisis de los puntos de semejanza y de diferencia entre la propagación del latín en Europa y la del castellano en América.

Aquí, en América, las condiciones son mucho más favorables para la observación. Las lenguas que es preciso tener en cuenta al estudiar los cambios del español no son tan desconocidas como para dejar campo libre — como el antiguo celta, por ejemplo — a cualquier hipótesis, sino que son aún hoy lenguas vivas. La época en que ellas ejercieron influencia sobre el español no dista un milenio de nosotros, sino de dos a tres siglos o, mejor dicho, esa época dura todavía hoy. En especial la lengua araucana, llamada por los pobladores mismos *mapuche*, es decir '(lengua de los) hombres del país', la conocemos muy bien por las gra-

máticas de los misioneros ¹. Ya con un conocimiento superficial del asunto, en el curso de mis *Estudios Chilenos*, me pareció probable, basándome en los datos de la mejor de las gramáticas, la de Febrés, que precisamente algunos de los desarrollos más notables del español en Chile debían de apoyarse en influencia de la pronunciación y del modo de articulación del araucano. Puedo ahora hacer afirmaciones más precisas, después de haber realizado, con ese solo objeto, un viaje a la *Frontera*, en Collipulli, en el que pude al menos escuchar e interrogar a algunos indios que sabían español.

Mi sospecha se tornó certidumbre personal, y quiero en estas páginas ofrecer el material recogido al juicio de los técnicos. Aquí no hago más que insistir en las principales observaciones sobre fonética chilena que hago en los *Estudios Chilenos*. Para la exacta descripción fisiológica de los sonidos chilenos, remito al lector a aquel trabajo mío.

¹ *Arte y gramática general de la lengua que corre en todo el Reyno de Chile, con vn Vocabulario, y Confessionario. Compuestos por el Padre Luys de Valdivia de la Compañia de Iesus en la Prouincia del Piru... En Lima por Francisco del Canto. Año 1606.* Reedición facsimilar de Platzmann, Leipzig, Teubner, 1887.

Arte de la lengua general del reyno de Chile. Con un dialogo chileno-hispano muy curioso: a que se añade... un vocabulario hispano-chileno, y un calepino Chileno-Hispano mas copioso. Compuesto por el P. Andres Febres misionero de la Comp. de Jesus. Año de 1764... En Lima, en la calle de la Encarnacion. Año de 1765. Reeditada en 1846, en Santiago de Chile con correcciones de Fray Antonio Hernández Calzada, por P. Miguel Angel Astraldi. Una reedición sencilla ha sido cuidada por Juan M. Larsen, Buenos Aires, 1884.

Chilidúgu sive res Chilensis, vel Descriptio Status tum naturalis, tum civilis, cum moralis Regni populique Chilensis, inserta suis locis perfectae ad Chilensem Linguam Manuductioni. 1777 Monasterii Westphaliae... opera P. Bernardi Havestadt. Reimpresión facsimilar de Platzmann, 1883, Leipzig, Teubner.

He dejado de lado algunas reimpresiones de menor importancia de estas mismas gramáticas. Espero poder ofrecer alguna vez indicaciones más exactas de una nueva gramática del araucano.

Para precisar las relaciones mutuas entre la pronunciación araucana y la española tenemos, prescindiendo de la observación y comparación directas de ambas pronunciaciones actuales, algunos medios auxiliares históricos que debemos tener en cuenta, pues no sería imposible que tal o cual rasgo de la pronunciación actual fuera de fecha muy reciente, y especialmente porque, en realidad, algunos desarrollos fonéticos del Chile central deben ser por completo independientes de la influencia araucana. Tales medios auxiliares son: 1) los datos de las gramáticas sobre la pronunciación araucana, de comienzos del siglo XVII (Valdivia) y de la segunda mitad del siglo XVIII (Febrés, Havestadt).

2) El tratamiento de los préstamos españoles en araucano.

3) El tratamiento de los préstamos araucanos en el español de Chile.

III

FONÉTICA DEL ARAUCANO

Entre las cuatro cosas que hacen fácil el aprendizaje del araucano, menciona Luis de Valdivia (f° 6 r°, según el facsímil de Platzmann): «La quarta, que toda la difficultad de esta lengua no consiste en mas que en sauer pronunciar vna vocal imperfecta y vna consonante que frequentan mucho estos Indios: a las quales en breues dias se haze el oydo y se aprenden, y con solas las reglas que se ponen en el capitulo primero desta Arte donde se trata de la pronunciacion y orthographia, se acertaran a pronunciar aun sin auerlas oydo. Otras tres consonantes que estos pronuncian algo diferentemente que nosotros, son muy faciles como se vera». En el primer capítulo «de la pronvnciación y orthographia» (f° 7 r°) se describe muy especialmente la vocal ù [fonet. ĩ, la inversa de ü] «estos Indios pronuncian un sonido medio entre la (e) y la (u) y vsan muy frecuentemente del, hiriēdole antes y despues con las letras

consonantes, al modo que nosotros herimos las cinco vocales; y aunque es menester oyrle para percebirle, y acertarlo a pronunciar biē con todo esso se puede dar regla para saberle pronunciar, y es, que teniendo los labios abiertos y sin meñarlos cosa alguna y juntos los dientes de arriba con los de abaxo el que quiere pronunciar este sonido, pretenda pronunciar de proposito (*u*) y el sonido que saliere tal qual fuere esse es el que pronuncian estos Indios. Y despues que se haga el oydo a el con facilidad, y sin cuydado, aunque esten los dientes apartados, se pronunciara: y diferenciase el sonido perfecto de la (*u*) de esse suso dicho en que la (*u*) quinta vocal pide necessariamente para su pronunciacion fruncir algo los labios. Pero esta sexta vocal desta lengua, pide lo contrario, que no aya movimiento alguno en ellos». . . «y hase de advertir que quando esta sexta vocal se junta a otras vocales, suena algo a modo de *g*, como en este vocabulo *Relùe*, que significa siete, y en otros». Ni un fonetista moderno describiría mejor esta ü [aquí i] de la cuarta serie vocálica de Trautmann; una combinación de enérgica articulación lingual de la *u* hasta volverse fricativa velar con abertura alargada e indiferente de los labios.

Menos lograda es la descripción de la consonante peculiar (f° 7 v°); se asemejaría a la *g* de *ga*, *go*, *gu* tal como la pronuncian los *gangosos*; «pero diferenciase en que el golpe que nosotros damos para decir (*ga*, *go*, *gu*) no es gutural, sino en medio de la boca, pero estos Indios le pronuncian gutural». Valdivia representa este sonido con una *g*; se trata de una nasal dorso-velar η . Los demás sonidos característicos son, según Valdivia (f° 8 r°), una dental *l*, *n* («arrimando la punta de la lengua a los dientes, lo qual no tiene la primera pronunciacion nuestra — es decir, la *l*, *n* españolas — que se forma cõ la punta de la lengua en el paladar alto») y una ápico-prepalatal *l* («y al contrario quando los Españoles pronunciamos *la*, *te*, *ti* etc. arrimamos la punta de la lengua a los dientes: pero estos Indios para su segunda pronunciacion destas syllabas arriman la punta de la lengua al paladar alto»). Valdivia transcri-

be 'l, ñ, t̄, pero deja casi sin caracterizar las dos primeras, ya que se diferenciarían muy poco de los sonidos españoles l, n (que por lo demás no son ápico-prepalatales sino sólo alveolares), existentes también en araucano — lo mismo que la t dental.

Son raras en araucano (f° 8 v°) la g (como en *ga, go, gu*), ç, f, j, s y x (sería interesante saber si Valdivia, al hablar de j y x, se refiere todavía a sonidos distintos (ž y š) o si está hablando sólo de letras); lo mismo la r fuerte inicial española (*ra, re, ri, ro, ru*) «cõ la fuerça que nosotros la pronunciamos». «De la r, vsan en el sonido q̄ nosotros en estas palabras, *araña, quiero*, & c., y también la aprietan vn poquito más, pero por ser tan poca la diferēcia, no se haze señal en el character de la r». Además Valdivia habla de las dificultades que el español hallará para pronunciar las frecuentes combinaciones de dos consonantes a comienzo o final de sílaba, pero que no forman sílaba aparte.

El padre Andrés Febrés, como catalán nativo, percibe muchos sonidos de manera algo distinta y más exacta que Valdivia. Describe la pronunciación de la ù en forma muy parecida a su antecesor y siguiendo, sin duda, sus observaciones (pág. I de la edición original): «Su pronunciación se hace teniendo los labios algo abiertos, y sin moverlos, procurando pronunciar de propósito nuestra vocal u. . . Casi del mismo modo pronuncian los Catalanés la t de estas palabras *Amant, Dient*, que los Indios la ù de *antù*»; por lo demás, la pronunciación de *cùme, tùcun* sería aproximadamente *qme, tcun*, como escriben otros (por ejemplo Valdivia) y a veces también el mismo Febrés. Estos son precisamente ejemplos de aquellas combinaciones, que cita Valdivia, de dos consonantes en principio o fin de sílaba, que no forman sílaba aparte. Es que la ù tiene en araucano dos funciones — lo que ninguno de los gramáticos indica con claridad, pero que puede inferirse de su uso y que yo puedo afirmar con precisión por observación directa —: primera, como vocal plena, por ejemplo, *rùpù* 'el camino' (Valdivia escribe *rpuù*), y segunda, como vocal indiferente de los araucanos que es in-

sertada en todos los grupos difíciles de consonantes, sobre todo iniciales, pero a menudo también en otras posiciones¹. De todos modos, no es posible separar claramente ambas funciones, debido a la acentuación vacilante del araucano en la ligazón léxica del hablar; así, *antù*, pronunciado *ánt̩* (indico la vocal reducida con *̩*) con una *t* claramente explosiva al final, a la que sigue una especie de sonido vocálico de apoyo: esto es lo que Febrés quiere dar a entender con su comparación con el catalán *Amant*. La *t* de Valdivia la escribe Febrés como *th* «y se hace tocando la punta de la lengua á lo alto del paladar».

La *ŋ*, característica del araucano por su frecuencia, como dice con razón Febrés (pág. 2), la representa con *g*: «se pronuncia en lo mas adentro de la boca, abriendola un poco, y tocando la punta de la lengua en las encias de los dientes de abaxo. . . Esta pronunciacion es gutural (debería decir «nasal»), al modo de la de los Gangosos, y algo semejante à esta latina *Sanctus*, en la *n*, como tambien à esta otra catalana, *tinch*, *sanch*, en el sonido de la *n*».

Pero hay además, según Febrés (pág. 3), otra *g*, que él escribe *gh*, y que se pronuncia como en castellano *ga*, *go*, *gu*, italiano *ghe*, *ghi*, . . . «mas lo dicen un tantito mas suave». Una *u* precedida de *gh* sería siempre *ù*. Parece referirse, como resulta evidente de los ejemplos, a la misma consonante velar fricativa sonora que según Valdivia acompaña a menudo a la *ù*; Febrés escribe *relghe*, *ghùlmen*, *coyaghtun*; Valdivia, *relùe*, *ùlmen*, *coyàùtun*, vale decir que el elemento fricativo de la *ù* se destaca más fuertemente en posición inicial y con función semivocálica. Aquí la representamos como *g* fricativa sonora: *g*².

¹ [Hay que admitir la probabilidad de que la pronunciación araucana varió desde 1600, época en que Valdivia la observaba, hasta 1890, época de las observaciones de Lenz. Los grupos consonánticos que anotó Valdivia se desharían con la vocal epentética que observa modernamente Lenz.]

² [Quizá no es segura esta interpretación. Como en tiempo de Febrés, la *g* española de *ga*, *go*, *gu* ya era fricativa (*g̃*), parece que con ese «mas

«No usan en su Lengua el *ja*, *jo*, *ju*, ni el *ge*, *gi* castellano, ni la *s*, *x*, *z*, ni tampoco la *B*, ni la *F*, antes en vez de estas dos usan de la *v* consonante. . . la qual mas adentro, hacia Valdivia, la pronuncian un poco mas fuerte, que se parece mas à la *F*. . .»; más al norte se la pronuncia *v*.

Luis de Valdivia, como español, representa sin vacilar este sonido con una *b*, es decir, como bilabial fricativa, que en araucano, como variante dialectal, a menudo pierde más o menos completamente su sonoridad, aun en la misma palabra pronunciada en un mismo lugar. Yo he oído pronunciar las mismas palabras, por los mismos indios y en combinaciones léxicas enteramente análogas, unas veces *tɨba* y otras *tɨfa* (partícula demostrativa). Semejantes vacilaciones fonéticas son un interesante fenómeno fisiológico en el que hasta ahora [año 1892], según mis noticias, nunca se ha insistido. No llegan a la conciencia del hablante, lo cual se advierte con claridad en que los españoles, cuando no se les llama especialmente la atención sobre ello, al repetir un *va* que se les proponga, lo harán pronunciando *ba*, o bien *ba*, y al repetir *aba* lo sustituirán seguramente por *aba*.

La *r* araucana, según Febrés (pág. 5), cualquiera sea su posición, no se pronuncia «tan duro» como en *rayo*, *parra*, ni «tan suave» como en *para*, *María*, *mar*, «sino en un medio, doblando algo la punta de la lengua arriba, ò à un lado».

La *l* y la *n* dentales puras son mencionadas ocasionalmente por Febrés, pero por lo común no son detalladas, como poco importantes.

Por último, habla también de la frecuente vacilación entre

lo dicen un tantico más suave» se refería a algún otro carácter articulatorio que el de la fricación. Tenemos descripciones de las variantes fricativas de nuestras *b* y *d*, desde 1591. Véase DÁMASO ALONSO, *Una distinción temprana de b y d fricativas*. RFE, 1931, XVIII, pág. 15-23. Aunque aquellos gramáticos no pararon mientes en la alternancia *g-g*, no cabe duda de que es su contemporánea, pues las tres sonoras *b*, *d*, *g*, forman un sistema.]

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

o y *u*, *n* y *ñ*, *l* y *ll* (es decir *l*), *th* y *ch*; «suelen los Indios mudar la *r* en *d* y más en el *ja*, *jo*, *ju* Catalan, ò *gia* Italiano, ò *ge*, *gi* Frances, para hablar melindroso que se parece à la *s*, como *duca*, *juca* por *ruca*», etc. Esto equivale a decir que la *r* araucana es una *z* áptico-supraalveolar que vacila entre *ʒ* y *ɖ* (dental fricativa alargada sonora)¹. El misionero español no disponía de designación simple para este sonido; la *ɖ* (representada por *d*) parece tan lejos de corresponderle exactamente como la *j* (en catalán *ʒ*) que de hecho Febrés emplea de múltiple manera en su vocabulario.

Frente a las indicaciones del catalán Febrés, resultan muy pobres las del alemán Bernardo Havestadt. Algunas son sin embargo de cierto interés porque Havestadt describe también los sonidos españoles; así, en la pág. 2 (de la reimpresión): «ç... valet tantundem ac *c* vulgare positum ante *e* & *i*; aut quantum *s*»; p. 3: *g* ante *e*, *i*, como *j* y *x* «... pronuntiantur ferme ut *h*, ... Hispani habent ejus (sc. litterae *h*) sonum & aspirationem, eamque satis fortem... *tijeras*, *trabajo*... pronuntiantur uti a Germanis legitur: *tiheras*, *trabacho*». Sorprende en estas observaciones que Havestadt no represente con la *ch* alemana la *j* de *tijeras* y la emplee sin embargo en *trabacho*. No sería imposible que la diferencia en la transcripción de las dos palabras se explique por la diferencia — que existiría ya en el español de Chile — entre la *j* de *tijeras* y la de *trabaxo*². Me parece dudoso que la distinción entre *x* y *j*, de la

¹ [No parece justa esta interpretación. Lo que Febrés dice es que los indios *suelen mudar* la *r* en *d* y más frecuentemente en *ʒ* (*j* francesa), «para hablar melindroso». Es seguro, pues, que si la *r* *se mudaba* en *ʒ*, no era *ʒ*. Al parecer se trata de una pronunciación afectiva («para hablar melindroso»), algo así como los vascos que mudan su *t* en *t̪* (casi *ch*) en unas partes, en otras *k̪*, con un matiz de expresión afectuosa: *ailá* es 'padre', *até* 'padrecito'.]

² [Un poco dudoso, pues la actual pronunciación chilena de la *je*, *ji* (*tijeras*) tiene una articulación muy avanzada, mediopalatal, la de *jo*, *ju* (*trabajo*) es velar. La *h* que es una fricativa faríngea, (esto es, más atrásada que *je*, *ji* y que *jo*, *ju*) no podría nunca haber sido elegida para

que Havestadt habla en la pág. 5, tuviera todavía realidad fonética¹. Dice Havestadt: *x* ante vocales «profertur aliquanto durius magisque quam jota; licet inter ipsas alioqui magna sit cognatio; nisi quod litera *x* est magis gutturalis». Muy difícil me parece asimismo decidir si con la afirmación (pág. 6) de que «*z* interdum sonat asperius quam *c*, aut *s*; & quasi Gallorum *z*; saepius tamen sonum obtinet eundem cum *ç*» se da a entender la pronunciación sonora de la *z*, lo que sí es verosímil para época anterior y en determinadas posiciones.

Característico para los alemanes es que Havestadt, como muchos fonéticos aún hoy, desconoce la naturaleza de la *ch* (pág. 2): «*ch*. . . effertur ut a Germanis. . . *tsch*, ita ut extremum linguae (indica, pues, la punta de la lengua, lo que es absolutamente falso para la *ch* española) oris palato illidatur, ac dentes labiaque magis comprimantur, quam in sonando *ch* Gallorum». Pronunciaba, pues, exactamente como los alemanes, *tʃ* en vez de *ç*; y de aquí también esta otra observación enteramente falsa (pág. 4): «*f* (que representa la *th* de Febrés) aequivalet *ch*, nam in nullo differt». Se ve, pues, que Havestadt sólo ha podido establecer la distinción — que coincide en general con la de Febrés — entre las palabras indígenas con *ch* o con *th* (*ç* o *t*) siguiendo indicaciones escritas de sacerdotes españoles. Deficiente es también la afirmación de que «*g* (la *g* = *η*, de Febrés) effertur *ng*». De la *ù* dice en la pág. 5: «pronunciatur ut *i* vel ut *u* Gallorum: vel pronuntia *u* latinum & ordinarium, uti in hac voce *cuculus*, apertis labiis at dentibus clausis»; en cambio, delante de vocal sonaría como la *y* española en *mayor* o como la *y* inicial de *gegeben* en alemán (especialmente en el

representar una variante más avanzada. Sin duda Havestadt, que no habla muy delgado en fonética, no intentaba referirse a una descripción fisiológica de la articulación, sino a la sensación acústica del sonido que oscilaba entre la *h* y la *ch* (*j* esp.) del alemán.]

¹ [No la tenía, con toda seguridad. En estos pasajes de Havestadt hay reminiscencias de lecturas de las muy ricas descripciones de los gramáticos españoles de hacia 1600.]

alemán de Colonia). Él la escribe como *û*: *relûe*, *lamûen* (Febrés: *relghe*, *lamghen*). En posición final, la *û* se pronunciaría como *gh* (es decir *g*).

De estos datos de los gramáticos y de las observaciones que yo mismo he hecho en el trato oral con algunos indios de Collipulli (valle del río Malleco, en la frontera norte de la Araucanía actual) resulta para el araucano el siguiente sistema fonético:

Vocales y sus combinaciones

Las vocales del araucano son *u*, *o*, *a*, *e*, *i*, *ĩ*; la *ĩ* es de timbre oscuro y se acerca a veces a la *e*; entre *u-o* y *e-i* hay a menudo vacilaciones; la *ĩ* es muy frecuente como vocal reducida: la represento en ese caso con *ɨ*; con función semivocálica este mismo sonido pasa a ser una *ɣ* velar, cuyo característico ruido fricativo acompaña también con mayor o menor intensidad a la *ĩ* inicial. Son muy empleadas las combinaciones de varias vocales, hasta cuatro o más; pero no parece haber verdaderos diptongos ¹.

En la pronunciación de todas las vocales se muestra una fuerte tendencia contraria a la contracción enérgica de los músculos labiales; la abertura es siempre (también en *u*, *o*) más alargada que redondeada. La lengua tiende a levantar su dorso hacia la parte anterior del velo del paladar. Las vocales son en general de duración mediana, algo más largas las acentuadas, y a menudo — a semejanza de las vocales largas del alemán del norte — se alargan exageradamente. El acento vacila según la combinación léxica (fonética sintáctica); en general, en las palabras terminadas en consonante, se acentúa la última sílaba plena (es decir, que no contenga *ɨ*), y en las palabras primitivas polisílabas terminadas en vocal, la penúltima sílaba. Las sílabas terminadas en vocal son, con mucho, las más numerosas; cuando termina en consonante ésta es, por lo comprobado,

¹ Sobre mi concepción de los diptongos verdaderos debo remitir al capítulo correspondiente de mis *Estudios Chilenos*.

frecuentemente *n*, *m*, *l*, y más raramente *ll*, *ŋ*, *ɲ*, *ɸ*, *g*, *d*, *z*. No hay vocales nasales.

Sistema consonántico

| Punto de articulación | Explosivas | | Fricativas | | Nasales sonoras | Laterales sonoras |
|-----------------------|---------------------------|-----------------------|---------------|------------------------|--------------------|-------------------------|
| | sonoras | sordas | sonoras | sordas | | |
| Labio + labio | | p | ɸ (v)w | ɸ ɸ (f) | m | |
| Linguales { | ápice + dientes | d ¹ | t | ɸ | ɲ | l |
| | » + alvéolos | | t̪ | | n | l |
| | » + paladar anterior. | | t̪ | z (z̪) | | l̪ (l̪) |
| | dorso + paladar anterior. | | ç | | ɲ | l |
| | » + » medio .. | | k | y | | |
| | » + » posterior | | k | | | |
| » + velo del paladar. | | K | g | | ŋ | |

Apenas se recorre con la vista este sistema de consonantes, se advierten dos grandes vacíos que no volvemos a hallar en ninguna lengua indoeuropea, pero sí, en forma análoga, en muchas lenguas americanas. Faltan casi por completo las explosivas sonoras y las fricativas sordas. En cada una de ambas series tenemos sólo un representante, y aun la **d** coincide probablemente con la **ɸ**¹, es decir que el sonido correspondiente — que, por lo demás, en cuanto he podido comprobarlo, es siempre postdental, nunca interdental — se articula con oclusión variable, más o menos completa. Lo cierto es que no se encuentra **d** con oclusión completa. La **ɸ** o **ɸ** que, como señalo más arriba, es una **ɸ** más o menos sorda, no debe ser considerada como sonido aparte, sino como una variante, ocasional y dialectalmente preferida, de la **ɸ**; no sé con suficiente precisión si la **f** labiodental aparece en los dialectos del sur; tampoco es para mí segura, sino sólo verosímil, la presencia de la labio-

¹ Por otra parte, este sonido es en general muy raro; los gramáticos lo transcriben también a veces con *s*.

dental *v* en lugar de **b**. Tenemos, pues, cuatro variantes del mismo sonido.

Ignoro asimismo si la vacilación entre *t*, *n*, *l*, postdentales y alveolares responde en realidad a diferencias de significación o es sólo ocasional e individual, o bien está ligada a determinados grupos fonéticos. Son muy características las articulaciones áptico-prepalatales. La **t** es un sonido de explosión impura que se produce haciendo cesar la oclusión no con toda la punta de la lengua al mismo tiempo, sino comenzando por la línea media. Este sonido tendría, pues, cierta semejanza con la *ê*, de la que se distingue no obstante con claridad por el ruido más bajo, tan característico de las áptico-prepalatales como el ruido alto que acompaña a las dorso-prepalatales. Es un sonido muy común en araucano. No he podido comprobar aún si esa vacilación, mencionada por los gramáticos, entre **t** (acaso sea más correcto transcribir **ṭ** y dejar **t** para las áptico-prepalatales explosivas puras) y *ê* existe realmente o se explica por confusión del oyente español. La **ṭ** es muy parecida al grupo *tr* en inglés del sur, sólo que el sonido araucano es tan instantáneo como una verdadera *ê*, mientras el inglés *tr* en *try* es claramente *t + š* (y además no es articulada tan arriba como la **ṭ**).

La *ž*, que los gramáticos escriben *r* y que Febrés también representa a veces por *j* (es decir *ž*), es supra-alveolar — llega hasta prepalatal — con ruido grave (por lo tanto, más parecida a una *ž* que a una *z*).

Con **ṭ** designo aproximadamente una *l* grave ¹ tal como se emplea en la proximidad de *i* o de *ı̄*: es, pues, una variante condicionada fisiológicamente, no considerada como sonido independiente. Los gramáticos no la describen; no sé con exactitud si su punto de articulación es realmente prepalatal; lo característico de este sonido es la tensión hacia atrás y la elevación de la parte posterior y raíz de la lengua.

¹ [Como catalán *mal*, inglés *well*.]

ŋ, ɲ son los sonidos dorso-prepalatales puros («mojados»).

k, K, k̄ están fisiológicamente condicionadas por la vocal siguiente (i, a, ĩ) y no son diferenciadas por los gramáticos.

y es la dorso-mediopalatal fricativa sonora, semejante a la y española de *mayo*.

g es a veces consonante pura (sólo delante de a) y a veces es una ĩ semivocálica. Así también la w es una u semivocálica con tendencia a la elevación de la parte posterior de la lengua, que los españoles escriben *hu* o *gu*. Ya he hablado de la ŋ; es muy frecuente en posición inicial o media; más rara en posición final.

Si comparamos el sistema fonético del araucano con el del español, observaremos en el primero la falta de los siguientes sonidos españoles:

b (en español casi sólo tras m), d, g; f (^ʝ), θ, s, x; r, rr (y además los sonidos del antiguo español ž, š). El español carece de los siguientes sonidos araucanos: ĩ, ɲ; t̄ (K), ž; (φ); t̄.

IV

HISPANISMOS LÉXICOS EN ARAUCANO

Para comprender qué modificaciones requerían las palabras españolas para adaptarse a los hábitos de lengua de los indígenas, observemos las palabras tomadas del español tal como las registra, en especial, Febrés en su *Calepino Chileno-Hispano*. Su propósito visible es sólo hacer comprender a sus compatriotas los cambios introducidos en esas palabras por los indios. Febrés no anota aquellas palabras que no han sufrido cambio alguno: así, en primer lugar, las numerosas expresiones eclesiásticas, que, en su mayor parte, distaban mucho de ser populares entre los indios y cuya mutilación hubiera desagradado a los misioneros. El diccionario de Febrés data del año 1764. Pero es probable que su autor haya hecho entrar en él sin modificaciones mucho material tomado de antiguas obras manuscritas de quienes le precedieron en esa tarea... Por otra

parte, la pronunciación española de la segunda mitad del siglo XVI (y la del XVII) es decisiva para los préstamos de vocabulario, pues por esa época fué cuando se tomaron en mayor número. Una (H.) pospuesta a la palabra significa que la misma forma se encuentra también en la edición mejorada por Hernández (editada en Santiago, 1846, por Astraldi); una (H.:) antepuesta indica las formas que aparecen sólo en Hernández.

No estudio las vocales separadamente, debido a su sencillez; sólo revelan la vacilación, propia del araucano, entre *e-i*, *o-u*, habitualmente con preferencia por la última de cada par.

Consonantismo

No se produce ningún cambio en los casos en que los sonidos de ambas lenguas son iguales o casi iguales: «*lichi* (H.)-la leche, *lichican* (H.)-sacarla ¹; *lumo* (H.: *lomu*)-lomo; *mancu* (H.), *mancun*-dizen de un cavallejo manco, maltratado»: usado también en general sin sentido despectivo; auténtica palabra de mozo de cuadra del siglo XVI, que se ha vuelto corriente en toda América como sustantivo puro, con múltiples derivaciones: *mancarrón*, *mancarronada*. Zorobabel Rodríguez en su *Diccionario de Chilenismos* (Santiago, 1875) intenta explicar esta palabra como de origen araucano: prueba de que, por lo menos en buen español, no es conocida. ² Granada, en el *Vocabulario Río-platense* (Montevideo, 1890, pág. 268), rectifica ya este error.

«(H:) *empachan*, empacho, empacharse.

(H:) *peinetun*, peinarse.»

Además: *misa*, *Dios* y muchas otras expresiones eclesiásticas.

La *v* y la *b* españolas no fueron reproducidas, las más veces, con la *v*, porque este sonido, a causa de su sonoridad indecisa

¹ Cito siguiendo exactamente la ortografía de Febrés.

² [*Mancarrón* está en el Diccionario de la Academia como adjetivo y como sustantivo, y, por cierto, referido a otra palabra, *matalón*, que ha debido influir en la formación *manco* > *mancarrón*.]

y también por la articulación enérgica, corresponde más bien a la *f* (de ahí H.: *convesan* confesarse), sino por *hu* (esto es, *w*) y a veces por *p*.

«*v*: *alvis* (H.) — las alberjas» (ésta era ciertamente la forma más usual en los siglos XVI y XVII, y se ha mantenido hasta hoy en el habla popular de toda América y así se imprime a menudo; en santiaguino *arberxa*).

«*uvad* (H: *uvas*) — dizen las ubas (sic).

vela, la vela (s. v. *merun*).

vria — dicen por decir brea.

w: *aghuas*, ò *ahuas* (H.) — habas.

cahuallu, ò *cahuellu* (H.) — cavallo.

huaca (H.) — ganado, bacas (sic), toros, bueyes.

huancu — el banco, asiento.

llahuy (H.) — la llave, ò puerta, *llahuytun* (H.)-encerrar, ò cerrar la puerta...

[206] *p*: *napur* — el nabo (H: *napūr*-nabos).

(H:) *capra*, *capùra*, *capuja* cabras.

(H:) *pesitun* dar ósculos, besar.

etipo, *etipu* (H: *irtipu*) — por decir estrivo.»

dr ofrecía a los araucanos grandes dificultades:

«*paye* — nos dicen à los PP. hablando con nosotros, ò *parde*: *patiru* — dizen hablando de nosotros»; también *pachiru* está mencionado en Febrés. Junto a *patiru*, Hernández cita *pagh-re*.

«*perdonan*-perdonar, ò dar devalde, de limosna: otros dicen *pedronan*». Hernández escribe *ped-noñan*; asimismo:

«(H:) *Ped-no*» en lugar de Pedro, que sin duda expresa mejor la dificultad de pronunciación.

La *g* española se transcribe generalmente *gh*, inclusive para la pronunciación de *j*, en los trozos de lectura: *ighlesia*, *ghracia*, pero también *anghel*, *virghen*, *orighinal*. En el diccionario: «*eghua*

— dicen a las yeguas» (escritura que corresponde bastante bien a la pronunciación).

«c por g: *acucha* (H)—*ahuja*» (esta ortografía, lo mismo que *abuja*, es frecuente en los textos impresos de los siglos XVI a XVIII; a estas formas (*abuja*, *ahuja*) corresponde el tratamiento de la palabra en toda América [y en España]: igualmente *auxéro*, santiaguino *aúxero* y *áuçero*).

«(H:) *yucu* — el yugo; *yuculn* — hacerlo.

(H:) *calvansu* — garbanzo.»

La *s* y la *z* españolas se conservan a veces, pero habitualmente son sustituidas por *ch* (ç), y de ese modo lo he oído yo mismo pronunciar en la palabra *çumpiru*. Muchas veces escribe Febrés *r* y *d*, que significan más o menos *z*, *ð*.

s: «*curtisía* (H: *coltesia*) — la montera, con *q̄* se hace cortesía.

(H:) *casun* obedecer, hacer caso» (esta palabra española ha penetrado también en quichua con la misma significación: *casuy*, cf. MIDDENDORF, *Wörterbuch*, pág. 179).

mansu, alternando con *manchu* (H: Error de imprenta *mansum* por *mansun*, forma habitual actualmente) — los bueyes (del español *manso*).

(H:) *mansana*, junto a Febrés *manchana*, manzana (s. v. *misqui*).

lazu (H.), junto a *lachu* (H: *ladu*) — el lazo, látigo; *lachutun*, lacear.

«*isca* — dicen la yesca.

ispada (H: *irpada*) — la espada.

espuela — espuela.

ancasn — llevar en ancas.»

ê (*ch*) por *s*: «*charam*, *charampiru* — sarampión, ò viruela.

chiñor — Señor, ò Español.

chiñura (H.) — cualquiera Española.

chumpiru (H.) — sombrero.

chíncha (s. v. *cùltheln*) cincha.»

lachu

manchu } cf. más arriba, letra *s*.

manchana }

«(H:) *chilla* — silla; (H:) *chillan* — ensillar.»

r por *s*: «*achur* (H: *ajus*): ajo (debe ser el plural, como indica también H.)

(H:) *pepitar* — pepitas.

(H:) *irpada*, cf. *ispada*, en la letra *s*.

(H:) *irtipu* — estribo.»

d por *s*: «*ubad* (H: *uvas*) — uvas.

(H:) *ladu* (junto a *lachu*) — *lazu*.

(H:) *ledan* (junto a *lezan*) — rezar.»

Hay una vez *ch* en lugar de *st*: «*cachilla* — el trigo, por decir Castilla, de donde les vino»; y dos veces falta la *s* delante de consonante:

«*etipo*, *etipu* (H: *irtipu*) — por decir estribo.

etacahue, *estacahue*¹ — un cuchillon, ò macheton, con que hacen estacas.»

La *rr* española se representa por *r* en «*carita* (H.) — carreta», o también 'artillería', «(H:) *charu* — *jarro*.» Pasaje de *r* inicial (es decir, *rr* española) a *l*, «(H:) *ledan*, *lezan*»; delante de consonante: «*calva* (H: *calvansu*) — garvanzos.»

«(H:) *collesia* — cortesía.»

Las antiguas *j* y *x* españolas son reproducidas en general por *ch*, más raramente por *r*, *s*, *d*. Todas estas grafías hacen suponer la antigua pronunciación *š*, pues la *j* actual (fon. *x*) la reemplazan los araucanos (como muchos franceses) por *k*; así es como he oído pronunciar *jarro*: *kázu*, Juan: *koán*.

¹ El araucano expresa con *hué* una relación general (instrumento, objeto, cosa, lugar en que se vive) con otro concepto sustantivo o verbal; por lo tanto, en este caso significa 'instrumento para hacer estacas'.

ch por *j*, *x*: «*achur* (H: *ajus*, es decir, con pronunciación catalana: *j* = *ž*) — ajos.»

«*acucha* (H:) — ahuja.

chalma — enjalma, avio ò fuste. (H: *chalman* ensillar).

charu (H.) — cualquiera jarro.»

r por *j*, *x*: «*llentir* — las lentejas.

s d por *j*, *x*: *ovicha*, *ovisa* (H: *ovida*) — la oveja.

(H:) *alvis* las alberjas.»

V

LA FONÉTICA CHILENA COMPARADA CON LA ARAUCANA

Si ahora comparamos la fonética del habla chilena, tal como la he estudiado detenidamente en los *Estudios Chilenos*, con la araucana, aparecen — estoy personalmente convencido de ello — tantos puntos de contacto entre ambas lenguas, que creo lícito atribuir la evolución peculiar del español de Chile precisamente a la influencia de este estrato araucano subyacente. Con otras palabras: el español de Chile (es decir, la pronunciación del pueblo bajo) es, principalmente, español con sonidos araucanos. Esta tesis recibe fuerte apoyo de mi observación de que la pronunciación española de los indios hispanohablantes que he podido interrogar no se distingue en absoluto de la de los *guasos* chilenos, lo que no podría suceder, sin duda, si hubiera diferente base y manera de articulación.

*Vocalismo del español de Chile*¹

Las vocales simples puras no presentan alteraciones considerables. Si ya en los castellanos verdaderos la articulación labial

¹ Me limito a repetir aquí muy abreviadamente las observaciones princi-

es bastante relajada (en comparación con el francés, por ejemplo), a los chilenos les es imposible todo lo que sea contraer los labios abocinándolos; únicamente en la *o*, y menos en la *u*, los labios a menudo se abocinan débilmente. Se observa junto a esto una tendencia general a levantar el dorso de la lengua hacia atrás. Sé por experiencia que el chileno imita fácilmente casi todas las vocales inglesas, mientras que las vocales de las palabras francesas *peur*, *peu*, *pu* con labios redondeados le presentan dificultades casi invencibles. Su base de articulación es, pues, exactamente la del araucano.

Los grupos vocálicos de tipo *aú*, *ái*, *ói* se transforman en *áu*, *ái*, *ói*; *ái* pasa a *éi*, sin coincidir, pues, con el español *ái* (*traigo*); *traído* > *třéido* o *téido*. *eá*, *eó* > *iá*, *ió*: *pe-liándo*, *pior*; *oá* > *uá*: *almohada* > *armuá*¹.

Consonantismo del español de Chile

1. Las oclusivas sordas *p*, *t*, *k* permanecen invariables; la *k* asimila siempre su punto de articulación al de la vocal siguiente (como en araucano): así, pues, dice *kosa*, *kasa*, pero *keso* (casi *kieso*), *kero* (quiero), *kita* (quita). *ch* (*ç*) no varía; en casos aislados tiende a veces a *š* o a *řs*².

2. Las oclusivas sonoras *b*, *d*, *g* se encuentran casi únicamente después de las correspondientes nasales *m*, *n*, *ŋ*; la *b* también a veces, como en español, en posición inicial de palabra, en la pronunciación enfática. En los demás casos *b*, *v* se pronuncian *ɸ*, bilabial fricativa en general muy relajada, y desaparece más o menos completamente en la terminación *abo*:

pales de fonética chilena; para más detalles, véanse mis *Estudios Chilenos*. Aquí me refiero sólo a la pronunciación del bajo pueblo.

¹ [Véase nuestro apéndice al final de este estudio, para la rectificación del araucanismo en esta evolución. Son fenómenos muy generales a los dialectos de España y América.]

² [Véase nuestro Apéndice II.]

así *nao* < *nabo*, *rao* < *rabo*. La *d* intervocálica se articula casi siempre muy débilmente; por lo regular, cae en grupos como *údo*, *úda*, *ído*, *údo*, etc.: *amáo*, *amá*, *querío*, *pelúo*; en cambio se conserva siempre después de diptongo descendente: *léido* < *leído*, *kéido* < *caído*, etc. Muy frecuentemente las *cantoras* introducen, al cantar, una *d* intervocálica falsa: dicen *querida* no sólo por *querida* sino también por el imperfecto *quería*. La *d* final es muda.

El grupo *dr* en posición interior se vuelve *gr* o *ir*: *padre* > *pagre* y habitualmente *paire* (cf. más arriba la pronunciación araucana de esta palabra), lo que ocasiona, entre las personas semicultas, falsas correcciones como *adre* en lugar de *aire*.

La *g* en cualquier posición pasa a ser *g* o *y* (más cerrada que la *y* española, parecida a la *j* alemana), según el punto de articulación de la vocal que le sigue; así pues: *gana*, *gusto*, pero *yerra*, *yinda*. A veces la *g* intervocálica desaparece completamente, a favor de una *u* siguiente: *láuna* < *laúna* < *lagúna*, *au'lína* < *Agustinas*¹.

3. Las fricativas sordas. La *f* es pronunciada por muchos como bilabial φ ²; delante de *u* y a menudo delante de *o* predomina un estrechamiento dorso-prevelar. La *j* (*x*) se asimila a la vocal siguiente como la *k* y la *g*: *íxa* (hija), pero *axí*; *xente* se pronuncia con frecuencia como *xiente*, *muxel* (mujer). La *s* es en general dorso-subalveolar fricativa sorda. Se conserva las más veces en posición intervocálica y en inicial, pero en las últimas capas sociales su articulación es a menudo muy relajada y aun sustituida por un estrechamiento de la laringe, de lo que resulta una *ś* aspirada que suele llegar hasta una *h*: *casa* > *caśa* > *caha*; *suśa* > *suba* > *hu(ś)a* (suba). Delante de consonante y en posición final antes de pausa la *s* plena es imposible; existen todos los grados posibles de debilitamiento,

¹ [Contra el araucanismo de estos cambios, véase nuestro Apéndice II.]

² [Véase Apéndice II.]

hasta la completa desaparición, a veces con alargamiento de la vocal precedente o de la consonante siguiente: *mi'smo* > *mi'mo* > *mi'mmo*, *mīmo*, o más bien con la antigua forma popular *mes'mo* > *me'mo* > *memmo* > *mēmo*. De las consonantes que siguen, las que reciben acción más intensa son las fricativas sonoras: *ju'gan*, *jujgan* y *jujan* (juzgan); *ře'baló*, *ře'faló*, y *řefaló* (resbaló); *řejuarda* y *řewarda* (*w* es *w* sorda con clara fricación prevelar) = *resguarda*. La *s* desaparece casi enteramente delante de *f*: *φφoro* < *fósforos*, incluso en lenguaje más cuidadoso: por ejemplo *ađmófera* < *atmósfera*¹. Este tratamiento de la *s* constituye el punto más curioso de la fonética chilena². No hay persona culta que esté en el caso de pronunciar con propiedad cada *s*, por más esfuerzos conscientes que haga. No hay *s* sonora.

4. De las fricativas sonoras, nada tenemos que decir sobre la *y*, fuera de que en casos individuales llega a convertirse casi en *ÿ* y en otros en *ž*. Ya me he referido a la *ɮ*. La *w* (representada en la escritura por *hu*, *bu*, *vu*, *gu* ante vocal) va acompañada de un ruido fricativo dorso-prevelar más o menos fuerte; después de nasal se pronuncia siempre *gw* o *gu*: por tanto, *huevo* > *wevo*, *bueno* > *weno* (pero también *bueno* con oclusión firme, en comienzo de frase), *vuelto* > *werto*, *vergüenza* > *ber(g)wensa*; en cambio, *un huevo* > *uŋ güebo*, *un buey* > *uŋ güei*, *un buen vino* > *uŋ güem bino*, *envuelto* > *engüerto*.

5. La pronunciación popular de la *r fuerte* es *ř* o *ž*—el sonido araucano ya descrito, *ž* fricativa áptico-supraalveolar, o prepalatal, poco apretada, a veces con sonoridad deficiente. La *r* simple se reduce mucho delante de *d*, *t*, *n*, *s*, que toman enton-

¹ *t* > *đ* delante de *m*, *n*, *l*; en la misma posición, *k* > *g*. Cf. en este volumen *Estudios Chilenos*, IV.

² [Este tratamiento tiene una gran extensión en España y en América. Ver Apéndice II.]

ces el punto de articulación de la *r*; así *peṛsona*, poco más o menos como *rs* en sueco: *soṛdo*, *arte*, *tiempo* suenan a menudo casi como *soddo*, *atte*, *tiempo*. Igual pronunciación tiene en Chile central la *l* seguida de consonante; se dice, pues, *arma* < *alma*, *gorpe* < *golpe*; *arṭo* < *alto*, *esábado* < *el sábado*, etc. La *l* se conserva sólo delante de *ê* y de *ṭṛ* (= *ch* y *tr*); delante de *ê* la *r* se cambia en *l*: *marcha* > *malcha*, *colchón*, *corcho* > *colcho*, o más bien *mallecha*, *collechón*, *collecho*, es decir que la *l* es asimilada al punto de articulación de la *ch*; *kíṭṭṛo* ('perrito', probablemente voz araucana). El grupo *tr* se pronuncia *ṭṛ* (muy semejante al fonema araucano ya descrito *t* (*th* de Febrés): *olṭo*, *ṭṛaigo* < *traigo*, etc.¹. La *r* final de palabra se transforma más o menos completamente en *l*: *andar* > *andal*, y a veces en una *n* imprecisa: *bendén* < *vender*.

6. La *ll* (*ʎ*) se cambia, en Chile central, en *y*: *ello* > *eyo*. La *ñ* se mantiene como *ɲ*².

7. *m*, *n*, *ɲ* (esta última sólo delante de oclusivas postpalatales y velares) se conservan. Únicamente cuando están seguidas de *x* — y en menor grado delante de *s* — se articulan las nasales con oclusión bucal imperfecta, lo que da lugar a la frecuente nasalización de la vocal que precede: *e'poŋxa* y *e'pōxa* < *esponja*; *gaⁿso* y *gāso* < *ganso*³.

El español de Chile dispone, pues, dejando aparte algunos matices más finos que alternan con la desaparición de la *s*, del siguiente sistema de consonantes:

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

¹ [El doctor Lenz ignoraba entonces que esta pronunciación de la *rr* y del grupo *tr* es casi general a toda América y tiene una extensa zona en España. Ver nuestro Apéndice al fin de este trabajo.]

² [Sobre la geografía del yeísmo en España y en América ver *Bibl. Dial. Hisp.* I, §§ 156-159, y notas de A. Alonso y A. Rosenblat.]

³ [Fenómeno general al español. Ver AMADO ALONSO, *Problemas de dialectología hispanoamericana*, II. *Nasales*. Buenos Aires, 1930.]

tr. Es que en realidad hay muchas palabras que se pronuncian de las dos maneras; en tales casos, la forma con *t* es la culta, con *tʃ* la vulgar: así en el nombre de pájaro *tenca* y *trenca*, es decir *tʃɛŋka*; *tiuque* y *triuque* (*tʃiuque*); de igual modo, *talca* y en Chile central *tʃarka* 'trueno'; *coloto*, alternando con *cotʃotʃo* 'joroba'.

En absoluta oposición a las leyes fonéticas del araucano, aparecen en la fonética chilena (mejor, santiaguina) que acabamos de describir los dos cambios siguientes: el pasaje de *ll* española a *y*, siendo así que *ɟ* es en araucano un sonido muy abundante; y el cambio de *l* ante consonante en *r* (*ɹ*), pues en los hábitos lingüísticos del araucano entra perfectamente la *l* seguida de consonante, pero no la *r* (es decir *ř*) en esa posición. Con esto concuerda el *collesia* en lugar de *cortesia*, citado por Hernández, y *calvanzu* < *garbanzo*. Pero lo que en un comienzo me pareció contradecir la influencia araucana se reveló luego como uno de los más fuertes apoyos de mi tesis. En el sur de Chile, región en que todavía hoy viven los indios — o han vivido hasta hace poco — no conoce estos dos cambios fonéticos. La *ll* se pronuncia perfectamente como *ɟ* en la Frontera, en Llanquihué y Chiloé. El cambio de *l* + consonante en *r* no lo he observado en la Frontera; no se encuentra, según datos fidedignos, en Llanquihué ni en Chiloé, pero sí, en cambio, en la ciudad de Valdivia, a donde fué sin duda importado del norte; en Chiloé se hace mofa precisamente de los valdivianos con la palabra *sordao* (en vez de *soldado*). Con esto creo haber demostrado que el desarrollo fonético peculiar del dialecto chileno se halla sometido, en casi todos sus rasgos principales, a la influencia del araucano¹. Queda por realizar todavía una labor complementaria. El dominio de los araucanos se extendía primitivamente hasta la desembocadura del Río de la Plata (igno-

¹ Claro que no se excluye la posibilidad de que tal o cual fenómeno habría podido evolucionar de la misma manera, aún sin base araucana. Pero lo importante es la analogía de muchos puntos en una misma época. La influencia araucana no explicará la naturaleza de los procesos fonéticos

ro si en la vertiente oriental de la Cordillera llegaron por el norte hasta más allá de Mendoza). Hay que admitir, por lo tanto, que también en territorio argentino deben hallarse influencias del araucano. Puedo afirmarlo ya con seguridad en lo que toca a la pronunciación de la *s*, que parece ser en Argentina casi o del todo igual a la chilena. Los otros caracteres lingüísticos escapan a mi observación, pues no se indican en la escritura corriente, aun en textos escritos e impresos que reproducen intencionalmente el habla popular. No me atrevo a confiar en la pronunciación de extranjeros, y me ha faltado hasta ahora oportunidad para hacer observaciones directas. Espero volver más tarde sobre este punto.

ADVERTENCIA ¹. — Me hallo ahora en condición de añadir a mis observaciones sobre las bases de la evolución del español en América algunas importantes correcciones y notas complementarias, que arrojarán nueva luz sobre la naturaleza étnica de Chile. Mis datos se deben a informes orales del gran historiador chileno Diego Barros Arana. A juzgar por tales datos, es indudable que casi todos los conquistadores y la mayoría de las gentes que les siguieron procedían de Extremadura; algunos hubo también de Andalucía; de todas las otras provincias de España, ninguna contaba casi con representación en Chile durante los siglos XVI y XVII. Debo, pues, ahora admitir sin reticencia que lo más probable es que el español de América ofrezca formas dialectales extremeñas. El extremeño, según mis noticias, se parece mucho al andaluz.

Sólo después de que en el siglo XVIII se autorizó a todos los puertos españoles a comerciar libremente con América (hasta entonces sólo gozaban de ese derecho Sevilla y luego también Cádiz), llegaron numerosos inmigrantes también de otras regiones españolas, en especial multitud de comerciantes y obreros de Galicia, de Asturias y de las provincias vascongadas. Las familias de apellido vasco, que cuentan en Chile con muchos representantes, llegaron, pues, al país, por primera vez en el siglo XVIII.

en el español de Chile (y hasta sería necesario poner en claro cada uno de esos procesos), pero sí por qué tales fenómenos fonéticos aparecen justamente aquí en este caso.

¹ [Esta *Advertencia* fué publicada como apéndice en las páginas 212-214 de la misma revista. En la traducción española han sido suprimidos o abreviados — con el conocimiento del Dr. Lenz — algunos pasajes no pertinentes al interés dialectal.]

El que hoy precisamente sean tan numerosos en las capas sociales superiores demuestra simplemente la laboriosidad y fuerza para el trabajo de estos españoles del norte.

* A causa de sus condiciones propias, Chile pasó a ocupar un puesto especial entre todas las colonias españolas. Mientras en todos los demás países de América la delgada capa de europeos vino a sobreponerse e interponerse entre las pacíficas tribus indígenas, los araucanos opusieron al invasor una larga y tenaz resistencia que más de una vez llevó a los españoles al borde de la ruina y a la desesperación. Pero como los conquistadores se empeñaban en no abandonar el país, por causa de los yacimientos de oro, más esperados que reales, y a causa de la fertilidad del territorio, se vieron obligados los indios a mantener guerras continuas. Por eso Chile empleó y recibió en el curso de los siglos XVI y XVII mayor cantidad de soldados españoles que todo el resto de Sudamérica. Los soldados eran enviados a Chile, en expediciones de centenares y hasta de mil hombres, en parte directamente de España y en parte del Perú y la Argentina, y era necesario enviar siempre nuevas expediciones, no porque las primeras hubieran sido aniquiladas, sino porque la mayor parte de los soldados preferían, después de algunos años, renunciar a la guerra y establecerse pacíficamente.

Así se explica que, ya a comienzos del siglo XVIII, desde Copiapó, en el norte, hasta el Biobío, al sur de Concepción, los indios estuvieran en parte desalojados y en parte asimilados, y que los europeos se hubieran afirmado también en Valdivia, Osorno y Chiloé. Largo tiempo continuaron viviendo los araucanos en sus dominios del sur, en absoluta independencia y en permanente hostilidad con los vecinos españoles. Hace sólo unos tres decenios desde que han abandonado casi por entero la resistencia bélica; hoy, rechazados cada vez más lejos por los colonos agricultores, están condenados a extinguirse. Dentro de cincuenta años, el último descendiente de esta valiente estirpe en la ladera occidental de los Andes habrá abandonado su traje y su lengua nacionales. De ahí que al comenzar la guerra de emancipación, a principios del siglo XIX, Chile fuera el único país sudamericano de población unitariamente hispanohablante, el único país en que no se produjeron más cuestiones de nacionalidad. El araucano, como elementó completamente aislado, no debe ser tenido en cuenta al hablar de los chilenos. En Chile, que cuenta con una de las poblaciones más densas de Hispanoamérica, toda la población habla solamente español, mientras en Perú y en Bolivia casi toda la población indígena habla aún hoy, en forma más o menos exclusiva, quichua y aimará, y estas lenguas son también utilizadas ocasionalmente por la mayoría de la población blanca como lengua familiar, o a lo menos son comprendidos por ella. Si un presidente de Bolivia decidiera mañana elevar el aimará a lengua del Estado, los mismos senadores y diputados podrían, sin grandes dificultades, conti-

ñar en la lengua indígena los debates parlamentarios sostenidos hoy en español.

De todo lo dicho resulta claro por qué en Chile ha podido desarrollarse un verdadero dialecto popular español. En otros países hispanoamericanos los habitantes que hablan español forman sólo la casta superior y gobernante; falta, en mayor o menor medida, un bajo pueblo hispánico o habita sólo un par de grandes ciudades. Así se comprende también que el peruano hable su español, aprendido en la escuela, con más pura pronunciación castellana que el chileno. Si los alemanes del norte hablan un alemán general más puro que los del sur, debido a que el dialecto popular del norte se ha alejado más, en su evolución propia, de la lengua literaria, ¡cuánto más fácil es comprender un hecho análogo en un país como el Perú, donde hay un hispanohablante, más o menos ilustrado por la escuela, por cada cinco indios, mientras aquí hay un chileno instruído por cada cinco hispanohablantes que no saben leer ni escribir (y la proporción de 1:5 es todavía una suposición demasiado optimista)! Por otra parte, se afirma que el español de los chilenos educados, dejando de lado la pronunciación, es mucho más correcto y rico que el de otros hispanohablantes. Aun los bolivianos, los argentinos del norte, los paraguayos instruídos, dejan adivinar, por su español desmañado, que en su infancia aprendieron antes el habla indígena de las nodrizas que el español.

Queda por averiguar si el elemento negro ha ejercido influjo lingüístico, y en qué medida, ya que los negros desempeñan tan importante papel en la mezcla de razas en todo el norte de la América meridional, incluso en el norte del Perú. En Chile falta por completo el elemento negro; en las calles de Santiago no se ven más negros que en las de Berlín. Bolivia tampoco tiene negros ni mulatos. Venezuela parece ser la nación donde esta raza cuenta con más numerosos representantes.

Cuervo (*Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, 4.^a edición, Chartres, 1885, § 306)¹ dice: «Es tan común como repugnante el empleo del pronombre *vos* en lugar de *tú* en la conversación familiar... Si el uso que hemos dicho se hace de *vos* fuese constante, sería soportable; pero nadie dice *os* donde debe emplearse, sino que en su lugar se usa *te*, de lo cual resulta un menjurge que encalabrina los sesos: todos hemos oído, y Dios sabe si aun habremos dicho: «Vos decís eso, pero te aseguro que no es cierto». Pasa de aquí el desacuerdo, pues o se usa la segunda persona del singular del verbo en vez de la del plural, como «vos le pedías», o se corrompe bárbaramente

¹ [En ediciones posteriores, Cuervo modificó considerablemente el tono y el contenido de sus observaciones sobre el voseo. Cf. § 332 de la sexta edición (París, 1914): «El uso de los pronombres de segunda persona ofrece en Colombia (y en mucha parte de América) singularidades sorprendentes: 1º, las formas *tú* y *vosotros* han desaparecido de la lengua familiar, y sólo tienen cabida en lo literario; 2º, *tú* se reemplaza con *vos*, y éste se junta con las formas arcaicas *amás*, *tenés*, *dijistes*, *tomastes*, *andá*, *comé*, *salí*; de donde el olvido de las formas corrientes *amas*, *tienes*, *dijiste*, *tomaste*, *anda*, *come*, *sal*; 3º, a semejanza de las formas arcaicas dichas, que no acaban en *ais*, usan *vos comías*, *andabas*, que vienen a coincidir con las segundas personas de singular de la lengua literaria; 4º, el *vós* no se usa sino como agente (o sujeto) o después de preposición: «Vos lo decís», «No quiere ir con vos», «Se queja de vos»; 5º, el vulgo mira como insultante el *ti*: «Más *ti* serás *ti*»; 6º, *Os* ha caído también en olvido, y en su lugar dicen *te*: «Vos decís eso, pero *te* aseguro que no es cierto»; «Si la tocás, *te* mato.» Inútil es decir que a quien esté acostumbrado al modo de expresarse culto y literario, todo esto le suena a barbarismo.»]

la propia del plural, como «vos sí que lo querés». Sobre el mismo asunto véase Andrés Bello (*Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, § 113 [en la edición vigésimosegunda, § 234, nota]): «El *vos* de que se hace tanto uso en Chile en el diálogo familiar es una vulgaridad que debe evitarse, y el construirlo con el singular de los verbos una corrupción insoportable».

Claro que el asunto no queda liquidado con el precepto de los gramáticos que ordena usar *vos* sólo para dirigirse a Dios y a los santos, a ciertas altas personalidades y corporaciones (aparte de su empleo en poesía): ya la forma «bárbaramente corrompida» usada en Bogotá, *vos querés*, en lugar de *queréis*, indica evolución popular.

Ante todo quiero advertir que en Perú se usa del mismo modo que en Colombia; se emplea *vos* con la segunda persona del plural, pero en lugar de *os* las formas correspondientes de *te*; por ejemplo, en la pronunciación de los de Tacna, en el Perú meridional: *oyí* (= oíd) *no te vayáis* (-áis, con dip-tongo, como el alemán *Eis*; no *vayá-is*) *tan de priesa*. «¿Por qué te fuistes y me dejastes llorando?» (de una canción popular de Tacna). En la conversación familiar aparecen también contaminaciones como *vos te vas*.

Formas semejantes se usan asimismo en Buenos Aires, pero no tengo a mano por ahora ejemplos precisos. Espero poder presentarlos en otra oportunidad ¹.

Por observación personal conozco el uso de esas formas en Santiago de Chile y sus alrededores; el problema se me aparece, como se verá, bajo un nuevo aspecto. Para esa región valen las siguientes comprobaciones:

La forma genuinamente popular en conversación amistosa,

¹ [Sobre la geografía del voseo, véase P. HENRÍQUEZ UREÑA, *Observaciones*, en *RFE*, VIII, págs. 379-390, y E. F. TISCORNIA, *BDH*, III, § 97. Cf. en el mismo volumen el mapa del voseo en América y las referencias de P. Henríquez Ureña, en las págs. 289-290.]

por ejemplo entre niños, parientes y amigos, es *vos* (pronunciado *böh*: *b* bilabial fricativa muy relajada; *o* abierta y breve; *h*, poco más o menos como la alemana, y con algo de *s* si precede a vocal¹, que se construye con la segunda persona del plural; pero todos los pronombres referidos a *vos* se toman de la segunda persona del singular; la forma *vuestro* es del todo desconocida entre el pueblo. Como tratamiento de respeto se usa entre las gentes del pueblo *usted* (*u'té*, *utté*; el signo ' indica aspiración; en su lugar se pronuncia a menudo una consonante larga, parecida a ital. *tutto*, con *t* postdental); el plural es *u'tée* (ustedes); se construye como en el español general, con la tercera persona del singular y del plural; el posesivo correspondiente es *su*.

El tratamiento con *tú* y segunda persona del singular no lo emplea nunca el pueblo; las gentes comunes, en el campo como en la ciudad, sólo oyen esta palabra en boca de las personas cultas, que la usan cuando hablan familiarmente entre sí, y principalmente a los criados y subordinados. De ahí que, para el pueblo, la segunda persona del singular adquiere un significado ligeramente molesto e imperativo.

Ahora bien: como la segunda persona del plural se usa para dirigirse a una sola persona, y formas como *vosotros tenéis* aparecen principalmente como plural de la forma «culto» *tú tienes*, la lengua popular santiaguina carece por completo de un tratamiento familiar para dirigirse a varias personas. Esto se remedia acudiendo a *ustedes* con la tercera persona plural de los verbos, forma que, así usada, pierde por su parte toda solemnidad². Por eso es frecuente que los criados se dirijan a los señores con la forma plena *su merced*.

Todos los pronombres personales suelen muy a menudo omitirse, inclusive — y aun en la lengua culta — *usted* y *ustedes*,

¹ Para mayores detalles sobre la pronunciación del español en Chile, véanse mis *Estudios chilenos* [incluidos en este volumen].

² [Es rasgo común al español de toda América.]

cosa que en España ocurre con mucho menor frecuencia que en Chile.

El campesino (*guasó*¹, se dice en Chile) emplea, pues, hablando a un amigo, formas como: ¿ké kerí' bôh? (¿qué queréis vos?), ¿aonde te báí bôh? (¿adónde te vais vos?).

Ó y e m e hijo desgraciao
 tus quejas las voy a oír,
 mas sabís sólo escrebir
 cuando estai necesitao.
 El corazón angustiao
 me habís puesto con tu ida;
 en riesgo ha estao tu vida.

Pero... ¿qué querís que yo haga?

Decís que soldado juiste...

Bien puede Dios permitir
 de que lleguís a sanar;
 y entonces ven a cuidar
 tu viejo, antes de morir...

Estos versos, tomados de una revista de Santiago que se distingue fuertemente por su tono dialectal, nos ofrecen (además de las formas normales de los imperativos *óye* y *vén*, que, con algunos otros, se usan también popularmente en la segunda persona del singular, junto con la segunda del plural, *oyí*=oíd, *vení*=venid) las formas usuales de la segunda del plural. En el mismo caso está, según veremos, el *juiste* (es decir, *fuisteis*). En *estai* falta también en la escritura la *s*, que se ha conservado en *decís*, *sabís*, *querís*, *habís*, *lleguís*; fonéticamente, sólo se pronuncia como una débil aspiración, o no

¹ Este sonido de *gu* ante *a* se pronuncia siempre en Chile como la *w* inglesa, con fricación simultánea del dorso lingual contra la parte posterior del paladar duro. [Véase nuestra nota a la pág. 38.]

se pronuncia en absoluto. La *i* de las formas *sabís, querís, habís* se ha tomado posiblemente, por analogía, de la tercera conjugación, aunque creo que también puede explicarse por transformación fonética, ya que he podido registrar en Santiago algunos casos, al menos para *ei* secundario inacentuado: *lisión* < *leisión* < *lección*¹. Para el subjuntivo *lleguís*, por *lleguéis*, la explicación fonética es con mucho la más convincente. La analogía, después de igualar las segundas personas del plural (de la segunda y tercera conjugaciones), ha atraído también la primera del plural de la segunda conjugación a las formas de la tercera, de suerte que en santiaguino, dejando aparte el infinitivo y el futuro (que cuenta con muy poco favor), sólo restan dos conjugaciones, cuyo presente es como sigue:

| | | | |
|--------------------|--------|---------|---------|
| yo máto | kéro | béngo | kómo |
| boh matái' | kerí | bení' | komí' |
| él (u'té) máta | kére | biéne | kóme |
| losotro matámo' | kerímo | benímo' | komímo' |
| eyo' (u'tée) mátan | kéren | biénen | kómen |

Subjuntivo:

| | | |
|---------|----------|---------|
| máte | bénga | kóma |
| matí' | béngái' | komái |
| máte | bénga | kóma |
| matémo' | béngámo' | komámo' |
| máten | béngan | kóman |

¹ [No es equiparable. La *i* de *lición* se debe a la acción metafónica del diptongo siguiente, que en la lengua culta actual se ha contenido dentro de ciertos límites (*pedir-pidiendo*, pero *tener-teniendo*) y que en los dialectos, así como en el castellano del siglo XVI, se ha extendido mucho más: *liniente*, *lición*, *virtiente*, *dispierto*, *disierto*, *confisión*, etc. Véase MENÉNDEZ PIDAL, *Manual*, §§ 11 y 18. TISCORNIA, *BDH*, III § 11, trae ejemplos de Berceo, Hita, Talavera, Alvarez Gato, Fernández de Oviedo, Valdés, Santa Teresa, Sánchez de Badajoz, Mira de Amescua y Lope. Más ejemplos literarios antiguos y de todos los dialectos modernos en A. ALONSO y A. ROSENBLAT, *BDH*, I, pág. 92 sig.]

También en el futuro la segunda persona ha admitido *i*, mientras que la primera del plural conserva la *e*, lo mismo que el subjuntivo de la primera conjugación:

| | |
|------------|--------|
| [yo] | iré |
| [vos] | irí |
| [él] | irá |
| [nosotros] | irémo' |
| [ellos] | irán |

En Bogotá se usa, según Cuervo (ob. cit., 265 [6.^a edición, § 295]), *amás, bebés, comás*. Cuervo se inclina a derivar directamente estas formas de *amades > amáes > amás, bebedes > bebées > bebés*, y cita buen número de formas en *-és*. Creo, sin embargo, que las formas bogotanas son meramente analógicas¹.

El pretérito da en Chile las siguientes formas:

| | | | |
|------------|------------------|---------|----------|
| íse (hice) | quí ² | maté | salí |
| isí'te | quí'té | matá'te | salí'te |
| íso | qué | mató | salió |
| isímo' | químo' | matámo' | salímo' |
| isiéron | quéron | matáron | saliéron |

En final de sílaba inacentuada, apenas se oye después de la *e* un resto de *s*; sin embargo, no hay duda de que es la segunda persona del plural. Por cierto que la base no es *matasteis, salisteis, fuisteis*, sino las antiguas formas *matastes, salistes, fuistes*. Cuervo dice en el § 267 [6.^a edición, § 297]: «Ya Bello observó el provincialismo que consiste en decir *tú can-*

¹ [Cf. CUERVO, *Las segundas personas de plural en la conjugación castellana*, en *Romania*, 1893, XXII, págs. 71-86, y nota 90 a la gramática de Bello; MENÉNDEZ PIDAL, *Manual*, § 107. *Amaes, amás; querees, querés*, son formas ya del siglo xv. Lenz no da razones que invaliden la explicación fonética de Cuervo.]

² φ es el fonema sordo que corresponde al *w* citado más arriba; post-palatal fricativa con fuerte redondeamiento labial.

tastes, tú dijistes, tú cedistes». No sé, por desgracia, si con esta observación Bello se refería a las formas bogotanas o a las chilenas. Pero por otra cita se ve que, de todos modos, éstas son las formas populares en Bogotá. Son las mismas que antes he consignado para Tacna, de modo que no es infundado admitirlas como base general para Sudamérica.

Como ya he dicho, la forma dominante para dirigirse a varias personas es la tercera persona del plural de los verbos, con o sin *ustedes*. Para el plural del imperativo, la tercera persona del presente del subjuntivo: singular *coma* 'come'; plural *coman, vengan* 'venid' o *vengan ustedes*'. Para los españoles, estas formas resultan muy chocantes, sobre todo cuando se emplean para dirigirse a animales. Mi *mozo* (criado), para espantar a un perro, le dice: *quítaté*, con fuerte acento secundario en el *-té* (verdadero singular), o *quitáte* (quitad te); para dirigirse a varios tiene que decir *quíten sé*, y aun quizá *quíten se ustedes*.

Resumamos lo dicho. En el caso de Chile es seguro — y en el del resto de América, probable — que en el español del siglo XVI el tratamiento de *vos* con la segunda persona de plural desalojó a la forma del singular. Por eso mismo fué tanto más necesario dirigirse a las personas de rango mayor, en tratamiento respetuoso, con *vuesa merced, vuesa señoría*, etc.¹

¹ [No es probable que la generalización de *vuesa merced, vuesa señoría*, etc. se deba a la pérdida previa de la forma *tú*. En España, donde no se perdió el *tú*, los tratamientos de *vuesa merced, vuestra señoría*, etc. tuvieron tanto arraigo, por lo menos, como en América. Y en América, no se usaron menos en Perú y en Méjico, donde el *tú* no se perdió, que en Chile o en el Río de la Plata, donde ha predominado el *vos*. En realidad, en el español del siglo XVII había un sistema de formas conviventes para dirigirse a una persona (singular), formas que precisaban y deslindaban su valor recíprocamente: *vuestra merced, él, tú, vos*. Véase, por ejemplo, Ambrosio de Salazar: «Hay cuatro maneras de cortesía en nuestra lengua: una de *vuesa merced*, otra de *él*, otra de *vos*, otra de *tú*. La primera, de *vuesa merced*: *Dios guarde a vuesa merced*, a gente de calidad; la segunda de *él*: *Dios le guarde*, a gente amigos familiares, o se dize: *Dios le guarde*, caballero; la tercera es imperativo de *vos*: *Dios os guarde*, a

Das cosas siguen siendo éxtrañas: que, con excepción del sujeto y de la forma verbal, todas las otras formas permanecieron en singular; y que, por lo menos en Chile (pero probablemente también en toda América del Sur), *tú* fué totalmente¹ olvidado entre el pueblo, con lo que se llegó a la situación que presenta el inglés. Todas las formas como *vos te vas*, *tú dijistes* y otras de ese tipo no son resultado de evolución popular, sino contaminaciones de lo puramente popular con la lengua «cult». Espero poder alguna vez ofrecer la morfología completa del español de Chile.

gente de menor estado; la cuarta de *tú*, en imperativo: Dios *te* guarde, como del padre al hijo, o de amo a criado» (*Espejo general de la gramática en diálogos*, Rouen, 1614).]

¹ [La forma *tú*, como genuinamente popular, vive ininterrumpidamente en gran parte de América. Cf. HENRÍQUEZ UREÑA, *Observaciones*, RFE, 379-390, y TISCORNIA, *BDH*, III, § 97 y págs. 289-290.]

APÉNDICE I

I. RODOLFO LENZ Y LA DIALECTOLOGÍA

HISPANOAMERICANA

POR

AMADO ALONSO

El doctor Rodolfo Lenz ha sido, por los años ochenta del siglo pasado, uno de los pocos hombres que convirtieron la observación de las pronunciaciones en una ciencia. Su nombre va acompañado de los de sus compatriotas Trautmann, Seelman, Storm, Sievers, y del inglés Sweet, del francés Rousselot, del sueco Wulff, del danés Jespersen. Entre sus numerosos trabajos hay uno fundamental que afecta a la Fonética misma como disciplina y a su posición dentro de la ciencia del lenguaje: *Zur Physiologie und Geschichte der Palatalen* [Para la fisiología e historia de las palatales], monografía publicada en la *Zeitschrift für vergleichende Sprachforschung auf dem Gebiete der indogermanischen Sprachen*, tomo XXIX (IX de la segunda serie), Gütersloh, 1887. En este estudio, la joven y poderosa inteligencia del Dr. Lenz se encara críticamente con las direcciones y los métodos de la ciencia misma a que quiere servir, y le pide precisión y seguridad de procedimientos y conciencia de sus fines. Y tanto en las direcciones como en los métodos, coopera Lenz con la mayor eficacia. La fonética descriptiva, llamada también, con inocente pompa, «fonética experimental», ha de estar al servicio de la fonética histórica («de las leyes fonéticas» dice el Dr. Lenz conforme al gusto de su tiempo). La fonética descriptiva nace como una exigencia de la fonética histórica que, puesta a dilucidar el paso de una pronunciación a otra, pide le informen con exactitud sobre el mecanismo de las articulaciones para representar bien

evolución caminos diferentes. Hoy, guardando su viejo sentido, se llena esa distinción de uno nuevo, gracias a la concepción actual del « fonema » como elemento significativo, como « forma » acústicamente caracterizada, delimitada y determinada, pues el ser apical o el ser dorsal fija en el fonema determinaciones acústicas que entran en su estructura de signo.

En la historia de la fonética española, Lenz ha de figurar siempre en lugar de honor. Por lo pronto, hay que señalar la prioridad que corresponde al Dr. Lenz en algunos descubrimientos de fonética española, que hasta ahora no se le acordaban por simple distracción.

1.º En español, cuando una *r* se agrupa con otra consonante, *pronto*, *tren*, *arte*, *creo*, etc., están ambas separadas por un momento vocálico puro. A veces ese momento vocálico se refuerza lo bastante para constituirse en vocal; así *corónica* entre otros ejemplos peninsulares, y *chácara*, *chacarero* (de *chacra*) entre los americanos. El Dr. Lenz en sus *Estudios chilenos* lo describe así: en español « es posible, y probable, que la *r* después — y quizás también delante — de un fonema sordo, pierda eventualmente sonoridad, pero esto no es, de modo alguno, necesario. A lo menos yo he oído a españoles y peruanos, y a menudo también a chilenos cultos, pronunciarla con sonoridad muy completa, como en *ar:te*, *t:rabajar*, *cuer:po*, (arte, trabajar, cuerpo), donde, entre el golpe de la lengua de la *r* y las consonantes vecinas puede percibirse un perfecto sonido glótico (svarabhakti). Entre vocal y consonante sonora o en posición final, este elemento vocálico es en Santiago muy común, especialmente en la pronunciación « culta », pues en la popular muchas de estas *r* sufren otras transformaciones, por ejemplo *tor:do*, *d:rama*, *lar:go*, *ber: (ver)* ».

FERNANDO ARAUJO, en sus *Estudios de fonética castellana*, Toledo, 1894, pág. 51, llama también la atención sobre este carácter de la pronunciación española de la *r*, sin referirse a Lenz. Después, esta sonoridad entre la *r* y la otra consonante ha sido estudiada y medida con aparatos registradores por TOMÁS NA-

VARRO TOMÁS, *Diferencias de duración entre las consonantes españolas* (*Revista de Filología Española*, 1918, V, págs. 385-387) y *Manual de pronunciación española*, § 113, y por SAMUEL GILI GAYA, *La r simple en la pronunciación española* (*Rev. de Fil. Esp.*, 1921, VIII, págs. 274 y sigs.). Yo mismo he estudiado, no su presencia, sino su ausencia en ciertas pronunciaciones dialectales: *El grupo «tr» en España y América*, en el *Homenaje a Menéndez Pidal*, Madrid, 1925, tomo II, págs. 185 sigs. Algunas veces se cita a Araujo como primer observador de esta particularidad fonética. Y ciertamente no valdría mucho la pena rectificar esta opinión, con la enmienda de que Lenz se le adelantó en un par de años, si no hubiera en ello algo más: que Araujo no puso en sus estudios lo que por sí hubiera observado, sino que lo tomó de Lenz callando la fuente. Araujo, antes de publicar en español sus *Estudios* (Toledo, 1894), los publicó en francés: *Recherches sur la phonétique espagnole*, en la revista alemana *Phonetische Studien*, dirigida por W. Viëtor, tomo III, 1890, y V, 1892. Lenz publicó sus *Chilenische Studien* en la misma revista, tomos V y VI, de modo que no hay duda alguna de que Araujo los conoció. Pues bien: Araujo no observa en 1890 — al hablar de la *r* — el momento de sonoridad entre la *r* y la consonante con que se agrupa, y sí lo observa en su edición española, 1894, después de haberlo leído en los *Chilenische Studien* de Lenz.

2.º Rodolfo Lenz ha sido también el primero en señalar y describir con brevedad satisfactoria otro rasgo importante para la caracterización y deslindamiento de varias consonantes españolas y, sobre todo, de ciertas pronunciaciones dialectales. Ahora lo llamamos *rehilamiento*, término que empleó el que esto suscribe¹, tras conversaciones con Navarro Tomás, para señalar un zumbido especial que se produce en el punto de articulación de algunas consonantes sonoras, debido a la vibración adicional

¹ *Crónica de los estudios de filología española*, en la *Revue de Linguistique Romane*, 1925, I, pág. 335.

de las mucosas linguales (o labiales, en la *v* francesa, por ejemplo). Tiene rehilamiento la *th* dulce inglesa y no la *d* española, y en eso se diferencian estos dos fonemas que, por lo demás, son igualmente sonoros, fricativos y ápico-interdentales. Tiene rehilamiento la *y* de la Provincia de Buenos Aires y no la de Cuyo, de Chile, y de la mayor parte de España y de América. La *rr* de *Enrique* o *el rey* en la pronunciación de Chile y de gran parte de América, y también en una extensa área navarro-riojano-aragonesa, tiene rehilamiento, que ya describí en mi citado estudio sobre *El grupo «tr» en España y América*. Tiene rehilamiento la *v* francesa y la valenciana; y la *j* francesa, y toda *s* sonora (la *s* francesa de *poison*, por ejemplo).

Recientemente ha dedicado un breve estudio a este fenómeno TOMÁS NAVARRO TOMÁS: *Rehilamiento*, en la *Rev. de Fil. Esp.*, 1934, tomo XXI, págs. 274-279. Se elige este término porque en Castilla y Andalucía *rehilar*, *rilar* o *rejilar* es término corriente con la significación de temblar. En un pasaje dice Navarro Tomás que designa con rehilamiento a la «vibración relativamente intensa y resonante con que se producen ciertas articulaciones» (pág. 274); y en otro, puntualizando más: «En la acepción fonética de rehilamiento comprendemos asimismo juntamente la vibración que estremece los órganos, no sólo de la laringe, sino en el punto de articulación, y el efecto acústico que de esto resulta» (pág. 276).

Navarro Tomás no tiene en cuenta a Lenz. Tampoco lo tuve yo mismo, y eso me hacía considerar falsamente como mi pequeña contribución al conocimiento de este fenómeno el haber señalado que el rehilamiento consistía en un aumento de tensión en la corriente espiratoria, acompañado de una disminución en la tensión muscular de los órganos articuladores, de modo que las mucosas linguales (o las labiales en la *v* labiodental) están como inertes y flojas y son sacudidas por la fuerte corriente de aire. (En cambio, Navarro Tomás supone un aumento en la tensión articularia.)

Con placer reconozco ahora que Rodolfo Lenz se me adelantó

en muchos años. Su exposición está en los *Estudios chilenos* que ahora publicamos. Lenz emplea el término descriptivo *Schleimhautvibration* que en nuestra traducción está vertido por «rehilamiento». La palabra alemana significa «vibración de las mucosas». Conforme a las exigencias técnicas de la Fonética descriptiva, el término alemán inventado por Lenz es más afortunado que el nuestro, pues designa el fenómeno desde el punto de vista de la producción, mientras que *rehilamiento*, en cuanto que alude al zumbido, lo designa por el lado de la impresión acústica, y en cuanto designa el temblor, no especifica qué es lo que vibra en el rehilamiento. Con todo, la ventaja del término no es otra que la ventaja de la lengua alemana para la composición ilimitada (*Schleim-Haut-Vibration*), que da frases disfrazadas de palabras, y hay que convenir en que Navarro Tomás tuvo uno de sus numerosos aciertos al dar con el término *rehilamiento*.

La concepción de Lenz sobre este punto era así ya en 1892: «No sé si ya ha sido señalada por otros esta vibración, *característica de las apicales* [z], [ž], así como de la labiodental [v]; pero lo cierto es que presta a esos fonemas, y *en menor medida a todas las fricativas sonoras*, un timbre característico que falta por completo a las sordas correspondientes, aun cuando sean de articulación débil (*lenis*), esto es, aunque tengan una debilidad articulatoria que por lo regular corresponde sólo a las sonoras. Con lo dicho dejo indicada la causa de la vibración: está en la simultánea vibración de las cuerdas vocales, y es análoga al conocido fenómeno de resonancia por el cual una cuerda se pone a vibrar al sonar otra igual o correspondiente. La vibración de las cuerdas vocales es transmitida por el aire, con especial intensidad, a las mucosas oportunamente relajadas».

Ciertamente, es de más estricto valor lingüístico la distinción expuesta por Navarro Tomás entre consonantes sonoras con rehilamiento y consonantes sin él, frente a la comprobación de Lenz (fonética, si se quiere, pero no lingüística) de que esa vibración alcanza «*en menor medida a todas las fricativas sonoras*». Lenz recalca esta extensión (es él quien subrayó) pre-

ocupado como estaba por descubrir la causa de que el rehilamiento no fuese posible en las sordas. Tampoco la simpatía tonal que Lenz señala como causa nos parece sostenible. Pero el haber sido el primero en reparar en tal fenómeno y en estudiarlo como fisonómico de ciertas pronunciaciones dialectales y, según mi propia interpretación, el señalar en él la especial intensidad de la corriente de aire con el simultáneo relajamiento de las mucosas, ya dan a su contribución un valor de primer orden, además de ser acreedor a los honores de la prioridad.

Pero donde Rodolfo Lenz ha prestado servicios excepcionales a nuestra lingüística es en sus estudios del español popular de Chile. Antes que Lenz, ya Hugo Schuchardt había publicado, en 1881, *Die Cantes Flamencos* (en el tomo V de la *Zeitschrift für romanische Philologie*), con preciosas observaciones fonéticas sobre el andaluz; A. W. MUNTHE, 1887, *Anteckningar om folkmalet i en trakt af vestra Asturien* (Upsala), y FRIEDRICK WULFF, en 1889, *Un chapitre de phonétique avec transcription d'un texte andalou* (en el *Recueil* ofrecido a Gaston Paris, Estocolmo); pero los *Chilenische Studien* de Lenz, y sus *Beiträge zur Kenntnis des Amerikanospanischen* (Contribuciones al conocimiento del español americano), publicados en Alemania en 1892 y 1893, valen sin duda como la primera descripción fonética satisfactoria — y hasta lujosa — de un dialecto hispánico. Es más, aunque tenemos estudios magistrales sobre diferentes dialectos españoles, peninsulares y extrapeninsulares, ninguno ha llegado después a los de Lenz en la descripción fonética.

Es cierto que no pocas veces nos hemos visto obligados a poner reparos y enmiendas a las declaraciones de Lenz; pero son muy raras en el aspecto fonético descriptivo; por ejemplo, sobre su personal convicción de que los diptongos alemanes son el tipo normativo para todas las lenguas y que, por consiguiente, en español no hay diptongos, porque en *pie* o *puede* no pronunciamos la *i* y la *u* tan cerradas como los alemanes; o cuando trata en vano de señalar las diferencias esenciales entre los fonemas españoles *d* y *r*, observando por medio de un inge-

nioso juego de espejos su propia pronunciación; como Lenz pronunciaba en su hablar normal la *r* uvular alemana, al contrahacer la *r* y *rr* españolas lo hacía con falseamientos que él no sospechó.

La mayor parte de nuestras enmiendas son de información. El Dr. Lenz llegó a Chile con un conocimiento gramatical y escolar del español; y al encontrarse en Chile con un lenguaje tan diferente, no pensó que también en España y en los demás países americanos el pueblo usara desviaciones análogas. Por creer específicas de Chile pronunciaciones como el seseo y la aspiración de la *s* final de sílaba, la *f* bilabial, la *r* y *rr* asibiladas, etc., el Dr. Lenz se encariñó con la idea de que el español de Chile se hablaba con fonética araucana. La teoría de la influencia étnica, desmedidamente aplicada por aquellos años, es la idea central y permanente de estos estudios, y la mayor parte de nuestros desacuerdos se refieren a esta interpretación, teniendo en cuenta la gran extensión, por España y por América, de los fenómenos que Lenz reputaba exclusivamente chilenos.

Ninguna de estas enmiendas disminuye el extraordinario valor de los trabajos de Lenz en el terreno de la fonética descriptiva, y el Instituto de Filología se complace en esta ocasión en rendir homenaje a la memoria del maestro recientemente desaparecido.

AMADO ALONSO.

Lenz, cuando llegó a Chile, a los 27 años de edad, por el año 1890, no tenía noticias ni de las hablas vulgares y dialectales de las distintas regiones españolas, ni siquiera de la fonética del español general. Es absolutamente necesario que se le dé toda la importancia que tiene este hecho, por lo demás modestamente reconocido en sus dos aspectos por el propio Lenz en la abundante correspondencia que mantuvo con nosotros a propósito de estos estudios en los años anteriores a su muerte. El español que conocía era el aprendido en su universidad alemana de acuerdo con los preceptos académicos, y ya se sabe que la Academia no entra en asuntos de fonética.

Al llegar a Chile, Lenz se puso a estudiar la pronunciación vulgar de los chilenos, y cada novedad que hallaba, *novedad para el español que Lenz traía de Alemania*, la interpretaba como fenómeno peculiar de Chile, ajeno a la índole del idioma español, y, por tanto, debido a la influencia de la lengua araucana desplazada. Lenz llegó a formular su tesis diciendo que el español hablado en Chile por las clases bajas «es principalmente español con sonidos araucanos» (pág. 249). La tesis, que apunta en diversos pasajes de los *Estudios chilenos* es luego el tema central en el estudio siguiente: *Para el conocimiento del español de América*, donde se consideran las condiciones demográficas e históricas que han provocado el hecho, se examinan por separado los fonemas araucanizados y se termina con un triple paralelo de los sistemas fonéticos chileno, araucano y español, con la conclusión de que el chileno se ha desespañolizado para araucanizarse.

La tesis de Lenz tuvo acogida en el manual de Meyer-Lübke, *Einführung in der romanischen Sprachwissenschaft*, Viena, 1901, § 213. Pero Rufino José Cuervo y Menéndez Pidal se mostraron

sumamente escépticos ante ella, y Américo Castro la rechazó de plano¹. Max Leopold Wagner recoge y discute ampliamente la tesis de Lenz y la niega para todos aquellos fenómenos de cuya existencia en otras regiones hispánicas tenía noticia ($-s > h$, $f > \varphi$, etc.), concediéndola tan sólo para los fenómenos que Wagner creía exclusivos de Chile: *rr* asibilada y articulación ápticoalveolar de *t* y *d* en contacto con *r*². Por último este resto de la tesis, concedido por Wagner, fué objeto de estudio especial en mi monografía *El grupo tr en España y América*³ y creo haber comprobado con abundante documentación geográfica y con inscripciones quimográficas y palatogramas que la *rr* asibilada y la articulación fundida de los grupos *tr* y *dr* ($t\check{r}$ $d\check{r}$) son fenómenos muy generales en América y en parte de España y que su desarrollo es plenamente hispánico.

Con motivo de la traducción española de los estudios de Lenz, he publicado en la *Revista de Filología Hispánica*, I-4, un estudio sistemático de todas las cuestiones suscitadas por la tesis de Lenz. Extraigo aquí las siguientes conclusiones:

1.^a Lenz da como causa de la araucanización del español de Chile, de un lado, el profundo mestizaje de la población, y de otro, el que los niños de los primeros españoles recibían su aprendizaje idiomático de boca de sus madres, nodrizas y criadas, casi siempre indias. Chile tiene hasta un 51 % de mestizos⁴. Pero no hace falta acudir al poderoso argumento con-

¹ R. J. CUERVO, *El castellano en América*, Bull. Hisp., 1901, págs. 55-6; R. MENÉNDEZ PIDAL, *Manual de Gram. Hist.*, § 35, y luego en *Hisp. Cal.*, I, 4; A. CASTRO, en la segunda edición anotada por él de la traducción de Meyer-Lübke, Madrid, 1923, § 231 nota.

² M. L. WAGNER, *Amerikanospanisch und Vulgärlatein*, ZRPh, 1920, XL, págs. 286-312. Traducción española en los *Cuadernos* del Instituto de Filología, Buenos Aires, 1924, I, con notas de Américo Castro y Pedro Henríquez Ureña. Citaré por la edición española.

³ En el *Homenaje a Menéndez Pidal*, Madrid, 1925, II, págs. 167-191.

⁴ Según cálculos de ÁNGEL ROSENBLAT, *El desarrollo de la población indígena de América*, en la revista *Tierra Firme*, Madrid, 1935, I, pág. 128.

trario de que es poco admisible que el otro 49 % de blancos se deje arrebatar sin más la dirección de su propia lengua: el mestizaje de Chile es muy denso en unas regiones y poco en otras. En la zona central, región de Santiago y Valparaíso, la población es blanca, con muy pocos mestizos que no sean de reciente incorporación. Pues bien, Lenz estudió exclusivamente la pronunciación de esa región fundamentalmente blanca, y cometió el error de creer de raza india a los «rotos», que no son más que el pobretería de los blancos.

La otra razón, que los criollos aprendían el español de boca de las mujeres indias de la casa, se refuta por otra vía: aun aceptando que las mujeres de la casa fueran indias en los primeros tiempos, el hecho no tiene en los destinos de la lengua la decisiva influencia que los neogramáticos — los maestros universitarios de Lenz — le atribuían, por su fe dogmática en la índole inconsciente, automática y naturalista de los fenómenos de evolución. Como si hubiera estado rebatiendo a Lenz, Charles Bally hace resaltar, en un capítulo de su magistral librito *El lenguaje y la vida*¹, cómo interviene la conciencia y la reflexión en el mecanismo general de las lenguas mucho más de lo que los neogramáticos creían, y cómo la conciencia y la reflexión es cosa de adultos: «Las innovaciones penetran en la lengua sobre todo por los adultos, porque nunca entran de manera enteramente espontánea, sino que suponen cierta crítica y cierta selección. . . Sin duda en la infancia y pasivamente es cuando un francés aprende su lengua materna, y toda su vida guarda este cuño. Pero la adquisición consciente de la lengua interviene también muy pronto, y se ejerce en partes cada vez más considerables del hablar». Para mí tiene más importancia aún el ideal que rige esa crítica y esa selección. Cada hablante tiene, como rueda maestra de toda la maquinaria de su hablar, un ideal de su propia lengua, un ideal o idea de lo que es

¹ Traducción española de Amado Alonso, Buenos Aires, 1940, capítulo *Lenguaje transmitido y lenguaje adquirido*.

«natural» en su lengua y de lo que «debe ser» su lengua; y ese ideal lo toma pronto el niño y sobre todo el adulto infaliblemente, cuando tiene donde elegir, no de quienes hablan el idioma chapuceramente y como extranjeros, sino de quienes lo hablan como su lengua natural; o dicho en el terreno de los valores: lo toma de aquel modo de hablar comunal (a veces individual, y él contribuye a hacerlo comunal) que siente pasar por bueno en el ambiente en que vive. Ese ideal, de naturaleza espiritual y no biológica, ha podido o no, según su signo, llevar a los chilenos en el curso de su historia hacia la araucanización. La cuestión es, pues, examinar cuál es realmente el estado actual de la lengua en Chile, y ver si, en efecto, la pronunciación araucana ha venido a suplantar parcial o totalmente — como pretende Lenz — a la española.

2.^a EL MATERIAL FONÉTICO ESTUDIADO: a) *Vocalismo*. El español de Chile no ha sido afectado en su vocalismo por el araucano. Lenz no lo pretende tampoco. b) *Consonantismo*. *s* > *h*. La aspiración y caída de la *s* final de sílaba (*bohque*, *mimmo*, *refalar*) tenía Lenz por «el más notable de todos los cambios chilenos» (pág. 90); «Este tratamiento constituye el punto más curioso de la fonética chilena» (pág. 252). En la página 254 vuelve a insistir en que la *h* como sustituto de la *s* no es fonema español, y que la *h* aparece a causa de la ausencia de *s* en araucano.

Pero, por un lado, el araucano no tenía ni *s* ni *-h* aspirada, de modo que ambas le repugnan igualmente, y no iba a desterrar una para imponer otra. Por otro lado, la aspiración de la *s* final de sílaba es un fenómeno hispánico ahora muy conocido, que en España se extiende por Andalucía, Extremadura (también en dialectos leoneses), Murcia, Castilla la Nueva y parte de Castilla la Vieja. En América tiene extensísima geografía, con excepción, en general, de las tierras altas. Ver nuestra nota a la página 222.

ch. — La *ch* «es un fonema muy grato a los chilenos, lo que a mi juicio se debe a la gran frecuencia de *ch* en araucano»

(pág. 150). Lenz se refiere a los hipocorísticos: *Lucho*, *Pancho*, *Concha*, etc. El procedimiento es español, pero parece que los chilenos lo practican en mayor escala. Es posible que *Rochi* < *Rosita*, *Necho* o *Nechin* < Inés, etc., se hayan generalizado entre los chilenos partiendo de la pronunciación de nodrizas y criadas mestizas o que, a su vez, hayan sufrido influjo de mestizos o de indios; pero, aunque se compruebe que así ha sucedido históricamente, eso supondría un influjo araucano en el uso de una forma, pero no afectaría en modo alguno al sistema fonético.

padre > *pagre* > *paire*. — Lo explica Lenz por araucanismo en las páginas 155-6, porque según Febrés los indios llaman *pagh-re* al Padre misionero. Es una confusión de Lenz. Según Febrés, año 1765, los indios pronunciaban el hispanismo *padre* como *patiru*, *pachiru*, *paye* y *parde*. En la página 246, Lenz dice: «Hernández cita *pagh-re*». El P. Antonio Hernández Calzada reeditó en 1845 el *Calepino* de Febrés con «enmiendas y adiciones». De modo que los indios que en 1606 pronunciaban *patiru* o *pachiru* y en 1765 también *paye* o *parde*, es posible que en 1846 pronunciaran también *pagre* (*gh* es la *g* española). Este *pagre* no podía ser evolución del primitivo *patiru* o *pachiru*; tampoco de las formas *paye* o *parde* del siglo XVIII, que perduran todavía. Es, pues, un préstamo fonético nuevo. Las pronunciaciones *dr* > *gr* (*lagrar*, *higropesía*, *magre*, *pagre*, *comagre*, *vigrios*, *lagrón*, *malagrón*, *lagrillo*), se oyen en distintos países de América, especialmente en Nuevo Méjico, Chile, Argentina y Paraguay. En el Ecuador, *mudre* por *mugre*, que representa a la inversa la misma confusión; *dragea* por *gragea* se oye en todas partes. Los indios, pues, no habrían hecho más que tomar la pronunciación *pagre* de los chilenos.

ll conservada. — En la página 225 explica la conservación de *ll* por araucanismo. M. L. Wagner le rebatió, y, Lenz, en carta que me escribió, dice: «no he dicho que la *ll* se deba a los mapuches. Es evidente que se introdujo por los españoles, se perdió en el centro y en el extremo sur (Chiloé), como en muchas partes de Hispanoamérica».

f > *φ*. — Por faltar en español la articulación bilabial de la *f*, Lenz la supone de origen araucano (págs. 251-252). Pero es pronunciación vulgar y dialectal muy corriente en España y en casi todos los países americanos. Cfr. *BDH*, I, páginas 137-138, nota.

b, d, g > *ɸ, ɖ, ɡ*. — Sin ser explícito, insinúa Lenz el araucanismo de la pronunciación fricativa de *b, d, g* en Chile, en las páginas 242 y 250. Lenz no sabía que en toda España e Hispanoamérica *b, d, g* son fricativas exactamente en las mismas condiciones que en Chile.

k, x, y. — Las velares adelantan su punto de articulación cuando la vocal siguiente es *e, i*. La sonora *g* llega a sonar, seguida de *e* o *i*, como una *y* con mayor estrechamiento que la *y* de otras procedencias: *la guerra* > *la ýerra*. En las páginas 244, 250, Lenz dice que la asimilación de la *k* a la vocal siguiente ocurre en chileno «como en araucano». Pero el araucano no presenta otra *x* como el chileno, ni *y* < *g*. En todas las regiones hispánicas, las velares adelantan su punto de articulación cuando sigue vocal anterior, y aun es un hecho de fonética general, si bien en Chile el avance es excepcional, sólo igualado, según nuestras escasas noticias, en una región de Almería ¹.

De todos modos, no se ve razón alguna para atribuir al araucano, que no tiene *x* ni *y*, el fenómeno chileno que aparece como perfectamente hispánico y románico.

ɖ, ɸ, ɳ, ʂ. — La *r* se reduce mucho delante de «*d, t, n, s*, que toman entonces el punto de articulación de la *r*» (pág. 252). En la página 254, cuenta «como nuevos sonidos del chileno las áptico-prepalatales *ɖ, ɸ, ɳ, ʂ*». No dice explícitamente Lenz que este fenómeno se deba a araucanismo, pero en la misma página habla de la *ɸ* araucana, y además lo aduce en

¹ ALFRED ALTHER, *Beiträge zur Laullehere südspanischer Mundarten*. Aaran, 1935 (tesis de Zurich), pág. 136: *la higuera* > *laiyera*, etc. Se repite el mismo proceso románico *regina* > *reyina* > *reina*, etc.

una comparación de los dos sistemas fonéticos, de la que deduce que los chilenos hablan español con sonidos araucanos. Hay que descontar la *n* porque su articulación propia, en Chile como en el resto del dominio español, es ya áptico-alveolar, y no dental, como creía Lenz. No hay, pues, tal asimilación. Hay que descontar también la *s*, porque el araucano no tiene *s*. Quedan *rt* y *rd*: no ha podido influir en ello el araucano, porque en araucano son desconocidos esos grupos.

La ř. — El chileno dice *peřo*, *cořer*, etc., con una *rr* continua, tensa, fricativa, contaminada de asibilación. Lenz la transcribió también *ž* (el sonido de la *j* francesa), pero es exagerado, pues, aunque con alguna asibilación, se reconoce fácilmente en el fonema un timbre de la familia de la *rr*. Este fenómeno se debe según Lenz a influjo araucano: 1º porque existe en araucano; 2º porque no existe fuera de Chile en español.

1º En araucano «la *ž*, que los gramáticos escriben *r* y que Febrés también representa por *j* (es decir, *ž*) es supraalveolar...» (pág. 243). Pero Febrés no representa nunca la *r* con *j*: dice que a veces *la r se cambia por un sonido como la j catalana*. Lenz se dejó confundir aquí por el embrollo que el P. Hernández, año 1846, armó con las noticias de Valdivia y de Febrés. Rasgos fonéticos que Febrés da como alternantes, Hernández los da como juntos. Como otras lenguas, el araucano tiene un procedimiento fonético para crear variantes afectivas (lo que, por ejemplo, el español hace con el procedimiento de los sufijos: *casa* y *casita*), que consiste en pronunciar las consonantes apicales como mojadas y palatalizadas: *patiru* 'Padre', *pachiru* 'Padrecito'; *votúm* 'hijo', *vochúm* 'hijito'; *ruca* 'casa', *duca* 'casita'; etc. Así, pues, la *r* araucana no era ni es asibilada; *se cambiaba*, con cambio de valor, *por una sibilante*. En cambio la chilena es ella misma asibilada, y no se cambia por ningún otro fonema. El araucano no tenía *rr*, y la asibilación chilena es especialmente notoria en la *rr* fuerte, aunque también puede serlo en la simple. La misma asibilación de la *rr* y de la *r* ha sido registrada (y experimentalmente estudiada)

en el Uruguay, la Argentina, Paraguay, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Guatemala y Nuevo Méjico, y en España en Álava, Rioja, Navarra y Aragón ¹.

Queda, pues, probado: 1º que el fenómeno es extraño al araucano; 2º que es muy general en los dialectos españoles.

El grupo tr. — Se pronuncia en Chile a la manera del inglés *tree*: la *t*, ápticoalveolar, de explosión impura; la *r* ensordecida, asibilada e identificada con la explosión de la *t*. Entre las dos forman una africada. Según Lenz, este fenómeno es de origen araucano: 1º porque otros casos de *t* alveolar no conoce el español; 2º porque el araucano tiene una *t*.

Pues bien: 1º esa pronunciación del grupo *tr* tiene en nuestros dialectos la misma extensísima geografía que la *rr* asibilada; 2º el araucano no tiene siquiera el grupo *tr*. Cierto que el araucano tiene una *t* dental y otra *th* alveolar, como fonemas diferentes (como el español tiene la *c* y la *s*); pero siendo tan natural el uno como el otro en araucano ¿por qué iba a hacer, al influir en el chileno, que la una sea suplantada por la otra? ¿Y cuándo la *t* chilena se hace alveolar? Solamente en contacto con una *r*; luego es evidente que tenemos aquí un fenómeno determinadamente condicionado, a saber, por el contacto de una *r*. Cuestión de mecánica articulatoria. Ahora bien: el araucano no tiene el grupo *tr* ni el grupo *dr*, y apenas tiene — en los vocabularios que conocemos — unas cuantas palabras con *rt*: lo decisivo es que el araucano, en oposición al chileno, no hace evolucionar sus grupos *rt* a *rth*, sino que la *t* se conserva dental. La dislocación articulatoria de la *t* por contacto con una *r* es fenómeno desconocido del araucano.

Así, pues, sin excepción alguna, es inadmisibles la atribución de araucanismo para cada uno de los fonemas en que Lenz lo creyó ver.

LA COMPARACIÓN DE LOS DOS SISTEMAS FONÉTICOS. — Lenz, además, compara el sistema fonético chileno con el araucano,

¹ Ver mi monografía citada sobre *El grupo tr en España y América*.

en bloque, y deduce otra vez la araucanización del sistema chileno. Pero, en verdad, el sistema fonético chileno, lo mismo como tal sistema que en sus componentes, permanece hoy tan impermeable al araucano, tan heterogéneo con él, como en los días del P. Valdivia.

El P. Valdivia ¹ presenta una sucinta y certera oposición entre el sistema araucano y el español, y todas, absolutamente todas las oposiciones se mantienen hasta hoy con el castellano de Chile: en el chileno de hoy no se encuentra tampoco la vocal *ï* (como la *yeri* rusa, la inversa de la *ü*, *u* francesa); ni la nasal velar *ŋ* explosiva; tampoco tiene el doble juego de *l*, *n*, *t* dentales y alveolares, como valores significativos también dobles; tampoco ha adquirido el chileno las especiales combinaciones silábicas que Valdivia denunciaba ya en 1606. Finalmente, dice Valdivia, «en esta lengua raras veces se hallan estas sylabas *ga*, *gue*, *gui*, *go*, *gu* al modo como nosotros las pronunciamos, ni *ça*, *ce*, *ci*, *ço*, *çu*, ni *fa*, *fe*, *fi*, *fo*, *fu*, ni *ja*, *je*, *ji*, *jo*, *ju*, ni *ra*, *re*, *ri*, *ro*, *ru* con la fuerza que nosotros la pronunciamos, ni *sa*, *se*, *si*, etc., ni *xa*, *xe*, *xi*, *xo*, *xu*». De estas consonantes extrañas al araucano, el chileno sigue pronunciando la *f*, la *s* y la *r*, conservadas o condicionalmente evolucionadas según hábitos dialectales hispánicos; las antiguas *ç* (= *ts*), *j* (= *ʒ*, *gi* ital.), *x* (= *š*, *ch* franc.) han evolucionado en Chile en perfecta armonía con la historia general del español: *ç* > *s* (como en toda América y parte de España), *j* y *x* > *x* (*j* moderna), como en todas partes, excepto en los dialectos judeo-españoles.

En suma: no hay que descartar la probabilidad de que el araucano, ya como sustrato, ya como adstrato, haya dejado alguna huella en el chileno, sobre todo en las melodías y en los juegos rítmicos; pero en el sistema fonético, conjunto de articulaciones sistemáticamente relacionadas como un juego de valores, no ha impuesto influencia alguna.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

¹ En el capítulo I de *Arte y Gramática... de la lengua... de Chile*, Lima, 1606.

APENDICE III

OBSERVACIONES SOBRE *rr*, *r* Y *l*

POR

AMADO ALONSO Y RAIMUNDO LIDA

I. *r* y *rr*.

Ahora conocemos con gran lujo de detalles la pronunciación de las *r* y *rr* en Madrid y algunas otras regiones españolas, de manera que estamos en mejores condiciones para precisar los matices articulatorios que llamaron la atención de Lenz hace más de cuarenta años. Se han hecho rigurosos estudios con numerosísimas inscripciones palatográficas y quimográficas, cuyos resultados se pueden ver en los siguientes trabajos: T. NAVARRO TOMÁS, *Manual de pronunciación española*; S. GILI GAYA, *La «r» simple en la pronunciación española*, en *RFE*, VIII, pág. 271-280 (con ocho instructivos palatogramas de *r* y *rr* vibrantes y fricativas); T. NAVARRO TOMÁS, *Diferencias de duración entre las consonantes españolas*, en *RFE*, V, págs. 367-393. (En las págs. 385-388 se estudian la *r* y *rr*, no sólo en su cantidad, sino en el número de vibraciones, en su calidad de vibrante o de fricativa, en su sonoridad, teniendo en cuenta la posición inicial, medial y final. Las magníficas reproducciones de inscripciones quimográficas que documentan el texto no dejan lugar a duda sobre las conclusiones); T. NAVARRO TOMÁS, *Las vibraciones de la «rr» española*, en *RFE*, III, págs. 166-168; A. ALONSO, *El grupo «tr» en España y América (Homenaje a Menéndez Pidal, tomo II, págs. 167-191; con un minucioso estudio de las variantes asibiladas y ensordecidas de la *r* y de la *rr* que se usan también en España).*

Según estos estudios e inscripciones resulta:

r sencilla. El madrileño pronuncia una *r* vibrante (oclusiva) simple, o, en pronunciación menos tensa, una fricativa *r*, pero siempre con plena sonoridad. Agrupada con consonante, hay

siempre un momento de sonoridad vocálica entre la *r* y la otra consonante (el Dr. Lenz fué el primero en observar esta sonoridad epentética, ahora comprobada por los aparatos registradores; véase A. ALONSO, *Rodolfo Lenz y la dialectología hispano-americana*, Apéndice II de este volumen). Ante *n*, *l*, *s*, es muy frecuente la pronunciación de *rr* por *r*: *carrne*, *perrla*, *corrsó* (el reforzamiento de toda *r* ante consonante: *puerrta*, *merrma*, etc., es distintivo de algunas regiones de Castilla la Vieja, Salamanca, etc.; en otras partes, la *r* ante consonante es *r̄*; fricativa). La *r* final, *dolor*, *callar*, es vibrante simple o fricativa en Madrid; la pronunciación con dos o más vibraciones, *dolor̄*, *callar̄*, a que parece referirse Lenz, es más propia de Castilla la Vieja, aunque no falta en Castilla la Nueva.

Por consiguiente: 1, si el ensordecimiento parcial que Lenz oyó en su madrileño, tanto en el final de la *-r* como en el final de la *r* más consonante sorda (por ejemplo, en *puerta*), no es un dato debido a insuficiencias del método de observación, sino que ocurría así efectivamente, habrá que admitir que no era más que una pronunciación individual, sin otro valor lingüístico.

2, la frase «En final de palabra, la *r* resultaba algo vibrada», tratándose de un madrileño, debe entenderse como que éste alternaba la pronunciación *-r* (simple) con la *-r̄* (dos, quizá tres vibraciones).

De importancia lingüística resulta la noticia de que la pronunciación de *r* y *rr* en Tacna es muy parecida a la castellana. Por lo que Lenz dice de que, ante consonante y en posición final, es más bien *r̄* (*puērta*, *calōr*), parece que quizá se asemeja más a la pronunciación de Castilla la Vieja y León que a la de otras regiones españolas.

Por último, para el problema del indigenismo, que preside toda la investigación dialectal del Dr. Lenz, es de especial significación el hecho de que en Chile, aun entre los guasos, alterne con la *r̄* asibilada (entre *rr* y *j* francesa) la pronunciación *r̄* de tipo castellano y la de vibraciones imperfectas *r̄*: esta

misma alternancia se halla registrada para casi todas las naciones de Hispanoamérica y para la región española de la Rioja, Navarra y Aragón en el citado artículo de A. Alonso, de modo que, al rectificarse la idea que Lenz tenía de que esta pronunciación era una peculiaridad chilena, pierde su fuerza la atribución indigenista.

II. *r* y *l* finales de sílaba.

Es lástima que los dialectólogos de los restantes países de América no hayan indicado con la precisión que Lenz las condiciones en que se da la alternancia de *r* y *l*. Reunidas y cotejadas las noticias de dialectólogos, vocabulistas, gramáticos y escritores folkloristas, podemos distinguir, tanto en América como en España, países o regiones en donde el cambio afecta al sistema fonético mismo, como sucede en Chile, y países en donde el sistema mantiene una *-r* final y una *-l* final como fonemas diferenciados, pero con esporádicos trueques.

Como fenómeno general de la lengua vulgar, se encuentra en Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico; probablemente también en la costa del Golfo de Méjico, y en parte de la de Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú, si bien las noticias de diverso origen que tenemos, no nos dan completa seguridad. En las Antillas, lo más frecuente es la igualación de *r* y *l* (finales de sílaba) en un fonema intermedio. Pero existen allí otros resultados también: «La *r* final > *i* [*poique*, *coméi*] existe en Puerto Rico y en Cuba, pero menos que el sonido intermedio entre *r* y *l*; donde abunda la *i* < *r* o *l* final es en Santo Domingo, en la región del Cibao y la provincia del Seibo. Pero es de advertir que en el habla popular de las Antillas la *r* y la *l* finales sufren diversas modificaciones que pueden coexistir en una misma localidad y hasta en un mismo individuo: sonido intermedio entre *l* y *r*, aspiración, nasalización, vocalización, asimilación a la consonante siguiente, desaparición» (PE-

DRO HENRÍQUEZ UREÑA, *BDH*, IV, 152, nota 2). En la costa mejicana del Golfo, $-l > -r$ parece ser cambio regular, según dejan entender noticias de Carreño, Ramos y Duarte y Henríquez Ureña (*BDH*, IV, 298 y 303). La literatura folklorista suele poner en el habla de la costa venezolana el cambio $l > r$, ante consonante, y la desaparición de la $-r$ de los infinitivos. En la costa colombiana lo corriente es igualar ambas consonantes en $-r$ (*artura*, *durce*, etc.; igualarlas en l es cosa «de niños y de gente amaricada» (*cuelpo*, *picaldía*, etc.), según CUERVO, *Apunt.* § 749. Pero la literatura folklorista trae, además, muchos casos de $-r$ y $-l$ desaparecidas, sobre todo en final de palabra (infinitivos, *señó*, *mujé*, etc.; y también algún caso como *la pueta abieta*). Para la costa del Ecuador, LEMOS, *Barbarismos*, pág. 13, dice que el cambio $-l > -r$ y $-r > l$ es regular, lo que permite suponer que $r-l$ se igualan en un fonema intermedio, interpretado por los oídos cultos como el contrario al esperado. En una parte de la costa ecuatoriana, $-l$ y $-r$ finales de palabra desaparecen (*animá*, *comé*, etc.), según comunicación de Ángel Rosenblat. En la costa del Perú, $-l > -r$, según BENVENUTTO MURRIETA, *Leng. per.*, pág. 121.

En suma, la igualación de $-r$ y $-l$, con variantes, se da en las regiones del Golfo de Méjico y en la costa del Pacífico. Aquí incluimos la región chilena que estudia Lenz, aunque se presenta como un islote meridional, sin continuidad geográfica con las zonas del norte. Para los países del Istmo nos faltan noticias suficientes.

En el resto de América, los casos de r por l y viceversa, por abundantes que sean, no constituyen un cambio fonético, un proceso articulatorio que afecte a la constitución del sistema fonético, sino casos de trueques entre dos fonemas que existen y siguen existiendo en el sistema fonético funcionante.

En España, también hay que distinguir entre regiones que igualan $-r$ y $-l$, con cambio que afecta al sistema fonético mismo, y regiones que las truecan en algunas palabras, pero quedando l y r finales como fonemas diferentes. Y también la

geografía presenta una región donde se acumulan las zonas de igualación, y zonas esporádicas en otras regiones. Los dialectos leoneses, extremeños y andaluces abundan en la igualación de *l* y *r* finales. Desde la Sierra de Gata, entre Salamanca y Cáceres (FINK, *Studien*, pág. 128), que iguala preferentemente en *-l* (*calol*), hay regiones en Cáceres (estudiadas por KRÜGER, *Westsp.*, § 372) donde parece prevalecer un sonido intermedio, y otras en Badajoz (en Albuquerque, por ejemplo, si se nos permite utilizar las confusas noticias dadas por CABRERA-ALEMANY, *BAE*, III, 654), donde predomina el timbre de *l* para ambos fonemas; y siguiendo por el sur y hacia el oriente, toda Andalucía, donde abundan las comarcas que igualan ambas consonantes, bien en *l*, bien en *r* o en una articulación intermedia, bien con desarrollo posterior (vocalización, desaparición, asimilación a la consonante siguiente, nasalización).

Fuera de esa ancha porción peninsular, meridional-occidental, hay islotes de igualación en la ribera navarro-riojana del Ebro, en la Huerta de Murcia, y en algunas zonas castellanas no bien precisadas (CUERVO, *Apunt.*, § 749). En el resto de España, todas las hablas rurales truecan *l* y *r* en muchas palabras. El Atlas lingüístico de la Península ibérica, cuya pronta publicación es tan necesaria, nos proporcionará nuevos conocimientos y dará más seguridad a los que ya tenemos.

APENDICE IV

BIBLIOGRAFÍA DEL ESPAÑOL EN CHILE

POR

RODOLFO OROZ

1. AMADO ALONSO, *El grupo tr en España y América*. En *Homenaje a Menéndez Pidal*, t. II, págs. 167 a 191. Madrid, 1925.

(Estudio completo sobre este problema. Su autor llega a la conclusión de que «en cuanto al fenómeno americano, hay que rechazar toda explicación de aportación indígena, por generalización a todo el continente y por verlo ligado a las mismas causas que las observadas en el dialecto del Ebro»; pág. 190).

2. AMADO ALONSO, *Examen de la teoría indigenista de Rodolfo Lenz*. En *Revista de Filología Hispánica*, Instituto de Filología, Buenos Aires, I, 1939, 313-350.

(Después de un análisis detenido de todos los rasgos fonéticos de la pronunciación chilena en los que Lenz veía influencia araucana, llega a la conclusión de que para ninguno de ellos puede admitirse esa influencia).

3. MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI, *Apuntaciones sobre algunas palabras del lenguaje, especialmente legal i forense de Chile*. En *Diario Oficial*, 1885/86 (hasta la terminación de la letra F). *AUCH*. t. LXIX, págs. 777 sigs.; 920 sigs. (letra A únicamente). También en la revista *Artes i Letras*, Santiago, 1886, t. VII, 68, 147, 245, 321, 401, 476, 551, 665 (hasta la letra D).

Reimpresión con el título de *Apuntaciones lexicográficas*.

Imprenta Barcelona, Santiago de Chile, 1907, 1908, 1909, tres vols. 8°.

(Escritas con el propósito de «depurar la lengua». Discute gran número de vocablos usados en Chile, entre ellos muchos del lenguaje legal y forense. Tomo I: A-C XXXVII-383 págs.; tomo II: Ch-D, 319 págs.; tomo III: E, LXIII-279 págs. Contiene muchos datos útiles. Cf. LENZ, *Dicc. elim.*, 74 A, pág. 909).

4. MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI, *Acentuaciones viciosas*. Memoria presentada a la Universidad de Chile, Santiago, 1887, 479 págs. 8°.

Abreviaturas: *AUCH* = Anales de la Universidad de Chile; *BACH* = Boletín de la Academia Chilena.

(El propósito con que el señor Amunátegui emprendió este trabajo fué el de corregir numerosas faltas de acentuación que se cometían — y en parte se siguen cometiendo — en Chile).

5. MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI, *Los adjetivos substantivados según el Diccionario de la Real Academia Española*.

Memoria publicada en 1885 en el *Diario Oficial de la República de Chile* y reproducida en *AUCH*, 1885, t. LXVII, 373; en *Revista Artes y Letras*, Santiago, 1886, t. VI, 374-379; 462-480; 529-548, y en el tomo III de los *Estudios sobre instrucción pública*, Santiago, 1898, págs. 1 a 64.

(Comenta algunos adjetivos substantivados usados en Chile y señalados por el Diccionario de la Academia).

6. MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES, *Borrones gramaticales*. Santiago, 1894, 311 págs.

(Trata de unos 100 «términos neológicos e impropios y de algunos otros vocablos» que se usan corrientemente en Chile. Lucha por la pureza del lenguaje).

7. MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES, *Nuevos vocablos y acepciones*. En *AUCH*, 1895, t. XC, 159-182. Se halla también en *Al través del Diccionario i la Gramática* (v. número siguiente).

(Contiene numerosas referencias al uso chileno).

8. MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES, *Al través del Diccionario i la Gramática*. Imprenta Cervantes, Santiago, 1895, 335-I pág. e índice, 8°.

(Contiene: Nuevos vocablos; acepciones. El impersonal *hacer*. De la necesidad de estudiar Gramática. Palique gramatical. Recto uso de la palabra *meridional*. Uso correcto de algunos pronombres. Entre las aves. A la cabecera del enfermo. Vocablos estropeados. Nombres propios i apellidos. Tabla alfabética de las palabras de que se trata especialmente en esta obra. Comenta numerosos chilenismos; en su mayor parte para censurar su uso).

9. MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES, *Observaciones acerca de algunas palabras de uso frecuente*. *AUCH*, 1904, t. CXIV, págs. 401-443.

(Sobre el uso «impropio» de algunas palabras en el lenguaje corriente de Chile; señala las voces correctas — según la Academia — que deben reemplazar a los chilenismos correspondientes).

10. MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES, *Régimen del verbo ocuparse*. *AUCH*, 1904, t. CXV, págs. 537-562.

(Sobre si el verbo *ocuparse* puede o no regir la preposición *de*. Estima Amunátegui que *ocuparse de* es tan correcto como *ocuparse en*).

11. MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES, *Una lección sobre diminutivos*. *AUCH*, 1904, t. CXIV, págs. 695-718.

(Sobre diminutivos chilenos en algunos nombres comunes y nombres propios).

12. MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES, *Mis pasatiempos*. Santiago de Chile, 1905, 169 págs. 8°.

(Reproduce una serie de trabajos publicados anteriormente, en su mayor parte en los *AUCH*).

(Contiene: I. Observaciones acerca de algunas palabras de uso frecuente. II. Pléyade. III. Un nuevo libro de don Ricardo Palma. IV. Una lección sobre diminutivos. V. Las metáforas y el Diccionario. VI. Régimen del verbo *ocuparse*. VII. Decadencia del estudio de la gramática castellana (1904). VIII. Tabla alfabética de las palabras de que se trata e.pecialmente en este volumen).

13. MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES, *La enseñanza de la Gramática*. Santiago de Chile, 1914. *AUCH*, 1914, t. CXXXIV, págs. 99-117.

(Señala algunas incorrecciones muy conocidas de nuestro lenguaje).

14. MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES, *En la puerta de la iglesia*.

Santiago de Chile, 1923. *AUCH*, t. CXLVIII, 1921, págs. 67-96 y 315-515.

(Consideraciones sobre el uso y acentuación correctos de voces más o menos conexas con las cosas sagradas, y corrientes en el lenguaje chileno). Véase RICARDO LATCHAM, sobre Amunátegui, *En la puerta de la iglesia*, en *Revista Católica*, 1924, t. XLVI, 629-632.

15. MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES, *Observaciones i enmiendas a un Diccionario, aplicables también a otros*. Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, t. I, 341 págs. 8°, 1924; t. II, 343 págs. 8°, 1925; t. III, 379 págs. 8°, 1927.

(Contienen estos tres tomos de «Observaciones» los reparos que le ha sugerido al señor Amunátegui la lectura del Diccionario de Camilo Ortúzar

(v. N° 85. Tomo I contiene: Noticias sobre la vida y las obras de don Camilo Ortúzar (Introducción). Análisis y comentario crítico de las letras A-L. Tomo II: Prólogo sobre «La lengua española en Chile» (págs. 5-50) con algunas notas bibliográficas y datos sobre modalidades del castellano de Chile que tienen su origen en España y que se han considerado erróneamente como chilenismos. Comentario crítico de las letras M-R. Tomo III: Prólogo con críticas al Léxico Oficial de la Academia (págs. 5-43). Comentario crítico de las letras S-Z).

16. VÍCTOR MANUEL BAEZA R., *Los nombres vulgares de las plantas silvestres de Chile i su concordancia con los nombres científicos, i observaciones sobre la aplicación técnica i medicinal de algunas especies.*

Santiago, 1921, 11a. ed. aumentada con nuevos nombres y el significado etimológico de los nombres científicos. Santiago, Imprenta El Globo, 1930, 16°.

(En cuanto a los nombres vulgares de origen mapuche, el autor no da ninguna explicación, sino que hace simplemente referencia al *Dic. etim.* de R. Lenz. Los nombres cuyo aspecto hace suponer igual procedencia, y que no se mencionan en Lenz, quedan sin nota explicativa. Por lo que se refiere a los demás nombres queda un material muy abundante para estudios de folklore chileno. Las interpretaciones dadas por el autor, muchas veces, revelan poca seguridad. «Arsenal bastante extenso, aunque con descripciones apenas enunciadas; es trabajo de indiscutible utilidad, pero cuyos dictados, por su misma minuciosidad, no son aprovechables para un libro como el presente (i. e. vocabulario de chilenismos)» J. T. MEDINA, *Chilenismos*, 1928, pág. VIII).

17. GUILLERMO BAÑADOS, *Apuntes para un diccionario marítimo militar chileno.* Santiago de Chile, 1924, 287 págs. 4°.

(Contiene en sus 287 págs. a dos columnas, términos náuticos y militares, aparte de muchas voces del vocabulario común, no exclusivas de la marina o del ejército. Obra de aficionado).

18. EDUARDO DE LA BARRA, *Ensayos filológicos americanos. Carta al Profesor don Rodolfo Lenz.* Rosario de Santa Fe, 1894, 54 págs.

(Contiene una breve característica del habla de los huasos chilenos, págs. 33-45. Observaciones muy certeras).

19. EDUARDO DE LA BARRA, *Propunciación americana.* En *Revista de Instrucción Primaria*, año X, 1896, N° 12 (agosto), págs. 783-786.

(Cree E. de la Barra que «el araucano influye en la pronunciación viciosa del pueblo, la cual trasciende al salón, al club, al púlpito y al parlamento» y que tal influencia se refiere, en particular, «al acento, a la entonación, a la dulcificación de algunos sonidos i apagamiento i supresión de otros, i vice-versa» (pág. 784).

Al lado de observaciones evidentemente erradas — como esta última — se hallan otras muy acertadas y justas).

20. EDUARDO DE LA BARRA, *Las palabras compuestas son conservadoras. Estudios etimológicos*. Publicado en *Revista de Instrucción Primaria*. Santiago, Imprenta Cervantes, 1897, 17 págs.

(Observaciones de carácter etimológico y semántico que revelan — como la mayor parte de los trabajos del autor — sólo las buenas intenciones de un aficionado).

21. EDUARDO DE LA BARRA, *Investigaciones sobre la lengua y su desarrollo*. Santiago, 1898, 21 págs.

(Defensa de algunos neologismos chilenos (americanos). De índole vulgarizadora; sin datos nuevos).

22. DANIEL BARROS GREZ, *Observaciones sobre el verbo «hacer», seguidas de una narración en la cual no se emplea otro verbo que el ante dicho. Con una introducción a este trabajo i un informe sobre él por Sandalio Letelier*. Santiago de Chile, 1877, XI-56 págs.

(Contiene una lista larga de giros en que entra el verbo *hacer*; locuciones usadas en Chile por los campesinos así como frases de estilo literario. Estudios que no carecen de interés por las continuas referencias al uso chileno).

23. DANIEL BARROS GREZ, *Vocabulario de las palabras i frases no castizas que figuran en esta obra*. (La Academia Político-Literaria. Talca, 1890.) Son 59 páginas numeradas 1-59, puestas al final.

24. ANDRÉS BELLO, *Opúsculos gramaticales*. Obras completas, volumen VIII. Santiago, 1933, 516 págs.

(Interesa en este volumen: (2a. ed.). I. Introducción. II. Ortografía castellana. Ortografía. Reformas ortográficas (págs. 417 sigs.). III. Advertencias sobre el uso de la lengua castellana, dirigidas a los padres de familia, profesores de los colegios i maestros de escuela (págs. 481-498). (Las Advertencias están incluídas en este volumen).

25. ANDRÉS BELLO, *Gramática Castellana. Obra inédita dada a luz con un prólogo i anotaciones por MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI RUYES*. Santiago, 1937, Imp. Direcc. Gral. de Prisiones, 119 págs. 8°.

(Contiene en las anotaciones de M. L. Amunátegui referencias ocasionales al uso chileno).

26. ALEJANDRO BERTRAND, *Vocabulario pampino*, En *Revista Caliche*, N° 6, septiembre de 1919, Santiago, págs. 217 y sigs.

27. MANUEL BLANCO CUARTÍN, *Cartas a don Zorobabel Rodríguez, sobre chilenismos*. En *Revista Chilena*, Santiago, 1919, t. VIII, 217-221, 416-428, 553-554; t. IX, 56-68.

(Contienen numerosas explicaciones útiles sobre el significado que se da en Chile a ciertas voces).

28. AGUSTÍN CANNOBIO, *Refranes chilenos*. Santiago de Chile, Imprenta Barcelona, 1909, 8°.

(Refranes sacados de las obras nacionales que tienen un tinte más chileno, tales como las novelas de Alberto Blest Gana y de Daniel Barros Grez. El autor no indica si estos refranes nacieron en suelo chileno o si nos han venido de otra parte. Señala, sin embargo, su relativa frecuencia. Estudio de indudable valor).

29. ALEJANDRO CAÑAS PINOCHET, *Estudios etimológicos de las palabras de origen indígena usadas en el lenguaje vulgar que se habla en Chile*. Santiago de Chile, 1902; folleto de 69 págs. Reimpresión del estudio publicado en *Actes de la Société Scientifique du Chili*. T. XII, 1902, págs. 80-144, con las observaciones de don Leónidas Banderas Lebrun a estos estudios etimológicos de Cañas (págs. 131-144).

(Comprende 476 referencias y se señalan 89 voces cuyo origen ignora el autor. Véase Lenz, *Dicc. etim.*, § 77; J. T. Medina, *Chilenismos*, 1928, pág. VII).

30. ALEJANDRO CAÑAS PINOCHET, *Escenas de la vida agrícola de ultra-Maule*. Santiago de Chile, 1903, 119 págs. 16°.

(Tres poemas escritos en dialecto popular. Véase LENZ, *Dialectología hispanoamericana*, § 12).

31. ALEJANDRO CAÑAS PINOCHET, *Estudio lingüístico (El dialecto colchagüino)*. *Cuanto puede la porfía*, en aquel dialecto. Santiago, 1907, XXXVIII-66 págs. 16°.

(Da una clasificación de los dialectos chilenos: 1) *el chilote*, que se habla en el archipiélago de Chiloé, con influencias que llegan hasta las provincias más australes del Continente. 2) *el pencón*, que abarca desde el río Toltén al Maule. 3) *el colchaguino*, que se extiende desde el Maule hasta el Choapa. 4) *el coquimbano*, peculiar a las provincias de Coquimbo y Atacama. 5) *el tarapaqueño*, que comprende el resto del país. Véase LENZ, *Dialectología hispanoamericana*, § 12. J. T. Medina, *Chilenismos*, 1928, pág. XI).

32. X. *Catálogo de nombres, verbos, adverbios, etc. que por lo común se pronuncian defectuosamente en castellano*. Santiago, 1843, 9 págs.

33. FRANCISCO J. CAVADA, *Diccionario Manual Isleño, provincialismos de Chiloé (Chile)*. Santiago de Chile, 1921, 8.º

(Material interesante que sugiere una serie de problemas no abordados todavía. Ofrece voces que, en su gran mayoría, pueden considerarse como restos penosamente salvados del antiguo lenguaje vulgar isleño).

34. FRANCISCO J. CAVADA, *Chiloé i los chilotos*. Santiago, 1914, XVI-448 págs. Trabajo publicado en los números 7 a 14 de la *Revista Chilena de Historia y Geografía*.

(Estudios de folklore y lingüística de la provincia de Chiloé, acompañados de un vocabulario de Chilotismos y precedidos de una breve Reseña Histórica del Archipiélago. Ampliación de un trabajo publicado en 1910 con el título de *Apuntes para un vocabulario de provincialismos de Chiloé, precedidos de una breve reseña histórica del Archipiélago*. Se divide en tres partes: I. Historia de Chiloé. II. Usos, costumbres, juegos populares, mitos y leyendas (folklore). III. El lenguaje vulgar, págs. 260-448. Extenso estudio de la fonética, morfología y sintaxis del lenguaje de Chiloé. Señala los «vicios», construcciones viciosas, págs. 266-286. A continuación sigue un vocabulario, págs. 288-434. De voces anticuadas usadas en Chiloé anota 178).

35. FRANCISCO J. CAVADA, *Chilenismos aceptados por la Academia Española*. En BACH, t. IV, cuaderno XV, págs. 43-56, Santiago, 1933.

(Se ocupa de los chilenismos que figuran en el *Diccionario Manual Ilustrado de la Lengua Española* del año 1927 (Letra A únicamente). La utilidad del trabajo reside en hacer notar regionalismos españoles que se conservan en Chiloé y que son desconocidos en el resto del país).

36. FRANCISCO J. CAVADA, *Nuestros chilenismos. Su aceptación por la Academia Española*. En la *Revista Católica*, Santiago, 1932, XXXIII, 84-93,

477-484, 561-567, 623-629, 739-743, 997-1003; 1933, XXXIV, 29-34, 351-357, 478-483, 544-547, 594-598.

37. FRANCISCO J. CAVADA, *Discurso de incorporación a la Academia Chilena correspondiente de la Española pronunciado el 6 de diciembre de 1932*, en *BACH*, t. V, cuadernos XIX y XX. Santiago, 1936, págs. 135-150.

(Contiene provincialismos de Chiloé. Anota americanismos y dialectalismos españoles que se usan en Chiloé y que no están en otras partes de Chile).

38. N. N. N. (DARÍO CAVADA), *Chiloé. Rasguños acerca de su estado de ilustración, comercio...* Ancud, 1896, 83 págs.

(En el capítulo VI, págs. 32-37, se estudia especialmente el lenguaje de los habitantes de Chiloé. Toda la obrita abunda en regionalismos interesantes).

39. FRANCISCO CONCHA CASTILLO, *Chilenismos*. Artículos publicados en el tomo VII de la *Revista de Artes i Letras*, págs. 394-400 y 629-634; t. VIII (letra B), págs. 236-240.

(Comprende las letras A y B. Cedió después su material a M. A. Román. Estos artículos fueron escritos, según declara su autor, con el propósito de «ir depurando nuestro lenguaje nacional de las numerosas incorrecciones que lo afean, y señalar compendiosamente algunos chilenismos, así de palabras como de frases, no incluidos en el Diccionario del señor Z. Rodríguez»).

40. ARTURO CONSTANCÍN, *Gramática práctica de la lengua castellana*. Valparaíso, 1901, 89 págs. 16.º

(Contiene una serie de chilenismos: págs. 71-79).

41. VÍCTOR M. CHIAPPA, *Chilenismos*. Notas manuscritas. 1898.

42. FEDERICO T. DELFÍN, *Catálogo de los peces de Chile*. En *Revista Chilena de Historia Natural*. Valparaíso, t. III (1899) y IV (1900). Id, Valparaíso, 1901, 133 págs. 4.º

43. FRANCISCO J. DÍAZ, *Discurso de incorporación a la Academia Chilena correspondiente de la Española, pronunciado el 9 de mayo de 1930*. Véase *BACH*, t. V, cuadernos XVII y XVIII. Santiago, 1935, págs. 41-51.

(Estudia una serie de vocablos de la terminología militar chilena).

44. FRANCISCO J. DÍAZ, *Terminología militar*. En *Revista Chilena*, t. XVII, Santiago, 1923, págs. 250-260.

(Consigna algunos modismos y ciertas locuciones viciosas, así como varios neologismos).

45. J. E. G., *Chile*, etimología de esta palabra. Breve disertación sobre este punto. *AUCH*, t. LV. Santiago, 1879, págs. 400-404.

(Llega el autor a la conclusión de que la palabra *Chile* significa *ají*. Todo el estudio revela «dilettantismo»).

46. ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES, *Sobre lenguaje*. Valparaíso, 1897, Imprenta de «La Tribuna», 23 págs. 16.^o

(Bibliografía de las obras publicadas hasta 1897 sobre provincialismos de los diferentes países americanos y de Filipinas y sobre corrección de lenguaje. Contiene 73 títulos. El autor publicó esta bibliografía, completada, en sus *Voces usadas en Chile*, 1909).

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

47. ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES, *Voces usadas en Chile*. Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1900, XXII-246 págs. 8.^o

(Contiene: I. Una copiosa bibliografía de obras sobre el lenguaje de los países latino-americanos y sobre corrección del lenguaje. Cataloga 147 publicaciones, de las cuales 71 corresponden a la primera sección y 76 a la segunda (págs. 1-21). II. Un estudio del lenguaje vulgar chileno (Fonética, Morfología, Sintaxis, Lexicología) que carece de método científico (págs. 27-116). III. Un vocabulario, que constituye la parte más valiosa de la obra.

Véase: MARIO, *Reparos a «Voces usadas en Chile», por Anibal Echeverría i Reyes*, serie de artículos publicados en el diario *El Porvenir*, Santiago de Chile, 1900, Nrs. 8122-8139. Comenta críticamente 214 voces. FIDELIS P. DEL SOLAR, «*Voces usadas en Chile*». *Juicio crítico de la obra que con este título acaba de dar a luz don Anibal Echeverría i Reyes*. *La Revista de Chile*, t. IV, págs. 78 y sigs.; 112-115. Propone una serie de supresiones, agregados y rectificaciones; toda la crítica obedece a un criterio de lego en materia filológica. M. L. AMUNÁTEGUI REYES, *Críticas y charlas*. Santiago, 1902, 162 págs. 8.^o: contiene una crítica extensa (págs. 115-160) del libro de ECHEVERRÍA Y REYES, *Voces usadas en Chile*. R. LENZ, *Dicc. etim.*, § 72. J. T. MEDINA, *Chilenismos*, 1928, pág. X).

48. ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES, *¿Solecismo chileno?* Santiago de Chile, 1900, 32 págs.

(A propósito de la frase «se vende licores» usada por Echeverría en su libro *Voces usadas en Chile* al definir la palabra *cantina* y censurada por «MARIO» en su crítica a este libro).

49. ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES, *Voces usadas en la industria salitrera*. Antofagasta, 1929, Imprenta Skarnic, 55 págs. 8.º

50. ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES, *Jerga usada por los delincuentes nortinos*. Concepción, 1934, Imprenta El Águila, 19 págs.

(Contiene por orden alfabético voces de los delincuentes nortinos recogidas por Echeverría en su larga práctica jurídica, en conversaciones, declaraciones y otras diligencias judiciales. Hay numerosas coincidencias con lo registrado por Julio Vicuña C. (Cf. N.º 117).

51. ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES, *Vocablos salitreros*. AUCH, Sección de Filología, t. I, cuaderno N.º 1, págs. 55-86, Santiago, 1934.

(Reúne la terminología usada en la industria salitrera. Estudio interesante y útil; no indica etimologías. Contiene frente a las *Voces usadas en la industria salitrera* muchas supresiones, modificaciones y agregados).

52. ROMÁN ESPECH, *Propiedad del Lenguaje. Instrucciones prácticas para hablar, escribir y leer con propiedad el idioma castellano, compuestas para el uso de los adultos que no hayan aprendido gramática. Primera parte. Confusiones en el empleo de las palabras*. Santiago, 1895, Imprenta de «La Gaceta», 95 págs. 8.º

(Libro anticuado, sin interés ni valor. Única alusión al lenguaje chileno: Nuestros campesinos pecan por exceso de eufemismo; no es raro encontrar quien al pronunciar la palabra *animal* delante de alguien agregue «con perdón de Uds.» o «mejorando lo presente»).

53. JULIO FIGUEROA G., *Vocabulario etimológico de nombres chilenos*. Santiago, 1903, 172 págs. 8.º

(Contiene: Introducción, nombres geográficos, nombres propios de araucanos. Chilanismos procedentes de lenguas indígenas. Estudio comparativo. Cita con etimologías, *en gran parte, caprichosas* — según LENZ — 407 voces de origen indígena y de uso corriente en Chile; no explica su significado; no da definiciones. Cf. J. T. MEDINA, *Chilanismos*, 1928, pág. VII).

54. ABRAHAM FERNÁNDEZ O., *Nuevos chilanismos o catálogo de las voces*

no registradas en los diccionarios de Rodríguez y Ortúzar. Valparaíso, 1900, 33 págs.

(Contiene numerosas voces de uso corriente en Chile con abundantes citas de diarios y autores chilenos. Muy útil; v. LENZ *Dicc. etim.*, § 73).

55. EUDOMILIA GALLARDO S., *Apuntes gramaticales*. Santiago de Chile, 1916.

(La tercera parte, págs. 56-104, contiene: Palabras a las que se da una acepción equivocada; frases viciosas; lista de palabras que suelen usarse incorrectamente).

56. TOMÁS GUEVARA, *Incorrecciones del Castellano*. Santiago, 1894, 268 págs.

(En el capítulo XXI, págs. 244-260, trata de los chilenismos, basándose en el *Diccionario de chilenismos* de Rodríguez).

57. TOMÁS GUEVARA, *Los nombres indígenas de las estaciones del ferrocarril*. Santiago de Chile, 1900. *La Revista Nueva*, t. I, págs. 217-224, y t. II, págs. 190-193.

(Trata de explicar etimológicamente los nombres de las estaciones del ferrocarril derivados del mapuche).

58. VALENTÍN GORMAZ, *Correcciones lexicográficas sobre la Lengua Castellana en Chile*. Valparaíso, 1860. VII-64 págs., 8.º mayor. Imprenta del Comercio.

(Para el aprendizaje práctico en la Instrucción primaria. Son cuatro las formas de corrección: I. nombres que poco se conocen o no se usan; II. nombres anticuados; III. nombres que se toman en distinta significación. IV. nombres a que se da una denominación arbitraria. Muchas de las voces usadas en Chile, según este autor «no existen», porque no aparecían entonces en el *Dicc. de la Academia* y otros. Agrega Guevara 148 notas aclaratorias. No carece de interés histórico).

59. ERNESTO GREVE, *La nomenclatura geográfica y la terminología técnica*, Santiago, 1938, Imprenta Universitaria, 218 págs. Se publicó anteriormente en la *Revista de Historia y Geografía*, 1936.

(Estudia principalmente la nomenclatura geográfica de Chile, de origen indígena).

60. MIGUEL GUILLOU, *Lecciones teóricas y prácticas de Gramática Castellana*, t. I, Analogía y Ortografía. Santiago, 1868, Imprenta «El Independiente», 8.º

(Apéndice al primer año de gramática castellana. Dicciones viciosas, págs. 113-117. Coloca siempre la palabra correcta al lado. Muchos de esos vicios son todavía vulgarismos corrientes hoy día).

61. ALBERTO GUZMÁN, *Lexicología Castellana*. Santiago, 1897, 260 págs. «Imprenta Barcelona».

(«Agrupa las voces que por cualquier lado se relacionan entre sí, acompañándolas del significado o de la acepción más resaltante que tengan». Lo más interesante son los «Barbarismos» del lenguaje chileno que el autor trata de corregir. Estos barbarismos (chilenismos) subsisten casi todos. Cf. BALDOMERO PIZARRO, Informe presentado al Decano de Humanidades sobre la obra *Lexicología Castellana*. Santiago, 1898, 53 págs.).

62. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Observaciones sobre el español en América*. En RFE., VIII, 1921, págs. 357-390, y XVII, 1930, págs. 277-284.

(Habría que rectificar, por lo que respecta a Chile, algunas de las observaciones en el primero de estos estudios).

63. RAMÓN LAVAL, *Del latín en el folklore chileno*. Santiago, AUCH, 1909, t. CX, XV, págs. 931-953.

(De todo el material de frases, refranes, etc. en latín, es netamente chilena la frase «Beati indiani quia manducant charquicanem» y una que otra zamacueca que contiene palabras latinas).

64. RAMÓN LAVAL, *Oraciones populares, ensalmos y conjuros chilenos comparados con los que se dicen en España*. AUCH, 1910, t. CXXVI, págs. 203-340. Tirada aparte de lo anterior, 132 págs. 8.º

(Contiene abundante material relativo al lenguaje popular).

65. RAMÓN A. LAVAL, *Cuentos populares de Chile, recogidos de la tradición oral*. Santiago de Chile, 1923, 305 págs.

(Apéndice II, pág. 302: Vocabulario de las palabras y frases que figuran en este libro con acepción distinta de las que trae el Diccionario académico, o que no se encuentran en él. Chilenismos; en gran parte, vulgarismos; pero también muchas formas y giros del habla corriente. Muy útil).

66. RAMÓN A. LAVAL, *Paremiología chilena*. Santiago, 1923, 96 págs. 3.º
(Contiene: de págs. 5-82, Discurso en su incorporación a la Academia Chilena. En la pág. 17 el autor cita 26 refranes de la serie interminable que podría citar y que considera netamente chilenos. Estudio que merecería una ampliación. Cf. reseña de OMER EMETH (EMILIO VAISSE) en *El Mercurio* de Santiago, del 28 de enero de 1924, CARLOS ACUÑA en *Atenea*, 1928, V, N.º 1, 66-70 y G. FELIÚ C., *Bibliografía de J. T. Medina*, Buenos Aires, 1931, págs. 1-6).

67. RODOLFO LENZ, *Zur spanisch-amerikanischen Formenlehre*. En *ZRPh*, t. XV, págs. 518-522, 1891. (Incluido en este volumen).

(Sobre el voseo en Chile y la conjugación vulgar en general).

68. RODOLFO LENZ, *Beiträge zur Kenntnis des Amerikanospanischen*. En *ZRPh*, XVII, 1893, págs. 188-214. (Incluido en este volumen).

(Contiene: I. Die Grundlage der Entwicklung des Amerikanospanischen (págs. 188-195). II. Der Einfluss des Araukanischen auf die Entwicklung des chilenischen Spanisch. Einleitung (págs. 196-198). III. Lautlehre des Araukanischen (págs. 198-204). IV. Die spanischen Lehnworte im Araukanischen (págs. 204-207). V. Die Chilenische Lautlehre verglichen mit der araukanischen (págs. 207-212). Nachtrag zu Kap. I. (págs. 212-214).

69. RODOLFO LENZ, *Ensayos filológicos americanos*. Santiago, 1894.

(Dos folletos, uno de 20 y el otro de 15 págs. I. *AUCH*, t. LXXXVII, 113-132: Sobre el Castellano en América. Recomienda estudiar el lenguaje vulgar chileno. II. *ib.*, págs. 353-367: Expone normas generales para el estudio de los dialectos vulgares).

70. RODOLFO LENZ, *Chilenische Studien*, I-VII. Impresos por separado de la revista *Phonetische Studien* publicada por Wilhelm Viëtor, Marburgo (1892-1893). (Incluido en este volumen).

(I. Tomo V, págs. 272-293: Einleitung, R y L. II y III. Tomo VI, págs. 18-34: S, C (e, i), Z, J, F, Y; Ll, B, V, Hue, Gua. IV y V. Tomo VI, págs. 151-166: F, C (a, o, u), Ch, B, D, M, G, M, N, Ñ. VI y VII. Tomo VI, págs. 274-301: Die Vokale und ihre Verbindungen, Proben).

71. RODOLFO LENZ, *Die indianische Elemente im chilenischen Spanisch, inhaltlich geordnet* (en *Beiträge zur romanischen und englischen Philologie*). Halle, 1902.

(Señala unas 500 voces de origen indio, clasificadas según las esferas de ideas a que se refieren. Prescinde casi totalmente de los nombres de animales y plantas).

72. RODOLFO LENZ, *Los elementos indios del castellano de Chile. Estudio lingüístico y etnológico. Dictionário etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 2 vols., 1905 i 1910, XV-938-8 págs. 8.º

(Cf. A. M. ESPINOSA, en *Revue de Dialectologie Romane*, 1910 II, págs. 420-424. H. MORF, en *ASNS*, 117, pág. 240). LEHMANN, en *Zentralblatt f. Anthrop.* XI, 295. A. ZAUNER, en *LGRPh*, 1908, núm. 1, 25-28. J. CEJADOR, en *Esp. Mod.*, 1907, T. 224, 11-12.

73. RODOLFO LENZ, *Los elementos indios del castellano en Chile*. Buenos Aires, 1912, 13 págs. 4.º

(Señala un total de 1532 voces simples y unos 595 derivados de lenguas indígenas).

74. RODOLFO LENZ, *La oración y sus partes*. Publicación de la *RFE*, Madrid, 1920, IIa. ed., 1925; 3.ª edic., 1935.

75. RODOLFO LENZ, *Problemas del diccionario castellano en América*. En la revista *Studium*, I, N.º 3, 1927, 209-237. Reimpreso en el *Boletín de Filología*, Buenos Aires, 1927, I, N.ºs 3-4.

76. VALENTÍN LETELIER, *Ensayo de onomatología o estudio de los nombres propios i hereditarios*. Madrid, Victoriano Suárez, i Santiago de Chile, 1906.

(En el cap. III, § 11, se halla un estudio sobre la onomástica de Chile y en el cap. IV referencias a su toponimia. Obra anticuada; sin embargo, siempre una de las mejores publicadas por autores sudamericanos sobre el tema).

77. ANNA MANGELS, *Sondererscheinungen des Spanischen in Amerika*. Hamburgo, 1926, 85 págs.

78. JOSÉ TORIBIO MEDINA, *Voces chilenas de los reinos animal i vegetal*. Santiago de Chile, 1917, Imprenta Universitaria, 149 págs.

(Chilenismos que, a juicio del autor, pudieran incluirse en el Diccionario de la Lengua. Voces indígenas y españolas).

79. JOSÉ TORIBIO MEDINA, *Voces chilenas y chilenismos incluidos en la XV edición del Diccionario de la Real Academia Española, entresacados por J. T. M.* Santiago, 1925, VIII-10 a 115 págs. 8.º mayor.

(Cf. *El Mercurio* del 19 de octubre de 1925 (OMER EMETH, EMILIO VAISSE). GUILLERMO FELIÚ C., *Bibliografía de J. T. Medina*, págs. 59-60, donde se reproduce el juicio de OMER EMETH. El mismo estudio se halla reproducido en el *Boletín de la Academia Chilena*, correspondiente de la Real Academia Española. Santiago de Chile, t. III, cuad. XII, 1925, págs. 391-501, con el título de *Voces chilenas y chilenismos incluidos en el Diccionario de la Real Academia de la lengua*. Medina comprueba que el número de voces chilenas «que en la edición precedente (la XIV) llegaba apenas a 155, en éste alcanza a 1133, y quizás a 1150». Estudio de indudable valor por las definiciones que da de las voces chilenas. Utiliza como fuentes de información principalmente las obras de Z. Rodríguez y de M. A. Román, y completa en muchos casos las indicaciones del Diccionario de la Academia. Cf. C. FELIÚ C., *l. c.*).

30. JOSÉ TORIBIO MEDINA, *Los americanismos del Diccionario de la Real Academia Española*. AUCH, 1927, págs. 575-610; id. tirada aparte, Santiago, 1927, 36 págs. 8.º

(Examina la procedencia de las voces que en la XV ed. del Dicc. de la Acad. y en el Dicc. Manual e ilustrado aparecen con la nota de «americanismos», para llegar a la conclusión de que, en su mayoría, no son acreedoras a semejante atribución, la que, en rigor, debiera cambiarse por la del país a que corresponden. (Cf. G. Feliú C., *Bibl. de J. T. Medina*. Buenos Aires, 1931, págs. 106-107).

31. JOSÉ TORIBIO MEDINA, *Nuevos chilenismos registrados en el Diccionario Manual e Ilustrado de la Real Academia de la Lengua*. Santiago, 1927. Revista *Studium*, año I, núm. 5-6, págs. 399-468. Tirada aparte: Santiago, 1927, 74 págs. 8.º mayor.

(Con numerosas observaciones críticas e indicaciones útiles que quedaron suprimidas, en parte, en la edición de los *Apuntes lexicográficos* de 1928. Cf. G. Feliú C., *Bibliografía de J. T. M.*, págs. 108-111).

32. JOSÉ TORIBIO MEDINA, *En defensa de siete voces chilenas registradas en el Diccionario de la Real Academia Española y cuya supresión se solicita por un autor nacional*. Santiago, 1927, revista *Atenea*, año IV, núm. 7, págs. 89-102, y tirada aparte de la revista *Atenea*, 14 págs. 8.º menor.

(A propuesta de Medina, la Real Academia Española incluyó en la XV

edición del Diccionario de la Lengua las siguientes voces: *cauquén*, *calanga*, *cauque*, *coicoy*, *colegial*, *colicoli* y *coscorota*, todos chilenismos que don M. L. Amunátegui Reyes, en su libro intitulado *Observaciones y enmiendas a un Diccionario, aplicables también a otros*, consideró inaceptable formasen parte del léxico español. A justificar las razones que tuvo en vista Medina para solicitar su inclusión en el Diccionario concurre este eruditísimo estudio filológico; cf. G. FELÚ C., *Bibliog. de J. T. M.*, págs. 92-93).

83. JOSÉ TORIBIO MEDINA, *Chilenismos. Apuntes lexicográficos*. Santiago, 1928, XVII-383 págs. 8.º menor. Imprenta Universo.

(Cf. *El Mercurio*, de 18 de marzo de 1928. Uno de los primeros intentos de presentar el vocabulario chileno, libre de doctrina. Muy útil).

84. R. P. RAIMUNDO MORALES, *El buen decir (Estudios sobre el idioma castellano)*. Santiago de Chile, 1925, t. I, 365 págs.

(Letras A y B: Trata el vocabulario desde el punto de vista de la pureza del lenguaje. Obra muy parecida a la de M. L. AMUNÁTEGUI, *Observaciones*... Polémicas con otros autores. T. II: Letras C, Ch, D y un apéndice. Santiago, 1937, 378 págs. 8º).

85. AURELIO MURILLO N., *Crítica a la XIII edición del Diccionario de la Real Academia Española*. Santiago de Chile, 1900. Imprenta Barcelona, 4º. Cuad. I.

(Censura las incorrecciones y deficiencias de la XIII ed. del Dicc. de la Acad. Las observaciones se refieren a algunas voces de la letra A. En parte, desatinadas como ésta (pág. 8): «Escribir como lo hace la Academia, «Ad pédem litterae» por «ad pédem litteræ» es cometer un error» (!).

86. HIPÓLITO OLIVARES MESA, *Los apellidos. Su significación i su multiplicación*. Santiago de Chile, 1904, XIII-145-III págs.

(Esta obra se dividirá en tres partes, dice el autor, en una advertencia; pero se publicó únicamente la I: apellidos que tienen significados propios, en América y España. Sin valor científico).

87. RODOLFO OROZ, *El castellano de nuestros deportistas*. Santiago, 1926, revista *Studium*, año I, núm. 3, págs. 238-249.

(v. J. T. MEDINA, *Chilenismos*, 1928, pág. X).

88. RODOLFO OROZ, *El uso metafórico de nombres de animales en el len-*

guaje familiar y vulgar chileno. Santiago, 1932, revista *Atenea*, Imprenta Universitaria, págs. 159-184. Tirada aparte, 30 págs.

(Cf. R. RIEGLER, en *Literaturblatt f. germ. u. rom. Phil.*, 1934, 3-4, pág. 126. R. GROSSMANN, en *Zeitschrift f. rom. Phil.*, LIII, 1933, págs. 417-418).

89. RODOLFO OROZ, *Sobre los sufijos de los nombres gentilicios chilenos*. Santiago, 1934. *AUCH*. Secc. de Filología. T. I, cuad. N° 1, págs. 51-54 y un mapa.

(Cuaderno N.ºs 2-3, pág. 115: A propósito de los sufijos de los nombres gentilicios chilenos. Los sufijos más usuales son *-ino* y *-ano*; menos frecuentes *-ense* y *-eño*).

90. RODOLFO OROZ, *El elemento afectivo en el lenguaje chileno*. En *AFFE*, 1938, II-1, 36-57.

91. CAMILO ORTÚZAR, *Diccionario manual de locuciones viciosas i de correcciones de lenguaje con indicación del valor de algunas palabras i ciertas nociones gramaticales*. Turín, 1893, Imprenta Salesiana.

(«Vocabulario donde en forma cómoda y sin pérdida de tiempo pueden consultarse las más importantes correcciones de lenguaje, conforme a la enseñanza de renombrados hablantes» (Prólogo, XI). Contiene gran número de voces mejicanas, colombianas, argentinas, uruguayas y peruanas, y sobre todo chilenas — todas las anotadas por Zorobabel Rodríguez y otras muchas. Cf. R. LENZ, *Dicc. etim.*, § 71. M. L. AMUNÁTEGUI REYES, *Observaciones i enmiendas a un Diccionario, aplicables también a otros*, t. I, 1924, pág. 341; t. II, 1925, pág. 343; t. III, 1927, pág. 379).

92. NICOLÁS PALACIO, *Raza Chilena*. Valparaíso, 1904, 2.ª ed., Parte II, capítulos II y III; lenguaje, págs. 89-183.

(El autor revela buenos conocimientos de la lengua vulgar chilena, pero defiende una tesis absurda. V. crítica de M. DE UNAMUNO; cf. JULIO SAAVEDRA MOLINA, *El tema pronunciación en el libro «Raza Chilena»*. Santiago (Panthesis), 1905).

93. Y. PINO SAAVEDRA, *Anotaciones sobre vocablos y acepciones usadas en Chile*, En *AFFE*, 1938, II-1, 77-78.

94. JUAN DE DIOS PLAZA, *Diccionario de voces no conocidas o mal empleadas en Chile*. Santiago, 1907, 326 págs. 12.º

(Toma por base el Diccionario Académico de 1889 y reúne las voces desconocidas o mal conocidas en Chile con el fin de dar a conocer su «verdadero significado». No se define lo que bien se conoce en Chile; se insertan adagios y refranes. Contiene muchas locuciones corrientes: un apéndice sobre nombres propios y apellidos castellanos (311-319) y otro sobre reglas de acentuación y prosodia (320-323).

95. BERNARDINO QUIJADA B., *La ornitología chilena en el Diccionario de la Lengua Castellana*. Santiago de Chile, 1917, 26 págs. 4.º, con láminas.

(Contiene 28 pequeñas monografías de aves chilenas).

96. JOSÉ OLEGARIO REYES, *Compendio de Gramática Castellana compuesto y arreglado de la Gramática de D. Andrés Bello*. Santiago, 1874, 165 págs. 16.º

(Contiene al final, págs. 137-161, una «Lista de las principales palabras en que suele cometerse el vicio llamado «Barbarismo», o que se reputan como anticuadas». Estos «barbarismos» son, en gran parte, vulgarismos corrientes todavía).

97. ZOROBABEL RODRÍGUEZ, *Apuntes para un diccionario de chilenismos*. En *Estrella de Chile*, 1874, VII, 265, 279, 295, 313, 321.

98. ZOROBABEL RODRÍGUEZ, *Diccionario de chilenismos*. Santiago, 1875, XII, 487 págs. 4.º Imprenta de «El Independiente».

(El primer Diccionario de Chilenismos de importancia, cuyo objeto era «contribuir al perfeccionamiento y depuración de nuestra habla». Utilizó el autor observaciones que Fernando Paulsen había ido acopiando durante muchos años, sobre los vicios de nuestro lenguaje (v. Prólogo, pág. XI). Cf. FIDELIS DEL SOLAR, *Reparos al «Diccionario de Chilenismos» de don Zorobabel Rodríguez*. Santiago, 1876, XIV-190 págs. Imprenta Schrebler. Rectifica errores ortográficos y señala omisiones y equivocaciones. R. LENZ, *Dicc. etim.*, §§ 69, 70. FERNANDO PAULSEN, *Reparos de reparos, o sea ligero examen de los «Reparos al Diccionario de Chilenismos de don Zorobabel Rodríguez», por Fidelis Pastor del Solar*. Santiago, 1876, 35 págs. Imprenta de «La Estrella de Chile». Trata de desvirtuar las objeciones de F. del Solar, quien, a juicio de Paulsen, «se empeña en conservar, contra los consejos del señor Rodríguez, el uso de innumerables chilenismos, nada más que porque los cree útiles, o porque considera imposible sustituirlos por las correspondencias castizas». JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, *Notas marginales puestas por don J. M. G. al «Diccionario de chilenismos» de don Z. Rodríguez*,

en la revista *Artes y Letras*, 1886, t. VII, 153-168. MANUEL BLANCO CUARTÍN, *Cartas a don Zorobabel Rodríguez, sobre Chilenismos*. Santiago, 1919. En *Revista Chilena*, t. VIII, págs. 217-221, 416-428, 533-554, y t. IX, págs. 56-68. Contienen estas cartas numerosas explicaciones útiles sobre el significado que damos a ciertas voces en Chile. Comienza su autor este «rebusco de barbarismos de lenguaje» por orden alfabético, pero abandona pronto su propósito y trata palabras y modismos chilenos sin orden determinado).

99. GUILLERMO ROJAS CARRASCÓ, *Ciento treinta y cuatro voces y acepciones no registradas*. En *Anales de la Facultad de Filosofía y Educación*, Santiago de Chile, 1938, II-1, págs. 89-103.

100. MANUEL ANTONIO ROMÁN, *Diccionario de chilenismos y de otras locuciones viciosas*. Santiago de Chile, 1908-1918, 5 vols.

(Con todos los defectos que tiene, queda por ahora como la obra más monumental sobre el lenguaje chileno. Al final del tomo III de esta obra se hallan reproducidos algunos juicios de críticos nacionales y extranjeros sobre los dos primeros volúmenes, y en el último tomo, otro sobre el vol. IV. Cf. R. LENZ, *Dicc. etim.*, § 77 A, pág. 912).

101. CLAUDIO ROSALES, *Las combinaciones vocálicas en la lengua vulgar de Chile*. Santiago, 1934, *AUCH*, Secc. Filología, t. I. cuad. N° 1, págs. 85-92.

(Se funda este estudio en la lengua vulgar de la zona central de Chile).

102. CLAUDIO ROSALES Y., *Las combinaciones sintácticas de vocales en la lengua vulgar de Chile*. *AUCH*, Secc. de Filolog., t. I., cuads. 2 y 3, págs. 110-114. Santiago, 1936.

(Continuación del estudio anterior).

103. JULIO SAAVEDRA MOLINA, *Acerca del idioma chileno*. Revista quincenal ilustrada *Ciencias i Letras*, N° 2, julio, págs. 71-72; N° 3, agosto, págs. 101-104. Santiago de Chile, 1902.

104. JULIO SAAVEDRA MOLINA, *Pronunciación castellana de Chile*. En *Le Maître Phonétique*, N.ºs 9-10, setiembre-octubre, págs. 145-150. Boug-la-Reine, 1904. En el N° 12, diciembre, págs. 167-168, hay una nota sobre la misma materia.

(Trata de establecer las diferencias más notables entre las pronunciaciones

nes de Castilla y Chile — o mejor dicho la pronunciación media normal de Santiago, observada en su propia persona (!) — para cuya ilustración acompaña un trozo en doble transcripción. Contiene este estudio una serie de erratas y no está exento de errores. Cf. FRANCISCO ZAPATA LILLO, *Fonética Chilena*, *MPh*, 1905, N.ºs 2-3, págs. 34-36. Impugna el artículo publicado por Julio Saavedra sobre *La pronunciación chilena* en el *MPh*, 1904, N.ºs 9-10, págs. 145-150, encontrando exageradas algunas observaciones. Agrega seis proverbios chilenos en transcripción fonética, según la pronunciación de gentes educadas y según la pronunciación popular. JULIO SAAVEDRA MOLINA, *Fonética chilena*, en *MPh*, 1905, N.ºs 8-9, agosto-setiembre, págs. 94-98. Réplica a la crítica de Zapata Lillo en la misma revista. Rechaza las observaciones de su impugnador).

105. JULIO SAAVEDRA MOLINA, *Sobre la r suave castellana*. En *Le Maître Phonétique*, N.ºs 2-3, págs. 36-37. Boug-la-Reine, 1905.

(Dice Saavedra: «En efecto, la *r* nuestra no es explosiva, ni tampoco tremulante, ni fricativa, pero sí podría dársele el nombre de oclusiva» (pág. 36).

106. JULIO SAAVEDRA MOLINA, *b, d, g, hispaniques*. En *Le Maître Phonétique*, N.º 5, mayo, págs. 59-61. Boug-la-Reine, 1906.

(Observaciones críticas sobre la afirmación de Vianna (*MPh*, 1904, N.ºs 9-10, pág. 130) respecto del valor fonético de *b, d, g* intervocálicas en español, que, según SAAVEDRA, son más bien semi-*vocales fricativas* que *explosivas fricativas*, como opina VIANNA. Cf. objeciones de VIANNA en *MPh*, 1906, pág. 79 y réplica de SAAVEDRA en *MPh*, 1907, págs. 70-71 y de VIANNA a continuación (ib., págs. 71-72), quien pone término a esta discusión).

107. JULIO SAAVEDRA MOLINA Y MAXIMIANO FLORES F., *Espagnol Chilien populaire*. En *Le Maître Phonétique*, 1908, N.ºs 5-6, pág. 88.

(Transcripción fonética de cuatro estrofas de la segunda parte de *Cuánto puede la porfía* de CAÑAS PINOCHET (dialecto colchagüino).

108. JULIO SAAVEDRA MOLINA, *Repeliendo la invasión*. Librería de J. Nascimento, Ahumada 265, Santiago, 1908, VIII-145 págs. 16º.

(Contiene con referencia al castellano de Chile: *Lo Americano en Castilla*, carta dirigida a don JULIO CEJADOR, págs. 49-63. *Nuestro Idioma Patrio*, consideraciones filológicas que establecen su independencia, y político-educativas que recomiendan su cultivo, págs. 64-93. Con una serie de ob-

servaciones muy justas acerca del lenguaje chileno. Un capítulo «Sobre dialecto chileno», págs. 112-114, con transcripción fonética de un fragmento de la segunda parte de las *Escenas de la vida agrícola de Ultra Maule* de A. Cañas Pinochet. *Barajando palos de ciego*, págs. 121-137: réplica a Unamuno, quien en un artículo de *La Nación* de Buenos Aires refutó su conferencia sobre *Nuestro Idioma Patrio* y negó «que entre la propagación del latín en Europa y la del castellano en América ha habido un paralelismo más o menos perfecto», afirmando que «hubo diferencias capitales y hay factores que determinarán resultados divergentes».

109. JULIO SAAVEDRA MOLINA, *Espagnol Chilien*. En *Le Maître Phonétique*, 1909, N.^{os} 3-4, marzo-abril, págs. 65-66.

(Un ejemplo de transcripción (*El Sol*) con notas referentes a algunas consonantes).

110. JULIO SAAVEDRA MOLINA, *Cuestión nimia*. En *Las Últimas Noticias* de 28 de abril de 1915.

(Réplica a un artículo de OMER EMETH (*El Mercurio*, 19/4/1915) sobre el significado que se da en Chiloé comúnmente a la palabra *nimio*: de poco valor, insignificante, mínimo. Cf. *Revista de Educación Nacional*, mayo 1915, año XI, N^o 3, págs. 99-104: «Suma y sigue acerca del uso de *nimio* y *nimiedad*». Saavedra cita en apoyo de su opinión — cierta, por lo demás, en cuanto se refiere al uso chileno — a algunas autoridades mal elegidas que se vuelven en contra de su tesis).

111. JOSÉ RAMÓN SAAVEDRA, *Gramática elemental de la Lengua Española*. Santiago, 2a. ed., 1859. IX-1-198 págs. Imprenta de «La Opinión».

(Impugna muchas doctrinas de Andrés Bello. Contiene como suplemento un «Diccionario de algunas voces araucanas usadas entre nosotros»: 339 voces. Es la primera colección de chilenismos de origen indígena. Cf. FRANCISCO VARGAS F. en *AUCH*, 1860, t. XVII, 524-548).

112. MANUEL SALAS LAVAQUI, *La Gramática Castellana en Chile hasta 1847*. *Revista Chilena*, t. IV, Santiago, 1876.

(Breve historia de la enseñanza de la gramática castellana en Chile. Estudio que no carece de interés).

113. MANUEL SALAS LAVAQUI, *Discurso leído en la Academia Chilena correspondiente de la Real Academia Española en la recepción pública del*

señor D. Julio Vicuña Cifuentes el día 16 de julio de 1916 y contestación de don Manuel Salas Lavaqui. Santiago, 1916. Imprenta Universitaria, 34 págs. 8.º (de págs. 61-84).

(Contiene una serie de refranes típicamente chilenos).

114. ALCIBÍADES SANTA CRUZ, *Sobre chilenismos*. En *Atenea*, 1927, N.º 7, IV, 176-186.

(Carta dirigida a D. José Toribio Medina).

115. DOMINGO F. SARMIENTO, *Necesidad de una ortografía americana*. Memoria. *AUCH*, 1843, t. I., pág. 177. La tirada aparte lleva el título: *Memoria (sobre ortografía americana) leída a la Facultad de Humanidades*. Santiago, 1843, Imprenta de la Opinión, V-54 págs. 4º.

Dice Sarmiento a propósito de la *b* y la *v*: «Hay pues dos caracteres distintos para representar un solo sonido; y si en Chile, sobre todo, se encuentra entre los huazos un sonido *b* aspirado, como en *lobo*, que casi pronuncian *lofo*, esto no establece acepción ninguna» (pág. 18).

116. S. DE SAUNIERE, *Cuentos populares chilenos y araucanos recogidos de la tradición oral*. *Revista Católica de Chile*, 1916 y 1918, y *Revista de Folklore Chileno*, 1918, t. VII.

117. CARLOS SENRA SALVO, *Chilenismos*. En *Atenea*, 1931, N.º 82, VIII, 285-299.

(Con bibliografía).

118. FIDELIS DEL SOLAR, *Sobre un solecismo chileno*.

119. FIDELIS DEL SOLAR, *Carta de par en par*. Santiago, 1899, 62 págs. 8º. (Comunicación dirigida a Montevideo para la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*. Se publicó en Chile en el *Anexo dominical de la Lei*, en los N.ºs 7-14. Contiene disquisiciones ortográficas, comentarios relativos a definiciones malas del Dicc. de la Real Academia, voces y acepciones nuevas que no figuran en el Dicc., etimologías malas, incorrecciones del lenguaje. Pocas referencias al lenguaje chileno).

120. FIDELIS DEL SOLAR, *Vocabulario de la fraseología del verbo «echar»*. Santiago de Chile, 1889; 115 págs.

(Dió origen a este opúsculo el trabajo de D. Barros Grez sobre la fra-

seología del verbo *hacer*. El estudio se divide en tres secciones por orden alfabético: I. Acepciones, II Modismos. III. Refranes. Trabajo de simple aficionado; pero contiene referencias al uso chileno que no carecen de interés).

121. JOSÉ BERNARDO SUÁREZ, *Prontuario de ortografía práctica*. Valparaíso, 1873, 4.^a ed., Librería del Mercurio, 98 págs. 8°.

(Contiene en las páginas 87-97 una serie de «frases incorrectas» usadas en el lenguaje chileno).

122. ROSAS A. URZÚA, *Tratado completo del «Arte de decir bien» o sea, teorías, fundamentos y prácticas lógicas de la lectura, la recitación y la llamada declamación*. Santiago, 1908, 118 págs.

(En el capítulo VII, págs. 35-37: «De la pronunciación», contiene algunas observaciones generales y muy conocidas sobre nuestra pronunciación).

123. ADOLFO VALDERRAMA, *Bosquejo Histórico de la Poesía Chilena*. Santiago, Imprenta Chilena, 1866, 270 págs. 4°.

(Contiene, págs. 255-263, una muestra de *corrido* que se debe al señor Avis, y «en él se ve — según Valderrama — no sólo el modo especial de decir de nuestros *rotos*, sino hasta los errores que más comúnmente cometen», y otra de *tonada*. De estas dos muestras no se desprende, sin embargo, lo que afirma el autor acerca del lenguaje popular).

124. PEDRO ARMENGOL VALENZUELA, *Glosario etimológico de nombres de hombres, animales, plantas, ríos i lugares i de vocablos incorporados en el lenguaje de los aborígenes de Chile i de algún otro país americano*. Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, Bandera 130, 1918-1919, dos vols. 8°.

(A juicio de los entendidos, las etimologías dadas por el autor son en gran parte erradas).

125. LINA VARGAS ANDRADE, *Contribución al estudio de la literatura popular en Chiloé*. AUCH, Santiago, 1927, págs. 123-221.

(Contiene muchas notas relativas al lenguaje vulgar, págs. 129-184, en parte fenómenos comunes en todo el país, en parte regionalismos de Chiloé).

126. PEDRO N. VÁSQUEZ CIUDAD, *Voces de mi tierra*. En el diario *El Chileno*, mayo de 1902.

(Registra 67 voces de la provincia del Maule).

127. JULIO VICUÑA CIFUENTES, *Coa, jerga de los delincuentes chilenos, estudio i vocabulario*. Santiago, 1910, 16°.

(Hasta ahora el único estudio de esta naturaleza publicado en Chile. La introducción, págs. 3-41, ofrece una clasificación del material, distinguiéndose diez puntos: alteraciones fonéticas, formas de representación, calificaciones adjetivas por atributos, personificaciones, arcaísmos, neologismos, extranjerismos, formas de origen desconocido, fraseología. Su autor indica las regiones de Chile en que se usan las voces jergales. Estudio útil, merece una revisión y complemento).

128. JULIO VICUÑA CIFUENTES, *Discurso leído en la Academia Chilena correspondiente de la Real Academia Española, en la recepción pública del señor D. Julio Vicuña Cifuentes el día 16 de julio de 1916*. Santiago de Chile, 1916, Imprenta Universitaria, 84 págs. 8°.

(El discurso ocupa las págs. 5-41. Notas págs. 43-44. Apéndice págs. 45-58. Tanto las *Notas* como el *Apéndice* contienen comentarios relativos al vocabulario vulgar).

129. JULIO VICUÑA CIFUENTES, *Romances populares y vulgares recogidos de la tradición oral chilena*. Biblioteca de Escritores Chilenos, t. VII. Santiago, 1912, XXXIV-592 págs.

(Cf. A. M. ESPINOSA, *Bull. dial. rom.*, V, 49-55).

130. BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA, *Algunos proverbios, refranes, moles y dichos nacionales*. Valparaíso, 1931. 160 págs. 16°.

131. JUAN ZIN, *La salud por medio de las plantas medicinales. Por un Sacerdote salesiano*. Santiago, 3ª ed., 1922, 686 págs. 4°. Con láminas.

(Describe numerosas plantas propiamente chilenas).

Santiago de Chile, 1º de noviembre de 1939.

ÍNDICES ALFABÉTICOS

NOMBRES DE PERSONAS, DE INSTITUCIONES

Y DE OBRAS ANÓNIMAS

- Academia Española de la Lengua: 59, 63, 65, 75, 94, 140, 150, 159.
Acuña, Carlos: 313.
Alcalá Venceslada, Antonio: 111.
Alegría, Paula: 221.
Alemany Bolufer, José: 297.
Alonso, Amado: 6, 10, 11, 12, 13, 88, 91, 95, 100, 102, 110, 120, 123, 137, 141, 147, 159, 171, 184, 186, 188, 190, 222, 228, 253, 265, 283, 293, 294, 295, 301.
Alonso, Dámaso: 238.
Alther, Alfredo: 286.
Álvarez Gato: 265.
Allende, Humberto: 42.
Allende, Juan Rafael («El Pe-
quén»): 40.
Amunátegui, Miguel Luis: 68, 301,
302, 316.
Amunátegui Reyes, M. L.: 302,
303, 306, 309, 316, 317.
Araujo, F.: 103, 104, 167, 169,
170, 188, 189, 190, 191, 192,
273, 274.
Araújo, Orestes: 221.
Armengol Valenzuela, Pedro: 323.
Ascasubi, Hilario: 13, 40.
Astraldi, Miguel Ángel: 233.
Atlas Lingüístico de Francia: 191.
Azócar, Rubén: 24.
Baeza R., Víctor Manuel: 304.
Baist, Gottfried: 94, 121, 122, 138.
Bally, Charles: 283.
Banderas Lebrun, Leónidas: 306.
Bañados, Guillermo: 304.
Barberis Cavalli, Víctor: 37.
Barra, Eduardo de la: 304, 305.
Barros Arana, Diego: 17, 44, 215,
219, 256.
Barros Grez, Daniel: 26, 43, 305,
306, 322.
Bello, Andrés: 5, 49, 51, 52, 58,
60, 68, 88, 150, 229, 262, 266,
267, 305, 306, 321.
Benvenuto Murrieta, Pedro M.:
228, 296.
Berceo, Gonzalo de: 265.
Bertrand, Alejandro: 306.
Blanco Cuartin, Manuel: 306, 318.
Blemont, Andrés: 37.
Blest Gana, Alberto: 44, 306.
Bónet, Juan Pablo: 118, 119, 121,
135, 136.
Booch-Arkossy: 194.
Breckke, K.: 129.
Brucke, Ernst: 179.
Brunet, Marta: 46, 47.
Cabrera, Aurelio: 297.
Calderón de la Barca, Pedro: 212.

- Campo, Estanislao del: 14, 216.
 Campo, Juan del: 34, 36.
 Canfield, Delos L.: 120.
 Cannobio, Agustín: 306.
 Cañas Pinochet, A.: 23, 27, 28, 29, 30, 31, 33, 306, 320, 321.
 Carochi, Horacio: 164.
 Carreño, Alberto María: 111, 296.
 Castro, Américo: 10, 194, 222, 231, 282.
 Cavada C., Darío: 20, 24.
 Cavada, Francisco J.: 21, 307.
 Cejador, Julio: 320.
 Cervantes Saavedra, Miguel de: 52, 61, 73, 212.
 Cevallos, P. F.: 216.
 Coelho, F. A.: 87.
 Concha Castillo, Francisco: 308.
 Constancín, Arturo: 308.
 Córdova P., David Ernesto: 37-38.
 Cortés, Hernán: 165.
Crónica del Gran Capitán: 60.
 Cuervo, Rufino José: 58, 75, 81, 105, 111, 116, 143, 145, 147, 148, 157, 164, 171, 188, 261, 266, 281, 282, 296, 297.
 Cháneton, Abel: 221.
 Chiappa, Víctor N.: 308.
 Delfín, Federico T.: 308.
Diccionario de la Academia: 315, 318, 322.
 Díaz, Francisco J.: 308, 309.
 Diez, Friedrich: 164.
 Durand, Luis: 46, 47.
 Echeverría y Reyes, Aníbal: 90, 111, 309, 310.
 Escriche y Mieg, Tomás: 103, 123, 138, 150, 153, 190.
 Espech, Román: 310.
 Espinosa, Aurelio M.: 11, 12, 17, 110, 147, 159, 324.
 Espinosa, Aurelio M. (hijo): 124, 213.
 Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile: 18.
 Febrés, Andrés: 90, 106, 116, 150, 156, 189, 219, 233, 234, 236, 237, 238, 239, 240, 241, 244, 245, 246, 247, 285, 287.
 Fernández de Moratín, Leandro: 64, 75.
 Ford, J. D. M.: 120.
 Feliú C., Guillermo: 313, 315.
 Fernández O., Abraham: 310.
 Figueroa G., Julio: 310.
 Fink: 297.
 Flores F., Maximiano: 320.
 Förster, Paul: 94, 102, 105, 118, 121, 122, 134, 138, 167, 178, 179, 190.
 Fuentes, F. A.: 60.
 Fuenzalida, Alejandro: 221.
 Furt, Jorge M.: 15.
 Gagini, Carlos: 111.
 Gallardo S., Eudomilia: 311.
 García Icazbalceta, Joaquín: 221.
 Garcilaso de la Vega: 73.
 Gartner, Theodor: 155, 183.
 Gavel, H.: 120.
 Giese, Wilhelm: 112.
 Gil, Pedro E.: 35.
 Gili Gaya, Samuel: 98, 104, 274.
 Gonçalves Vianna, A.: 129, 320.
 Gormaz, Valentín: 311.
 Grammont, Maurice: 191.
 Granada, Daniel: 245.
 Granada, Fray Luis de: 55, 73.
 Greve, Ernesto: 311.

- Gröber, Gustav: 17, 94, 118, 121, 138, 216.
- Grossmann, R.: 18, 317.
- Grützner, P.: 96.
- Guajardo, Bernardino: 40.
- Guevara, Tomás: 311.
- Guillou, Miguel: 312.
- Gutiérrez, Juan María: 221, 318.
- Guzmán, Alberto: 312.
- Hanssen, Friedrich: 61, 121, 194.
- Havestadt, Bernardo: 219, 233, 234, 239, 240.
- Henríquez Ureña, Pedro: 12, 111, 112, 159, 164, 214, 221, 262, 268, 282, 296, 312.
- Hernández Calzada, Fray Antonio: 233, 245, 246, 247, 248, 249, 255, 287.
- Hernández, José: 13, 14.
- Herzog, E.: 120.
- Hidalgo, Bartolomé: 13.
- Hills, E. C.: 159.
- Hita, el Arcipreste de: 265.
- Horacio: 59.
- Horning, A.: 118, 120.
- Instituto de Filología de Buenos Aires: 10, 82, 91.
- Instituto Pedagógico de Santiago: 5, 10, 16, 20, 48, 51.
- Iriarte, Tomás de: 59, 75.
- Isla, José Francisco de: 75.
- Jacobsen, Jerome V.: 221.
- Jespersen, Otto: 271.
- Jones, Daniel: 191.
- J. E. G.: 309.
- Jotabeche (Vallejo, José Joaquín): 60.
- Joret: 118, 119.
- Kloques Campos, Julio: 46, 47.
- Krüger, Fritz: 102, 129, 194, 297.
- Kuhn: 90, 99.
- Labarca H., Amanda: 221.
- Lamano y Beneite, José de: 111.
- Larsen, Juan M.: 233.
- Latcham, Ricardo A.: 46, 303.
- Latorre, Mariano: 47.
- Laval, Ramón A.: 18, 312, 313.
- Lehmann-Nitsche, Roberto: 14, 15, 16.
- Lemos R., Gustavo: 296.
- Lentzner, Karl: 222.
- Lenz, Rodolfo: 5, 6, 60, 87, 90, 95, 97, 98, 100, 102, 103, 104, 107, 108, 112, 121, 124, 126, 129, 138, 145, 148, 158, 178, 181, 184, 185, 189, 191, 192, 197, 207, 214, 215, 217, 220, 222, 228, 237, 253, 266, 271, 272, 273, 274, 275, 276, 277, 278, 281, 282, 283, 284, 285, 286, 287, 293, 294, 295, 306, 309, 310, 311, 313, 317, 318, 319.
- León, Fray Luis de: 73.
- Letelier, Sandalio: 305.
- Letelier, Valentín: 314.
- Lida, Raimundo: 6.
- López de la Huerta, José: 64.
- Mangels, Anna: 110, 314.
- Marden, Charles Carroll: 111.
- Mario: 309, 310.
- Martín, Luis: 65.
- Martínez Quevedo, Mateo: 25, 27.
- Medina, José Toribio: 220, 221, 306, 307, 309, 310, 314, 315.
- Meléndez Valdés, Juan: 76.
- Menéndez y Pelayo, M.: 220.

- Menéndez Pidal, Ramón: 12, 111, 120, 126, 183, 194, 222, 231, 265, 266, 281, 282.
- Meyer-Lübke, W.: 118, 120, 153, 154, 155, 231, 281, 282.
- Middendorf, E. W.: 225, 247.
- Mira de Amescua, Antonio: 265.
- Moatoya, Tristán (Ortúzar González, Luis): 28, 40.
- Morales, Juan Bautista de: 66.
- Morales, Raimundo: 316.
- Morínigo, Marcos A.: 91, 227.
- Moscoso, Joaquín: v. Romanáγγελ.
- Muñoz-Ledo: 111.
- Munthe, A. W.: 194, 277.
- Murillo N., Aurelio: 316.
- Navarro Tomás, Tomás: 66, 88, 98, 100, 102, 103, 104, 122, 123, 124, 136, 150, 179, 191, 213, 228, 273, 275, 276, 293.
- Nebrija: 186.
- Novo, Salvador: 111.
- Nyrop, Kristoffer: 128, 130.
- Olivares Mesa, Hipólito: 316.
- Omer Emeth (Emilio Vaisse): 313, 315, 321.
- Oroz, Rodolfo: 5, 6, 51, 52, 53, 54, 56, 57, 58, 59, 60, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 316, 317.
- Ortúzar, Camilo: 303, 304, 311, 317.
- Ortúzar González, Luis: v. Moatoya, Tristán.
- Orrego Barros, Antonio: 31, 34, 42.
- Osores, Félix de: 221.
- Oviedo, Gonzalo Fernández de: 265.
- Palacios, Nicolás: 317.
- Paris, Gaston: 129.
- Passy, Paul: 191.
- Paulsen, Fernando: 318.
- Pequeño ensayo de la gramática del idioma guaraní*: 227.
- Pereda, José María: 129.
- Pimentel, Francisco: 164.
- Pino Saavedra, Yolando: 5, 25, 51, 52, 53, 54, 56, 57, 58, 59, 60, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 317.
- Pizarro, Baldomero: 312.
- Plaza, Cristóbal de la: 221.
- Plaza, Juan de Dios: 317.
- Probst, Juan: 221.
- Quesada, Vicente G.: 221.
- Quijada B., Bernardino: 318.
- Quintana, Manuel José: 74.
- Ramírez O., Julio T.: 45.
- Ramos y Duarte, Félix: 111, 296.
- Rengifo, Juan Díaz: 72.
- Reyes, José Olegario: 318.
- Riegler, R.: 317.
- Rodríguez, Zorobabel: 43, 61, 245, 306, 308, 311, 315, 317, 318.
- Rodríguez-Castellano, L.: 124, 213.
- Rodríguez Marín, Francisco: 159.
- Rojas Carrasco, Guillermo: 318.
- Rojas, Ricardo: 15.
- Romanáγγελ (Moscoso, Joaquín): 35.
- Román, Manuel Antonio: 12, 59, 60, 61, 308, 315, 319.
- Romancero general*: 72.
- Rosales Y., Claudio: 319.
- Rosenblat, Angel: 110, 137, 141, 147, 159, 171, 184, 224, 228, 253, 265, 282, 296.
- Rousselot, l'abbé: 271.

- Saavedra Molina, Julio: 102, 317, 319, 320, 321.
- Salas Lavaqui, Manuel: 321.
- Salazar, Ambrosio de: 267.
- Salvá, Vicente: 59, 63.
- Sánchez de Badajoz, García: 265.
- Santa Cruz, Alcibíades: 322.
- Santa Teresa: 265.
- Sarmiento, Domingo F.: 322.
- Saröihandy, J.: 120.
- Sauniere, S. de: 322.
- Saussure, Ferdinand de: 272.
- Scio de San Miguel, Felipe: 61.
- Schuchardt, Hugo: 87, 112, 128, 129, 223, 277.
- Seelmann, E.: 96, 97, 271.
- Seijas, Juan: 216.
- Semeleder, F.: 164.
- Seminario de lenguas y cultura románicas de la Universidad de Hamburgo: 19.
- Senra Salvo, Carlos: 322.
- Sicilia, Mariano José: 72.
- Sievers, Eduard: 96, 111, 117, 127, 133, 171, 172, 174, 271.
- Sigüenza, José de: 60.
- Silva, Ignacio: 44.
- Silva, Víctor Domingo: 46.
- Sociedad Científica de Chile: 27.
- Sociedad Chilena de Historia y Geografía: 18.
- Sociedad de Folklore Chileno: 18, 47.
- Solar, Fidelis P. del: 309, 318, 322.
- Spitzer, Leo: 91.
- Storm, J.: 127, 128, 129, 133, 167, 271.
- Suárez, José Bernardo: 323.
- Sweet, H.: 271.
- Talavera, el Arcipreste de: 265.
- Techmer, F.: 96, 97.
- Thayer Ojeda, Luis: 214.
- Thurneysen: 231.
- Tiscornia, Eleuterio F.: 11, 12, 13, 16, 111, 147, 262, 265, 268.
- Tolhausen, Louis: 134, 194.
- Torre, Francisco de la: 69, 74.
- Torre Revello, José: 215, 221.
- Trautmann, M.: 96, 97, 101, 174, 175, 235, 271.
- Trubetzkoj, N. S.: 158.
- Trueba, Antonio de: 198.
- Trujillo, Luis: 207.
- Unamuno, Miguel de: 317, 321.
- Uribe: 111.
- Urzúa, Rosas A.: 323.
- Vaisse, Emilio: V. Omer Emeth.
- Valbuena, Manuel: 59, 62.
- Valderrama, Adolfo: 323.
- Valdés, Juan de: 265.
- Valdivia, Luis de: 90, 219, 226, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 287.
- Vallejo, José Joaquín: v. Jotabeche.
- Vargas Andrade, Lina: 323.
- Vargas F., Francisco: 321.
- Vásquez Ciudad, Pedro N.: 323.
- Vega, Lope de: 74, 213, 265.
- Vial, Román: 45.
- Vicuña Cifuentes, Julio: 19, 20, 310, 324.
- Viëtor, Wilhelm: 5, 17, 81, 96, 104, 197, 274.
- Virgilio: 59.
- Wagner, Max Leopold: 91, 231, 282, 285.
- Wiley, N. L.: 120.
- Wulff, Fredrick: 128, 129, 217, 222, 223, 271, 277.
- Zapata Lillo, Francisco: 320.
- Zepeda Rincón, Tomás: 221.
- Zin, Juan: 324.

LUGARES

- Aconcagua: 23, 28, 60.
 Álava: 186, 288.
 Albacete: 186.
 Albuquerque: 297.
 Alemania: v. Berlín, Bonn, Colonia, Marburgo; además: 138, 158, 191.
 Almería: v. Sierra de Gata; además: 286.
 América: v. Hispanoamérica, Nuevo Mundo; América Central, América del Norte, América del Sur, Antillas; además: 6, 10, 11, 14, 17, 19, 20, 89, 91, 108, 110, 121, 124, 130, 136, 140, 143, 150, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 193, 211, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 218, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 228, 232, 250, 253, 256, 261, 262, 263, 267, 275, 278, 282, 284, 285, 289.
 América Central: v. Costa Rica, Guatemala, Nicaragua, Panamá, El Salvador; además: 12.
 América del Norte: v. Méjico, Nuevo Méjico.
 América del Sur: v. Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, Paraguay, Perú, Uruguay, Venezuela; además: 186, 220, 225, 257, 258, 267, 268.
 Andalucía: v. Almería, Cádiz, Granada, Huelva, Málaga, Sevilla; además: 89, 111, 112, 118, 121, 124, 159, 171, 182, 186, 191, 213, 214, 215, 216, 217, 222, 256, 284, 297.
 Andes (cordillera de los—): 256.
 Angol: 227.
 Antillas: v. Cuba, Curazao, Puerto Rico, Santo Domingo; además: 12, 89, 93, 112, 186, 222, 295.
 Antofagasta: 28.
 Aragón: 186, 215, 228, 275, 288, 295.
 Araucanía: 90, 219, 222, 241.
 Arauco: 28.
 Argentina: v. Cuyo, Río de la Plata; Buenos Aires, Mendoza, Río Negro; además: 10, 13, 14, 16, 60, 117, 159, 182, 183, 184, 186, 187, 189, 194, 200, 204, 219, 222, 223, 226, 229, 256, 257, 285, 288.
 Asturias: v. Avilés; además: 182, 215, 256.
 Atacama: v. Copiapó; además: 28, 307.
 Avilés: 215.
 Badajoz: v. Albuquerque; además: 124, 213, 297.
 Bayona (de Galicia): 215.
 Baztán: 123.
 Berlín: 258.
 Bilbao: 215.
 Biobío: v. Angol, Collipulli; además: 28, 219, 257.
 Bogotá: 147, 262, 266, 267.
 Bolivia: 219, 220, 226, 257, 258, 288.
 Bonn: 113.
 Brasil: 217.
 Brusa: 186.
 Buenos Aires (Cap. Federal): 12, 15, 20, 60, 62, 126, 136, 139, 168, 262.

- Buenos Aires (prov.): 100, 117, 275.
- Cáceres: 297.
- Cádiz: v. Grazalema; además: 213, 215, 256.
- Cartagena (de Murcia): 215.
- Castilla la Nueva: v. Madrid, Toledo; además: 89, 121, 124, 171, 186, 214, 215, 216, 222, 228, 284, 294.
- Castilla la Vieja: v. Santander, Rioja; además: 89, 121, 124, 171, 186, 214, 215, 216, 222, 228, 294.
- Cataluña: 215.
- Cautín: v. La Victoria; además: 28.
- Cerdeña: 212.
- Cibao, El: 295.
- Colchagua: 26, 29, 45.
- Colombia: v. Bogotá; además: 111, 143, 159, 184, 186, 219, 226, 261, 262, 288, 295.
- Colonia (Alemania): 113, 241.
- Collipulli: 233, 241.
- Concepción (Chile): 28, 257.
- Copiapó: 257.
- Coquimbo: 28, 219, 227, 307.
- Coruña: 215.
- Costa Rica: 111, 139, 159, 161.
- Cuba: 223, 295.
- Curazao: 87.
- Curicó: 25, 28.
- Cuyo (región de—): 275.
- Chile: v. Araucanía, Pacífico, Ultra-Maule; Aconcagua, Antofagasta, Atacama, Biobío, Cautín, Colchagua, Concepción, Coquimbo, Chiloé, Maule, Ñuble, Santiago, Talca, Tarapacá, Valdivia; Arauco, Curicó, Linares, Llanquihué, Malleco, O'Higgins, Tacna, Valparaíso.
- Chiloé: v. Ancud; además: 20, 21, 24, 25, 28, 227, 255, 257, 285, 307, 323.
- Ecuador: 93, 159, 171, 186, 189, 219, 220, 226, 285, 288, 295, 296.
- España: v. Andalucía, Aragón, Asturias, Castilla la Nueva, Castilla la Vieja, Cataluña, Extremadura, Galicia, León, Murcia, Navarra, Valencia, Vasconia; además: 11, 13, 16, 20, 89, 95, 108, 110, 118, 121, 126, 129, 130, 134, 136, 138, 140, 141, 143, 150, 181, 184, 185, 186, 211, 212, 214, 215, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 228, 230, 231, 250, 253, 256, 257, 264, 267, 275, 278, 282, 284, 286, 288.
- Extremadura: v. Badajoz, Cáceres; además: 89, 118, 124, 182, 186, 213, 215, 216, 217, 222, 256, 284.
- Filipinas (Islas): 309.
- Galia: 220, 230.
- Galicia: v. Coruña, Bayona; además: 215, 256.
- Gascuña: 231.
- Golfo de Méjico: 295, 296.
- Granada: 215.
- Grazalema (Cádiz): 112.
- Guatemala: 159, 223, 288.
- Guipúzcoa: v. San Sebastián; además: 123, 215.
- Hispanoamérica: 12, 81, 220, 257, 285, 286.

- Huelva: 213.
- Indias (las): 215.
- Inglaterra: 130.
- Italia: v. Cerdeña, Sicilia; además: 212.
- Jalisco: 164.
- Laredo: 215.
- La Victoria (Chile): 227.
- León: v. Salamanca, Zamora; además: 171, 186, 215, 294.
- Lima: 189.
- Linares: 28, 60.
- Llanquihue: v. Osorno; además: 28, 255.
- Madrid: 116, 119, 121, 123, 134, 136, 153, 167, 191, 228, 293, 294.
- Maipú: 46.
- Malleco: 28, 46.
- Marbúrgo: 5, 17.
- Maule: 28.
- Méjico (Distrito Federal): 111.
- Méjico (República): v. Golfo de Méjico, Jalisco, Michoacán, Oajaca, Querétaro; además: 12, 111, 159, 186, 189, 223, 267.
- Mendoza: 256.
- Michoacán: 111.
- Montevideo: 14, 15.
- Murcia: v. Albacete; Cartagena; además: 111, 215, 222, 284.
- Navarra: v. Baztán; además: 123, 171, 179, 186, 228, 275, 288, 295.
- Nicaragua: 159.
- Nuevo Méjico: 11, 17, 111, 159, 161, 171, 184, 222, 285, 288.
- Nuevo Mundo: 213, 214, 218, 220, 224.
- Ñuble: 28.
- Ñuñoa: 116, 125, 154, 200.
- Oajaca: 111.
- O'Higgins: 28.
- Osorno: 257.
- Pacífico (costa del—): 296.
- Panamá: 296.
- Paraguay: 13, 89, 184, 186, 219, 226, 227, 229, 285, 288.
- Perú: 90, 95, 104, 111, 118, 124, 136, 139, 140, 171, 183, 187, 189, 195, 217, 219, 220, 223, 226, 227, 228, 230, 257, 258, 262, 267, 288, 295, 296.
- Pirineos: 211.
- Puerto Rico: 295.
- Querétaro: 111.
- Río de la Plata (zona del—): v. Argentina, Uruguay; además: 14, 15, 18, 19, 182, 189, 191, 255, 267.
- Rioja (España): 275, 288, 295.
- Río Negro (Argentina): 16.
- Salamanca: 111, 159, 161, 182, 294, 297.
- San Salvador: 171.
- San Sebastián: 215.
- Santander: v. Laredo; además: 159, 182, 215.
- Santiago de Chile (capital): v. Ñuñoa; además: 14, 16, 19, 26, 81, 89, 104, 116, 125, 140, 147, 150, 153, 161, 162, 168, 181, 185, 219, 227, 257, 262, 264, 265, 273, 283.
- Santiago (prov. de Chile): 28, 60, 92, 101, 102, 204.

Santo Domingo: v. El Cibao, Seibo; además: 159, 295.

Seibo (Santo Domingo): 295.

Sevilla: 213, 215, 256.

Sicilia: 212.

Sierra de Gata (España): 297.

Tacna: 28, 90, 110, 111, 116, 146, 156, 159, 183, 188, 262, 267, 294.

Talca: 23.

Tarapacá: 28.

Toledo: 128.

Traiguén: 227.

Ultra-Maule: 27, 30, 306, 321.

Uruguay: v. Montevideo; además: 10, 13, 14, 222, 229, 287.

Valdivia: 28, 238, 255, 257, 289.

Valencia: 215.

Valparaíso: 28, 34, 283.

Vasconia: v. Álava, Guipúzcoa, Vizcaya; además: 215, 256.

Venezuela: 159, 219, 226, 258, 295.

Vizcaya: v. Bilbao; además: 186, 215.

Zamora: 194.

LENGUAS Y DIALECTOS

aimará: 257.

alemán: v. Alemania; además: 162, 167, 168, 169, 170, 172, 176, 177, 178, 191, 192, 225, 241, 258.

americano: 11, 217.

andaluz: v. Andalucía; además: 182, 213, 216, 217, 222, 223, 297.

árabe: 232.

araucano: 90, 92, 106, 107, 139, 150, 214, 219, 222, 227, 229, 230-249, 250, 254, 255, 257, 278, 281, 284, 285, 286, 287, 304, 311, 332.

argentino (el español de la Argentina): v. Argentina; además: 181, 183.

azteca: v. náhuatl.

bogotano (el español de Bogotá): v. Bogotá; además: 105, 148.

castellano antiguo: 12.

catalán: v. Cataluña y Valencia; además: 243.

celta: 230, 231.

Centro (dialecto del—): v. colchagüino.

Centro meridional (dialecto del—): v. pencón.

colchagüino: 28, 29, 30, 33, 46, 306, 307, 320.

coquimbano: v. Atacama, Coquimbo; además: 28, 307.

corchagüino: v. colchagüino.

cubano (el español de Cuba): v. Cuba; además: 164.

chilote: v. Chiloé; además: 20, 21, 23, 29, 306.

español: 91, 100, 102, 103, 104, 135, 138, 139, 145, 146, 151, 163, 164, 165, 167, 170, 171, 172, 178, 180, 182, 183, 185, 211, 213, 219, 223, 226, 250, 257, 258, 263.

- extremeño: v. Extremadura; además: 216, 256, 297.
- francés: 170, 172, 176, 185, 190, 230, 231, 250.
- galo: v. Galia; además: 240.
- gascón: v. Gasuña; además: 91.
- germano: 239, 240.
- guaraní: 227, 229.
- hispanoamericano: v. América; además: 181, 192.
- ibero: 231.
- inglés: v. Inglaterra; además: 95, 96, 100, 104, 172, 174, 243.
- italiano: v. Italia; además: 167, 172.
- judeo-español: 186.
- latín: 161, 171, 181, 211, 212, 213, 218, 231, 232.
- leonés: v. León; además: 159, 192, 194, 284, 297.
- mapuche: v. araucano.
- Maule (dialecto de—): 47.
- mejicano (el español de Méjico): v. Méjico; además: 164, 165.
- náhuatl (el idioma de los aztecas): 164.
- neolatinas: 211.
- Norte (dialecto del—): v. coquimbano y tarapaqueño.
- nuevomejicano (el español de Nuevo Méjico); v. Nuevo Méjico; además: 11.
- osco: 231.
- papiamento (lengua criolla de Curazao); v. Curazao; además: 87.
- pencón: 28, 307.
- peruano (el español del Perú); v. Perú; además: 168, 228.
- polaco: 95.
- provenzal: 176.
- quichua: 225, 257.
- rético: 176.
- romance: 231.
- románicas: 212, 213.
- romanice: 218.
- santiaguino (el español de Santiago de Chile): v. Santiago de Chile; además: 138, 246, 255, 263, 265.
- Samaden (dialecto de—): 155.
- Sur (dialecto del—): 28, 46.
- talquino: v. Talca; además: 38.
- tarapaqueño: v. Antofogasta, Tacna y Tarapacá; además: 28, 307.
- Ultra-Maule (dialecto de—): 29.
- válaco: 148.

PALABRAS

- abaldonado (= abandonado): 161.
 abaldonar: 168.
 abandonado: 161.
 abardonao (= abandonado): 161, 163.
 abogado: 140.
 abogao: 53, 140.
 abrazaditos: 39.
 abrazaítos (= abrazaditos): 39.
 abrazo: 142.
 Abrelío (= Aurelio): 184.
 abrenuncio: 39.
 abrigado: 41.
 abrille (= abrirle): 199.
 Abrora (= Aurora): 184.
 absoluto: 143, 151, 152, 214.
 absolvió: 207.
 absorbo: 53.
 absuerbo (= absorbo): 53.
 abuela: 36, 37.
 abuelo: 88.
 abuja (= aguja): 188, 247.
 acabáa (= acababa, acabada): 142.
 acababa: 142.
 acaba^{ba} (= acababa): 142.
 acción: 39, 145, 147.
 acéptame: 42.
 acequia: 172.
 acéutame (= acéptame): 42.
 ácido: 153.
 ácio (= ácido): 153.
 acstrapto (= abstracto): 147.
 acto: 145.
 actum (lat): 148.
 acucha (= aguja): 247, 249.
 acholote: 165.
 achur (= ajo): 248, 249.
 adbitraje (= arbitraje): 68, 77.
 adjetivo: 151.
 adjetivo: 151, 152.
 adelante: 154, 184.
 ad^olántico (= atlántico): 146.
 ad^olas (= atlas): 146.
 ad^oquirir: 152.
 además: 35.
 aderredor (= alrededor): 163.
 admófera: 252.
 adonde: 183, 264.
 adquirido: 152.
 adquirir: 152.
 adre (= aire): 183, 184, 251.
 adrede: 205.
 advierto: 152.
 adstrato: 289.
 aemás (= además): 35.
 aer (= ayer): 24.
 a escondidas: 204, 205.
 afrecho: 108.
 afuera: 207.
 agarrar ('coger, tomar'): 65, 77.
 aghuas (= habas): 246.
 agora: 105, 188.
 agosto: 129.
 agottu (= agosto): 129.
 agrio: 159.
 agua: 190, 193.
 aguaitar: 170, 171, 205.
 agüelo: 37, 88.
 aguja: 157, 188, 247, 249.
 agujero: 157, 188, 247.
 Agustinas: 251.
 ahoga: 188.
 ahogado: 183.
 ahora: 105, 183, 188.
 ahora sí: 105.
 ahuas (= habas): 246.
 ahuja: 188, 247.
 ahuma: 188.

- ái (= ahí): 187.
 aición (= acción): 147.
 ailante (= adelante): 154, 184.
 aire: 251.
 airer (= adrede): 205.
 aítá (vasc.): 239.
 ají: 126, 251.
 ajise (= ajíes): 126.
 ajo: 248, 249.
 ajus (= ajos): 248, 249.
 ajutarme: 39, 40.
 al: 30, 203, 205.
 ala: 105.
 alba: 140.
 albañil: 143.
 Alemania: 160.
 Alemaña (= Alemania): 160.
 alfiler: 138.
 Algete: 197.
 algo: 113, 197.
 algún: 227.
 alimal: 168.
 alimar (= animar): 168.
 alma: 112, 253.
 almohada: 194, 250.
 almuá (= almohada) 194.
 a lo de... ('a casa de...'): 59,
 60, 61, 77.
 alquitranado: 36.
 alquitranao: 36.
 alrededor: 163.
 alto: 115, 253.
 alverja: 163, 246, 249.
 alvis ('alverjas'): 246, 249.
 allulla: 36.
 amá (= amada): 251.
 amáa (= amada): 153.
 amades: 266.
 amado, a: 153, 184, 251.
 amaes: 266.
 amáis: 261, 266.
 amant (cat.): 236, 237.
 amao (= amado): 153, 184, 251.
 amas (verbo): 261.
 amás: 261, 266.
 amaste: 72, 73.
 amástedes (= amasteis): 75.
 amastes: 72, 73.
 amasti (lat.): 73.
 amastis (lat.): 73.
 ambos: 140, 143.
 amojosao: 181, 216.
 ampolla: 171.
 analisis (= análisis): 59, 62, 72.
 análisis: 58, 59, 62, 72, 126.
 ancasn ('llevar en ancas'): 247.
 ancho: 113, 114.
 anda: 261.
 andá: 52, 77, 261.
 andal (= andar): 253.
 andar: 253.
 ande (= adonde): 183.
 andéis: 32.
 andís (= andéis): 32.
 ángel: 246.
 ánghel: 246.
 angustiao: 264.
 angustiado: 264.
 anidé (= añade): 171.
 animá: 296.
 animal: 168.
 animar: 168.
 aniñado: 36.
 aniñao: 36.
 anque (= aunque): 183.
 ante (= antes): 126.
 antes: 126.
 antú (arauc.): 236, 237.
 añade: 171.
 añide (= añade): 171.
 año: 168.
 aonde (= adonde): 183, 264.
 áora: 105, 188.
 apara^dol: 154.

- aparador: 111, 154.
 aparaol (= aparador): 111, 154.
 aparcerero: 30.
 apeé: 36.
 apellido: 32.
 apellío (= apellido): 32.
 apendicitis: 126.
 aprendido: 108.
 aprendío (= aprendido): 108.
 apto: 145.
 ar (= al): 30, 203, 205.
 arbañil (= albañil): 143.
 arbitraje: 68, 77.
 arbitrar: 68.
 arbitrariedad: 61.
 arbitrio: 68.
 árbitro: 68, 77.
 árbol: 116, 140.
 arboleda: 67, 77.
 arbolera (= arboleda): 67, 77.
 arca: 116.
 arcachofa (= alcachofa): 113.
 arco: 113.
 arfilel: 138.
 argo (= algo): 113.
 arma (= alma, arma): 112, 253.
 armuá (= almohada): 250.
 arpa: 116, 145.
 arquirío (= adquirido): 152.
 ar:te: 103.
 arte: 103, 116, 253.
 arto (= alto): 115, 145, 253.
 artura (= altura): 296.
 arveja: 113, 163, 246, 249.
 arverja (= arveja): 113, 163.
 arvierto (= advierto): 152.
 arrebuñío: 133.
 arrejao (= arriesgado): 133.
 arriesgado: 133.
 asare (= azahares): 181.
 asolar (conjug.): 53.
 asolo (= asuelo): 53.
 ašolotl: 165.
 asoluto: 214.
 asosegás (= sosegáis): 35.
 aspamiento: 70.
 aspaviento: 70.
 asuelo: 53.
 atajái (= atajáis): 203.
 atajáis: 203.
 atado: 145.
 atmósfera: 252.
 atao (= atado): 145.
 ataú (= ataúd): 152.
 ataúd: 152, 153.
 ataúdes: 152.
 ataúl: 153.
 ataúle' (= ataúdes): 152.
 ataúre' (= ataúdes): 152.
 aṭé (vasc.): 239.
 atlántico: 146.
 atlas: 146.
 atmósfera: 145.
 a^aasí (= ahora sí): 105.
 aución (= acción): 39.
 áuga (= ahoga): 188.
 áuja (= aguja): 157, 188.
 aujero (= agujero): 247.
 áujero (= agujero): 157, 188, 247.
 aújero (= agujero): 157, 188, 247.
 áuma (= ahuma): 188.
 aunque: 183, 197.
 áura (= ahora): 105.
 aúra (= ahora): 105, 183, 188.
 Aurelio: 184.
 aurigao (= abrigado): 41.
 Aurora: 184.
 ausencia: 183.
 ausiencia: 183.
 ausión (= acción): 147.
 ausoluto (= absoluto): 143, 152.
 Auṭina (= Agustinas): 251.
 auto (= acto): 148.
 averiguación: 171, 201, 204, 205.

- aviriguación: 171, 201, 205.
 axolotl: 164.
 ayel (= ayer): 205.
 ayer: 24, 205.
 ayes: 174.
 ayúa (= ayuda): 138.
 ayuda: 138.
 azahares: 181.
 azul: 111.
- bable (= baúl): 184, 188.
 baile: 183.
 baja: 136.
 bajo (prep.): 197.
 balcón: 112, 113.
 baldón: 161.
 banco: 246.
 bañar: 112.
 baquiano: 35.
 baquilladita: 45.
 baquillaíta (= baquilladita): 45.
 Barahinca (= Barenca): 187.
 barba: 112, 143.
 barcón (= balcón): 113.
 bar:cón (= balcón): 112.
 Barenca: 187.
 Basilisco (el): 21.
 bául: 184, 186, 228.
 baúl: 153, 184, 186, 188.
 báule (= baúl): 153, 188.
 bebedes: 266.
 hebées (= bebéis): 266.
 bebéis: 266.
 bebés (= bebéis): 266.
 heile (= baile): 183.
 bello: 168.
 berenjena: 161.
 bermejo: 140.
 bēyo (= bello): 168.
 biato (= beato): 193.
 bien: 138, 160, 190, 228.
 bienazo: 45.
- bien haya: 39.
 binge (= virgen): 112.
 * bingen (= virgen): 112.
 blanco: 142, 151.
 bocado: 199.
 bocao (= bocado): 199.
 bodrio: 197.
 bofes: 24.
 bohque (= bosque): 128.
 bolsa: 45.
 bolsha (= bolsa): 45.
 boñicho (mapuche): 47.
 bosque: 128, 284.
 bráa (= brava): 203.
 brao (= bravo): 201, 203, 205.
 bravo, a: 201, 203, 205.
 brea: 246.
 Brígida: 153.
 Brígira (= Brígida): 153.
 bring (ingl.): 104.
 broma: 105, 142.
 bruja: 136.
 brujo: 105.
 Brujos(los): 21.
 buen: 29, 36.
 bueno: 32, 38, 41, 88, 141, 170,
 190, 192, 193, 199, 227, 252.
 búeno: 193.
 buey: 192, 252.
 bueyes: 30, 39.
 bufanda: 24.
 bufido: 24.
 buitre: 194.
 búitre: 194.
 buon (= bueno): 170.
 burla: 115.
 busca: 131.
 buta: 19.
 buxca (= busca): 131.
 byen (fr.): 190, 191.
- cáa (= cada): 36, 39.

- caballo: 23, 246.
 Caballo marino (El): 21.
 cabayo (= caballo): 23.
 caber: 67.
 cãbiar (= cambiar): 29.
 cabimos (= cabemos): 67, 77.
 cabo: 36.
 cabras: 246.
 cabtela: 142.
 cachilla (< Castilla): 248.
 cada: 36, 227.
 Cádi(h) (= Cádiz): 128.
 Cádiz: 128.
 caendo (= cayendo): 187.
 cáer (= caer): 68.
 caer: 68, 183, 187.
 caeré: 184.
 cái (= caí): 68.
 caí: 68.
 cáia (= caía): 68.
 caía: 68.
 cáido (= caído): 68.
 caído: 68.
 cair (= caer): 183.
 café: 126.
 cafese (= cafés): 126.
 cafeses: 126.
 caha (= casa): 92, 125, 251.
 cahuañ (= caballo): 246.
 cahuellu (= caballo): 246.
 cáido: 186.
 caído: 186, 187, 251.
 caiga: 157.
 cairé (= caeré): 184.
 calambre: 151.
 calchona: 204.
 caldo (= cardo): 23.
 calduda: 153.
 caleuche (el): 21.
 cáldido: 153.
 calio (= cáldido): 153.
 Calisto: 36.
 Calistro: 37.
 Calixto: 36, 37.
 calol: 297.
 calor: 117, 294, 297.
 caloñ: 294.
 calva (= garbanzos): 248.
 calvanstu (= garbanzos): 247, 248, 255.
 calzones: 29.
 calláa (= llamada): 33.
 Callado (= Callao): 190.
 llamado, a: 32, 33.
 callaná: 36.
 Callao: 190.
 callao: 32.
 callar: 65, 77, 294.
 callarse: 65, 77.
 callañ: 294.
 Camahueto (el): 21.
 cambéo (= cambio): 58, 77.
 cambiar: 29, 58.
 camino: 236.
 campo: 29.
 canbiar (= cambiar): 29.
 canoa: 189.
 canoba (= canoa): 189.
 canoga (= canoa): 159, 189.
 canon (con significación local): 71, 77.
 canpo (= campo): 29.
 cantarte: 41.
 cantastes (= cantaste): 266.
 cantate (= cantarte): 41.
 cantina: 310.
 cao (= cabo): 36.
 capacha: 37.
 cãpo (= campo): 29.
 capra (= cabras): 246.
 capricho: 163.
 cápsula: 147.
 capuja (= cabras): 246.
 capura (= cabras): 246.

- caracara: 107.
 carácter: 147, 148.
 carág-ter: 148.
 caráiter (= carácter): 147.
 caráuter (= carácter): 147.
 cárcel: 29.
 cárcer (= cárcel): 29.
 cárculo (= cálculo): 77.
 cardo (= caldo): 23.
 cardúa (= calduda): 153.
 cargado: 197, 199.
 cargao (= cargado): 199.
 cargosidad: 71.
 cargoso: 71, 77.
 carita (= 'carreta, artillería'): 248.
 carne: 115, 294.
 caru (= jarro): 248.
 carreta: 248.
 cañè: 294.
 casa: 92, 125, 146, 251, 287.
 casa (= caza): 125.
 casado: 37, 205.
 casao: 37.
 casao (= casados): 205.
 casita (en arauc.): 287.
 casoliá (= casualidad): 183.
 castigaos (= castigados): 42.
 Castilla: 248.
 casun: 247.
 casuy (quichua): 247.
 catanga: 316.
 catedral: 109, 164.
 catredal: 164.
 cauque: 316.
 cauquén: 316.
 Causiño (= Cousiño): 185.
 cáusula (= cápsula): 147.
 cautela: 142.
 cayendo: 187.
 cedistes (= cediste): 267.
 cencia: 183.
 celebrando: 41.
 celeurando (= celebrando): 41.
 cequia (= acequia): 172.
 cielo: 190.
 ciencia: 183.
 circunstancia: 160.
 cirgüela (= ciruela): 70, 77.
 ciruela: 70, 77, 193.
 ciudá: 195.
 ciudad: 195.
 clín: 195.
 clú (= club): 152.
 club: 140, 151, 152.
 cluse (= clubs): 152.
 Coan (= Juan): 248.
 cocer: 53, 125.
 cocoirilas: 42.
 coctum (lat.): 148.
 cõforme (= conforme): 161.
 coger: 65.
 coha (= cosa): 125.
 cohete: 194.
 coicoy: 316.
 coila ('mentira'): 46.
 coire (= cobre): 38.
 colchado: 113.
 Colchagua: 29.
 colcho (= corcho): 113, 151, 253.
 colchón: 113, 114, 253.
 colega: 188.
 cólega: 188.
 colegial: 316.
 coli'nao (= colisnabó): 134.
 colicoli: 316.
 colisnabo: 134.
 coli^xnao (= colisnabo): 134.
 colocáas (= colocadas): 33.
 colocadas: 33.
 coltesía (= cortesía 'la montera'):
 247, 248, 255.
 columna: 145, 147.
 coluna: 147.
 colcho: 253.

- colchón (= colchón): 114, 253.
 comadre: 45, 285.
 comagre (= comadre): 285.
 comái (= comáis): 265.
 comaire (= comadre): 45.
 comáis: 265, 266.
 comás: 266.
 come: 261.
 comé: 261, 296.
 comé^hn (= comer): 112.
 coméi (= comer): 295.
 coméis: 57, 265.
 comé̃ (= comer): 89, 112.
 comé~ (= comer): 162.
 comer (conjug.): 265.
 comer: 89, 112, 162.
 comís (= coméis): 57, 265.
 como: 146.
 ¡cómo no!: 169.
 competer (conjug.): 67, 77.
 común: 160.
 comunicar: 171.
 conciencia: 183.
 Conceb-sión: 148.
 Concepción (= Concepción): 147.
 Concepción: 147, 148, 285.
 Concepción (= Concepción): 147.
 conciencia: 183.
 Concha (= Concepción): 285.
 conducta: 147.
 conduta (= conducta): 147.
 confesal (= confesar): 207.
 confesar: 207.
 confesión: 265.
 confisión: 265.
 conforme: 137, 161.
 conjorme (= conforme): 13.
 conohco (= conozco): 128.
 conosco: 124.
 conozco: 124, 128.
 constancia: 160, 161.
 contento: 168, 170.
 continuo (= continuo): 183.
 continuo: 183.
 conversación: 140.
 convesan (= confesarse): 246.
 copt (válaco): 148.
 Corchagua (= Colchagua): 29.
 corcho: 113, 151, 253.
 cordero: 115.
 corgao (= colgado): 113.
 coronica: 273.
 cortical (= cortar): 115.
 cortar: 115.
 cortesía ('la montera'): 247, 248, 255.
 corredo (= correo): 190.
 corréis: 202.
 correo: 190.
 corrís (= corréis): 202.
 coñso: 294.
 cosa: 125, 250.
 coscorota: 316.
 cosel (= cocer): 125.
 coser (conjug.): 53, 77, 125.
 costaⁿsia (= constancia): 161.
 cototo: 255.
 cototro: 107, 255.
 Cousiño: 185.
 coyaghtun (arauc.): 237.
 coyautun (arauc.): 237.
 crapicho: 163.
 cre (= cree): 68.
 crédito: 153, 184.
 cree: 68.
 creer: 68, 181.
 créi (= creí): 68.
 creí: 68.
 créia (= creía): 68.
 creía: 68.
 créido (= creído): 68, 77, 187, 188.
 creído: 68, 77, 187, 188.
 créito (= crédito): 153, 184.
 creí (= creer): 181.

- crema: 163.
 cremos (= creemos): 68.
 creemos: 68.
 crer (= creer): 68, 181.
 creio: 105.
 criado (partic.): 32.
 criado (sust.): 267.
 crio: 32.
 criollo: 165.
 crisao (= trizado): 163.
 crisis: 126.
 crú (= cruz, cruces): 153.
 cru^c (= club): 151, 152.
 cru^c (= cruz, cruces): 126.
 cruh (= cruz): 126.
 cruse (= cruces): 126, 153.
 cruz, ces: 126, 153.
 cuaira (= cuadra): 109.
 cual: 193.
 cuarema (= cuaresma): 133.
 cuculus (lat.): 240.
 cuaremma (= cuaresma): 134.
 cuaresma: 133.
 cufión (= cuestión): 134.
 cuelpo (= cuerpo): 29, 296.
 cuenta: 193.
 cúerpo: 193.
 cuerpo: 29, 103, 112.
 cuesco: 131.
 cuestión: 134, 194.
 cuete (= cohete): 194.
 cue^xco (= cuesco): 131.
 cuftión: 134.
 cuida: 190, 194.
 cúida: 194.
 cuidao: 157.
 cujtión: 134.
 cùme (arauc.): 236.
 cumunicar: 171.
 cura: 146.
 curabuya (= curagüilla): 194.
 curadera ('borrachera'): 154, 187.
 curaéra (= curadera): 154, 187.
 curáira (= curadera): 187.
 curagüilla: 194.
 curanto (el): 20.
 curtisia (= cortesía 'la montera'): 247.
 cúspide (el): 58, 77.
 custión (= cuestión): 194.
 chácara: 273.
 chacarero: 273.
 chacra: 273.
 chalilo (el): 21.
 chalma (= enjalma): 249.
 charam (= sarampión): 247.
 charampiru (= sarampión): 247.
 charu (= jarro): 248, 249.
 chasconas: 39.
 chatre: 108.
 chaya: 34.
 cheulo: 170.
 chez (francés): 200.
 chichica: 47.
 Chile: 309.
 chilpes: 36.
 chilla (= silla): 248.
 chillan (= ensillar): 248.
 chimango: 107.
 chincha (= cincha): 247.
 chiñor (= señor): 247.
 chiñura (= señora): 150, 247.
 chorizá (= chorizada): 37.
 chucho: 35.
 hueca (la): 21.
 hueco: 170.
 chumbiru (= sombrero): 222.
 chumpiru (= sombrero): 247.
 chupalla: 39.
 choro: 36.
 dado (partic.): 39.
 dao (= dado): 39.

- dárselo: 115.
 de: 30, 32, 33, 35, 36, 41.
 de ahí: 207.
 debbéido (= desvaído): 132.
 debda (= deuda): 142.
 de'béido (= desvaído): 187.
 decí: 152.
 decía: 32.
 decían: 36.
 decid: 152.
 decís: 261, 264.
 dedo: 153.
 de dónde: 37.
 deí (= de hoy): 185.
 defecto: 29.
 defeuto: 29.
 deqvéido (= desvaído): 132.
 dehcogel (= escoger): 154.
 de hoy: 185.
 déi (= de hoy): 185.
 dei (= de ahí): 207.
 deja: 207.
 dejado: 205.
 dejan: 39.
 dejaste: 262.
 dejasteis: 262.
 del: 205.
 delante: 43.
 delen (= denle): 19.
 dempués (= después): 128, 129.
 dende (= desde): 30, 32, 33, 128, 129.
 dentré (= entré): 53.
 dentro (= entro): 53, 77.
 dentraron (= entraron): 53.
 deo (= dedo): 153.
 de oro: 36.
 der (= del): 205.
 derredor: 200.
 derretir: 163, 200.
 derrite: 201, 203, 205.
 derrota: 200.
 desageral (= exagerar): 154.
 descalbrado: 30.
 desconsuelo: 33.
 descoscado: 131.
 descubrir: 41.
 descuidan: 35.
 descúido: 194.
 descuido: 194.
 desde: 30, 32, 33, 39, 128, 152.
 desea: 154, 155.
 deseda (= desea): 154, 155.
 desfalcar: 70, 77.
 desgarrar, 133.
 desgraciado: 42, 264.
 desgraciao: 42, 264.
 desierto: 265.
 desigencia (= exigencia): 154.
 desolar (conjug.): 53.
 despegó: 39.
 despierto: 265.
 después: 29, 30, 128, 129.
 destino: 32.
 destroncado: 154.
 desvaído: 132.
 deuda: 142.
 deutor (= doctor): 38.
 de'veido (= desvaído): 132.
 dexco^caao (= descoscado): 131.
 dexgarral (= desgarrar): 133.
 diablo: 40, 41.
 diaulo: 40, 41.
 dice: 203.
 dicen: 36.
 dicho: 39.
 dieciocho: 194.
 dient (cat.): 236.
 diferencia: 53, 77, 170, 183.
 diferenciencia: 53, 77, 183.
 diga: 39.
 digno: 145.
 di haber (= de haber): 30.
 dije: 35, 36, 37, 39, 43.

- dijieran: 32.
 dijeron: 205.
 dijiste: 261.
 dijisteis: 268.
 dijistes: 261, 267, 268.
 dijo: 31, 35, 36, 37, 39, 203, 205, 207.
 diligencia: 154, 205.
 diónde (= de dónde): 37.
 dioro (= de oro): 36.
 Dios: 245.
 diré: 36.
 directa: 36.
 directa ('dirección'): 36.
 descubrir: 41.
 desierto: 265.
 disiocho (= dieciocho): 194.
 dispierto: 265.
 do' (= dos): 126, 127.
 doctor: 147, 185, 214, 385.
 documento: 171.
 doitor: 147.
 doldrá, doldría: 68.
 dolerá, dolería: 68.
 doloř: 294.
 dolrá, dolría: 68, 77.
 don: 29, 31, 36.
 donde: 33, 36, 205.
 donde ('a casa de', 'en casa de'): 35, 39, 59, 60, 61, 200, 202.
 ¿dónde?: 207.
 dormí~ (= dormir): 162.
 dormí (= dormir): 89, 112, 162.
 dormil (= dormir): 162.
 dormir: 89, 112, 162.
 dormir¹ (= dormir): 162.
 dos: 126, 127.
 dotor: 38, 147, 214.
 doutol: 185.
 doutor: 147, 185.
 dragea (= gragea): 285.
 drama: 104.
 drink (ingl.): 104.
 droguería: 106.
 duca (arauc.): 287.
 documento: 171.
 dulce: 40, 115, 125, 296.
 dura'no (= durazno): 133, 134.
 duranno (= durazno): 134.
 durazno: 133, 134.
 durce (= dulce): 40, 115, 125, 296.
 durmiendo: 112.
 e (= de): 30, 32, 33, 35, 36, 41.
 e (= es): 201, 203.
 e' (= es): 203.
 ebogao (= abogado): 38.
 e'calcha (= escarcha): 151.
 ecoa (= escoba): 131.
 economía: 171.
 ecsamen: 149.
 ecsétera: 147.
 ecsposición: 150.
 ecstranjero: 150.
 ecunumía: 171.
 echallo' (= echarlos): 205.
 echar: 322.
 echarlos (= echarnos): 204, 205.
 echarnos: 204, 205.
 efectivo: 147.
 efecto: 147, 148.
 efeg-to: 148.
 efepo: 148.
 efetivo (= efectivo): 147.
 eféuto (= efecto): 147.
 egsamen: 149.
 eghua (= yeguas): 246.
 egua (= yegua): 24.
 ehtá (= está): 128.
 ei (= ahí): 187.
 ei (= hoy): 185.
 ei (= he): 35.
 éido (= ido): 205.
 Eis (al.): 262.

- Eisaguirre: 183.
 eja (= deja): 207.
 ¡éjame! (= ¡déjame!): 42.
 ejan (= dejan): 39.
 ejao (= dejado): 205.
 él (uso): 267.
 el: 30, 31, 111, 113, 141, 201, 203, 205, 207, 253.
 el (art. fem.): 195.
 elante (= delante): 43.
 Eleuterio: 184.
 eligencia (= diligencia): 154, 205.
 Eluterio: 184.
 ello: 253.
 empachan: 345.
 empaderar (= emparedar): 111.
 empedrado: 109.
 empeutor: 134.
 empieirao (= empedrado): 109.
 empolla (= ampolla): 171.
 encruquiyar (= encucillar): 163.
 encucillar: 163.
 en de (= desde): 30.
 ende (= desde): 39.
 endei (= ende + ahí): 37.
 en di (= desde): 30.
 endiai: 39.
 endibío (= individuo): 183.
 endino (= indigno): 43, 158.
 enfermeás (enfermedades): 37.
 enfermedades: 37.
 enfurruñó: 35.
 engirifao (= engrifado): 195.
 engüelto (= envuelto): 27.
 engüerto (= envuelto): 27, 141, 151, 252.
 enjalma: 249.
 enjambre (= examen): 163.
 enjuruñó (= enfurruñó): 35.
 en lo de... (= en casa de...): 60, 61.
 enojado: 207.
 enojao: 207.
 enque (= aunque): 183.
 enrean (= enredan): 41.
 enredan: 41.
 ensalmos: 312.
 en scháh allah (ár.): 232.
 entamañana (= en esta mañana): 195.
 entanoche (= en esta noche): 195.
 ente (= este): 128.
 entero ('todo'): 227.
 Entierros (los): 21.
 entrado: 35.
 entrao: 35.
 entrar: 53, 77.
 entraron: 53.
 entre: 108.
 entré: 53.
 entregal (= entregar): 207.
 entregar: 207.
 entro: 53, 77.
 envidia: 140.
 envuelto: 27, 141, 151, 252.
 e'parda (= espalda): 130.
 e'paró (= disparó): 207.
 e'peutor (= inspector): 134.
 e'pōja (= esponja): 253.
 e'ponja: 253.
 er (= el): 30, 31, 201, 203, 205, 207.
 erra (= guerra): 23.
 es: 197, 201, 203.
 escalabrao (= descalabrado): 30.
 escalfar (= desfaltar): 70, 77.
 escarcha: 151.
 escoba: 131.
 escoger: 154.
 escondía (= a escondidas): 205.
 escondida ('a escondidas'): 204.
 escondidito: 39.
 escondifto (= escondidito): 39.
 esconsuelo (= desconsuelo): 33.
 escrebir: 31, 171, 264.

- escribir: 31, 171, 264.
 escuidan (= descuidan): 35.
 escuro: 171.
 exigen (= exigen): 147.
 esir (= decir): 31.
 existir (= existir): 147, 150.
 espada: 247, 248.
 espalda: 130.
 espegó (= despegó): 39.
 espõja (= esponja): 161.
 esponja: 161, 168, 253.
 esposición: 150.
 espuela: 247.
 espues (= después): 29, 30.
 esquina: 131.
 está: 128, 131, 207.
 estaba: 201.
 está bien: 131.
 estacahue ('cuchillón'): 248.
 estáculo (= obstáculo): 171.
 estado: 35, 131, 264.
 estáte: 131.
 estai (= estáis): 264.
 estáis: 43, 264.
 están: 160.
 estao: 264.
 estatua: 183.
 estauta: 183.
 este: 128, 129.
 estigó: 37.
 estino (= destino): 32.
 estituto (= instituto): 171.
 esto: 128, 131.
 estógamo: 27, 163.
 estómago: 27, 163.
 estotro-a: 195.
 estoy: 35.
 estrangular: 150.
 extranjero: 150.
 extrauto (= extracto): 147.
 estribo: 246, 248.
 estricto: 150.
 estromóviles (= automóviles): 38.
 e'tá (= está): 131.
 etacahue ('cuchillón'): 248.
 e'tao (= estado): 131.
 etcétera: 37, 39, 147.
 e'te (= este): 128.
 etipo (= estribo): 246, 248.
 e'to (= esto): 128, 131.
 etipu (= estribo): 246, 248.
 e'troncão (= destroncado): 154.
 ette (= este): 128, 129.
 eucétera (= etcétera): 37, 39.
 Eugenio: 184.
 europeo: 183.
 exagerar: 154.
 examen: 149, 150, 163.
 examinar: 171.
 excoa (= escoba): 131.
 exigen: 147.
 exigencia: 154.
 exigir: 64.
 existir: 147.
 exposición: 150.
 exquina (= esquina): 131.
 extracto: 147.
 extrangular: 150.
 extranjero: 150.
 extricto: 150.
 ojo (= ello): 253.
 faba (lat.): 216.
 facción: 147.
 faena: 187.
 fañfarrón (= fanfarrón): 161.
 faición (= facción): 147.
 faja: 138.
 fañfarrón (= fanfarrón): 161.
 familia: 160.
 fanega: 138.
 fanfarrón: 161.
 farda (= falda): 115.
 farmacético (= farmacéutico):
 147, 184.

- farmacéutico: 147, 184.
 fastidio: 157.
 fa'tidio: 157.
 fa'tirio (= fastidio): 157.
 fe (= fué): 194, 201, 205, 207.
 fego (= fuego, juego): 193, 203, 207.
 feina (= faena): 187.
 feliciá: 41.
 felicidad: 41.
 felpa: 145.
 fera (= fuera): 205.
 fera (= afuera): 205, 207.
 ferpa (= felpa): 145.
 fi (= fuí): 194.
 ficus (lat.): 216.
 fiebre: 107, 138.
 fierro: 67.
 figura: 24.
 fin: 160.
 fisicura: 38.
 fiúra (= figura): 24.
 flores: 130.
 foetere (lat.): 216.
 fóforo: 252.
 forastero: 171.
 fornalero (= jornalero): 137.
 forsal (= forzar): 115.
 forzar (conjug.): 53, 115.
 fósforos: 130, 252.
 francés: 38.
 Francisco: 285.
 franchute: 38.
 fransones: 38.
 fra'tero (= forastero): 171.
 fre'co (= fresco): 128.
 frecco (= fresco): 128, 129.
 frengo (= fresco): 128.
 frente: 138.
 fresco: 128, 129.
 frictum (lat.): 148.
 frido (= frío): 189.
 frío: 105, 189.
 fript (válaco): 148.
 fruta: 105.
 fué: 29, 32, 36, 182, 197, 201, 205, 207, 223.
 fuego: 130, 137, 182, 193, 203, 207.
 fueron: 19.
 fuera (verbo): 205.
 fuerza: 137.
 fueve' (= jueves): 137.
 fuí: 35, 194, 223.
 fuído (= huído): 24.
 fuisioso (= juicioso): 137.
 fuiste: 223, 266.
 fuisteis: 262, 264, 266.
 fuistes (= fuiste): 77, 262, 266.
 fulano: 137.
 furca (lat.): 216.
 futre: 38, 39, 108, 130.
 fuyentar (= ahuyentar): 182.
 fuyir (= huir): 182.
 fuyó (= huyó): 182.
 gallo: 23.
 gama: 157.
 gana: 251.
 ganso: 161, 168, 253.
 ga^aso (= ganso): 161.
 ganzúa: 157, 161.
 garbanzo: 247, 248, 255.
 garsúa (= ganzúa): 157, 161, 163.
 garúa: 157, 159, 189.
 garuar: 189.
 garuga (= garúa): 157, 159, 189.
 garugar: 189.
 garzúa: 163.
 gãso (= ganso): 253.
 ga[~]so (= ganso): 161.
 gaucho: 13.
 gayo (= gallo): 23.
 gegeben (al.): 240.

- general: 137.
 género: 130, 137.
 gente: 137, 170, 251.
 ghracia: 246.
 ghülmen (arauc.): 237.
 giente (= gente): 251.
 giro: 137.
 globo: 159.
 gloria: 24, 159.
 golantín (= volantín): 142.
 golpe: 112, 253.
 golver (= volver): 30.
 golvió (= volvió): 40.
 gómito (= vómito): 142.
 gordito: 157.
 gordo: 115, 157.
 gorito (= gordito): 157.
 gorjear: 113.
 gorjial (= gorjear): 113.
 gorpe (= golpe): 112, 253.
 gota: 23.
 gracia: 246.
 grado: 53.
 gragea: 285.
 gramaticaura: 38.
 grande: 105, 158.
 grao (= grado): 53.
 gringo: 42.
 groma (= broma): 142.
 guagua: 225.
 guainas: 36, 37.
 guanaco: 141, 159.
 quantás (= quantadas): 35.
 guarda: 141.
 guardado: 30.
 guardaço: 30.
 guaso: v. huaso.
 güei (= buey): 203, 252.
 güele (= huele): 41, 88.
 güelta (= vuelta): 40.
 güem (= buen): 252.
 güen (= buen): 29, 36.
 güeni (arauc.): 46.
 güeno, a: 32, 35, 36, 37, 38, 41, 88, 141, 193, 199.
 güerto (= vuelto, huerto): 40, 41, 193.
 guerra: 23, 158, 251, 286.
 güeso: 88, 141.
 güevo: 141, 193, 252.
 güeyes: 30, 39.
 guinda: 158, 161, 251.
 güitre (= buitre): 194.
 gusta: 129.
 gustao: 35.
 gusto: 251.
 gu'to (= gusto): 157.
 gutta (= gusta): 129.
 haba: 216, 246.
 habéis: 35.
 haber (conjug.): 51, 77.
 habido: 153.
 habío: 153.
 habís: 35, 264, 265.
 habló: 40.
 hacel (= hacer): 23, 111, 205.
 hacé~ (= hacer): 112, 162.
 hacén (= hacer): 112, 162.
 hacer: 23, 111, 112, 162, 205, 302, 305, 323.
 hacer (conjug.): 266.
 hacís (= hacéis): 203.
 haga: 157.
 hai encrebío (= he inscrito): 37.
 halb (al.): 113.
 hambre: 108.
 hartazo: 45.
 harto: 115.
 hasta luego: 170.
 hauló (= habló): 40.
 Haus (al.): 188.
 hay (diptongo): 171.

- he: 35.
 heder: 216.
 hediendo: 182.
 hediondo: 157.
 hedor: 182.
 hei sólo: 36.
 helá (= helada): 201, 205.
 helada: 201, 205.
 help (ingl.): 113.
 heñol (= señor): 125.
 heñora (= señora): 45.
 hermanáa (= hermanada): 32.
 hermanada: 32.
 he sido: 36.
 hiciste: 266.
 hicisteis: 266.
 hidropesía: 285.
 hiedra: 109, 190, 191.
 hierba: 138, 190.
 hierro: 138, 192.
 higropesía (= hidropesía): 285.
 higuera: 286.
 higuero: 158.
 higuieron: 216.
 hija: 136, 251.
 hijito (en arauc.): 287.
 hijo (en arauc.): 287.
 hiñol (= señor): 125.
 hirviendo: 112.
 hiyera (higuera): 286.
 hoja: 136.
 hombre: 151, 162.
 honra: 104, 110, 116.
 ho'pital (= hospital): 129.
 hópital (fr.): 129.
 horca: 113.
 horse (ingl.): 115.
 hospital: 129.
 huaca (= vacas): 246.
 huanaco: 141, 159.
 huancu (= banco): 246.
 huaso: v. índice de temas; ade-
 más: 30, 88, 132, 141, 159,
 193, 264.
 huba (= suba): 251.
 huechillos (= huesillos): 45.
 huele: 41, 88.
 huelgo: 190.
 huerta: 41.
 huesillos: 45.
 hueso: 88, 141, 190, 192.
 huésped: 190,
 hueste: 192.
 huevo: 141, 252.
 huído: 24.
 huíncha (arauc.): 193.
 huír: 182, 216, 223.
 hurgar: 216.
 huyentar (= ahuyentar): 182.
 ice (= dice): 203.
 icen (= dicen): 36.
 icía (= decía): 32.
 icían (= decían): 36.
 icho (= dicho): 39.
 ido: 205.
 iga (= diga): 39.
 ignorante: 214.
 ighlesia: 246.
 iglesia: 246.
 igual: 193.
 ije (= dije): 35, 36, 37, 39, 43.
 ijeron (= dijeron): 205.
 ijieran (= dijieran): 32.
 ijo (= dijo): 31, 35, 36, 37, 39,
 203, 205, 207.
 imbunche (el): 21.
 imfierno: 161.
 impugne (= impune): 70.
 impuae: 70.
 incieasio: 183.
 incienso: 183.
 incribái (= inscribáis): 37.
 inscribáis: 37.

- incrito (= inscrito): 37.
 indibío (= individuo): 183.
 indigno: 19, 43, 158.
 indino (= indigno): 19, 158.
 individuo (= individuo): 183.
 individuo: 183.
 Inés: 285.
 infierno: 161.
 infractor: 37.
 infractor: 37.
 ingüento (= unguento): 171.
 inorante: 214.
 inquieto: 151.
 inquietos (significación): 71, 77.
 insamen (= examen): 163.
 insaminar (= examinar): 171.
 insorbió (= absolvió): 207.
 inspector: 134.
 instante: 161.
 instituto: 134, 171.
 inteligente: 38, 39.
 intiulijente (= inteligente): 38, 39.
 invierno: 140.
 ñor (= señor): 37, 39.
 iré (= diré): 36.
 irí (= iréis): 266.
 irpada (= espada): 247, 248.
 irtipu (= estribo): 246, 248.
 Isáyirre (= Eisaguirre): 183.
 isca (= yesca): 247.
 ispada (= espada): 247.
 ĩstaⁿte (= instante): 161.
 ĩtante (= instante): 161.
 ĩtituto (= instituto): 134.
 ja (al.): 138, 162.
 jaba (= haba): 216.
 jabla (= jaula): 184.
 Jahr (al.): 191.
 jarro: 248, 249.
 jaula: 184.
 jeder (= heder): 216.
 jeder (al.): 191.
 jediendo: 182.
 jedor (= hedor): 182.
 ¡Jesús!: 24.
 jíguerón: 216.
 jílguero: 188.
 jilguero: 113, 188.
 jinete: 130, 137.
 jír^aýiro (= jilguero): 113.
 jiro: 137.
 jornalero: 137.
 Juan: 248.
 jué (= fué): 29, 32, 36.
 juego (= fuego): 130, 137, 182, 193.
 jueron (= fueron): 19.
 juersa (= fuerza): 137.
 ¡Juesús!: 24.
 jueves: 137.
 ju'gan (= juzgan): 252.
 juguete: 130, 137.
 juí (= fuí): 35.
 juicioso: 137.
 juir (= huir): 182, 216, 223.
 juiste (= fuiste): 77, 264.
 jujal (= juzgar): 133.
 jujgan (= juzgan): 252.
 ju^xgar (= juzgar): 133.
 juntéis: 57.
 juntís (= juntéis): 57.
 jurgar (= hurgar): 216.
 jutre: 38, 39, 108.
 juýete (= juguetes): 137.
 juzgan: 252.
 juzgar: 133.
 juzgo: 124.
 Kalk (al): 113.
 Kerí' (= querís): 264.
 la (art.): 195.
 la bala (= las balas): 132.
 labbala' (= las balas): 132.

- la (b)ola): 141.
 la^abala (= las balas): 132.
 lachu (= lazo): 247, 248.
 lachutun ('lacear'): 247.
 La Dehesa: 181.
 ladrado: 109:
 ladrar: 111, 285.
 ladrillo: 285.
 ladrón: 285.
 ladu (= lazo): 247, 248.
 laésa (= La Dehesa): 181.
 laφbala (= las balas): 132.
 la flore (= las flores): 130.
 la^a gayina^a (= las gallinas): 132.
 lagrar (= ladrar): 285.
 lagrillo (= ladrillo): 285.
 lágrima: 108.
 lagrón (= ladrón): 285.
 laguna: 89, 188, 251.
 lairal (= ladrar): 111.
 lairao (= ladrado): 109.
 la jaula (= las jaulas): 130.
 lamghen (arauc.): 241.
 lamüen (arauc.): 241.
 lana: 105.
 lape (arauc.): 46.
 lape (= lápiz, lápices): 126.
 lapis (= lápices): 126.
 lápiz, ces: 126.
 laranja (= naranja): 161.
 las balas: 132.
 las guindas: 132.
 las jaulas: 130.
 la ula (= la bula): 141.
 la una: 188.
 láuna (= laguna): 89, 188, 251.
 la uva: 140.
 la (v)aca: 141.
 la^a gayina^a (= las gallinas): 132.
 laya: 138.
 lazo: 247, 248.
 lazu (= lazo): 247.
 lebrillo: 107.
 lección: 147, 265.
 leción: 147.
 lector: 42.
 lectura: 41.
 lechero: 105.
 ledan ('rezar'): 248.
 leer: 35, 181.
 le hará: 35.
 leí: 68.
 léi (= leí): 68.
 leía: 68.
 léia (= leía): 68.
 leído: 68, 77, 157, 186, 187, 188, 251.
 léido (= leído): 68, 77, 157, 186, 251.
 leisión (= lección): 265.
 lejas: 19.
 lel (= leer): 181.
 lentejas: 249.
 leña: 105.
 león: 15.
 ler (= leer): 35, 181.
 leso: 35.
 leutor (= lector): 42.
 leutura: 41.
 levantáte: 52, 77.
 leyes: 174.
 lezan (= 'rezar'): 248.
 liará (le hará): 35.
 libriyo (= lebrillo): 107.
 lición (= lección): 265.
 lichí (= leche): 245.
 lichican ('ordeñar'): 245.
 liendre: 110.
 linao: 21.
 líon (= león): 105.
 li pidía (= le pedía): 171.
 lisión (= lección): 265.
 loa: 159.
 lobo (= globo): 159.

- l'ocasión: 195.
 lo (en nombres de fundos): 59-60.
 lo de ('en casa de'): 59, 60.
 lo fóforo (= los fósforos): 130.
 lo φuego (= los juegos): 130.
 lo φuyete (= los juguetes): 130.
 lo χénero (= los géneros): 130.
 loga (= loa): 159.
 lõja (= lonja): 161.
 lo xardine (= los jardines): 130.
 lo χinete (= los jinetes): 130.
 lo jóvene (= los jóvenes): 130.
 lo jutre (= los futres): 130.
 l'ombre (= el hombre): 195.
 lombrí' (= lombriz): 126.
 lombriz: 126.
 lomo: 245.
 lomu (= lomo): 245.
 lonja: 161.
 lon niñito (= los niñitos): 205.
 lo que ('cuando'): 204.
 lo'reye' (= los reyes): 134.
 loria (= gloria): 24.
 los (= nos): 20, 27, 30, 36, 40, 46,
 204, 205, 265.
 losombre (= los hombres): 125.
 losotro (= nosotros): 205, 265.
 luar (= lugar): 24.
 Lucho (= Luis): 285.
 luego: 24, 170.
 lueo (= luego): 24.
 lugar: 24.
 Luis: 285.
 lumo (= lomo): 245.
 lunar: 163.
 Luterio (= Eleuterio): 184.
 llahuy ('llave' o 'puerta'): 246.
 llahuytun ('encerrar' o 'cerrar la
 puerta'): 246.
 llamái (= llamáis): 37.
 llamáis: 37.
 llave: 246.
 llegado: 30, 190.
 lleguéis: 265.
 lleguís: 264, 265.
 llentir (= lentejas): 249.
 má (= más): 201, 203, 205, 207.
 Maalena: (= Magdalena): 154.
 machal (= marchar): 113.
 machando (= marchando): 113.
 Machis (los): 21.
 Madalena: 154.
 madre: 37, 109, 183, 285.
 madreselva: 112.
 Madrí (= Madrid): 199.
 Madrid: 197, 199.
 madrina: 110.
 maestranza: 187.
 maestro: 187.
 Magdalena: 154, 158.
 magnetizar: 39.
 magre: 285.
 magrina (= madrina): 110.
 mai (ital.): 172.
 Mai (al.): 173.
 maire (= madre): 37, 109, 183.
 maiereserva (= madreselva): 112.
 maíz: 89.
 maja (la): 20.
 mājjar (= manjar): 161.
 mal: 243.
 malagrón (= haladrón): 285.
 malcha (= marcha): 253.
 maldición: 201.
 Malena (= Magdalena): 154.
 maligno: 158.
 malino (= maligno): 158.
 malcha (= marcha): 151.
 malcha (= marcha): 253.
 mama: 37.
 Mampocho (= Mapocho): 163.
 mancarrón: 245.

- mancarronada: 245.
 manco: 245.
 mancu: 245.
 mancun: 245.
 mancha: 114.
 manchana (= manzana): 247, 248.
 manchu (= manso): 247, 248.
 manipulear: 35.
 mapuliar: 35.
 manjar: 161.
 mansana: 247.
 Manta (la): 21.
 manzana: 247, 248.
 manso ('los bueyes'): 247, 248.
 mansu (= manso): 247.
 mansun (= manso): 247.
 maor (= mayor): 24.
 mapo ('país, pueblo'): 46.
 Mapocho: 163.
 mar: 238.
 maravedises: 126.
 marchando: 113.
 marcha: 151, 253.
 María: 45, 238.
 Marida (= María): 45.
 marido: 205.
 marío (= marido): 205.
 mardisión (= maldición): 201.
 Marparéiso (= Valparaíso): 163.
 más: 201, 203, 205, 207.
 más ('muchas veces'): 197.
 matái': 203, 265.
 matáis: 203, 265.
 matal (= matar): 111.
 matalo (= matarlo): 115.
 matalón: 245.
 matamo': 265.
 matamos: 265.
 matapiojo: 35.
 matar (conjug.): 111, 265, 266.
 matarlo: 115.
 matarse: 115.
 mataste: 266.
 matasteis: 266.
 matastes: 266.
 matéis: 184.
 matí' (= matéis): 184, 265.
 Maudalena: 154, 158.
 maunetizar: 39.
 mayol (= mayor): 207.
 mayor: 24, 207.
 me' (= mes): 126.
 mebla (= médula): 153, 185.
 medán (el): 21.
 médico: 153, 184.
 medio: 157.
 medula: 71.
 médula (= medula): 71, 153, 185.
 meh (= mes): 126.
 meha (= mesa): 92, 125.
 mehó~ (= mejor): 112.
 méi' (= maíz): 89.
 mei' (= maíz): 187.
 méico (= médico): 153, 184.
 mejor: 112.
 melitar: 36.
 mein (al.): 172, 173.
 me'mo (= mismo): 134.
 memo (= mismo): 134.
 méndigo (= mendigo): 58, 77, 188.
 mendigo: 58, 77, 188.
 merecer: 71, 77.
 meridional: 302.
 meřma: 294.
 mes, es: 126.
 mesa: 92, 125.
 mesa trinche: 107.
 mese (= meses): 126.
 me se... ('se me...'): 70, 77.
 mesmo (= mismo): 35, 37, 41,
 54, 77, 134, 171.
 mestransa (= maestranza): 187.
 mestro: 187.
 méula (= medula): 71, 153, 184.

mia (= mira): 124.
 miapié (= me apeé): 36.
 mía: 19.
 mida (= mía): 19, 45.
 mido (= mío): 154.
 miedo: 194.
 mīeo (= miedo): 194.
 mi güela (= mi abuela): 36.
 mihmo (= mismo): 128.
 mil: 111.
 militar: 36.
 milvago: 107.
 mimbre: 151.
 mīmo (= mismo): 133, 134.
 mīmo (≡ mismo): 134, 252.
 mimo: 252.
 mimmo (= mismo): 128, 134, 252.
 mīmo (= mismo): 134.
 mío, a: 45, 154.
 mío (= miedo): 194.
 mine (ingl.): 172, 173.
 minga (la): 20, 22.
 mirá: 52, 77.
 mira: 104, 124.
 mirad: 52, 77.
 mirapohó (= mira, pues hombre):
 162.
 mire: 104.
 miró (= mira, hombre): 162.
 misa: 245.
 mismo: 32, 35, 37, 41, 54, 77,
 123, 124, 133, 134, 171, 227,
 252, 284.
 mo'ca (= mosca): 131.
 modo: 33, 159.
 mofo (port.): 159, 216.
 mogo (= moho): 159, 181.
 mogoso (= mohoso): 159, 216.
 moho: 159, 181, 216.
 mohoso: 159, 216.
 mojca (= mosca): 131.
 mojo (= moho): 159, 216.

mojoso (= mohoso): 159.
 molde: 115.
 molestoso: 71.
 monstruo: 183.
 moo (= modo): 33, 159.
 morde (= molde): 115.
 mordedura: 189.
 mordéis: 203.
 mordí' (= mordéis): 203.
 mordiúra (= mordedura): 189.
 mosca: 131.
 mostro (= monstruo): 183.
 mozo ('criado'): 267.
 mu:cho: 168.
 mucho: 168.
 mudre (= mugre): 285.
 muerde: 197.
 muere: 170.
 muffig (al.): 216.
 muffo (it.): 216.
 mugre: 285.
 mujé: 296.
 mujel (= mujer): 251.
 mujer: 137, 170, 296.
 mujier: 137.
 mu'lo (= muslo): 134.
 mulló (= muslo): 134.
 mullo (= muslo): 134.
 muon (= bueno): 170.
 muore (= muere): 170.
 murciégalo: 163.
 muslo: 123, 134.
 múy: 192.
 mwí (= muy): 192.
 ná (= nada): 30, 35, 36, 39, 41.
 náa (= nada): 153, 154, 155.
 nabo: 142, 246, 251.
 nación: 160.
 nada: 30, 35, 36, 39, 41, 153, 154,
 155, 182.
 nadando: 154, 182.

- nadie: 35, 70, 77, 157, 171.
 nadien: 70, 77.
 nadita: 187.
 naide: 70, 77, 157, 164, 171.
 naiden: 35.
 naidie: 157.
 naire (= nadie): 157.
 naíta (= nadita): 187.
 nao (= nabo): 142, 251.
 nara[~]ja (= naranja): 161.
 narāja: 161.
 nara^aja (= naranja): 161.
 naranja: 161, 168.
 naríⁱ (= nariz): 126.
 narih (= nariz): 126.
 napur (= nabo): 246.
 narise (= narices): 126.
 nariz: 126.
 necesitado: 264.
 necesitan: 264.
 Nechín (Inés): 285.
 Necho (Inés): 285.
 negro: 108.
 neyro: 108.
 nenguna: 42.
 nido: 153, 154.
 niego: 190.
 nimiedad: 321.
 nimio: 321.
 ninguna: 42.
 nío (= nido): 153, 154.
 no: 89, 162, 197.
 nō (= no): 89, 162.
 no era: 36.
 no había: 36.
 nombre: 108.
 Noóba (= Novoa): 189.
 nos: 20, 27, 30.
 nosotros: 205.
 no'tói (= no estoy): 195.
 Novoa: 189.
 nuabía (= no había): 36.
 nublao (sust.): 203, 205.
 nublado (sust.): 203, 205.
 nuer (= no era): 36.
 nunal (= lunar): 163.
 ña (= señora): 124.
 ñor (= señor): 31.
 ō (= hombre): 162.
 ob^eje^to (= objeto): 143.
 obimpo (= obispo): 128.
 obiⁱpo (= obispo): 128, 130.
 obi:po (= obispo): 130.
 obippo (= obispo): 128, 129.
 obispo: 128, 129, 130.
 objeto: 143, 152.
 obra: 107.
 obstáculo: 171.
 observar: 140.
 obstruir: 145.
 o:cho (= ocho): 168.
 oculto: 171.
 ocupado: 171.
 ocupái (= ocupáis): 37.
 ocupáis: 37.
 ocho: 168.
 odre: 109.
 ofeh (= bofes): 24.
 ogao (= ahogado): 183.
 oguir (= oír): 159.
 óid (= oíd): 70, 262.
 óido (= oído): 39, 77, 157, 186, 188.
 óido: 39, 77, 157, 186, 188.
 óidos (= oídos): 69.
 óidos: 69.
 oire (= odre): 109.
 ojalá: 232.
 olol (= olor): 111.
 olor: 111.
 on (= don): 29, 31, 36.
 once: 161, 168.

- once (= once): 161.
 onde (= donde): 33, 35, 36, 39,
 197, 201, 203, 205.
 ¿ónde? (= ¿dónde?): 207.
 ontá... ('a casa de...'): 60.
 ontá (= donde está): 60, 195, 201,
 203.
 ora (= obra): 107.
 orgulloso: 113, 171.
 orguyoso: 113.
 orighinal: 246. †
 original: 246.
 oriná (= orinal): 112.
 orinal: 112.
 orinán (= orinal): 112.
 oscuro: 171.
 ota (= gota): 23.
 otro: 108, 253.
 oujeto (= objeto): 152.
 oveja: 249.
 ovicha (= oveja): 249.
 ovida (= oveja): 249.
 ovisa (= oveja): 249.
 oye: 264.
 oyí (= oí): 262, 264.
 oxalá (port.): 232.
- pa (= para): 19, 35, 36, 39, 41
 43, 105, 124, 143, 205, 207.
 pabilo: 71, 72.
 pábilo (= pabilo): 71, 72.
 Pablo: 142, 153, 184.
 pacá (= para acá): 39, 64.
 paco: 34, 35, 36.
 pachiru ('padrecito'): 246, 285,
 287.
 padecieron: 30.
 pader (= pared): 58, 77, 111, 163.
 paderón: 111.
 padre: 30, 42, 45, 108, 109, 110,
 155, 156, 180, 183, 184, 205,
 207, 239, 246, 251, 285.
 padrecito: 239, 285, 287.
 padrino: 32.
 paé (= pared): 111.
 pael (= pared): 111, 203.
 paen (= paguen): 24.
 paentro (= para dentro): 205.
 paer (= pared): 39, 111, 163, 203.
 paerazo: 111.
 paesieron (= padecieron): 30.
 pagh-re (= padre): 246.
 pagre (= padre): 110, 155, 156,
 251, 285.
 paguen: 24.
 pái' (= país): 187.
 paide: 156.
 paire (= padre): 30, 42, 45, 109,
 155, 156, 180, 183, 184, 205,
 207, 251, 285.
 pairino (= padrino): 32.
 páis: 186, 228.
 país: 186, 187, 228.
 pâl (= para el): 30, 35.
 palabraje: 39.
 palabriar: 39.
 pamman (= pasman): 134.
 pampa: 145, 151.
 panadero: 105.
 panaéro (= panadero): 105.
 Pancho (Francisco): 285.
 pañi (arauc.): 46.
 Paolo: 142.
 papa: 145.
 para: 19, 35, 36, 39, 41, 43, 105,
 124, 143, 197, 205, 207, 238.
 para acá: 39, 64.
 para arriba: 36.
 para dentro: 205.
 para el: 30, 35.
 parálisis (= parálisis): 59, 72.
 parálisis: 59, 72.
 pararse ('levantarse, ponerse en
 pie'): 61, 77.

- parde (= padre): 246, 285.
 parece: 169.
 pared: 39, 58, 77, 111, 163, 203.
 paredón: 111.
 parete (lat.): 111.
 pa'man (= pasman): 133.
 párpapo (= párpado): 70, 77.
 parte: 115.
 parra: 117, 238.
 parriba (= para arriba): 36.
 pasal (= pasar): 36, 201.
 pasar: 36, 201.
 pascual: 35.
 pasados (= paseos): 39.
 paseos: 39.
 pasta: 131.
 pasman: 133.
 pa'ta (= pasta): 131.
 *patere (lat.): 111.
 patiru (arauc.): 156, 246, 285, 287.
 patraquiar: 35.
 patria: 190.
 patroncito: 39.
 Paulo: 153.
 Paulus (lat.): 184.
 payaseando: 35.
 payasiando: 35.
 paye (= padre): 246, 285.
 peano (= piano): 67, 77.
 pebre: 185.
 pecado: 207.
 pecao (= pecado): 207.
 pedigüño: 171.
 Ped-no (= Pedro): 156, 246.
 ped-noñan ('perdonan', 'perdo-
 nar'): 156, 246.
 Pedro: 109, 156, 246.
 pedronan ('perdonar'): 246.
 pegadito: 206, 207.
 pegaíto (= pegadito): 207.
 péi' (= país): 187.
 peinetun ('peinarse'): 245.
 peladero: 33.
 pelaero (= peladero): 33.
 pelcha (= percha): 151.
 peleando: 250.
 peliando: 250.
 pelo: 105.
 peludo: 251.
 pelúo (= peludo): 251.
 pellzcón: 171.
 peor: 250.
 pepitas: 248.
 pepitar (= pepitas): 248.
 pequenero: 34.
 perdonan ('perdonan', 'perdonar'):
 156, 246.
 perdonar: 246.
 perfume: 41.
 perjumaázo: 39.
 perjume: 41.
 perla: 294.
 perlático: 58.
 perlético (= perlático): 58.
 persona: 253.
 peruano: 193.
 peñla: 294.
 perro: 104, 116.
 pescado: 35.
 pescao: 35.
 pesitun ('besar'): 246.
 peu (fr.): 250.
 peuco: 170.
 peumo: 170.
 peur (fr.): 250.
 piano: 67, 77.
 picaldía: 296.
 picardía: 296.
 pidiendo: 265.
 pidigüño: 171.
 piedra: 108, 109, 110, 190, 191.
 pieira (= piedra): 109.
 piegra (= piedra): 110.
 pienso: 125.

- pierdo: 116.
 pierre (fr.): 191.
 pieses: 126.
 piguchen (el): 42.
 pilliscón (= pellizcón): 171.
 pimienta: 185.
 Pincoya (la): 21.
 pior: 250.
 piper (lat.): 185.
 piuchen (el): 42.
 piuré (= puré): 185.
 plata ('dinero'): 31, 32.
 plebiscito: 188.
 plebiscito: 188.
 pluma: 145.
 pobre: 38, 40, 41, 107, 142.
 poder (con acusativo): 70, 71, 77.
 podrás: 19.
 podría: 36.
 podrido: 109.
 podrís (= podréis): 19.
 poeta: 40.
 pohó (= pues hombre): 162.
 poique: 295.
 poiría (= podría): 36.
 poire (= pobre): 38.
 poirío (= podrido): 109.
 polque (= porque): 35.
 polvadera: 70.
 polvaera (= polvareda): 70, 77.
 polvareda: 70, 163.
 polvo: 143.
 pondré: 68, 77, 110, 114.
 pónemelo (= pónmelo): 67, 77.
 ponemos: 67, 77.
 poner: 67.
 ponimos (= ponemos): 67, 77.
 pónmelo: 67, 77.
 ponré (= pondré): 68, 77.
 por: 116.
 por allá: 207.
 pore (= pobre): 107.
 porque: 35, 197, 295.
 porvaera (= polvareda): 163.
 por veinte: 112.
 porvo (= polvo): 112, 143.
 poure (= pobre): 40, 41.
 preceptor (= preceptor): 147.
 preceptor: 40, 42, 147, 148.
 preceutol (= preceptor): 147.
 preceutor: 40, 42.
 precio: 105.
 predicar: 154.
 preduto (= producto): 171.
 preical (= predicar): 154.
 preguntándome: 37.
 preguntas: 37, 39.
 pregunté: 36.
 preguntó: 35, 37.
 principiό: 39.
 presentá (= presentada): 32.
 presentada: 32.
 prespectiva (= perspectiva): 58.
 preuciones (= producciones): 41.
 preúntas: 37.
 preunté: 36.
 preuntó (= preguntó): 37.
 preúto (= producto): 154.
 prevenir (con tratamiento respetuoso): 64, 77.
 priesa: 262.
 priduntas (= preguntas): 39.
 priduntó (= preguntó): 35.
 primero: 145.
 principiό: 39.
 priuntándome (= preguntándome): 37.
 prohibió (= prohibido): 163.
 producciones: 41.
 producto: 154, 171.
 pronunciación: 190.
 pu (fr.): 250.
 puayá (= por allá): 207.
 pude: 36.

- pudre: 109.
 púe (= pude): 36.
 puedo: 31, 39.
 puelta (= puerta): 29.
 pueo (= puedo): 31, 39.
 pue que (= puede que): 124.
 puerta: 29, 294, 296.
 pueña: 294.
 pues: 31, 32, 39, 162.
 pueta: 19, 40.
 pueta abieta (= puerta abierta):
 296.
 puire (= pudre): 109.
 puiriúra (= pudridura): 109.
 pulga: 113.
 pulgatorio (= purgatorio): 27.
 pulvaera (= polvareda): 70.
 puré: 185.
 purée (fr.): 185.
 purga (= pulga): 103.
 pus (= pues): 31, 32, 39.
 que: 146.
 quea (= queda): 146.
 queái (= quedáis): 35, 146.
 queaba (= quedaba): 32.
 queamo: 146.
 queda: 146.
 quedaba: 32.
 quedáis: 35, 146.
 quedamos: 146.
 quedaron: 205.
 quedé: 31.
 quedo: 146.
 quedó: 29, 207.
 queé (= quedé): 31.
 quehillos (= quesillos): 45.
 ¿qué hubo?: 189.
 quéido (= caído): 68, 187, 251.
 queiría (= quería): 39.
 quel (= caer): 187.
 quemái (= quemáis): 201.
 quemái' (= quemáis): 203.
 quemáis: 201, 203.
 quemalle (= quemarle): 201.
 quemarle: 201.
 quen (= quien): 194.
 quando (= aycendo): 187.
 queo (= quedo): 146.
 queó (= quedó): 29, 207.
 quer (= caer): 68.
 quere (= quiere): 146, 265.
 querees: 266.
 queréis: 262, 266.
 queremos: 146, 265.
 queren: 265.
 querer (conjug.): 265.
 querer: 146.
 querés: 262, 266.
 querí (= queréis): 146, 265.
 querido: 40, 251.
 querío (= querido): 39, 40, 251.
 querimo (= queremos): 146, 265.
 querís: 264, 265.
 quero (= quiero): 265.
 quesillos: 45.
 queso: 146, 170, 250.
 quero (= quiero): 146, 250.
 que usa: 35.
 quiaron (= quedaron): 205.
 quien: 194.
 quiere: 146, 265.
 quieren: 265.
 quiero: 146, 265.
 quieso (= queso): 250.
 quilín (= clin): 195.
 quiltro ('perrito'): 253.
 quin (= quien): 194.
 quita: 146, 250.
 quitáté: 267.
 quitáte: 267.
 quitate: 267.
 quitensé: 267.
 quitense: 267.

- quiubo (= ¿qué hubo?): 189.
 quiusa (= que usa): 35.
 rabo: 142, 184.
 raina: 183.
 raíz: 183.
 rajaúra (= rasgadura): 133.
 rajuñal (= rasguñar): 133.
 rajuño (= rasguño): 133.
 rao (= rabo): 142, 184, 251.
 rasgadura: 133.
 rasguñar: 133.
 rastro: 131.
 rastrojo: 131.
 ra'tro (= rastro): 131.
 ray (= rey): 183.
 rayo: 238.
 realidad: 183.
 re'baló: 252.
 re'balón (= resbalón): 132.
 reboñichas: 47.
 rebusto (= robusto): 171.
 recaudo: 157.
 recibido: 171.
 receptor: 147.
 recibido: 171.
 recién: 70, 77.
 rectitud: 41.
 recto: 147.
 rededor (= derredor): 200.
 redondo: 36.
 redepente (= de repente): 200.
 reditir (= derretir): 200.
 re(d)itir (= derretir): 163.
 reemplazar: 181.
 reempujar: 181.
 refala (= resbala): 132.
 refalao (= resbalao): 132.
 refalar: 284.
 refaló: 252.
 re'faló (= resbaló): 252.
 refleución (= reflexión): 42.
 reflexión: 42.
 reqbalón (= resbalón): 132.
 regina (lat.): 286.
 rehilar: 275.
 reguarda (= resguarda): 252.
 réi (= reír): 187.
 réi (= reí): 68.
 reí: 68.
 reía: 68.
 réia (= reía): 68.
 réido (= reído): 68, 77.
 reina: 183, 186, 286.
 reír: 68, 187.
 reis: 183.
 réite (= derrite): 201.
 réite (= derrite): 203, 205.
 reitimiento: 20.
 reja: 136.
 rejuarda (= resguarda): 252.
 relghe (arauc.): 237, 241.
 reliá (= realidad): 183.
 relùe (arauc.): 235, 237, 241.
 remolienda: 34.
 remplasar: 181.
 reemplazar: 181.
 rempujar: 181.
 reondo: 36.
 reota (= derrota): 200.
 repaliquero: 38.
 repese: 36.
 requetepese: 36.
 resbala: 132.
 resbalado: 132.
 resbalar: 284.
 resbaló: 252.
 resbalón: 132.
 resetol (= receptor): 147.
 resguarda: 252.
 rétulo (= rótulo): 171.
 reutitú (= rectitud): 41.
 reuto (= recto): 147.
 revolución: 171.

revulsión: 171.
 rey: 183.
 reina (= reina): 286.
 rido (= río): 189.
 riejo (= riesgo): 19.
 ríele (= rieles): 194.
 rieles: 194.
 riesgo: 19.
 ríle (= rieles): 194.
 Rinconá: 36.
 Rinconada: 36.
 río: 189.
 roba: 142.
 robado: 142.
 robao: 142, 154.
 robo: 154.
 robusto: 171.
 Rochi (Rosita): 285.
 rosa: 104, 114, 116, 117.
 Rosabra (= Rosaura): 184.
 Rosaura: 184.
 Rosita: 285.
 roto: v. índice de temas; además:
 88.
 rótulo: 171.
 ruca (arauc.): 287.
 ruéa (= rueda): 193, 194.
 rueda: 190, 193, 194.
 ruido: 194.
 ruío (= ruido): 194.
 rùpù (arauc.): 236.
 rwa (fr.): 190.

 Saavedra: 181.
 sábado: 153.
 sábana: 125.
 sabe: 169.
 Sabegra (= Saavedra): 181.
 sabéis: 35, 41, 264, 265.
 sabelo (= saberlo): 37.
 saberlo: 37.
 sabido: 157.

sabío (= sabido): 157.
 sabís: 35, 41, 264, 265.
 sabuco: 188.
 sacal (= sacar): 199.
 sacar: 199.
 sal: 261.
 salí: 261.
 salir (conjug.): 266.
 saliste: 266.
 salisteis: 266.
 salistes: 266.
 salsa: 115.
 saltando: 30.
 Salto: 205.
 salú: 152.
 salud: 152.
 sanctus (lat.): 237.
 sanch (cat.): 237.
 sandía: 67, 77.
 sandiya (= sandía): 67, 77.
 sangre: 108.
 sapato: 125.
 sarampión: 247.
 sarsa (= salsa): 115.
 sartal ('una sarta'): 36.
 sartando (= saltando): 30.
 Sarto (= Salto): 205.
 satisfasión (= satisfacción): 129,
 147.
 satisfacción: 129, 147.
 satisfaciön (= satisfacción): 147.
 sáuco (= sabuco): 188.
 sáuma (= sahuma): 188.
 sê (= sí): 162.
 sector: 149.
 seguridad: 154.
 sei' (= seis): 184.
 seis: 184.
 se mata solo ('se suicida'): 183.
 senda: 151.
 sentado: 37, 53.
 sentaos (= sentados): 53.

- sentáte: 52.
 sentir (°oír°): 24.
 seña (= señora): 124.
 señó: 296.
 señor, es: 31, 37, 39, 40, 247, 296.
 señora: 45, 124, 150, 247.
 ser (conjug.): 266.
 seréis: 184.
 serí° (= seréis): 184.
 seutol (= sector): 149.
 sí: 162.
 sí (° = sí): 162.
 siembra: 108.
 siempre: 108, 193.
 síempre: 193.
 siéntate: 52.
 siguriá (= seguridad): 154.
 sincero: 59, 77.
 síncero (= sincero): 59, 77.
 signifie (fr.): 155.
 sinéresis: 72.
 señores: 40.
 sō (° = sí): 162.
 sobre: 142.
 šochitl (náh.): 165.
 soddo (= sordo): 253.
 soelegáo (= subdelegado): 152, 154.
 soi (= sois): 37, 201, 203.
 sois: 37, 201, 203.
 sol: 111, 197.
 soldado: 184, 225.
 sombrero: 222, 247.
 sorber (conjug.): 53.
 sorbo: 53, 112, 143.
 sordao: 115, 184, 255.
 sordo: 253.
 soro (= sorbo): 143.
 sorsal (= zorzal): 115, 125.
 sosegáis: 35.
 sosegáte: 52, 77.
 sotschil (náh.): 165.
 soy (= sois): 37.
 sū (° = sí): 162.
 suba: 251.
 subdelegado: 152, 154.
 subjetivo: 140.
 subscripción: 140.
 subsiste: 143.
 suelba (= sorba): 53.
 suelegáo (= subdelegado): 154.
 ſuelto: 115.
 suerbo (= sorbo): 53, 77.
 suerte: 115.
 suerto (= suelto): 115.
 suicida: 183.
 suidá (= ciudad): 195.
 su mercé: 35.
 su merced: 35, 263.
 susida (= suicida): 183.
 susi'te (= subsiste): 143, 152.
 sutschil (náh.): 165.
 'ta (= está): 207.
 taba (= estaba): 201.
 'tabién (= está bien): 131.
 Tacna: 146, 151.
 Tag°na: 146, 151.
 tahir: 188.
 taima: 71, 77.
 Taina (= Tacna): 146.
 tais (= estáis): 43.
 taita: 32, 37.
 tal: 111.
 Talca: 106, 255.
 Talcahuano: 106.
 ta lō (= hasta luego): 170.
 'ta lueo (= hasta luego): 170.
 ta luō (= hasta luego): 170.
 también: 31, 143, 205.
 tambón (= tambor): 112.
 tambor: 112.
 tamién (= también): 31, 143.

- tamién: 205.
 tan: 228.
 tantazo: 39.
 tanto: 145.
 tapái (= tapáis): 202.
 tapáis: 202.
 tarumba: 171.
 †tate sosegao: 131.
 táure (= taur): 188.
 te: 261, 262.
 teatro: 29, 89, 163.
 técnico: 146,
 tég-nico (= técnico): 146.
 téido (= traído): 250.
 tenca: 106, 200, 255.
 tendré: 68, 77.
 tenéis: 32, 37, 39, 263.
 tenés: 261.
 teniendo: 265.
 teniente: 265.
 tenis (= tenéis): 32, 37, 39.
 tenré (= tendré): 68, 77.
 tetera: 105.
 tesis: 126.
 ti: 261.
 tiba (arauc.): 238.
 tido (= tío): 189.
 tiempo: 193.
 tíempo: 193.
 tiene: 138.
 tíene: 193.
 tienes: 261, 263.
 tienno (= tierno): 253.
 tierno: 115, 253.
 tierra: 116.
 tifa (arauc.): 238.
 tiheras (= tijeras): 239.
 tijeras: 239.
 tinch (cat.): 237.
 tiniente (= teniente): 265.
 tinta: 151.
 tiuque: 107, 255.
 tlaskal (náh.): 165.
 tlašcalli (náh.): 165.
 tlaxcalli (náh.): 165.
 todito: 187.
 todititos: 33.
 todo: 31, 32, 33, 153, 155, 182,
 227.
 toititos (= todititos): 33.
 tóito (= todito): 187.
 tomás: 39.
 tomáis: 39.
 tomaste: 261.
 tomastes: 261.
 tomáura (= tomadura): 105.
 toná (= tonada): 39.
 tonada: 39.
 tóo (= todo): 31, 32, 36, 37, 153,
 155.
 †topaba: 30.
 tordo: 104, 115.
 toser (conjug.): 57.
 toy (= estoy): 35.
 trabacho (= trabajo): 239.
 trabajal (= trabajar): 205.
 trabajar: 103, 205.
 trabajo: 239.
 trabuco: 188.
 trae: 183, 184.
 traed: 187.
 traen: 183, 184.
 traendo: 183.
 tráer (= traer): 68.
 traer: 68, 187.
 trai: 183.
 tráia (= traía): 68.
 traía: 45, 68.
 traían: 24.
 traiban (= traían): 24.
 tráido: 187.
 traído: 187, 250.
 traigo: 45, 107, 145, 250, 253.
 train (= traen): 183.

traindo (= trayendo): 183.
 tralca: 106.
 tranquiá (= tranquilidad): 41.
 tranquilidad: 41.
 transacción: 63.
transación: 63.
 transar: 63, 77.
 trarca: 255.
 tratái (= tratáis): 41.
 tratáis: 41.
 trayendo: 183, 187.
 tráuco (= trabuco): 188.
 trauco (el): 21.
 tre (= traed): 187.
 tréido (= traído): 187, 250.
 treida (= traía): 45.
 treigó (= traigo): 45.
 treinta: 160, 186.
 trel (= traer): 187.
 trema: 163.
 trenca: 106, 201, 203, 255.
 treⁿsa (= trenza): 161.
 trenza: 161.
 trepá (= trepada): 32.
 trepada: 32.
 trer (= traer): 68.
 tres: 107.
 triato: 89, 163.
 triendo (= trayendo): 187.
 triunfo: 161.
 triuque: 255.
 trizado: 163.
 trompezar: 163.
 tropezar: 163.
 trunfio: 161.
 trwá (fr.): 190.
 try (ingl.): 106, 173.
 tú: 197, 261, 263, 267, 268.
 tùcun (arauc.): 236.
 tueso (= toso): 57.
 tumbados: 199.
 umbao' (= tumbados): 199.

tupido: 30.
 tupío (= tupido): 30.
 turumba (= tarumba): 171.
 tñiato (= teatro): 29.
 uculto (= oculto): 171.
 ucupado (= ocupado): 171.
 ufanda (= bufanda): 24.
 ufío (= bufido): 24.
 Ugenio: 184.
 uhé (= usé): 45.
 újero (= agujero): 157.
 ùlmen (arauc.): 237.
 ùn: 160, 161, 197, 228.
 una: 197.
 una (b)ala: 141.
 ungüento: 171.
 uñetas: 41.
 orgulloso: 171.
 uropeo: 183.
 usé: 45.
 Usebio (= Eusebio): 34.
 usted: 263.
 ustedes: 263.
 u'té (= usted): 263.
 u'tee (= ustedes): 263.
 u'tees (= ustedes): 199.
 uvad (= uvas): 246, 248.
 uvas: 246, 248.
 va: 238.
 vacas: 246.
 vacéas (= vacias): 58, 77.
 vaciar: 58.
 vacias: 58, 77.
 vai (= vais): 37, 264.
 váina: 186.
 vais: 37, 262, 264, 268.
 varraco (= verraco): 171.
 vas: 262, 268.
 vayáis: 262.
 váyase: 140.

- veái (= veáis): 39.
 veáis: 39.
 vedera: 163.
 veía: 45.
 veida (= veía): 19, 45.
 veinte: 186.
 veis: 57, 184.
 veíste (= viste): 62.
 vel (= ver): 35.
 vela: 246.
 vela (= verla): 115.
 ven: 264.
 venaiga (= bien haya): 39.
 vendén (= vender): 253.
 vender: 253.
 vendrá: 110, 156.
 venga acá: 64, 77.
 vengai' (= vengáis): 265.
 venga para acá: 64.
 vení: 264.
 venid: 264.
 venimos (= vinimos): 68, 77.
 veni^{hn} (= venir): 112.
 venido: 36.
 venío (= venido): 36.
 venir (conjug.): 265.
 venir: 112.
 veniste (= viniste): 68, 77.
 venisteis (= vinisteis): 68, 77.
 venrá (= vendrá): 110.
 veo: 140.
 ver: 35, 104, 116.
 verdá: 152, 153.
 verdad: 152, 153.
 vereda: 163.
 vergüenza: 252.
 vergwenza: 252.
 verla: 115.
 verter: 67, 77.
 vertiente: 265.
 vertir (= verter): 67, 77.
 verraco: 171.
 verso: 115.
 vi: 19, 24, 62.
 vi' (= veis): 184.
 vía (= vida): 39, 153, 154.
 vida: 39, 153, 154.
 vide (= vi): 19, 24, 62, 77.
 vido (= vió): 19, 20, 24, 62, 77.
 vidriero: 110.
 vidrio: 67, 77, 110, 285.
 vidro (= vidrio): 67, 77.
 vie (fr.): 155.
 viendo: 193.
 viento: 193, 197.
 vierai (= vierais): 41.
 vierais: 41.
 vigrio (= vidrio): 110, 265.
 vingen: 112.
 virgen: 112, 246.
 virghen (= virgen): 246.
 vinimos: 68, 77.
 vinisteis: 68, 77.
 vió: 19, 20, 24, 62.
 virtiente (= vertiente): 265.
 virtió (= vertió): 67, 77.
 virtú: 152, 153.
 virtud, es: 151, 152, 153.
 virtude': 152.
 virtúe' (= virtudes): 152.
 vís (= veis): 57.
 viste: 62.
 visto: 131.
 vi'to (= visto): 131.
 viuda: 21, 194.
 viýrio (= vidrio): 110.
 viýriero (= vidriero): 110.
 voladora (la): 21.
 volantín ('la cometa'): 142.
 volver: 30.
 volvió: 40.
 vómito: 143.
 vo (= vos): 37.
 vo' (= vos): 126, 127.

vochúm (arauc.): 287.
 vos: 19, 24, 32, 37, 40, 43, 126,
 127, 261, 262, 263, 267.
 vosotros: 261, 263.
 yotúm (arauc.): 287.
 vría (= brea): 246.
 vuelta: 40.
 vuelto: 252.
 vuesa merced: 267.
 vuesa señoría: 267.
 vuestra señoría: 267.
 vuestro: 263.
 water (ingl.): 192.
 wauwa (= guagua): 225.
 well (ingl.): 243.
 wen (= bueno): 170.
 weno (= bueno): 252.
 wertó (= vuelto): 252.
 wevo (= huevo): 252.
 xochitl (náh.): 165.
 ya: 138, 191.

ya está: 35, 195.
 yastá (= ya está): 35.
 ya'tá (= ya está): 195.
 yedra: 190, 191.
 yerba (hierba): 190.
 yerno: 190, 191.
 yedra: 109, 190, 191.
 yeira (= yedra): 109.
 yegao (= llegado): 30.
 yegua: 24, 247.
 yerba: 138, 190.
 yerno: 190, 191.
 ýerra (= guerra): 286.
 yerro: 138.
 yesca: 247.
 ýindo (= guindo): 161.
 yucu (= yugo): 247.
 yuculn: 247.
 zabullir: 163.
 zafarrancho: 163.
 zambullir: 163.
 zanfarrancho (= zafarrancho): 163.
 zorzal: 115, 125.

T E M A S

a: 169; *ã*: 161; *v*: 195; *a > o*: 170;
 -*a* (pérd.): 171.
a (prep.) con *haber* y *hacer*: 58.
 acentuación: cambios: 51, 58, 59,
 68, 69, 70, 71, 72, 77, 153, 171,
 183-188, 193, 194, 228, 250; del
 pron. enclítico: 267; reglas: 318.
 afectividad: 239, 317; sufijos afectivos: 287.
 andalucismo: 213, 214.
 animales (nombres de — como valoraciones): 317.
 apellidos: 316, 318; *Lo* + apell. en nombres de fundos: 59-60.
 araucano: consonantismo: 236-244,

284-289; vocalismo: 241-242, 284;
 influencia en el esp. de Chile: 90, 91, 117, 223-227, 230-249;
 examen de la interpretación de Lenz: 281-289, 301; gramáticas: 233; hispanismos léxicos: 245-249, 323; toponímicos: 106, 311, 314; onomásticos: 310; pronunciación afectiva: 239.
 arcaísmos: 183; en las formas verbales: 261.
 argentinismos: 317.
b: 89, 134, 139, 140, 141, 145, 151, 250, 320; *b*: 140, 141, 151; *ñ*: 92,

- 105, 107, 112, 140, 141, 193, 250, 286; **b-b** (altern.): 140; *b* antihiática: 189; *b-* (pérd.): 24; *-b-* (pérd.): 184, 188, 250, 251; *bl*: 142; *bl* > *ul*: 40; *br*: 142; *br* > *ur*: 40; *bue-* > *güe-*: 140.
- c*: ver *k*, *z*; además: sibilantes.
-cción: 63.
 ceceo: 124, 213.
 clases sociales (habla de las); culta: 53, 58, 67, 68, 77, 93, 181, 229-230, 263; *medio pelo* 'semiculta': 57, 58, 93, 147, 153, 161, 183, 185; *rotos*: 34, 35, 36, 37, 88, 92; *huasos*: 16, 19, 26, 44, 45, 88, 92, 125, 131, 264, 304; ver además: población, influencias.
 coa 'germanía de Chile': 310, 324.
 colombianismos: 317.
 colonizadores (procedencia): 213-217, 256-257.
 concordancia de sujeto y verbo: 25.
 conquista de Chile (carácter): 219, 257.
 consonantismo del arauc.: 236-244; del esp. de Chile: 250-255, 286, 289.
 cruz vocálica de Trautmann: 174, 177.
 cuchicheo (en final de palabra): 169, 170.
 culta (habla): ver clases sociales.
 cultura colonial: 220, 221.
ch: 150-151; *ch-*: 168; en el esp. de Chile: 250, 284; *ch* francesa: 164; *-ch-* en hipocorísticos: 285.
d: 89, 96, 97, 98, 141, 151-154, 156, 250, 320; *-d-* (relaj. y pérd.): 23, 53, 77, 153, 182, 183, 184, 185, 187, 228, 250, 264; *-d-* (ultra-correcta): 39, 45, 154, 189, 190, 251; *-d* (pérd.): 52, 77, 152; **đ**: 286; **đ**: 114, 157, 286; *d* + **j**: 157; **j** + *d*: 157; *-sd-* > **δ**: 152; *dr*: 105, 106, 108-110; *-dr-* > *gr*: 110, 251; *-dr-* > *-ir-*: 109; *-dr-* > *-ý-*: 110; *-ndr-* > **-ndř-**: 110; **đř**: 282.
 dialectos de Chile: clasificación: 29-31, 306-307; del centro: 31-45; de Chiloé: 20-24; de Ultra-Maule: 29-31; estudios dialectales: 16-23; literatura dialectal: 25-29; lo dialectal en la literatura: 42-48.
 diminutivos: 47, 303.
 diptongos: 171-195; cambios en las vocales: 187; diptongación de hiatos: 68, 69, 89, 153, 163, 184, 186-188, 193, 194, 250.
e: 169-170; **ę**, **e**., **ö**: 170; **ę**: 176, 177; **ə**: 195; *-e*: 179; *e* paragógica: 188.
-encia, *-iencia* (alternancia): 183.
 entonación chilena: 169, 289, 323.
 epéntesis de cons.: 162; — de voc.: 195.
 español de América: 211-230; colonizadores (procedencia): 213-217, 256-257; esp. de Chile: 229; esp. del Perú: 228; influencia étnica: 223-224; influencia indígena: 225-230; esp. de América y latín vulgar: 217-218, 321.
 esp. antiguo: 212.
 etnismo: v. araucano; además: 227, 278; en la Rumania: 231; influencia del celta en las Galias: 230.

- f*: 137-138; *f*-: 182; *f* > *h*: 91, 216, 222, 231, 286; *f* (< -s, -r): 164; *f* > *φ*: 92, 105, 130, 132, 137-138, 182, 193, 242, 244, 251-252, 266.
- folklore: cantos: 31; conjuros: 312; cuentos: 200-207, 312, 322; mitos: 21; leyendas: 21; estudios folklóricos en Chile: 16; latín en el folklore chil.: 312.
- fonemas (concepciones de Lenz y de Trubetzkoy): 158.
- fonética: del arauc.: 234-244; examen de la interpretación arauc. de Lenz: 281-289; aportaciones de Lenz: 272; chilena comparada con la arauc.: 249-258, 288-289.
- g*: 89, 141, 151, 157-159, 251, 320; *g*- (pérd.): 23; *-g*- (pérd.): 188, 251; *-g*: 149, 158; *g* (antihíatica): 159, 181, 189, 216; *g* > *b*: 188; *ġ*: 108, 157-159, 237, 251, 286; *güé*- < *bué*: 141; *gue*, *gui* > *ġ*, *ý*: 157-158, 193, 251, 286; *gr* > *gr*: 158; *gr* < *dr*: 251; *gs* = *x*: 149; *gw*-: 88, 92, 265.
- gauchesca (habla): 181; poesía: 13.
- género (cambios de—): 58, 77.
- gentilicios (sufijos): 317.
- grupos vocálicos: 173, 177-180, 182, 183, 186, 187; en fonética sintáctica: 319.
- h*: 182, 263, 265; *h*- (< *f*-): 91, 182, 217, 231.
- hua*- > *gua*-: 141; *hue*- > *güe*-: 66, 77, 141.
- hipocorísticos: 285.
- hispanismos del arauc.: v. araucano.
- huasos* (habla): ver clases sociales.
- hubieron fiestas*: 56.
- i*: 169; *i* (< -r, -l): 295; *ı*: 195; *ĩ* (arauc.): 234-237, 240-241, 289; *ı*: 241, 244; *ı̇*: 109, 190, 191; *i* en *hie*-: 138; ver además: *j*.
- ideal de lengua: 283, 284.
- idioma patrio: 320.
- indigenismos: 314; ver además: , araucano, mapuchismos.
- influencias en el español de Chile: ver andalucismo, araucano, colonizadores, población; influencia de la madre o nodriza indígena en el lenguaje infantil: 225, 282; influjo negro: 258.
- islas (lengua de las): 307.
- j*: 134-137, 239, 240; *j* + *e*, *i* > *ĵ*, *χ*, *Ķ*: 137, 229, 251, 286; *j* + *o*, *u* > *φ*: 92, 137; *j* ant.: 120, 135, 232; *j* (< *š*, *ž* ant.): 135, 213, 217, 222, 232; *j* (< *f*-): 216, 231.
- j̇*: 133, 138, 183, 190-191, 193, 197.
- k*: 89, 145-149, 244, 250; *k* (ante cons.): 147-149; *ke*, *ki*: 146, 193, 244, 250, 286; *K*, *k*, *Ķ* (arauc.): 242, 244.
- l*: 101-102; *l* (arauc.): 235-236, 242, 243; *l*, *r* (vacil.): 66, 89, 92; *-l* > *-n*: 163; *-l* > *-r*: 111, 296; *-l* (< *-r*): 23, 29, 34, 111, 295, 296, 297; *-l* (pérd.): 295, 296; *l* + cons. (conserv.): 30, 36, 46; *l* + cons. > *r*: 34, 40, 41, 112-113, 117; *-lch*-: 29, 34, 113, 150; *ld*: 114; cons. + *l*: 110; *rl*: 114-115.

latín vulgar y español de América: 217-218, 321; latín en el folklore chil.: 312.

léxico del deporte: 316; militar: 304, 308; náutico: 304; nombres de pájaros: 318; nombres de plantas: 304, 324.

ll: 102, 113, 114, 138-139, 255, 285; *ļ* (arauc.): 239, 244, 255; *ll* (conserv.): 92, 139; ver yeísmo.

m: 159, 242, 253.

mapuchismos: 46.

medio pelo (habla): ver clases sociales.

mejicanismos: 317.

metátesis: 58, 161, 163, 183, 200.

n: 159-162; *-n*, *-ŋ*: 151, 228; *n* + cons. (asimilación): 29, 151, 160, 223; *n* (*ŋ*, *ŋ̃* < *-r*): 112; *n* > *l* -: 168; *n* > *r*: 161; *n* (arauc.): 235, 236; *ŋ* (arauc.): 235, 237, 240; *ndr* > *ndř*, *ndř*, *nř*, *nř̃*: 110, 114; *ndr* > *nř*: 156; *nr*: 110, 114, 115; *rn* > *řn*: 286.

nasales: asimilación: 151, 160, 223; gansosidad: 162; relajamiento: 161.

neologismos: 319, 322.

numeración guaraní: 227.

ñ: 92, 114, 159, 168, 253.

o: 169, 170; *ö*: 170; *õ*: 182; *o* (cuchicheada): 170.

os (pron.): 261, 262.

onomástica: 302, 314, 318; araucana: 310.

ortografía americana: 322.

p: 145, 242, 250; *-p* > *-b* (*Con-*

cebación): 148; *-p* > *u* (*cáusula*): 147-148; *-p*, *-k* (trabucamiento): 147-148.

peruanismos: 317.

población: capas de —: 92; — indígena: 224, 226; mestizaje: 282; ver clases sociales.

pronombres (uso): 302; v. tuteo, voseo, *os*, *ti*, *tú*, *vos*, *vosotros*.

prosodia (reglas): 318.

q: ver *k*.

r: 94-100, 104-105, 116, 117, 273, 286, 293-297, 320; *r* (arauc.): 236, 238, 239, 243, 287; *r* con elemento vocálico epentético: 103, 104, 273-274, 294; *-r*: 111-112, 295-297; *-r* = *-l*: 112, 162, 295, 296; *-r* > *-l*: 23, 29, 34, 89, 201, 295; *-r* > *-i*: 295; *-r* > *-ř*: 294; *-r* nasalizada: 162; *-r* > *-h*: 164; *-r* > *-h̃n*: 112; *-r* (pérd.): 296; cons. + *r*: 105-110, 117; *dr*: 105, 108-110, 286; *dr* > *gr* > *ir*: 155, 156, 285; *tr* (*ř*): 106-107, 108, 197, 282, 288; *r* + cons.: 112-115, 294; *r* + labial: 112-113; *r* + palatal: 113; *rd*: 114, 282, 286.

rl: 114, 115; *rn*: 114, 286; *rl*: 114, 115, 286; *rs*: 114, 115, 286; *-rch-* > *-lch-*: 113, 150.

rehilamiento («Schleimhautvibration»): 100-101, 274-277.

rotos (habla): ver clases sociales.

rr: 94-96, 99-101, 103, 104, 115-117, 293-295; *-ř* (*cařne*, *peřla*, *cořso*, *pueřta*, *caloř*): 294; *ř*: 88, 103-104, 110, 115-117, 197, 282, 287, 288; *ndř*: 110; *nř*, *nř̃*: 110.

refranes: 306, 313, 318, 322, 323, 324.

s: en el esp. de América: 213-217; su tratamiento en los hisp. del arauc.: 222, 247, 248, 249; en el esp. de Chile: 117-134, 251, 282, 289; *s* - > *h* -: 118, 125, 284; *s* - (pérd.): 90, 118, 217, 251, 252, 284; *-s* - > *-h* -: 90, 92, 164, 251; *-s* > *-h*: 23, 118, 125, 129, 216, 222, 223, 265, 284; *-s* (pérd.): 23, 57, 90, 118, 126, 127, 217, 251, 252, 284; *s* + *g* > *χ*: 130; *s* + *f*, *j* > *φ*: 129-130, 252; *s* + *p* > *ʔ*: 130; *s* + *t* > *ʔ*, *ʔʔ*: 129, 131; *s* + *tr* > *ʔr*, *ʔr*, *ʔr*: 131; *s* + *k* > *ʔk*: 131; *s* + *k* > *χχ*: 131; *s* + *b* > *ʔ*, *φ* *b*, *φ*, *bb*, *b*: 131; *s* + *w* > *ʔw*, *ww*, *w*: 132; *s* + *g*, *y* > *ʔg*, *ʔg*, *χy*, *y*, *y*: 132; *-sg* - > *x*, *φ*: 132-133; *s* + *d* > *δ*: 133; *s* + *m*, *n* > *ʔm*, *ʔn* o *mm*, *nn* o *m*, *n*: 134, 252; *s* + *l* > *ʔl*, *ʔl*, *ll*, *ll*: 134; *s* + *r* > *ʔr*, *ʔr*, *ʔr*, *ʔr*: 134; *nst*, *nsp* > *ʔt*, *ʔp*, *mp*: 134; *rʃ*: 114, 115, 286; *s*-*z* (distinción): 66, 121, 214; igualación: ver ceseo, seseo; *s* y *ss* antiguas: v. sibilantes en el siglo XVI.

seseo: 89, 118, 124, 164, 213, 215-216, 228; ver ceceo.

sibilantes en el siglo XVI: *s*, *ss*, *ç*, *z*: 118-120, 213, 215;

solecismos: 322.

su merced: v. tratamientos.

svarabhakti: 103, 195, 273.

l: 89, 145, 250; *l* (arauc.): 236, 242; *l*, *l* (*l*, *lh*): 235, 236, 237, 239, 240, 242, 243, 254, 286; *l* (arauc.) > *tr*, *l* (esp.): 254-255; *l*: 242, 243, 244; *rl* > *ʔl*,

l: 115, 254, 286; *l* + cons. sonora: 146; *tr* (*ʔr*): 95, 106-107, 108, 110, 114, 145, 197, 201, 254-255, 282, 288, 293, 301.

li (desuso): 261.

trabalenguas: 163.

tratamientos en los siglos XVI, XVII: 267-268; *su merced*: 263; *usted* (omisión en el imperativo): 64, 263; *vuesa merced*: 267; *vuesa señoría*: 267.

triptongos: 176.

lú: ver tratamientos, tuteo.

tuteo: 54, 263; formas mixtas con voseo: 24, 46, 54, 57.

u: 169-170, 193; *u* > *w*: 193; *u*: 195; *ũ*: 161; *ũ* (franc. y celta): 91, 230, 231; *u* > *ʔ*: 184; *u* (arauc.): ver *i*.

ultracorrección: 147, 183; v. además *d* ultracorrecta.

uruguayismos: 317.

usted: (omisión en el imperativo): v. tratamientos.

v: 66, 139-140.

velar + *e*, *i*: 286.

verbos: cambio del acento: 51, 58, 68, 69; en *-ear* *-iar*: 58; *asolar*, *caber*, *caer*, *cocer*, *coser*, *desolar*, *entrar*, *esforzar*, *forzar*, *haber*, *poner*, *reforzar*, *sorber*, *tener*, *tosar*, *traer*, *venir*, *ver*, *verter*: v. índ. de palabras; formas del voseo: indicativo pres. en *-áis*: 262, 264, 265; *-ái*, *-ái*: 264, 265; *-ás*: 266; *-éis*, *-és*: 262, 266; *-éis*, *-ís*: 57, 264, 265; *-éis*, *í*: 266; pret. en *-astes*, *-istes*: 72, 73, 262, 266; imperativo (*mirá*, *andá*): 52; imperf. subj. en *-se* por

- ra, -ría*: 62; fut. y pot. (*ponré, ponría*): 68; uso de los verbos: *callar*: 65, 77; *coger*: 65; *haber*: 58; *hacer*: 58; *merecer*: 71, 77; *pararse*: 61, 77; *poder*: 71, 77; *prevenir*: 64, 77; *transar*: 63, 77; uso de los pret.: 121.
- vocales; alargamiento: 161, 168, 169; altura tonal: 168; cantidad: 167, 169; concurrentes: 184, 319; v. diptongación de hiatos; cruz vocálica de Trautmann: 174, 177; dobles: 181; epentéticas: 195, 237, 273; grado de abertura: 173; inacentuadas: 171; nasalizadas: 89, 161, 168, 253; pérdida: 171, 192, 195; pron. chilena: 249, 250, 284; relajadas: 170; semivocales: 174.
- vocalismo del araucano: 234, 241-242.
- vos*: ver tratamientos, voseo.
- voseo: 16, 46, 52, 54-55, 261-268.
- vosotros* (desuso): 263, 267.
- vuesa merced*: v. tratamientos.
- vuesa señoría*: v. tratamientos.
- vulgarismos*: 318.
- w**: 88, 141, 159, 170, 190, 192, 193; **w̃**: 193, 252.
- x = gs, ks**: 149-150; **x** antigua: 120, 135-136, 164, 232.
- y**: 138, 158, 191; **y** (pérd.): 23-24; **ý**: 106, 132, 158, 251, 286; **ý'**: 158.
- yeísmo: 23, 66, 89, 92, 102, 164, 253.
- z**: 66, 94, 118, 121-124, 213-215, 238; **z-s**: ver **s-z**, ceceo, seseo; **z** antecons. (pérd.): 217; **-z** (pérd.): 217; **z** antigua: ver sibilantes; **z** (arauc.): 242, 243, 244.
- ž**: 135, 213, 217, 232, 239, 244.
- ž̂**: 213.

ÍNDICE GENERAL

| | |
|---|----|
| ADVERTENCIA | 5 |
| DIALECTOLOGÍA HISPANOAMERICANA por Rodolfo Lenz..... | 7 |
| ADVERTENCIAS SOBRE EL USO DE LA LENGUA CASTELLANA por Andrés Bello, con notas de Rodolfo Oroz y Yolando Pino Saavedra ... | 49 |

EL ESPAÑOL EN CHILE por Rodolfo Lenz, con notas de Amado Alonso y Raimundo Lida

| | |
|-----------------------------|----|
| ADVERTENCIA del autor | 81 |
| « de los traductores | 83 |

ESTUDIOS CHILENOS (Fonética del castellano de Chile)

| | |
|--|-----|
| I. Observaciones preliminares | 87 |
| <i>r</i> y <i>l</i> | 94 |
| II. <i>s</i> , <i>c</i> (<i>e</i> , <i>i</i>), <i>z</i> | 117 |
| III. <i>j</i> , <i>f</i> ; <i>y</i> , <i>ll</i> ; <i>b</i> , <i>v</i> ; <i>hue</i> , <i>hua</i> | 134 |
| IV. <i>p</i> , <i>f</i> , <i>c</i> (<i>a</i> , <i>o</i> , <i>u</i>), <i>ch</i> , <i>b</i> , <i>d</i> , <i>g</i> , <i>m</i> , <i>n</i> , <i>ñ</i> | 145 |
| V. Metátesis, epéntesis y otros cambios. Algunas observaciones sobre el español de Méjico | 162 |
| VI. Las vocales y sus combinaciones | 167 |
| VII. Textos fonéticos | 197 |

PARA EL CONOCIMIENTO DEL ESPAÑOL DE AMÉRICA

| | |
|--|-----|
| I. Bases del desarrollo del español en América..... | 211 |
| II. Influencia del araucano en la evolución del español de Chile | 230 |
| III. Fonética del araucano | 234 |
| IV. Hispanismos léxicos en araucano | 244 |
| V. La fonética chilena comparada con la araucana | 249 |

| | |
|--|-----|
| SOBRE LA MORFOLOGÍA DEL ESPAÑOL DE AMÉRICA | 259 |
|--|-----|

APÉNDICES

| | |
|---|-----|
| I. Rodolfo Lenz y la dialectología hispanoamericana por AMADO ALONSO..... | 269 |
|---|-----|

II. La interpretación araucana de Lenz para la pronunciación chilena por AMADO ALONSO..... 279

III. Observaciones sobre rr, r y l por AMADO ALONSO y RAIMUNDO LIDA 291

IV. Bibliografía del español en Chile por RODOLFO OROZ..... 299

ÍNDICES ALFABÉTICOS. Nombres de personas, de instituciones y de obras anónimas 325

Lugares 330

Lenguas y dialectos..... 333

Palabras 335

Temas 366

Índice de materias

1. Estudios lingüísticos (fonética del castellano de Chile)..... 37

2. Observaciones preliminares..... 41

3. I. y II. A. y B. y C. y D. y E. y F. y G. y H. y I. y J. y K. y L. y M. y N. y O. y P. y Q. y R. y S. y T. y U. y V. y W. y X. y Y. y Z. y AA. y AB. y AC. y AD. y AE. y AF. y AG. y AH. y AI. y AJ. y AK. y AL. y AM. y AN. y AO. y AP. y AQ. y AR. y AS. y AT. y AU. y AV. y AW. y AX. y AY. y AZ. y BA. y BB. y BC. y BD. y BE. y BF. y BG. y BH. y BI. y BJ. y BK. y BL. y BM. y BN. y BO. y BP. y BQ. y BR. y BS. y BT. y BU. y BV. y BW. y BX. y BY. y BZ. y CA. y CB. y CC. y CD. y CE. y CF. y CG. y CH. y CI. y CJ. y CK. y CL. y CM. y CN. y CO. y CP. y CQ. y CR. y CS. y CT. y CU. y CV. y CW. y CX. y CY. y CZ. y DA. y DB. y DC. y DD. y DE. y DF. y DG. y DH. y DI. y DJ. y DK. y DL. y DM. y DN. y DO. y DP. y DQ. y DR. y DS. y DT. y DU. y DV. y DW. y DX. y DY. y DZ. y EA. y EB. y EC. y ED. y EE. y EF. y EG. y EH. y EI. y EJ. y EK. y EL. y EM. y EN. y EO. y EP. y EQ. y ER. y ES. y ET. y EU. y EV. y EW. y EX. y EY. y EZ. y FA. y FB. y FC. y FD. y FE. y FF. y FG. y FH. y FI. y FJ. y FK. y FL. y FM. y FN. y FO. y FP. y FQ. y FR. y FS. y FT. y FU. y FV. y FW. y FX. y FY. y FZ. y GA. y GB. y GC. y GD. y GE. y GF. y GG. y GH. y GI. y GJ. y GK. y GL. y GM. y GN. y GO. y GP. y GQ. y GR. y GS. y GT. y GU. y GV. y GW. y GX. y GY. y GZ. y HA. y HB. y HC. y HD. y HE. y HF. y HG. y HH. y HI. y HJ. y HK. y HL. y HM. y HN. y HO. y HP. y HQ. y HR. y HS. y HT. y HU. y HV. y HW. y HX. y HY. y HZ. y IA. y IB. y IC. y ID. y IE. y IF. y IG. y IH. y II. y IJ. y IK. y IL. y IM. y IN. y IO. y IP. y IQ. y IR. y IS. y IT. y IU. y IV. y IW. y IX. y IY. y IZ. y JA. y JB. y JC. y JD. y JE. y JF. y JG. y JH. y JI. y JJ. y JK. y JL. y JM. y JN. y JO. y JP. y JQ. y JR. y JS. y JT. y JU. y JV. y JW. y JX. y JY. y JZ. y KA. y KB. y KC. y KD. y KE. y KF. y KG. y KH. y KI. y KJ. y KL. y KM. y KN. y KO. y KP. y KQ. y KR. y KS. y KT. y KU. y KV. y KW. y KX. y KY. y KZ. y LA. y LB. y LC. y LD. y LE. y LF. y LG. y LH. y LI. y LJ. y LK. y LL. y LM. y LN. y LO. y LP. y LQ. y LR. y LS. y LT. y LU. y LV. y LW. y LX. y LY. y LZ. y MA. y MB. y MC. y MD. y ME. y MF. y MG. y MH. y MI. y MJ. y MK. y ML. y MM. y MN. y MO. y MP. y MQ. y MR. y MS. y MT. y MU. y MV. y MW. y MX. y MY. y MZ. y NA. y NB. y NC. y ND. y NE. y NF. y NG. y NH. y NI. y NJ. y NK. y NL. y NM. y NN. y NO. y NP. y NQ. y NR. y NS. y NT. y NU. y NV. y NW. y NX. y NY. y NZ. y OA. y OB. y OC. y OD. y OE. y OF. y OG. y OH. y OI. y OJ. y OK. y OL. y OM. y ON. y OO. y OP. y OQ. y OR. y OS. y OT. y OU. y OV. y OW. y OX. y OY. y OZ. y PA. y PB. y PC. y PD. y PE. y PF. y PG. y PH. y PI. y PJ. y PK. y PL. y PM. y PN. y PO. y PP. y PQ. y PR. y PS. y PT. y PU. y PV. y PW. y PX. y PY. y PZ. y QA. y QB. y QC. y QD. y QE. y QF. y QG. y QH. y QI. y QJ. y QK. y QL. y QM. y QN. y QO. y QP. y QQ. y QR. y QS. y QT. y QU. y QV. y QW. y QX. y QY. y QZ. y RA. y RB. y RC. y RD. y RE. y RF. y RG. y RH. y RI. y RJ. y RK. y RL. y RM. y RN. y RO. y RP. y RQ. y RR. y RS. y RT. y RU. y RV. y RW. y RX. y RY. y RZ. y SA. y SB. y SC. y SD. y SE. y SF. y SG. y SH. y SI. y SJ. y SK. y SL. y SM. y SN. y SO. y SP. y SQ. y SR. y SS. y ST. y SU. y SV. y SW. y SX. y SY. y SZ. y TA. y TB. y TC. y TD. y TE. y TF. y TG. y TH. y TI. y TJ. y TK. y TL. y TM. y TN. y TO. y TP. y TQ. y TR. y TS. y TU. y TV. y TW. y TX. y TY. y TZ. y UA. y UB. y UC. y UD. y UE. y UF. y UG. y UH. y UI. y UJ. y UK. y UL. y UM. y UN. y UO. y UP. y UQ. y UR. y US. y UT. y UY. y UZ. y VA. y VB. y VC. y VD. y VE. y VF. y VG. y VH. y VI. y VJ. y VK. y VL. y VM. y VN. y VO. y VP. y VQ. y VR. y VS. y VT. y VU. y VV. y VW. y VX. y VY. y VZ. y WA. y WB. y WC. y WD. y WE. y WF. y WG. y WH. y WI. y WJ. y WK. y WL. y WM. y WN. y WO. y WP. y WQ. y WR. y WS. y WT. y WU. y WV. y WW. y WX. y WY. y WZ. y XA. y XB. y XC. y XD. y XE. y XF. y XG. y XH. y XI. y XJ. y XK. y XL. y XM. y XN. y XO. y XP. y XQ. y XR. y XS. y XT. y XU. y XV. y XW. y XX. y XY. y XZ. y YA. y YB. y YC. y YD. y YE. y YF. y YG. y YH. y YI. y YJ. y YK. y YL. y YM. y YN. y YO. y YP. y YQ. y YR. y YS. y YT. y YU. y YV. y YW. y YX. y YY. y YZ. y ZA. y ZB. y ZC. y ZD. y ZE. y ZF. y ZG. y ZH. y ZI. y ZJ. y ZK. y ZL. y ZM. y ZN. y ZO. y ZP. y ZQ. y ZR. y ZS. y ZT. y ZU. y ZV. y ZW. y ZX. y ZY. y ZZ.

ESTE TOMO SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 14
DE AGOSTO DE 1940, EN LA IMPRENTA
DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES